

Security Ward 4

LA VENGANZA

DE
Sam

N.Q. PALM **D.J.57**

LA VENGANZA DE
Pam

N. Q. Palm

Copyright © N.Q. Palm

Obra Registrada Safe Creative: 1709123499713

Diseño y portada: N.Q. Palm

Primera Edición: Octubre 2017

Correo electrónico: nqpalmescritora@gmail.com

Twitter: @NQPalm

www.facebook.com/NQPalm

Instagram: @NQPalm_autora

La siguiente historia ha salido de la mente de la escritora y es totalmente inventada, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Algunos de los lugares, acontecimientos y personajes incluidos en ella, no existen y son enteramente ficticios.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Así como la utilización de los personajes que intervienen en ella.

Índice:

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

*“Quiero la venganza lanzar
más allá del quinto cielo
para evitar recordar el mal hecho:
por ti, por él, por ella,
por otros y por mí,
porque ella acecha
aumentando el dolor
la tristeza
la tortura
ya que su triunfo dura menos
que un segundo...
y el daño quedará por el tiempo
de vida que el vengador tenga.”*

Esthelarez

Prólogo

—¡Pam! —rugió Dan al otro lado de la puerta.

Maldito fuera el hombre, ¿no podía dejarla en paz? Había bailado con él en la nueva casa de Wyatt y Nayeli. Gran equivocación, pero Dan ponía tal empeño en hacer que ella se sintiera bien, que no había podido negarse. Hacía más de quince días de eso, y excepto los cuatro días que habían ido a Hawái para ayudar a Brad y a Eva, no había vuelto a saber de él, incluso le había echado de menos. Tal vez el remordimiento que le ocasiona dejarlo en ridículo una y otra vez había hecho mella en ella.

El timbre no dejaba de sonar, cuando Dan se proponía algo no cejaba en su empeño. Intentó convencerse de que le necesitaba y sabía que así era. Le quería, aunque nunca se lo dijera, era un buen compañero y siempre estaba pendiente de ella, entonces, ¿cuál era el problema?

«Que nunca podrás olvidar los hechos que acontecieron aquél jodido día», se dijo a sí misma. «Que nunca podrás asimilar que él también estaba allí, y que en sus ojos había odio y también frustración». Resopló, Dan se había autoproclamado su protector y ella no necesitaba que nadie la protegiera..., nunca más.

Miedo, debilidad, tortura, vejación, humillación, dolor, pero sobre todo, odio, mucho odio, y sed de venganza, eso era exactamente lo que ella sintió ese nefasto día, eso era exactamente lo que aún sentía y le daba la energía necesaria para seguir día a día. Todas sus ilusiones y esperanzas se escurrieron entre sus dedos con solo veintisiete años. Dan sufrió, ella fue testigo directo de ello. Pero su compañero no parecía comprender que cada uno llevaba el dolor a su manera. Que ella no podía amarle.

—¡Pam, joder! ¡Abre la puta puerta! —gritó al mismo tiempo que daba un sonoro golpe en la madera.

Está bien, o lo dejaba entrar o algún vecino llamaría a la policía, no necesitaban eso, ninguno de los dos. Ni a la señora Rose, su vecina, husmeando.

Estaba en ropa interior, tirada sobre la cama sin dormir, dormía poco o nada, las pesadillas se encargaban de eso. Se levantó y se puso unos pantalones holgados y una camiseta de manga larga, su oscuro pelo estaba suelto y volando mientras se acercaba para abrir.

—Dan, eres un energúmeno —dijo a modo de saludo tirando del pomo con fuerza.

Él tenía el puño alzado a punto de aporrear la puerta de nuevo. La miró y una media sonrisa afloró en su apuesto rostro. Sus ojos negros siempre eran amables y ahora la miraban divertidos. Llevaba el pelo atado en una cola baja; era tan oscuro como el suyo.

—Dime algo que no sepa.

Pam puso los ojos en blanco, maldito tarado.

—¿Qué quieres? —Eran las doce de la noche, la pregunta era necesaria.

—Pasar a mear, he bebido cerveza y eso hace estragos, ya sabes, ¿me dejas?—preguntó socarrón.

—¿Qué crees que es mi casa? ¿Un lavabo público? —Ya la estaba cabreando.

—No, nena. El tuyo es mucho más bonito y bastante más limpio. —Se agachó para besar su mejilla, pero ella se apartó rápidamente.

El muy canalla aprovechó para colarse, pero cuando ya entraba en el salón se paró en seco.

—¿Dónde está *Apestoso*? No irá a atacarme, ¿no? Es imposible que pueda luchar con la vejiga a punto de explotar.

—No le llares así, Dan. No me extraña que Goose no pueda ni verte, capullo. Está a buen recaudo...

Él solo sonrió con suficiencia y avanzó hacia la puerta del baño.

—...encerrado en el lavabo.

Dan ya había empezado a abrir cuando cerró de nuevo y soltó el pomo como si quemara.

—¡Joder! —Se giró para mirarla ceñudo—. Juro que mearé en la cocina como no saques a ese *lamepelotas* de ahí adentro.

—Ni se te ocurra hacer esa guarrería, pedazo de asno.

Dan se encaminó hacia la cocina y empujó la puerta mirándola desafiante, al momento, unas grandes patas empujaron su pecho. El gran danés color canela le estaba gruñendo en la cara y le echaba el aliento sin ningún pudor.

—Mierda, puto perro. —En la voz de Dan no había seguridad, le aterraban los perros, aun así insistía en visitarla.

El hombre dio un paso atrás y Goose cayó sobre sus patas delanteras mirándole con un marcado cabreo. Parecía decirle con la mirada que había oído la conversación entre ellos. No había derribado a Dan porque era un cabronazo grande, pero estaba segura de que si eso se lo hacía a ella, terminaría sentada sobre su trasero, por eso no se lo permitía.

—Nena... —Fue retrocediendo despacio—. ¿Podrías decirle a ese bicho que se meta de nuevo en la cocina? Parece a punto de atacarme.

—Vaya, hablando de *lamepelotas*, ¿dónde están las tuyas ahora?

—Créeme, en este momento están muy encogidas, son casi insignificantes.

Casi se echó a reír, realmente el hombre estaba acojonado, era uno de esos momentos surrealistas en los que Dan dejaba ver una debilidad y no parecía importarle que ella fuera testigo de eso, también sabía que era la única que tenía. Su compañero era capaz de enfrentarse él solo a todo un ejército, pero no a un

solo perro. Inquietante.

—¿Te has meado ya en los pantalones? —bufó mirando su entrepierna.

—Me ha faltado poco —admitió sin perder de vista a Goose y sin mover ni un músculo.

—Vamos Goose, si alguna vez me quedo sin trabajo, siempre podemos trocearlo y congelarlo, tendrías carne y huesos para un año entero.

—Muy graciosa.

Cuando encerró a su mascota en la cocina, salió de nuevo al salón. Dan no estaba, imaginó que la urgencia iba en serio. Se sentó en el sofá y puso la televisión.

—Creo que ya vuelvo a ser yo mismo, ¿has atado a la fiera? —preguntó saliendo de nuevo, al cabo de unos minutos, buscando de manera cauta a su alrededor.

Pam lo miró e hizo un amago de sonrisa.

—No, está justo detrás de la puerta esperando su oportunidad.

—Le has hablado mal de mí, ¿verdad?

Era consciente de que estaba ganando tiempo, había venido por una razón y debía hablar antes de que lo echara a patadas de su casa.

—Probablemente, no sé..., hablamos mucho.

—Y exactamente, ¿qué le cuentas? —preguntó sentándose a su lado.

Pam lo observó y arrugó la frente.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Sentarme, estoy cansado —soltó.

Estaba a punto de sacar su culo a la calle.

—Pues vete a casa, joder, Dan —dijo levantándose.

Ahí estaba la Pam que conocía bien.

La cogió suavemente por el antebrazo y la obligó a sentarse de nuevo.

—He venido a disculparme, Pam. —Cogió su mano y la apretó un poco—. Siento lo del otro día, no debí intentar besarte ante nuestros compañeros.

—No, no debiste hacerlo, ¿qué te pasa Dan? ¿No captas el mensaje?

—Sí, lo capto, alto y claro, pero he decidido ignorarlo.

No la dejaría a su suerte, aunque ella no quisiera admitirlo, era vulnerable y los dos lo sabían. La estabilidad mental de Pam pendía de un hilo, cuando disparó a los genitales de los tipos que habían atacado a Mia, fue consciente de que su compañera había tocado fondo.

—No se puede decir que no seas sincero —se lamentó tocándose la frente.

—Ya me conoces...

—Dan, hemos tenido esta conversación miles de veces, por favor, vete.

Perfecto era hora de sacar el tema.

—He localizado a Isaac Modano —expuso dejando caer la bomba.

Ella retiró la mano y lo miró directamente a los ojos.

—¿Qué?! ¿Dónde coño se esconde esa rata?! —demandó furiosa.

Levantó una mano y cogió su barbilla aun a riesgo de perder la valiosa extremidad.

—¿Dejarías que me ocupara de él? —preguntó preparándose.

Se levantó y lo encaró desde arriba. Lo cierto es que no era muy alta, tenía bellos rasgos exóticos, de los cuales ella misma decía que eran una maldición, y estaba delgada, pero eso no impedía que pudiera acabar con cualquier hombre que intentara atacarla y eso era algo a tener en cuenta.

—No, Dan, de eso nada, Modano es mío. —Lo señaló con el dedo—. Solo dime dónde encontrarlo y yo misma me haré cargo.

Empezaría a negociar con ella, pero sabía que iba a perder. Tal vez era lo que necesitaba para volver a vivir, porque lo que ella hacía era respirar y dejar pasar los días uno tras otro esperando su momento.

—Bien, pero iremos los dos.

—No, tú no vienes.

Resopló y se levantó, quizás le impondría algo su altura, aunque lo dudaba seriamente.

—Voy contigo o voy solo, tú decides —sentenció jugándose.

Pam entrecerró los ojos y se dio la vuelta para ir a su habitación.

—Cierra al salir. Buenas noches, Dan.

Joder, cuando no quería discutir tenía la fea costumbre de dejarlo plantado donde fuera. A ese juego podían jugar los dos. Se sentó en el sofá y esperó.

—¡He dicho que te largues!

¿Cuánto había pasado? ¿Diez segundos? ¿Menos?

—No.

—¡Dan! No hagas que te rompa algún hueso.

—Nena, vamos a hablar...

—Bien, tú te lo has buscado —advirtió encaminándose hacia la cocina.

Mierda, mierda, mierda. Dio un brinco y saltó ágilmente por encima del respaldo del sofá para después correr hacia la habitación de Pam y encerrarse dentro. Ese bastardo con patas no le alcanzaría. Y Pam era una sádica.

No se oía nada, estaba apoyado en la puerta como un cobarde y sin asomarse. Echó un vistazo a la habitación, no era la primera vez que venía aquí y no vio nada nuevo, aun así, le gustaba observar las cosas de Pam. Era una mujer tan reservada, que ser libre de curiosear aunque fuera de vez en cuando, parecía acercarlo más a ella. La estancia tenía tonos claros, desde los pocos muebles hasta la pared, sabía que era muy luminosa durante el día y que ningún otro hombre había estado en ella. Eso le satisfacía hasta hacía poco. Ese Adrian Tavalas se estaba acercando peligrosamente a su chica, porque Pam era su chica, aunque ella aún no lo sabía.

Lo más extraño, es que ella permitía que el hombre estuviera a su alrededor sin cortarles las pelotas. Elijah también había hecho el intento y no le había salido bien. Pam le dejó claro que no quería un lío y el hombre lo había aceptado.

Él no, a tozudo no le ganaba nadie, no era hombre de conformismos, deseaba a Pam y en la última misión en Cuba, ella había sucumbido a sus encantos, sonrió recordando sus gemidos. Tuvo que frenar sus emociones en aquél momento para no parecer un idiota enamorado. Fingir que la noche que habían compartido no había significado nada. La conocía demasiado bien, si se le ocurría dejar salir siquiera un atisbo de su triunfo ella huiría en dirección contraria.

Nota mental: Matar a Tavalas si tocaba a su chica. Era un cabrón atractivo, un competidor a tener en cuenta, pero si le hacía una cara nueva, tal vez se retiraría. Lo más jodido, es que siempre que coincidía con el tipo, este le sonreía de un modo tan petulante que le daban ganas de meterle la puta cabeza por el cu...

—Dan. —La voz de Pam atravesó la madera.

—¿Qué? —respondió con cautela.

—Venga, deja de hacer el idiota. —Su tono era cansado.

—Deja de lanzarme a *Sarnoso*.

—Estoy sola, déjame entrar...

Se quitó los zapatos y se lanzó sobre la cama, entrecruzó los dedos detrás de lanuca y apoyó un tobillo sobre el otro en una posición totalmente relajada. Todo un riesgo para sus preciadas partes nobles si ella entraba con el perro asesino. No se llevaba bien con los perros y reconocía que era un trauma infantil. Una jauría de perros salvajes los habían atacado, a él y a sus hermanas, mientras jugaban en la calle cuando eran unos críos. Aún tenía cicatrices en las piernas, Mercedes y Alba también.

La puerta se abrió, Pam entró y cerró de nuevo, lo miró y bufó. Para su sorpresa se tumbó a su lado y miró el techo.

—¿Dónde está? —preguntó en un tono que no admitiría una respuesta evasiva.

—Pam, yo también tengo derechos sobre esto.

—Lo sé, y también sé que te debo la vida, pero él fue especialmente cruel.

—No me debes nada, te lo he dicho muchas veces —dijo poniéndose de lado apoyando su cabeza en su brazo doblado.

—Siento que esto está llegando a su fin —expuso poniéndose de lado también, dándole la espalda. Alargó la mano y apagó la luz.

—Decidimos hacerlo y lo terminaremos, si vamos con cuidado no habrá consecuencias.

—No seas iluso, Dan.

—Hasta ahora nos ha ido bien. Y hablando de ilusos... ¿cómo sabes que ese Tavalas no se está acercando a ti porque tiene sospechas? ¿Olvidas que es un puto federal?

—Se está acercando hasta cierto punto; si tiene algo contra mí y le pongo una barrera, puede pensar que escondo algo.

Se aproximó a ella y pasó un brazo por su cintura apoyando la mano en su vientre. Pam no se apartó y eso hizo que su miembro empezara a alegrarse por el contacto con su culo, se retiró un poco, si ella notaba algo sacaría la pistola que sabía que tenía bajo la almohada.

—Nena, después de esto tendremos que desaparecer, acordamos que Security Ward no se vería involucrada...

—Eso ya lo discutimos, Dan. Slade nos contrató y es un buen tipo, nos ha ayudado todo este tiempo sin ni siquiera ser consciente. Sí, desapareceremos, pero iremos cada uno por su lado. Y ellos no se verán implicados.

Dan cerró los ojos e inspiró profundamente, eso no lo había mencionado con anterioridad. No le daría la opción. Se la llevaría con él, lo quisiera o no. No, no podría hacer eso en contra de su voluntad. Aunque no iba a discutir el tema ahora.

—No lo estás mencionando, pero sé lo que piensas de mi reacción en el rescate de Mia.

—No te culpo ni te juzgo. —Y tampoco le diría que los había puesto en peligro, a los dos.

A Pam se le fue la cabeza ese día y él lo entendía.

—Todos los hombres que tocan a una mujer sin su consentimiento deberían ser castrados.

—Y a mí me gustaría ser la mano ejecutora.

Podía sentir su sonrisa, y también estaba seguro de que sonreía porque él no la veía en la oscuridad.

Por desgracia, Pam no sonreía a menudo. Cada uno llevaba el dolor a su manera. Él prefería esconderse tras una fachada de indiferencia hacia todo y hacia todos. Su carácter alegre le ayudaba a afrontar los contratiempos. Y lo cierto era que con su unidad estaba a gusto, quizás eran las únicas personas por las que se dejaría la piel. Si ellos alguna vez llegaran a sospechar quiénes eran en realidad, Pam y él, no los mirarían con los mismos ojos.

Notó como Pam se relajaba bajo su brazo, era extraño, pero últimamente le había dejado acercarse más a ella, y no pondría ningún impedimento a eso, pero no se haría ilusiones. Ella ya había dejado claro que separarían sus caminos cuando terminaran el trabajo pendiente. No podía obligar a su compañera a estar con él y tristemente, la dejaría marchar si ella así lo quería. Pero había algo que tenía muy claro, si a Tavalas se le pasaba por la cabeza seguirla, le partiría las piernas.

Capítulo 1

No se podía mover, esos cabrones la habían atado, intentó tirar de las cuerdas, pero el dolor en su lacerada piel le recordó que ya lo había intentado más de cien veces. Miró su cuerpo desnudo, ensangrentado, roto, y la rabia y la impotencia volvieron a apoderarse de ella. No la habían tocado, ni siquiera había visto una sola mirada de deseo, pero sí un odio visceral hacia su persona. ¿Creían que si no era violada, esto no tendría repercusiones? Se jactaban de ello.

«No sirves ni para un buen polvo, puta de mierda». «No puede salir viva de aquí, nos desharemos de ella... de los dos».

Se estremeció. Oía sus voces de lejos, y conocía cada una de ellas, sabía a quiénes pertenecían exactamente. Aún estaban metidos en esas cuevas y una luz débil iluminaba el interior, el peligro ya había pasado hacía horas, pero ellos se empeñaban en querer darle una lección. Giró la cabeza y vio a Dan, también atado y sentado en el polvoriento suelo, él estaba vestido, su uniforme teñido de rojo casi en su totalidad, había recibido una buena paliza también. Su cabeza colgaba hacia delante, no podía ver su rostro solo un hilo de sangre que bajaba desde su nariz hacia el suelo. Intentó llamarlo, pero su garganta reseca no emitía ningún sonido. Estaba inconsciente, no podía estar muerto. Las lágrimas escocían en su magullada piel.

Uno de los hombres entró y la miró con una mueca de desdén. Después observó a su compañero en el suelo y le dio una patada en la cabeza.

—¡Noooo! —La estaban inmovilizando de nuevo, su mente entró en modo de combate.

—¡Pam! —Esa voz...—. ¡Nena!

La sacudían. Intentó centrar la mirada pero todo eran sombras. Aunque no había dolor ni sus odiosas voces.

—Vamos, Pam, vuelve conmigo. —La voz angustiada de Dan penetró en su cerebro.

—¿Dan? —Era el peso de su brazo el que sentía sobre su cuerpo.

—Sí nena, soy yo, solo yo. — Encendió la luz y acarició su rostro—. No hay nadie más, estabas teniendo una pesadilla.

Ahora no era más que una pesadilla, pero los hechos eran reales, y no dejaban de aparecer en sus sueños, noche tras noche.

—Mierda. —Tragó saliva, ¿es qué Dan la iba a ver siempre en sus horas más bajas?

—Nena, estás pálida. —Sus oscuros ojos la escrutaban—. ¿Las tienes a menudo?—preguntó

preocupado.

¿Y qué se suponía que debía responder a eso? Cuando se durmieron juntos en Cuba y despertó de la misma manera, él también la había tranquilizado. Solo se había permitido dormir cuando Dan estaba cerca, no lo admitiría en voz alta, pero solo él conseguía que ella se relajara, aunque su cerebro, una vez dormida, iba por libre. Por supuesto, no se lo diría a él. Si le confesaba que a pesar de las pesadillas se sentía segura a su lado, le daría falsas esperanzas con respecto a ellos dos.

—De vez en cuando. —Se tocó la frente, estaba sudando—. Voy a darme una ducha.

—¿A las cuatro de la madrugada?

¿Qué importancia tenía eso?

—Sí —dijo saliendo de la cama.

—Está bien, te prepararé algo.

—No hace falta, duerme un poco más.

La observó y compuso lentamente una de esas seductoras sonrisas suyas, Dan era el hombre más guapo que había conocido y eso que su unidad estaba llena de hombres atractivos. Pero Dan era Dan.

—Cariño, casi me das una paliza. No puedo confiar en que cuando vuelvas no termines el trabajo.

Ni en mil años podría ella ganarle en un combate cuerpo a cuerpo, no porque fuese un hombre, había tumbado a muchos, sino porque era un hombre bien entrenado. Mejor que creyera que podía con él.

—Nadie te ha pedido que te quedes, Dan. —Y ahí estaba levantando de nuevo el muro entre ellos, pudo ver una ráfaga de dolor en sus ojos, pero él no dejó de sonreír.

—Tampoco me has echado, admítelo, soy irresistible para ti.

—Ni borracha.

Se dio la vuelta para ir hacia el baño.

—Quiero respuestas cuando salga —advirtió hablando por encima de su hombro.

—¿Dónde está ese saco de pulgas? —preguntó ignorando la amenaza.

—En la terraza, tus pelotas están a salvo, de momento.

—¿Alexia? ¿Por qué no Pocahontas? —refunfuñó Nathan desilusionado.

Slade se rascó la nuca, aún no había terminado con ese cabrón de Killian, le debía un par de costillas

rotas. Si no fuera porque en solo dos días debían partir hacia Yemen, la cuenta ya estaría saldada.

—Es un nombre bonito... —continuó el pequeño.

—A mí me gusta más Alexia —dijo María resuelta, su inglés iba mejorando día a día.

—Dijiste que podíamos votar.

—Claro Nathan, estamos en un país democrático. —Sue habló mientras servía unas cuantas tortitas.

Estaban sentados todos alrededor de la mesa desayunando, en media hora los niños debían acudir a la escuela, había logrado matricularlos en tiempo record. Él y Pedro irían a matricular al chico a unos cursos de mecánica. Lo habían hablado y era lo que al joven le gustaba.

—Pero falta tío Killian —dijo Nathan malhumorado.

Tal vez sí podía ir a Yemen con un hombre menos, los accidentes ocurrían.

—Vamos a hacer una cosa, esta noche papá llamará a tío Killian y nos reuniremos para votar.

—Y una mier... —se cortó al instante—. Pequeña...

—Vamos Slade, una votación es una votación, se lo prometiste a Nathan —dijo guiñándole un ojo.

Maldita sea, ¿quién le mandaría a él meterse en esos jardines?

—Está bien, después le llamaré —concedió a regañadientes.

—¿No puede ser ahora? —pidió el pequeño.

—Es pronto, puede ser que esté durmiendo... —Al momento, la idea de despertar a su Teniente le pareció de lo más atractiva—..., está bien, voy a llamar a tío Killian.

Sue lo miró frunciendo el ceño. Se levantó dejando a medias su café y se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla.

—Qué se joda ese tarado —susurró cerca de su oído.

—Eres cruel —murmuró su mujer cuando se separó de ella.

Pero se le escapó una jodida sonrisa, de esas que hacían que su pene rebotara dentro de sus pantalones. *Ok*, no era el momento.

No es que los niños se enteraran de nada, estaban hablando entre ellos, Pedro traducía a los dos pequeños lo que Nathan estaba diciendo. Julito parecía fascinado con Nathan, y Manuelita asentía, aunque seguía sin hablar demasiado.

Cogió su teléfono móvil de encima de la mesa del salón y utilizó la marcación rápida. Estaba disfrutando con la temprana llamada, aunque fuera para dale el gusto de la puta votación. Killian contestó al cuarto tono, sí, le había despertado, pensó satisfecho.

—Hola jefe, ¿pasa algo? —Su voz no parecía la de un tipo que se acababa de despertar.

Mierda.

—No...

—¿No? Entonces llámame cuando termine de hacer lo que estaba haciendo con mi mujer...

—¡Killian, atiende! —demandó a punto de empezar a decirle lo que pensaba de él.

—Está bien —contestó derrotado.

—Necesito que tú y Mia vengáis esta tarde a mi casa, sobre las seis.

—¿Para qué? ¿Has decidido que mi compañía es absolutamente necesaria para ti?

—Ni en mil años —dijo resoplando.

Killian se rio.

—Bien, te escucho.

Lo cierto es que Killian siempre animaba la fiesta allá donde fuera, y los chicos se alegraban de verle cada vez que aparecía, pero ellos dos tenían una relación especial, nunca admitiría que le alegraba verle a su alrededor. El tarado ya lo sabía. Su amistad era muy buena, tanto, que con solo una mirada ya sabían lo que pensaba el otro.

—Nathan... —Se preparó para decirlo y carraspeó—. Nathan quiere que estés presente cuando votemos el nombre de mi hija, y yo necesito a Mia como aliada —soltó del tirón.

La línea quedó muerta. ¿Ese loco había colgado?

—¿Killian? —preguntó sintiéndose ridículo.

Un bufido seguido de una gran carcajada le atravesó el tímpano. El muy cabrón se estaba descojonando a su costa.

Apretó el botón rojo cortando la llamada, lo que tenía que hacer por Nathan...

—¡Buenos días, dormilón! —gritó Thomas entrando en la habitación.

Matt abrió un ojo y vio a Thomas cargado con una bandeja repleta de café humeante y varios *croissants*. Estaba tumbado boca abajo con un brazo por debajo de la almohada que sostenía su cabeza.

—Thomas...—gruñó.

—Son las dos de la tarde, debería traerte un pollo asado, pero he pensado que sería demasiado.

—No, gracias, eso lo dejaré para más tarde —dijo con voz adormilada.

Thomas se echó a reír.

—Cariño, ese cuerpazo necesita mantenimiento.

Un lado del labio de Matt se curvó en una sonrisa pícaro.

—Mucho mantenimiento —añadió divertido, Thomas.

Matt se dio la vuelta y se sentó apoyándose en el cabecero. Thomas se acercó y le dio un fugaz beso en los labios.

—¿De qué vas vestido? —preguntó mirando a Thomas de arriba abajo.

—*Capoeira* —abrevió.

—¿De veras? —inquirió levantando una ceja.

—He contratado a un nuevo monitor y su especialidad es esa. Hoy empieza, y quiero asistir a sus clases. En realidad lo estaré evaluando, aunque tiene buenas referencias.

—Perfecto, ¿te vas ya?

—Sí, la clase empieza en media hora, pero a partir de mañana será cada día a partir de las ocho, es temprano, pero muchas de las asistentes prefieren ese horario.

—Diviértete.

—Lo mismo digo, nos vemos esta tarde.

—Gracias por el desayuno.

—No hay de qué, en realidad quería verte antes de irme. Slade es capaz de llamar y alejarte de mí de nuevo.

—No voy a discutir eso...

—Bueno, en principio volveré a las seis.

Cuando oyó a Thomas cerrar la puerta de la entrada del piso, engulló el desayuno y saltó de la cama metiéndose directamente en el baño, se ducharía e iría a hacer lo que llevaba unos días pensando. No sabía cuál era el procedimiento para estas cosas. Tenía que investigar. Y solo le quedaban un par de días libres antes de salir de viaje hacia oriente medio.

—¿Y bien? —preguntó Pam saliendo del baño con solo un albornoz blanco tapando su cuerpo.

Dan, la repasó y resopló.

—¿Llevas algo debajo de esa cosa? —preguntó sonriendo y ladeando la cabeza.

—Dan...—Le lanzó una mirada severa—. ¿Dónde está Modano?

—Pam, ese tío es un puto enfermo. No irás sola. ¿Hace falta que te diga que a mí también me concierne?

Ella se sentó a su lado en el taburete de la cocina y bebió el café que él le había dejado preparado. La venganza era algo sucio, rastrero y normalmente llevaba a más violencia. Desde el punto de vista psicológico eso sonaba genial, pero no había duda de que la realidad no dejaba espacio para hacer conjeturas mentales. Solo sería feliz cuando ese cabrón estuviese bajo tierra. Y no se sentiría culpable en lo más mínimo.

Había veces en las que se miraba en el espejo por las mañanas, y se preguntaba si en algún momento dentro de esa cueva había perdido la humanidad que toda persona debería tener. Esos hijos de puta habían terminado con sus sueños, con una vida que se adivinaba brillante dentro del ejército. Todos, sin excepción, le dieron la espalda después de los hechos y ella no era una mujer que se cruzara de brazos esperando a que las injusticias cayeran en el olvido.

—Pam, vuelve. —La mano de Dan retiró un mechón de cabello mojado de su frente.

—No me he ido —dijo apartándose de su toque.

Él dejó caer la mano y carraspeó.

—Nunca hablas de lo que ocurrió, ni siquiera conmigo —se lamentó.

—No necesito esa mierda psicoanalista, Dan. Pasó lo que pasó y los dos lo vivimos en primera persona, no hay nada más que hablar.

Sabía que era dura con él, pero recordar las escenas vividas ya la jodía bastante por las noches, así que se negaba a derrumbarse de día. No quería que Dan volviera a verla así. El afán protector de su compañero había llevado a su unidad a pensar que tenían una relación y no era cierto, el sexo que intercambiaban algunas veces no significaba nada para ella. O eso pretendía.

—Está bien, iremos los dos —claudicó—. Ahora dame la información.

—¿Tengo cara de idiota? —preguntó con una mueca.

—No me tientes...

—Retiro la pregunta, vas a herir mi sensibilidad y eso me jodería bastante.

¿Por qué siempre tenía que andarse por las ramas? Estaba perdiendo la paciencia.

—¡Dan! —gritó.

—Joder nena, si te lo digo desaparecerás y te olvidarás hasta de que existo. —Cuando ella iba a rebatir sus palabras levantó la mano—. Tenemos un viaje para dentro de dos días, a la vuelta nos encargaremos del asunto.

Ok, su paciencia se había terminado. Se levantó y fue a abrir la puerta de la entrada.

—Perfecto, pues nos vemos en cuarenta y ocho horas, ahora sal de mi casa.

Dan se levantó y caminó hacia ella como lo haría un depredador. Esa sonrisa en su rostro no auguraba nada bueno.

—¿En serio? Creí que podíamos entretenernos un buen rato, tú y yo.

Empujó la puerta y esta se cerró dando un sonoro golpe que hizo que temblaran las paredes. Dan la miró descolocado.

—¿Qué quieres, Dan? —Se deshizo el lazo del albornoz y lo abrió mostrando su cuerpo desnudo—. ¿Esto es lo que quieres?

Su cuerpo estaba lleno de cicatrices que el hombre no había visto nunca a la luz del día, estaba segura de que cuando estaban juntos podía notarlas pero no era lo mismo.

De repente el semblante de Dan se tornó serio, una máscara fría de ira contenida y una sombra de odio cruzó su mirada. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando él se acercó y atrapó su barbilla con una sola mano.

—Nunca pienses que unas putas cicatrices me van a alejar de ti, me importan una mierda. Lo único que me importa es matar al hijo de puta que te las hizo. —Se puso a su altura a pocos centímetros de sus labios—. Nunca más utilices tu dolor para librarte de mí, si no me quieres cerca, dímelo sin rodeos, ¿queda claro?

Lo cierto es que nunca había utilizado ese tono con ella. Esta vez lo había cabreado de verdad, Dan siempre bromeaba. Él también tenía sus propias cicatrices y a ella tampoco le importaban. No había sido una idea demasiado brillante mostrarse así ante su compañero.

Se apartó de su mano dando un paso atrás mientras cerraba de nuevo el albornoz, cubriendo su cuerpo.

—Lárgate —dijo con voz insegura, asqueada de sí misma por no poder mantener sus sentimientos bajo llave.

—Solo si realmente lo deseas.

Capítulo 2

Maldita sea, ¿cómo se atrevía a hacer eso? Por qué siquiera se le había pasado por la cabeza que él saldría corriendo por unas jodidas cicatrices. El impacto de que se abriera el albornoz había sido por el hecho de dar ese paso y sinceramente, solo había mirado su esbelto cuerpo pasando por alto las marcas. Sabía que se habían ensañado con ella, vio las heridas en su momento y los dos sabían que serían marcas de por vida. Los cortes en su abdomen y pechos habían sido profundos, necesitó puntos de sutura y no murió desangrada porque puso una pistola en el puto cuello de un médico rural. Los dos tenían el cuerpo marcado, su espalda tampoco había salido bien parada, ese matasanos había tenido trabajo esa noche.

Aún recordaba cómo, ocho años atrás, tuvieron que huir por las escarpadas montañas de Afganistán, después de que el hombre se empleara a fondo con los remiendos, metiéndose en terreno enemigo hasta que logró poner sobre aviso a un superior de su escuadrón. Cuando los recogieron y pudo poner a salvo a su, entonces superior, la Mayor Tylor, en aquél helicóptero de rescate, solo entonces logró respirar tranquilo. Se movían de noche y se escondían de día, fueron las peores setenta y dos horas de su vida. Los hombres de la Mayor Pamela Tylor los habían dejado atrás, a su suerte y rodeados de talibanes más que furiosos. Les habían dado por muertos a ambos.

—¿Qué va a ser? —preguntó saliendo de sus recuerdos. Estaba un poco cansado de tener que lidiar con el carácter de Pam, aun así la deseaba con todo lo que era.

Y era un jodido dolor de muelas.

—Te dije...

—Sé lo que dijiste, solo sexo y nada más, ¿te he exigido algo más?

—Dan, que nos conocemos... —musitó.

Lo poco que se había suavizado en su mirada se volvió a encender con cólera.

—¿Crees que no sé cómo te sientes? Tú misma te has inducido a este estado mental, estás perdida, aunque te empeñas en demostrar lo contrario. Soy un amigo y siempre me vas a tener cerca cuando lo necesites. Sin embargo, hay algo que debes saber.

La pilló desprevenida cuando caminó hacia ella y la obligó a retroceder contra la pared.

—Apártame de tu lado las veces que quieras cuando desees estar sola, lo respetaré. Úsame

sexualmente, no me eres indiferente y disfrutamos el uno del otro, no me importa. —Se agachó a su altura y la miró a los ojos—. Pero quiero que estés muy segura de si realmente quieres que desaparezca definitivamente de tu vida, porque te prometo, Pam, que lo haré, respetaré también esa decisión. Recuerda que no soy ningún juguete al que puedas mangonear a tu gusto, mi papel en esta relación es decisión mía. Y en el supuesto caso de que te atrevas a pensar que yo no puedo opinar con respecto a nosotros, me iré y no volverás a saber de mí. Así que no te equivoques, a este juego podemos jugar los dos.

El timbre de su voz y su mirada inflexible, no dejaba lugar a dudas de que hablaba completamente en serio. Sus facciones endurecidas y sus ojos penetrantes la escudriñaban de cerca.

Tragó saliva y cogió su rostro entre las manos. Desvió la mirada a sus labios, apetecibles, carnosos y muy masculinos. Pero seguía furioso.

—Deja de analizarme, Dan. No puedo tener nada serio contigo. Lo sabes.

—No logro entender tu postura...

—No hay nada que entender, somos socios en esto. Cuando todo termine cambiaré de vida. Tengo toda la intención de dejar atrás lo que he conocido hasta ahora...

—¿Y eso me incluye a mí?

Joder, definitivamente, sí.

—Sí, Dan, eso también te incluye a ti.

—Si hay algo que me gusta de ti es tu sinceridad —dijo con una sonrisa triste.

—De eso se trata. No quiero que pienses que terminaremos juntos, porque no va a ser así.

Pero no podía evitar el nudo que se le estaba haciendo en el estómago, de todas las personas a las que iba a sacar de su vida, él sería sin duda, al que más le rompería el corazón. Eso, sin contar el dolor que se infringiría a ella misma. Dan tenía temperamento, pero también sabía que la apreciaba. Lo que ella sentía por él era todo un mar de dudas. Hacía tiempo que había tomado esa decisión, no se echaría atrás. No deseaba tener nada ni a nadie que le recordara su pasado.

—Sigo sin tener ni voz ni voto...

—No en cuanto a mis decisiones, has dicho que lo respetarías...

—Quiero hacerte el amor. Ahora —soltó con voz ronca e inexorable.

Ella sonrió ante su orden apremiante. Dan seguía serio cuando capturó su boca.

La levantó contra su pecho sin dejar de besarla y siguió elevándola por encima de su cabeza sin despegar sus labios, apoyó las manos en sus hombros mientras la llevaba a la habitación.

Las cortinas aún estaban cerradas y cuando Dan la dejó en la cama las abrió dejando que la luz del sol inundara la habitación.

—No te vas a esconder de mí, nunca más.

Imaginó que su cara debía decir, sin palabras, lo que pensaba de que él hiciera eso.

—Dan...

El modo en que la miraba y su manera de respirar, eran un claro indicativo de que el deseo estaba presente.

—No nena, me gustas tal como eres y te lo digo completamente en serio.

Le creyó, no quería hacerlo, pero lo hizo.

—No me avergüenzo de ellas —argumentó abriéndose de nuevo el albornoz y señalando las cicatrices de su pecho—. Pero sé que no son bonitas y que mi cuerpo está desfigurado.

—Tu cuerpo es precioso —dijo acercándose a ella mientras se iba sacando la camiseta por la cabeza y se desabrochaba los pantalones.

Unas ganas irrefrenables de tenerlo sobre ella o debajo, le daba igual, se iban construyendo a través de su piel. ¿Por qué tenía que sentir eso?

Ella no había estado con muchos hombres, por razones obvias, pero con los que se había acostado siempre había sido en la penumbra, no podría soportar que alguno de ellos sintiera lástima o compasión. Y no tenía intención alguna de explicar lo que le había ocurrido, si alguno preguntaba al notar las protuberancias en su piel, siempre decía que eran heridas del ejército, sin más detalles.

Dan se quedó desnudo, se arrancó la pequeña goma que recogía su melena y subió a la cama como si estuviera a punto de devorarla, lo cierto es que lucía salvaje y sus rasgos felinos se acentuaban. Ella se había incorporado, y el beso llegó tan rápido y fue tan voraz que la echó hacia atrás de nuevo. Y ahí estaba de nuevo la razón por la que le gustaba estar con él. No se andaba con rodeos, era un hombre que tomaba lo que quería cuando lo deseaba. Y por encima de todo no la trataba como si fuera una jodida princesita.

Mordió su labio inferior y gruñó mientras la enjaulaba entre sus brazos, abrió más la boca dándole paso hasta que sus lenguas se encontraron y sus pezones se endurecieron al instante.

Su madre siempre decía que había una única persona en el mundo que era la que nos complementaba, esas personas a veces se encontraban pero dejaban pasar su oportunidad, o vivían juntos la pasión hasta el fin de sus días.

Mientras él la besaba y mordisqueaba no quería pensar en que Dan fuera esa persona para ella. No podía aceptar que solamente estuviera a gusto con él y desinhibida, porque tenía muy claro que ningún

otro vería jamás sus cicatrices. Pero estar con él significaría tener el pasado pegado a ella y eso no era siquiera negociable.

Dan giró y ella terminó a horcajadas sobre su duro vientre, bajó el albornoz cogiéndolo por las solapas y arrastrándolo por sus brazos sin dejar de observar su ojos. La sostuvo por la cintura y la subió por encima de su cuerpo hasta que su entrepierna quedó a la altura de su boca, ella apoyó las manos en la pared encima del cabecero y las rodillas a cada lado de su cabeza para no perder el equilibrio. Arqueó la espalda al sentir los labios de Dan y su lengua recorriendo sus pliegues íntimos. Sus manos aferraron su trasero empujándola con fuerza contra su boca.

No pudo evitar soltar un largo gemido, era uno de esos momentos que tanto ansiaba, su mente se volatilizaba y dejaba de pensar en sus planes para desaparecer del mapa.

Dejó caer la cabeza y miró a los ojos a Dan debajo de su cuerpo, era una escena erótica que aún la encendió más. Cerró los ojos cuando sus labios apresaron su clítoris y la lanzó directamente al éxtasis. Su respiración se hizo incontrolable y sus pulmones ardían. Un grito salió de su boca.

Aún se estaba retorciendo de placer cuando él la volvió a colocar sobre su vientre, se relamió los labios y se sentó enfrentándola.

—Eres puro néctar, nena.

Le abrazó y besó su cuello, mordisqueando el lóbulo de la oreja en el proceso, entre sus piernas podía sentir la potente erección de su compañero, estaba deseando tenerlo en su interior, que la follara con fuerza y que los dos estallaran dejándose llevar por el momento.

Levantó un poco las caderas y él enseguida adivinó sus intenciones, la guio sobre su miembro asiendo sus muslos y la hizo descender. Enterró los dedos en su masculino cabello y tiró de él. La ayudaba con sus manos a llevar el ritmo, al mismo tiempo que el subía la pelvis enterrándose completamente en ella.

Dan susurraba su nombre, gemía y gruñía. La besaba y la mordía, ella correspondía con el mismo fervor, lo cierto es que estar con él era bastante rudo. Y eso le encantaba. Adivinaba la devoción que él sentía por ella, no era ciega.

La fricción despertaba en ella todas sus terminaciones nerviosas, una agradable sensación de éxtasis se apoderó de su cuerpo que respondía al de Dan con ardor. El calor que emanaba el hombre la contagiaba y abrazó sus hombros cerrando los ojos, dejándose llevar por el ritmo de su respiración entrecortada... y soñando con que esto nunca llegara a su fin.

Terminaron con un maravilloso orgasmo que hizo que nunca quisiera apartarse de su lado. Abrió los ojos de golpe y fue consciente de sus pensamientos.

Dan arrugó la frente al notar su súbita rigidez.

—Si me dices que no te ha gustado y que no lo has disfrutado, no creeré una sola palabra.

Sonrió por dentro, al ver como él componía una sonrisa torcida que hacía su rostro más atractivo aún.

—Claro que lo he disfrutado...

—¿Entonces qué ocurre? —preguntó algo más serio.

—Nada —mintió—. Voy a vestirme.

Se levantó y caminó hacia el baño. Lo oyó moverse en la cama.

—¿Sabes? Hay gente que no cree en esto, pero yo soy de los que piensan que el sexo une a las personas, más de lo que crees.

Se giró y lo vio sentado de cara a la ventana, su espalda mostraba un sinfín de cicatrices, las que le recordaban lo que él había hecho por ella, pequeños cortes desiguales adornaban la parte alta cubriendo sus omóplatos hasta media espalda, después las cicatrices eran más distanciadas, pero ella sabía que no menos profundas. Le extrañó ver unas iniciales tatuadas en una de sus caderas, no se había fijado antes en ellas. Solo las veía parcialmente, estaban envueltas en una corona de espinas también tatuada. Las dos últimas eran una F y una Y, la primera no la veía bien debido a la postura de Dan, parecía una H pero también podía ser una A. No preguntó.

—Es una teoría, pero es tuya. —No sabía muy bien que responder a eso, ni lo que había querido expresar con la frase.

—Ya. —Su voz sonó seca.

Lo observó un momento mientras buscaba sus pantalones y desapareció en el cuarto de baño antes de que soltara otra de sus elucubraciones mentales.

Tardó unos quince minutos en volver a salir, se había duchado de nuevo y secado su largo cabello. Dan no estaba en ninguna parte del piso, se había ido. Lo que a muchas mujeres les hubiera molestado, para ella fue una liberación. Así es como quería que fuera, sexo y después cada uno por su lado, se alegraba de que el hombre lo entendiera por fin.

Fue a buscar a Goose para salir a dar un paseo, el animal lo necesitaba y ella también. Intentar convencer a su corazón de lo que dictaba su mente, se había convertido en una ardua tarea.

«Es una teoría, pero es tuya..., no mía», se suponía que el resto de la frase quedaba suspendida en el aire. Dan caminaba pensando en si había hecho lo correcto al irse de su casa, pero la sensación de que

sobraba había sido apremiante. Pam era un alma solitaria, a veces simplemente con un gesto le transmitía lo que sentía y cuando habían terminado de hacer el amor, sus ojos decían claramente: «Ahora, lárgate». Bien, no iba a rasgarse las vestiduras, él había echado de su casa a unas cuantas mujeres después de habérselas follado, aunque con mucha amabilidad.

Buscó su *Porsche Cayenne* dos manzanas más allá. Avanzaba con las manos en los bolsillos de manera despreocupada, aunque su mente estaba adueñada aún por Pam. No había vuelto a recogerse el pelo y lo sentía rebotar contra sus mejillas al caminar.

Dos chicas, una rubia y otra morena, calculó que de unos treinta años, se cruzaron con él y se empezaron a dar codazos la una a la otra mirándole, no pudo evitar mirarlas y sonreír. Le gustaban las mujeres, había crecido rodeado de ellas, sentía un gran respeto y admiración por el sexo contrario, eran seres maravillosos a los que todo hombre debería venerar, cuidar y amar. Las chicas soltaron unas risitas y se giraron de nuevo a mirarle cuando ya habían pasado de largo, sabía el efecto que causaba en ellas y eso le gustaba. Caminó de espaldas y les guiñó un ojo antes de seguir su camino.

Y hablando de mujeres... si no llamaba a su madre, antes de volver a viajar, le daría una buena tunda en cuanto lo viera. La mujer era capaz de eso y sus hermanas de ayudarla en el proceso. Aunque no pudo evitar soltar una carcajada imaginándose la situación.

Una señora mayor lo miró frunciendo el ceño y se apartó de su trayectoria, dando por sentado que se habría escapado de algún centro psiquiátrico.

—¡Matt! —exclamó Sue cuando abrió la puerta, aunque el guardia de la verja exterior ya la había avisado, le había sorprendido su visita—. Me alegra verte, pasa.

El hombre entró cuando ella se hizo a un lado y besó su mejilla, después miró hacia su barriga y exclamó:

—Vaya, parece que la pequeña crece a buen ritmo.

Sue hizo una mueca.

—Cada vez me noto más pesada y más torpe.

Matt la miró ceñudo pero no dijo nada.

—Vamos a sentarnos, ¿te apetece un café? —preguntó dirigiéndose a la cocina con él detrás.

—Siéntate, Sue, ya lo hago yo. —Se ofreció solícito.

—Como quieras, yo me haré un té.

No pudo evitar echarle un vistazo de vez en cuando, el hombre parecía pensativo.

—Slade no está, ha ido con Pedro...

—No buscaba al Capitán, he venido para pedirte consejo.

Matt se apoyó en la encimera con la taza de café en la mano.

—Ah, perfecto, espero poder ayudarte.

Matt resopló y se encaminó hacia la mesa enfrente de ella, que ya se había sentado.

—Thomas tiene muchos amigos, pero no he tratado con ellos lo suficiente como para confiarles algo así. Sé que eres discreta y una de sus mejores amigas, por eso he acudido a ti.

Frunció el ceño.

—No te alarmes, Sue, no le ocurre nada.

—Me tienes en ascuas y te veo algo preocupado —dijo antes de tomar un sorbo de su té.

—Me gustaría hacer que la relación que tengo con Thomas fuera algo legal.

Sue abrió los ojos con sorpresa.

—¿De verdad? ¡Eso sería genial! —exclamó entusiasmada.

—Me gustaría algo íntimo, aquí, en Nueva York.

—¿Entonces por qué estás tan pensativo? Es motivo de alegría, lo vas a hacer muy feliz.

Se pasó una mano por su afeitada cabeza y soltó el aire lentamente.

—Por qué sé que a él le gustaría una boda por todo lo alto, pero yo no me siento cómodo con eso. Quizás sea egoísta por mi parte...

—Matt, Thomas te quiere, y por lo que me contó, desde hace mucho tiempo. No creo que eso sea un impedimento para vuestro enlace.

Matt apoyó los codos en la mesa y su frente descansó en sus manos.

—No va a entender lo de la ceremonia íntima.

—Una pregunta: ¿esto lo deseas de verdad? ¿O lo haces por él?

—Buena pregunta; lo deseo de verdad, pero no estoy preparado para una gran fiesta.

—Vamos, lo que os ocurre a todos.

El hombre se la quedó mirando y terminó sonriendo de esa manera extraña en que él lo hacía.

—¿Crees que puedes ayudarme a convencerle de que no es necesario invitar a todo el estado de

Nueva York? Le conozco y...

Sue se echó a reír.

—No hay duda de que le conoces bien —dijo alargando la mano y poniéndola sobre las suyas apoyadas ahora en la mesa.

—Es una faceta de él que sigue asustándome como un maldito demonio —confesó serio.

—Bien, empecemos desde el principio, ¿cómo tienes intención de llevar esto?

—En un par de días partimos de viaje... —Se paró en seco, y la observó receloso.

—Tranquilo he sido informada debidamente —explicó sin poder evitar una carcajada.

—No quisiera que Slade me partiera la cabeza por hablar demasiado.

—No me da detalles de vuestras operaciones, alegando que cuanto menos sepa mejor, pero lo entiendo.

—Bien. —Se rascó la barbilla—. Mi idea es pedirle que se case conmigo cuando vuelva, y sé qué en cuanto eso ocurra va a mover cielo y tierra...

—Y quieres que yo me ofrezca para ayudarle y de paso frenar sus impulsos —adivinó resuelta.

—Si eso no es un impedimento para tu estado...

—No, Matt. Ya he entregado el proyecto de Dubái, ahora solo queda esperar a que sea aceptado para entrar en el concurso. Me irá bien pasar tiempo con Thomas y así los niños también saldrán más a menudo.

Él entrecerró los ojos.

—Sabes que debes ir acompañada de los escoltas, ¿verdad?

—Lo sé... —dijo con voz cansada—. Y lo acepto por que la cordura de Slade podría acabar mal.

—Os quiere a salvo, es bastante lógico.

—No te pongas de su parte o seré yo la que invite hasta a los Obama, últimamente me caen bien.

Matt esta vez no reprimió su sonrisa, levantó las manos en señal de rendición y cabeceó.

—Ok, está bien, voy a reunirme con Thomas.

Sue carraspeó.

—Creo que no va a ser necesario.

El timbre de la puerta les interrumpió.

—¿Es él?

—Me temo que sí, lo siento, no tenía ni idea de que vendrías.

—¿Y a qué se debe?

—No hay tiempo, Matt, di que te he invitado a venir.

Matt iba a replicar, pero ella ya iba hacia la puerta.

—Hola preciosa, he venido en cuanto he terminado mi clase, no he tenido tiempo de hablar con Matt.

—Hola Thomas, pasa, Matt está en la cocina. Me he tomado la libertad de llamarlo yo.

Matt se puso alerta, ¿para qué les iba a llamar?

—Hola cariño, qué bien que ya estés aquí, la votación es seria, el nombre de mi sobrina está en juego.

Se dieron un ligero beso en los labios, Matt ya no se escondía de Sue. Otra cosa era mostrarse ante su unidad, eso le costaba más trabajo.

—¿Votación? Creí que ya estaba decidido.

—Ha habido un pequeño contratiempo.

—¡Hola, Sue! —Nathan entró como una flecha directo a la chica, pero como si supiera que debía tener cuidado, se detuvo a pocos centímetros de su barriguita.

—Hola, cariño. —Ella se agachó y besó la frente del pequeño.

De pronto la cocina se llenó de niños, Matt les dedicó una pequeña sonrisa pero se mantuvo alejado. ¿Qué sabía él de críos? Por lo que a él respectaba eran unos seres bastante chirriantes y algunas veces graciosos.

Thomas sacó galletas y batidos, y el escolta que había conducido para traerlos del colegio se esfumó en cuanto pudo.

Killian, Mia y Marie, llegaron diez minutos después. Pedro y Slade aparecieron otros quince minutos más tarde.

Se saludaron todos y pasaron en solemne formación hacia el salón; Slade con cara de fastidio y Killian disfrutando de la situación.

—Bien, terminemos cuanto antes con esto —determinó el Capitán.

—¿Qué prisa tienes? El resultado va a ser el mismo —soltó Killian con el único propósito de cabrear a su jefe.

—¿Estamos todos? —preguntó Slade ignorando a su compañero y amigo.

—A quien le guste...

—¡Alto ahí!

Todos miraron hacia la entrada para ver a Eva entrar muy maquillada y haciendo ruido con unos tacones de vértigo, aún llevaba el brazo enyesado. Detrás apareció Brad también muy arreglado.

—¿Pensabas hacer esto sin mí? —preguntó quisquillosa.

—No, pensaba esperarte eternamente —contestó Slade con sarcasmo.

Sue lo miró con reproche.

—Está bien. Eva, no me aseguraste si vendrías —intentó mediar Sue.

—Pues aquí estoy —contestó dejándose caer en el apoyabrazos del sillón más cercano—. Procede —dijo haciendo un gesto con la mano.

—Perfecto. —Slade miraba a Eva entrecerrando los ojos—. Lo haremos a mano alzada, y quiero dejar claro que tengo buena memoria—. A los que os gusta el nombre de Pocahontas, podéis levantar la mano.

Nathan, que estaba de pie al lado de su padre la levantó dando saltos, Eva, Killian, Marie, y Julito se unieron, pero de repente Sue también alzó la mano y le guiñó un ojo al padre de la criatura. Slade no pudo evitar sonreír, su mujer lo hacía por Nathan.

—¡Vamos, pelirroja! Arriba ese brazo —azuzó el Teniente a Mia.

—Killian, eso es coacción —objetó Brad.

—Mia siempre está de mi parte —anunció socarrón.

—Nunca he estado de tu parte en nada, cariño —contestó la aludida mordiendo las palabras—. Y por supuesto, hoy tampoco.

Nathan resopló y bajó el brazo abatido.

Matt, Thomas, Brad, Pedro, María, y Slade votaron por Alexia. Así que el voto de Mia despejó las dudas, ninguna abstención.

—Está bien, se llamará Alexia —admitió Nathan derrotado y abrazando a Sue.

—¿Podemos ponerle un segundo nombre? —preguntó Killian sabiendo que se jugaba el pellejo.

—Killian...—advirtió Slade.

—Captado, jefe. —Se levantó del sofá—. ¿Quién quiere *pizza*?

Los niños se arremolinaron alrededor de sus piernas y cuando cogió en brazos a Marie, la pequeña de Mia, sonrió.

—Vamos a votar, ¿de qué la queréis? —dijo a carcajadas sacando el móvil del bolsillo.

Slade negó con la cabeza y se acercó a su mujer.

—No se te ocurra volverme a asustar, realmente me has acojonado.

Sue se echó a reír y Eva lo miró seria.

—No puedo esperar a que tengáis más hijos...—dijo en tono de amenaza.

Cuando Eva salió del salón. Slade miró a Sue.

—Tu amiga es un maldito grano en el culo, pequeña.

—Lo sé —contesto riendo.

Capítulo 3

Yemen

Tres días después.

—¿Hay más empresas de seguridad privada? —preguntó Michael frunciendo el ceño.

Dan miró a su alrededor y vio grupos de hombres armados cerca de los camiones, a algunos de ellos los conocía por haber coincidido en misiones cuando aún era un Marine, a otros, por ser compañeros que acudían a La taberna de Julio, pero habían al menos tres que habían presentado solicitud a Slade para entrar a formar parte de Security Ward. Habían sido rechazados por tener pasados violentos.

—Eso parece, hay hombres ahí con los que no quisiera cruzarme, es inconcebible que los hayan contratado —dijo el Capitán.

Dan observó a su jefe y admitió mentalmente lo que todos pensaban; harían su trabajo y se marcharían, no tenían por qué fraternizar en el proceso.

Ian, Michael, Wyatt, Jacob, Elijah, Killian, Matt y Pam, estaban apoyados o sentados sobre los dos todoterrenos llenos de polvo. Killian se estaba fumando un cigarro y observaba atentamente lo que ocurría a su alrededor. Mia ya no trabajaba con ellos y en pocos días se incorporaría a la academia del FBI, el hombre parecía echar de menos a su mujer, estaba más callado de lo habitual.

—Enseguida vuelvo. Killian, conmigo —anunció Slade.

Killian saltó desde el capó y apagó el cigarrillo con su bota. Los vieron caminar hacia un grupo de hombres uniformados de alto rango. Los Marines que estaban apostados cerca de sus superiores, eran hombres y mujeres que en aquel momento repararon en ellos.

—Cualquier día de estos van a provocar algún desmayo —dijo Jacob jocosamente.

Pam resopló al ver a las mujeres repasar los cuerpos del Capitán y del Teniente.

—Peor para ellas, ya hace suficiente calor como para perder saliva babeando.

El aire era pesado y olía a polvo.

—Estoy seguro de que ahora mismo eres la mujer más envidiada del país, estás siempre rodeada de hombres atractivos. —Dan no pudo evitar soltar la frase y guiñarle un ojo.

—No lo dirás por ti, Nig.

Todos se echaron a reír.

—Se lo pones a huevo —advirtió Elijah.

—Está loca por mí, pero ella aún no lo sabe —contestó con picardía mirando a su compañero.

Entre resoplidos y carcajadas de sus compañeros, Pam lo miró seria.

—Vete a la mier...

—Eh chicos, dejadlo, ya vuelven —cortó Jacob señalando con la barbilla a Slade y Killian.

La cara de cabreo del jefe era más que evidente y Killian no se quedaba atrás. Todos los miraron expectantes, algo no iba bien.

—Acercaos —pidió Slade.

Se movieron haciendo un corrillo.

—Por lo visto, no hemos sido debidamente informados antes de aceptar esta operación.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Dan.

—Significa que nuestro país guarda tantos secretos, que los pobres desgraciados que accedemos a cumplir estas misiones, terminamos comiéndonos toda su mierda —resumió Killian.

—¿Alguna explicación más detallada? —inquirió Jacob.

Slade miró a Killian y después los encaró.

—Hay una base militar ubicada en algún lugar en medio de la nada, tenemos las coordenadas y hacia allí nos dirigimos. —Levantó la mano para acallar a sus hombres—. Ya sé que hasta aquí no hay nada nuevo. El problema es que no va a ser un convoy como estaba previsto. Nos encargaremos de los vehículos ocho y nueve, vamos por libre y cada unidad va por caminos distintos. No tenemos apoyo aéreo y solo podemos pedir ayuda terrestre si es una emergencia real, lo que significa que pueden necesitar horas para acudir a nuestro encuentro. Parece ser que vamos a atravesar terreno enemigo perteneciente a los rebeldes *hutíes*.

Dan buscó la mirada de Pam y la encontró observándole fijamente, apostaba sus pelotas a que estaban pensando lo mismo, se iban a encontrar otra vez en una situación similar a la vivida en Afganistán.

Tenía que hacer algo, aun a riesgo de perder la cabellera a manos de Pam.

—Jefe, estos tíos pueden ser especialmente crueles con las mujeres...

La sorpresa e incredulidad se reflejó en el rostro de su compañera.

—¡Que te follen, Dan! No voy a quedarme aquí.

—Pam...—Elijah parecía estar de acuerdo con él.

—¡Basta! Pam es una más de nosotros, nunca he discriminado a nadie, es decisión suya si viene o no, y en este momento os estoy dando la oportunidad de retiraros. Si terminamos siendo menos hombres nos uniremos a otro equipo —expuso el Capitán.

—Voy —manifestó Pam.

Nadie dijo lo contrario y nadie se echó atrás. Perfecto, pensó Dan.

—Dime que podremos defendernos a nuestra manera —espetó ahora más cabreado con la situación.

—Vía libre, uso de fuerza letal autorizado.

—Bien.

—¿Qué transporte nos ha tocado? —preguntó Michael.

—A esos cinco estirados de ahí y armamento —informó Killian señalando con su pulgar por encima de su propio hombro.

—¿Qué pasa con el transporte aéreo? —intervino Matt.

—Los dos últimos que lo intentaron fueron derribados.

—De puta madre —murmuró Wyatt.

—Salimos los últimos, en menos de media hora.

—Estamos listos —decretó Ian.

Maldito imbécil, iba detrás de Dan que se había apartado un poco para mear, le importaba una mierda, llegó hasta su espalda y se plantó.

—¿Quién coño te crees que eres para intentar evitar que me una a la operación?

Dan se sobresaltó y giró su cabeza.

—Joder nena, no hagas eso cuando estoy en pleno proceso de evacuación...

—¡Que te den!

El hombre siguió a lo suyo y cuando terminó sacó una de esas toallitas higiénicas que todos llevaban consigo en las misiones.

La miró mientras se restregaba las manos, y ladeó la cabeza.

—¿Quién dice que me refería a ti?

Eso la dejó descolocada momentáneamente, ¿en serio?

—Ahora soy la única mujer en el equipo. ¿Tengo cara de idiota? —inquirió casi gruñendo.

Dan miró por encima de su hombro, justo detrás de ella. Y señaló con el índice al grupo de estirados, eran tres hombres y dos mujeres.

—Yo veo a dos damas más ahí.

Entrecerró los ojos y llegó a la conclusión de que efectivamente la había tomado por idiota, ni siquiera sabían qué o a quiénes iban a escoltar cuando había soltado la famosa frase.

—¡Basta! No intentes protegerme. Déjame en paz, Dan.

En los ojos de su compañero se adivinaba decepción pero también furia, Pam solo lo había visto realmente cabreado una vez, y no había sido hacía dos días en su casa, no. Ella le había visto matar a un hombre con sus propias manos y clavar un cuchillo en la garganta de otro y mirarlo a los ojos mientras emitía sonidos ahogados y la muerte se cernía sobre él. No entendía por qué acudían ahora esas imágenes a su mente, él nunca le haría daño. En su equipo no conocían a Dan en estado puro, ella, sí.

—Como desee la señora.

Simplemente pasó caminando por su lado y la dejó allí parada como una tonta. Perfecto, había conseguido al fin que dejara de estar continuamente encima de ella. Entonces, ¿por qué dolía como si le estuvieran extirpando el hígado sin anestesia? Sacudió la cabeza para despejar esos inconexos pensamientos y giró sobre sí misma para volver junto a los otros. Dan nunca dejaría de molestar, él era así.

—...dos días de camino —estaba anunciando Slade cuando ella llegó.

Ahora había un tercer vehículo, un *Chevrolet* negro immaculado de siete plazas.

—Dudo que esos puedan dormir en otro sitio que no sea en una mullida cama —decretó Elijah.

—Ese no es nuestro problema. —El Capitán hizo una señal para que atendieran—. Varias unidades de Marines van abriendo los diferentes caminos hasta llegar a la base, eso está muy bien, pero todos sabemos que los rebeldes no son estúpidos, así que mantened los ojos bien abiertos.

Los protegidos se acercaron y después de hacer el saludo militar, estrecharon la mano de Slade. El jefe solo les estrechó la mano y pasó del saludo militar; si en el ejército faltaba gente y habían tenido que recurrir a empresas privadas no era de su incumbencia, ellos ya estaban fuera de esas exigencias.

Las dos chicas sonrieron al Capitán como dos bobas y después una de ellas dio un repaso exhaustivo a Dan. Pam puso los ojos en blanco, ya empezaba el baile.

—Acomódense en sus asientos, abróchense los cinturones, pronto partiremos. —La voz de Killian imitando a un asistente de una aerolínea comercial, casi hace que todos terminasen a carcajadas, ella

incluida, y eso que no era muy dada a reírle las bromas al Teniente.

El hombre cerró la puerta del *Chevrolet* dando un sonoro golpe. Solo habían saludado al Capitán, ¿suponían qué los demás eran meros pardillos dispuestos a morir por ellos? No conocían a su equipo. Se arrancarían todas las uñas antes de ponerse entre una bala y esos estúpidos arrogantes, y a la rubia que había mirado a Dan la utilizaría como escudo si se daba el caso.

Bien, quizás el Capitán no estaría muy de acuerdo con eso.

—Phoenix. —Si el jefe pretendía que su voz sonara como una orden, no lo consiguió. Al hombre le faltaba poco para desencajarse.

—Qué mamón —murmuró Dan, pero también se estaba aguantando.

—¿Qué? ¿No he sido lo suficientemente amable? —preguntó el Teniente con su cara más inocente.

—Déjalo, llévate bien con ellos, vas a conducir tú.

—Jefe, no jodas que tengo que ir metido ahí con esos...

—Es una puta orden, Killian. Dan, tú a su lado.

Concedido. A los dos se les había terminado su día de suerte.

—Cuando terminen de cargar el otro vehículo —continuó Slade señalando uno de los todoterreno—, lo conducirá Elijah, y Pam, tú iras con él.

Por el rabillo del ojo observó a Dan, no parecía afectado. En otro momento habría hecho muecas. Hoy no. Perfecto.

En ese preciso instante los hombres terminaban de cargar las cajas, uno de ellos levantó el pulgar, dando por terminado el trabajo.

—Ya podemos irnos.

Se acomodó junto a Elijah, ellos abrían la marcha, después iba el coche conducido por Killian y por último Slade, al volante del tercer coche.

—¡Joder! —gritó Dan sin poder contenerse.

Ya era la tercera vez que tocaba el techo con su cabeza y no era divertido. El maldito camino de cabras estaba hecho una mierda y Killian parecía divertirse con ello a juzgar por la sonrisa que tenía en

sus jodidos morros. No podían ponerse el cinturón, en el supuesto caso de que alguien o algo obstaculizaran el camino, no podían perder el tiempo desabrochándolo.

Al momento recordó que no estaban solos.

—Disculpen señores y señoritas.

Los tíos ni siquiera le miraron, sin embargo, las mujeres sonrieron. Ellos sí iban bien atados, rebotando en sus asientos pero a salvo del techo del vehículo.

Llevaban dos horas de camino y hasta que al Capitán no le saliera de los huevos parar, no lo harían. La conversación con Killian era más bien escasa. Pasaban de hablar delante de esos tipos y bellas damas. Si al menos pudiera poner música, pero eso tampoco era una buena idea, tenían que estar alerta.

—¿Te aburres? —preguntó Killian usando un tonito jocoso que le cabreó bastante.

—Para nada, aquí hay una fiesta de cojones —dijo intentando que no se le oyera demasiado.

El Teniente se rio y pilló otro bache a propósito. Gruñó pero se abstuvo de maldecir.

—¿Es usted norteamericano? —preguntó la rubia.

—Nací en Cuba, pero me llevaron a Estados Unidos con solo dos meses de edad. Tengo las dos nacionalidades.

—Tiene aspecto latino, por eso preguntaba.

—Me lo dicen a menudo, sí.

—Ah —dijo sonriendo.

La chica era guapa, la otra no tanto, pero tenía encanto. ¿Qué mujer no le gustaba a él?

—¿Y usted? —Esta vez se dirigió al Teniente.

—Yo solo soy un conductor.

Joder con Killian. Esas personas se le habían atragantado y se negaba a ser amable. La chica se volvió a apoyar en su asiento y miró por la ventana, no parecía demasiado afectada por la seca contestación.

—Teniente —dijo Dan entre dientes.

—Olvídame —contestó Killian de la misma forma.

Nada que hacer, a Phoenix solamente lo ponía en su lugar Mia, la mujer tenía el cielo ganado.

Miró al vehículo que iba delante, Elijah y Pam. Había necesitado de todo su control para no apartar a Elijah y meterse en el maldito coche con ella. Pero empezaba a estar harto de que la chica se alejara de él una y otra vez. Mujer testaruda.

—Parece que vamos a hacer una parada — dijo Killian una hora después.

Slade hacía ráfagas cortas con las luces del coche. Killian hizo lo mismo, detuvo el coche y le lanzó una mirada inquisitiva.

—Será un placer. —Captado, quería que fuera a hablar con el Capitán y se alegraba de abandonar el vehículo.

Se reunieron a medio camino Slade, Pam y él.

—Buscaremos un sitio ahora que aún es de día, y saldremos de nuevo de madrugada. No hemos entrado en los dominios de los rebeldes, así que este debería ser un lugar seguro. Un par de kilómetros más adelante están los Marines —dijo mostrando un teléfono vía satélite.

No podían usar la radio, eso sería como encender una hoguera en medio de un bosque de noche, no es que fuera el caso, no había muchos árboles cerca. Pero parecía haber unas cuantas cuevas, putas cuevas.

—Camuflad los vehículos. Voy a revisar los alrededores.

Al cabo de dos horas habían montado una tienda de campaña dentro de una cueva, ni de coña iba a dormir ahí, ni dentro de la tienda, eso era para los estirados esos. Pero seguro que Slade haría turnos rotativos para que durmieran un rato dentro de sus sacos junto a la tienda. Se negaba a entrar en la cueva.

Comieron unos sándwiches y efectivamente, Elijah, Ian y Matt, habían sido designados para hacer el primer turno de vigilancia mientras los otros descansaban.

Ya era noche cerrada cuando se acomodó a un lado de la entrada a la cueva. Vio como Pam hacía exactamente lo mismo al otro lado. Se tumbó de costado y clavó los ojos en él. Bajo la tenue luz de la luna podía ver la tristeza en sus ojos, los recuerdos acudían a ellos en oleadas.

Cerró los párpados, le había pedido que la dejara en paz y así lo haría. Pero estaba deseando ir y abrazarla, decirle al oído que no estaban en Afganistán y que ningún capullo pondría sus zarpas sobre ella, antes tendrían que matarlo.

Pam no aceptaría eso, así que se concentró en dormir.

Oyó unos pasos cerca, pero venían del interior, alguien debía ir a vaciar la vejiga, dejó de prestar atención.

Sabía que no pegaría ojo, por mucho que ella quisiera perderlo de vista, no podía evitar que sus pensamientos fueran a Pam una y otra vez. Los recuerdos eran muy vívidos ahora, en este lugar de mierda. Casi podía leer la mente de su compañera de equipo. La misma que años atrás fue su superior al mando.

Los pasos se detuvieron a su lado. Joder, no quería desviar la atención de Pam.

Capítulo 4

—Cuéntame cómo es Cuba, nunca he estado —susurró una voz femenina.

Abrió un ojo y la chica rubia estaba sentada junto a él, ahora llevaba pantalones militares y un jersey que se adhería a sus pechos marcando dos fantásticos pezones. Intentó no mirarlos fijamente. Su rubia melena fluía suelta alrededor de sus hombros.

—¿Cómo sabes que no estaba durmiendo? —preguntó también en voz baja cerrando el ojo nuevamente y sin moverse.

—Llevo un rato observándote, acabas de acomodarte y tu respiración no parecía muy acompasada.

Como si pudiera, las cuevas no eran lo suyo.

—Siempre estamos alerta.

—Lo sé, pero tus compañeros están fuera y los Marines no demasiado lejos.

Se sentó y se apoyó en la roca.

—Deberías dormir —dijo con voz cansada. La mujer tenía ganas de charla, él no.

—Estoy nerviosa, es la primera vez que salgo de Estados Unidos.

Arqueó una ceja.

—Soy suboficial.

—Ah, eso lo explica todo.

—Sí —dijo con una sonrisa tímida.

El aire se le estaba haciendo demasiado pesado, le costaba respirar, echó un vistazo a Pam, estaba muy quieta, parecía tranquila.

—¿Cuánto tiempo vais a estar en la base? —preguntó por decir algo.

—Tres meses, espero acostumbrarme.

—Hay muchas comodidades, se parece a un campamento de *Boy Scouts*. Pasable.

Ella se rio y al momento se cubrió la boca mirando alrededor.

Estuvieron unos minutos más hablando, le dijo lo maravilloso que era su país natal, se enteró de que todos sus amigos la llamaban Mel y que tenía unos esplendidos veinticinco años. Después se retiró a la tienda y él intentó dormir, solo que un quejido de Pam lo puso en alerta.

Mierda, ¿se había quedado dormida? ¿Estaría soñando? Agudizó el oído, pero no oyó nada más. Sin

embargo, parecía inquieta.

Buscó con la mirada a Slade que estaba sentado, apoyado en una roca del fondo de cara a la entrada, tenía los brazos cruzados sobre su pecho y los ojos cerrados, era una posición claramente de alerta, el jefe no estaba durmiendo.

A estas alturas, sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y percibía cada movimiento a su alrededor. La tienda solo daba un poco de privacidad a las dos mujeres, todos los hombres y Pam permanecían fuera de ella, aunque al cobijo de la cueva.

Estaba deseando salir al exterior, pero tener que dar explicaciones al Capitán no era una opción, si el hombre ordenaba dormir eso es lo que haría, o al menos lo fingiría. Olía a mohó y el aire estaba enrarecido, le traía demasiados recuerdos. Pero en todos los años que había estado en la unidad ni uno solo de sus compañeros había notado nunca nada anormal en él y hoy no iba a ser una excepción.

En el relativo silencio de la noche Pam volvió a quejarse, y esta vez se oyó demasiado alto, miró a Slade. Su jefe tenía la vista clavada en la espalda de su compañera y desde donde estaba pudo ver como tensaba la mandíbula.

Hora de poner remedio al asunto, daba igual que Slade viera sus movimientos, después diría que lo había hecho para no inquietar a esa pandilla de estirados. Lo miró y señaló a Pam, Slade hizo un leve asentimiento de cabeza y él se levantó y se tumbó al lado de su compañera. Puso su saco de dormir a modo de tienda y una vez fuera de la vista de todos tocó el hombro de Pam.

—Pam...

—¿Qué?

—No levantes la voz, nena.

Se giró hacia él quedando cara a cara.

—¿Se puede saber qué haces? —susurró.

Dan resopló.

—Haces ruiditos y antes de que el jefe te cosa a preguntas he venido.

—Me he quedado dormida, pero algo me ha despertado.

—Habrás sido tu misma, te quejabas...

—Mierda.

—Tranquila, nadie se ha enterado.

Si le decía que el Capitán se había dado cuenta se mortificaría.

—No sé si es el hecho de que me nombraras a Modano, pero aparece en mis sueños más a menudo de

lo habitual.

—Lo siento, debí esperar a decírtelo después del viaje.

Hablaban en un tono de voz casi inaudible, los labios a pocos centímetros del otro.

—No lo sientas, no sabes cuánto deseo terminar con esto.

Dan sabía a lo que se refería, pero «*terminar con esto*», también incluía terminar con él. Acarició su mejilla con el pulgar y después descendió lentamente hasta sus labios.

—No te alejes...

¿Y ahora suplicaba? Maldita sea. No había suplicado nunca en su vida, mierda. Sí, lo había hecho.

—Tiene que ser así —contestó ella con voz seca.

Levantó el saco y se sentó. Consultó el reloj y se volvió para enfrentarlo.

—En diez minutos es mi turno, que descanses.

Cuando cogió su arma y salió a enfrentar la noche, él se quedó mirando el techo como un idiota.

—Tienes una hora para descansar, hazlo.

Slade pasó por su lado en aquel momento y le dio un pequeño golpe en la bota.

Asintió y se dio la vuelta sobre un costado.

—¿Va todo bien? —La voz del jefe rompió en la noche mientras ella ocupaba el lugar de su compañero—. Elijah, entra y duerme un rato.

Elijah no se hizo de rogar, estaba cansado según le acababa de explicar.

—¿Y bien?

Pam lo observó y cayó en la cuenta de que ni Elijah ni ella habían respondido a la pregunta.

—Jefe, supongo que sí, yo he salido ahora...

La miró entrecerrando sus verdes ojos.

—¿Tienes pesadillas? —inquirió directo a la yugular.

—No, no las tengo —contestó sin vacilar.

La expresión del rostro del Capitán dejó a la vista que no creía ni una palabra. Ese hombre se enteraba de todo, no creyó ni por un instante que Dan hubiese hablado con él sobre eso. Así que aunque

su compañero pensara que nadie se había dado cuenta, estaba claro que Slade sí lo había visto u oído todo.

Joder.

—Si hay algo que no va bien me gustaría saberlo.

—No te preocupes jefe, solo ha sido un mal sueño.

Intentó sonar convincente. El hombre no dejaba de escrutar su rostro y eso la estaba poniendo nerviosa.

—¿Qué cuadrante tenía Elijah? —preguntó al fin dándose por vencido.

—Desde aquí hacia el sur.

—Bien, pues dirígete hacia allí y utiliza todos tus sentidos.

Asintió una vez y se marchó soltando el aire que había retenido en los pulmones. Tenía que dormirse justamente hoy, el no haber dormido bien días atrás la hacía llevar bastantes horas de retraso en cuanto al descanso.

Cuando volvieran a Estados Unidos, se encargaría de dejar las cosas bien atadas. Si había algo que realmente deseaba en este mundo era tener a Modano bajo su pulgar. Después viajaría. Conocer mundo era una de sus asignaturas pendientes, empezaría por Europa, sí.

Fue paseándose dentro de la sección que le había sido asignada, no quería sentarse para no relajarse. Lo cierto es que no estaba muy en forma a pesar de que cada día salía a correr con Goose. Él era su mejor compañía y de la única que podía fiarse. Su vecina, la señora Rose, se encargaba de sacarlo y alimentarlo cuando ella no estaba. A cambio, ella le arreglaba algún desperfecto de la casa o le pintaba alguna habitación que quisiera renovar, aunque desde que se había quedado viuda ya no tenía esa alegría para remodelar nada de su hogar. Lo entendía, algunas noches cenaban juntas y pasaban una velada de charla.

Su familia vivía en Texas, no tenía mucho trato con ellos desde que había vuelto del ejército, y lo cierto es que los echaba de menos. Se había distanciado a propósito, no quería que se vieran involucrados en sus terribles acciones. La vida que llevaba desde que se había licenciado *obligatoriamente* era una vida llena de pésimas decisiones que no había podido evitar tomar. Para sus padres y sus hermanos, ella seguía vinculada a su trabajo y pasaba largas temporadas fuera del país. No por eso dejaba de enviarles cartas desde algunos de los lugares a los que acudían por alguna misión, en una de las últimas, la que los había llevado a embarcar para un traslado ilegal de uranio, se había hecho un *selfie* en la cubierta del barco y la había enviado desde África antes de volver a su país de origen.

Sí, era un engaño confabulado exclusivamente para mantenerlos fuera de su verdadera existencia, pero

uno urdido para protegerlos, nunca para dañarlos, o eso se empeñaba en pensar cada vez que enviaba una de esas misivas. Llamaba un par de veces al año y ellos parecían contentos con la situación, aunque su madre ponía el grito en el cielo cada vez que se excusaba por no acudir en Acción de gracias o en Navidad. Pero al final lo entendían, su padre también había servido en el ejército, tenía una más que detallada idea de lo que eso significaba.

Decepción, esa era la palabra, y eso era lo que sentiría su padre si supiera su historia. Una que nunca iba a contar en familia. El problema es que si las cosas llegaban a torcerse en algún momento, su otra familia, la que estaba formada por sus compañeros de unidad, también se sentiría defraudada, incluso traicionada. Al contrario de Dan, que era católico, ella era atea, así que no rezaría para que todo saliera bien, pero en muchas ocasiones le gustaba imaginar que un ser superior guiaba sus vidas y que, tanto a ella como a Dan los sacaría de todo esto sin un solo rasguño, a veces pecaba de ingenua. Dan insistía en que su Dios entendía lo que estaban haciendo y que gracias a él las cosas saldrían bien. Respetaba las creencias de todo el mundo, cada persona podía venerar al Dios que le diera la gana, no juzgaría a nadie por eso, pero ella aún no había encontrado ni una sola razón para creer en alguno de todos esos dioses en los que la gente se apoyaba y parecía confiar su destino. ¿Es que esas criaturas celestiales o divinidades permitían las injusticias?

Vaya mierda de debate interno se estaba montando, mejor dejaba eso para más adelante y se concentraba en su entorno.

Todo parecía tranquilo, aun así debía estar alerta, las vidas de sus compañeros y la suya propia dependían de que no se dejara llevar por su caótica mente.

Dos horas más tarde conducía el todoterreno cargado de armamento con Elijah a su lado. Miró por el retrovisor exterior y vio a Dan al volante del *Chevrolet*, ya no tan immaculado, de los tipos elegantemente uniformados. Killian estaba a su lado y a juzgar por el careto del hombre cuando se subió al vehículo, seguía igual de contento que el día anterior, pensó con ironía.

No pudo evitar sonreír y Elijah giró la cabeza para observarla.

—Déjame adivinar, estás pensando en Phoenix.

—Una sardina para ti, ahora tienes que rodar sobre ti mismo y mover los bigotes.

—Qué graciosa. —Pero no se rio.

Se quedó callada, pensando en el hombre que tenía al lado y por el que sin duda daría la vida, la última conversación que tuvieron fue bastante elocuente, básicamente lo había sacado de su vida.

—Él siempre acaba tirando de ti.

Frunció el ceño y le echó un vistazo rápido. Llevaba su pelo rubio corto alborotado y en este momento estaba clavando sus ojos color miel en ella.

—¿De quién hablas? —preguntó confundida, ¿se refería a Dan?

—De Dan —contestó confirmando sus sospechas.

—Elijah, ya te lo dije, ni Dan ni tú, sois mis compañeros, punto.

Y con los dos había tenido una buena relación, solo que con Dan era algo más, sus sentimientos eran muy distintos.

—¿Es Tavalas el qué...

—Adrian Tavalas es un agente del FBI que nos ayudó en un momento dado y no es más que un amigo, ¿por quién me has tomado? —preguntó cortando la frase.

En realidad no estaba ofendida, ella misma había forzado la situación con el federal para alejar a sus compañeros de su lado, solo que Tavalas se lo había tomado en serio y ya le había propuesto un par de citas. De momento había podido ir capeando el temporal, pero el comportamiento de Dan en casa de Wyatt y Nayeli no había ayudado, intentar besarla delante de todos había sentado unas bases totalmente erróneas, ¿o no lo eran?

—Lo que tú digas. —Elijah volvió a centrar su atención en el exterior sin dejar de rebotar en el asiento, igual que ella.

Observó el GPS y confirmó que había girado correctamente en la bifurcación, por llamarla de alguna manera. Estaban entrando en el peor tramo, la zona podía estar más que vigilada por los rebeldes *hutíes* y acabar siendo un blanco perfecto. Pero circular de noche no era una opción, demasiado ruido para estas montañas áridas que dejaban rebotar el sonido de un lado a otro. Por lo que decían los servicios de inteligencia, esos tipos se mantenían escondidos a la luz del día y podían pensar que el sonido de unos motores eran los del ejército del país haciendo rondas. Estados Unidos no quería un enfrentamiento abierto con los rebeldes, lo único que ansiaban era una buena posición militar que pudieran utilizar desde este lugar estratégico. Básicamente era un punto de espionaje.

—Para Pam, veo algo delante.

Una pequeña columna de humo se alzaba detrás de un pequeño monte en el horizonte.

—Detén el coche —insistió el hombre.

—Te he oído la primera vez, Elijah.

Se acercó a un lado y paró. Slade saltó del vehículo y avanzó hacia ellos. Killian y Dan también, junto a uno de los hombres uniformados. El aire estaba tan lleno de polvo que costaba respirar.

—Han atacado un convoy siete kilómetros hacia el este, no hay heridos pero uno de los camiones ha

estallado. Me acaban de informar. Nuestro camino sigue libre.

—¿Cuántos kilómetros quedan? —preguntó el hombre.

—Llegaremos al atardecer si nada nos lo impide.

Slade nunca daba más explicaciones de las necesarias, así que giró en redondo después de dar la orden de continuar.

Capítulo 5

—Buenos días, Mia —saludó Nayeli al entrar en el coche—. Siento haberte hecho esperar...

—No te preocupes, te he avisado con el tiempo justo y sin darte explicaciones —se excusó su reciente amiga.

La misma que se había tirado a su Wyatt. Era una buena chica, no la culpaba, el hombre merecía tener una vida y ella no estaba allí para él. Mia no se ganaría su desprecio por algo que había ocurrido tiempo atrás. Las cosas habían cambiado, Wyatt y ella estaban juntos y se amoldaban bien el uno al otro.

No había conseguido trabajo pero estaba en ello.

—Tu amiga... ¿cómo has dicho que se llamaba?

—Theresa.

—Theresa, disculpa no lo recordaba.

—No pasa nada, me ha comentado que podría necesitar una profesora para los más pequeños y he pensado en ti.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Mia la miró un momento mientras conducía.

—Bueno no cantes victoria, mi amiga es muy exigente, aunque puedo estrangularla un poquito para hacerla entrar en razón.

—Espero que no sea necesario —dijo riéndose.

—Tienes bastantes puntos a tu favor con la reciente donación que has hecho.

—No quisiera que eso...

—No, Theresa no es así, si no le gustas o no acepta tu expediente, te lo dirá abiertamente.

—Lo prefiero así.

—De todas formas está muy agradecida, todo lo que consigue con las donaciones lo entierra en ese lugar para poder acoger a más niños, es su vida.

Se veía a la legua que Mia sentía un gran cariño por la mujer.

—Tu hija, Marie, ¿está ahora allí?

—Sí, Killian y yo decidimos que podríamos cambiarla a otra escuela más cercana a nuestro piso, pero se negó. Marie quiere mucho a Theresa, es como una segunda madre para ella. El tiempo que he pasado

fuera, entre el ejército y la empresa de seguridad, las unió mucho, y yo feliz de que así sea, no podría confiar en nadie más que ella.

—Tienes suerte de tenerla.

—Sí, es una gran persona.

Nayeli miró el paisaje repleto de edificios altos que iban dejando atrás. Ya nunca más se sentiría sola, Wyatt le daba su amor y ahora tenía a sus amigos como propios también.

—Nayeli, ahora nos tienes a nosotros —dijo Mia adivinando sus pensamientos.

—Gracias, sois geniales.

Mia se puso a reír descolocándola por completo mientras tomaba una carretera secundaria.

—Somos una pandilla de tarados, hay que reconocerlo, pero nos tenemos los unos a los otros, eso es lo genial.

—Es más de lo que yo tenía...

—Intenta pasar página, sé feliz y mira hacia adelante, el mal que hicieron esos hombres ya está hecho y nada pudo evitarlo, ni siquiera tú, intuyo que es lo que más te duele.

Le sorprendía la capacidad que tenía Mia para ver en su interior.

—Lo sé, pero tantas familias destrozadas...

—Siempre hay idiotas dispuestos a destrozarse a una familia por el simple hecho de hacerlo, son criminales, cualquier excusa es buena para ellos. Por suerte también somos muchos los que nos dedicamos a darles caza.

Carraspeó y ahora fue ella la que adivinó sus pensamientos.

—Mia, lo tuyo era algo personal, creo que cualquier persona podría entenderlo. Wyatt me explicó tus razones para hacerlo. Maté a Tyler, el idiota que me violó y..., no me arrepiento.

—Supongo que no es bueno decir esto en voz alta debido a mi profesión, pero sentí una gran liberación cuando disparé a Laurel. Esa mujer jugó con mi vida y con la de Killian, sin importarle las repercusiones de sus actos. Así que las dos actuamos en consecuencia. Debemos reconocer que no estuvo bien, que para algo existe la justicia y los hombres y mujeres que intentamos defender la ley, pero hay cosas que nos superan.

—Supongo que sí. La única explicación viable, por lo menos en mi caso, es que no podía consentir que un energúmeno como ese pululara suelto por el mundo.

—Creo que lo puedo aplicar también en mi caso.

Se miraron y asintieron, no había otra explicación razonable para el resto de las personas, pero ellas

tenían sus propias teorías. ¿Qué mujer no lo daría todo por matar a su violador o caparlo en el mejor de los casos? La gente que defendía lo contrario no había pasado por una situación así. Nayeli sabía que esa nefasta tarde Tyler había despertado lo peor de ella, un sentimiento que ni siquiera sabía que tenía. No se arrepentía de sus actos ni lo haría jamás. Solo fue la gota que colmó el vaso, tantas muertes sin sentido a su alrededor ya la habían hecho querer tomar las riendas y acabar con esos malditos sádicos, entre los que estaba incluido su fallecido marido, Patrick.

Mia aparcó el coche ante una casa grande aunque antigua y llamó a la puerta, abrió la propia Theresa que abrazó a su amiga y estrechó su mano cuando Mia las presentó. Llevaba colgando de la cadera a un pequeño rubio de no más de dos años que las observaba moviendo su chupete con el ceño fruncido.

—¿Es Jared? —preguntó Mia

—Sí, Tavalas movió los hilos para que los servicios sociales aceptaran incluirlo en mi programa. —Miró al pequeño—. No quiere separarse de mí, así que le voy enseñando las clases y antes incluso se ha reído con las payasadas de una de las profesoras.

Se rieron.

—Poco a poco se irá acostumbrando.

—Nayeli es la chica de la que te hablé; la mujer de Wyatt.

Tenían la costumbre de identificarla así aunque no estuvieran casados, pero a ella no le importaba.

—Perfecto, Nayeli acompáñame a mi despacho, espero que no te importe que tengamos a un intruso —dijo sonriendo hacia Jared.

—No, por supuesto, además parece bastante interesado —admitió al ver que el niño no dejaba de observarlas un tanto serio.

—Os dejaré para que habléis a solas, voy a espiar a Marie —dijo Mia antes de marcharse por un pasillo lleno de dibujos infantiles pegados a cada lado de las paredes.

Entraron en un despacho acogedor y de muebles antiguos que desprendía un agradable perfume floral. La mujer la invitó a sentarse y después se sentó con Jared en su regazo al otro lado de la mesa.

—Me he tomado la libertad de consultar tu *currículum* antes de que llegaras. Tengo que decir que me ha sorprendido en un principio. Pero no te preocupes, Mia me ha explicado tu vida anterior a grandes rasgos, y comprendo que no hayas podido tener mucha experiencia en el campo de la educación.

—Sé que eso es un problema, y soy plenamente consciente de que si no me han llamado antes es por mi pobre expediente. No tuve la oportunidad de trabajar después de la universidad.

Si Mia ya había explicado algo de su pasado a su amiga, ella no iba a entrar en esa materia, de momento.

—Bien, necesito a una profesora para estos pequeños —explicó mirando a Jared que en ese momento se dedicaba a estrujar un papel entre sus regordetes deditos—, no suelo hacer esto, y vamos a tener que rellenar de alguna manera tu dossier, pero dado que vienes de parte de Mia y ella tiene buen ojo para las personas, mañana mismo puedes empezar.

Nayeli notó como se le agrandaban los ojos, ¿en serio había conseguido un trabajo? ¿Y además de lo que a ella le gustaba?

—¿De veras?

—Claro que sí, de algún modo tienes que empezar en la vida laboral, por tu manera de mirar a Jared ya sé que te gustan los niños.

Se sintió algo idiota al notar que se estaba emocionando, siempre había dependido de su exmarido para disponer de dinero y ahora por fin se podría mantener a sí misma. Wyatt sabía cómo pensaba, así que no se extrañó ante su insistencia en enviar *currículums* por toda la ciudad de Nueva York.

—Me gustaría dejar claros algunos puntos. —Theresa alargó su mano y la puso sobre la de ella, Jared quería hacer lo mismo pero no llegaba, eso fue algo gracioso que la hizo sonreír—. No hago esto por tu más que generosa donación al centro, lo hago porque soy de esas personas que piensan que todo el mundo debería tener una oportunidad. Lo has tenido difícil hasta ahora, no creas que batallar con niños todo el día no te deja para el arrastre, pero creo que disfrutarás de tu trabajo.

—No sé qué decir, muchas gracias, no te defraudaré.

—Sé que no lo harás.

Se levantó, y cuando ella iba a hacerlo, Theresa le hizo una señal con la cabeza.

—A ver si Jared se quiere quedar contigo mientras voy a buscar a Mia.

Dejó al pequeño con sumo cuidado sobre su regazo y apartó las manos lentamente, supuso que esperando que se revolviere y quisiera volver con ella. Pero para su asombro no lo hizo, sino que cogió su pelo y lo enredó entre sus dedos.

—Enseguida vuelvo —susurró Theresa guiñándole un ojo—. Le gustas.

En pocas ocasiones había tenido a un bebé en brazos, no había disfrutado de hijos propios y mirar a este pequeñín de ojos marrones y rubio cabello, casi como el de ella, la estaba desarmando. No dejaba de mover el chupete entre sus labios y la miraba con fascinación, los dos lo hacían mutuamente.

—Hola, Jared —le dijo con suavidad cuando se quedaron solos.

Jared se sacó el chupete y acto seguido intentó ponérselo a ella en los labios. Se echó a reír.

—No, no, cariño, es para ti.

Y como si la hubiera entendido se lo volvió a poner y centró su atención en el collar con el diamante verde que siempre llevaba, el que se compró porque le recordaba a los preciosos ojos verde oscuro de Wyatt.

El pequeño tiró de él con fuerza.

—Espera cielo, no tires tan fuerte —dijo cogiendo su manita, tenía más miedo de que él se hiciera daño que de que el collar se rompiera.

Sus mofletes se inflaron señal inequívoca de que iba a enfadarse en menos de un segundo.

—Oh, no, no, no, espera, vamos a mirar por la ventana, ¿sí?

Quería distraerlo, hacer que se olvidara del collar, en cuanto lo soltó lo echó hacia detrás haciendo que la piedra colgara por su espalda. Se levantó y se acercó con Jared a cuestas hasta el cristal.

—Mira Jared, seguro que algún día serás un gran empresario y ocuparás uno de esos despachos, seguro que el más alto de la ciudad —dijo señalando la silueta de Nueva York.

Vaya tontería para decirle a un niño, pensó. Pero como si él la hubiera entendido plantó su manita en el cristal y miró al horizonte. Siempre se había preguntado cómo sería ser madre, pero poco después desechaba la idea, en cuanto veía lo que la rodeaba. Según el médico que la había visitado tan solo hacía dos días, la ligadura de trompas que le habían practicado en París era irreversible. Ya era demasiado tarde para ella, pero lo que más le dolía era que para Wyatt también lo era.

—Ah ahí estáis.

Se giró con el pequeño curioseando la puerta.

—Nayeli, me alegro, ya me ha dicho Theresa que empiezas mañana.

—Sí, gracias Mia.

Theresa se acercó a ella y alargó las manos hacia Jared que no dudó ni un momento en volver a sus brazos.

—Mia quiere hablar contigo, yo intentaré que este pequeño demonio quiera jugar con los otros.

Asintió y se apoyó en la ventana.

—¿Recuerdas el accidente de coche de Wyatt? —empezó Mia sin más preámbulos en cuanto la mujer abandonó la estancia.

—Sí...—Enseguida su cabeza ató los cabos sueltos —. No me digas que ese pequeño es el mismo Jared del que Wyatt me habló.

—Sí, es él —asintió sonriendo.

—¿Qué hace aquí? Sé que su madre murió en el hospital...

—La policía no encuentra a nadie más de su familia.

Dios mío, esa criatura, como tantos otros en este lugar, se había quedado solo.

—¿Y cómo se actúa en estos casos?

Mia estaba apoyada en el borde de la mesa y soltó el aire.

—Eso te lo explicará mejor Theresa. Sé que de momento se queda al cuidado de la institución por un tiempo, no sé cuánto es, si pasado ese tiempo no hay nadie que pueda hacerse cargo de él, o no tiene más familiares, pasa a formar parte del programa de acogida. Es pequeño y estoy segura de que muchas familias se interesarán por él enseguida. Theresa es psicóloga, interactúa con las parejas que más posibilidades tienen de adoptar. Nunca ha tenido ningún problema después de que los niños comiencen una nueva vida con una de las familias, este lugar goza de una buena reputación.

—No es casualidad que esté aquí...— empezó a afirmar.

—No, Dan y Pam vieron a Wyatt con él y en cuanto el agente de policía dijo que alguien debía llamar a los de los servicios sociales, le dije a Tavalas que lo hiciera él. No le costó mucho convencerlos de que este era un buen sitio y lo trajeron aquí.

—¿Wyatt lo sabe? No ha vuelto a nombrarlo.

—No, no lo sabe, pero se lo puedes decir tú.

—Se lo diré...

¿Mia pretendía que ellos pugnarán por adoptar a Jared? ¿Con su pasado? Eso sería imposible. Si Wyatt sentía algo por ese niño no se lo había comentado, quizás para no hacerla sentir mal por el hecho de no poder tener hijos.

¿Quién en su sano juicio les dejaría tener a Jared?, ella con un exmarido asesino y Wyatt con una profesión peligrosa, no es que supiera mucho de eso, pero no hacía falta ser un lince.

Lo cierto es que le estaba cerrando muchas puertas a Wyatt. El tema de los hijos no había salido aún a colación, aunque él sabía de su condición. Tenían que volver a hablar.

Capítulo 6

—Mierda, ¡puto camino de cabras! —Dan se giró para ver como Killian abría los ojos, ¿cómo coño podía dormir tan plácidamente?—. Teniente, creo que hemos pinchado.

—Joder, avisa a Pam y aminora la marcha —contestó con voz ronca.

Hizo varias ráfagas cortas con las luces y frenó.

—¿Qué pasa ahora? Nos vamos a retrasar demasiado —escupió el hombre que iba sentado detrás de Killian, el que tenía más rango de los estirados.

Phoenix se enderezó y se giró lentamente. No se había dirigido a ellos para nada y ahora lo iba hacer de la peor manera.

—¿Cuál es su jodido problema? No hemos tenido ningún retraso...

—Vamos demasiado lentos, su Capitán hace más paradas de las necesarias, mis hombres y yo estamos deseando llegar.

—¿Pretende que continuemos el resto del camino rodando sobre una llanta?

Había tal desprecio en su voz que el hombre entrecerró los ojos y se echó hacia delante en su asiento.

—Su insubordinación le saldrá cara algún día.

—Hace tiempo que el radar del ejército dejó de alcanzarme, así que ahórrese las amenazas. No está en esa posición.

—Debí negarme a que un grupo de mercenarios tarados nos condujeran hasta la base.

«Mierda», pensó Dan, «eso no ha debido decirlo».

Killian salió disparado del coche y abrió la puerta de atrás. Dan vio, a través del retrovisor, a Slade acercarse al vehículo.

—Por mí puede continuar a pie, porque aquí los tarados somos los que vamos a dar la cara y quizás algo más por salvar su lamentable culo si alguno de esos rebeldes decide que su immaculado uniforme le puede servir como papel higiénico.

El hombre también bajó del SUV y encaró al Teniente. Tuvo que levantar bastante la vista, Killian era alguien a tener en cuenta.

—Informaré sobre esto, es usted un maldito indisciplinado.

Cuando estaba seguro de que su compañero iba a soltar las maldiciones más soeces que le vinieran a la cabeza, Slade se plantó ante él.

—Phoenix, el neumático.

Killian le sostuvo la mirada al Capitán y este enarcó una ceja. Sin una palabra más dio la vuelta y se marchó.

—En cuanto a usted, si tiene alguna queja sobre mis hombres puede dirigirse a mí, yo y únicamente yo respondo ante ellos. ¿Queda claro?

Slade había utilizado un tono tan autoritario que habría acojonado a cualquiera. No fue el caso de ese hombre.

—Sus hombres están locos y no hacen más que desafiarme.

—Mis hombres —repitió el jefe en el mismo tono —, están aquí para proteger, no para hacer vida social. Y ahora dígame, ¿cuál es su problema?

—No quiero que nos detengamos más, le ordeno que nos lleve hasta la base sin más contratiempos.

—Perfecto, si lo desea así, es como será. Le sugiero que vacíe la vejiga, lo va a necesitar.

A Dan le dieron ganas de soltar una carcajada mientras ayudaba a Killian y a Michael a cambiar el neumático pinchado. Ese tío no sabía lo que estaba pidiendo. Ellos estaban más que acostumbrados a conducir durante horas y por el peor terreno. ¿Esos estirados? Dudaba que alguna vez hubieran salido con sus coches de alta gama fuera de los límites del estado de Washington.

Una vez hubieron terminado y guardado las herramientas, cada uno volvió a su vehículo.

—Dan, yo conduciré.

Joder, ahora sí que iba a dejarse los cuernos en el techo del coche, y no sería el único.

Slade les ordenó ponerse los auriculares, la zona ya no era segura desde hacía varias horas, tenían que comunicarse.

—No vamos a seguir las órdenes de ese capullo, tienes vía libre para coger todos los baches que creas oportuno. Solo intenta no pinchar de nuevo.

La voz de Slade en sus oídos sonó divertida y al Teniente se le transformó el rostro de cabreado, muy cabreado, a feliz por las nuevas noticias.

—Deben quedar unos veinticinco kilómetros, ¿cómo lo llevas? —preguntó Pam a su compañero de viaje.

—Bien, un poco cansado de tantos botes...

—Pues la cara de felicidad de Phoenix...

—Ese cabrón de Phoenix no tiene límite —dijo Elijah mirando el retrovisor exterior.

—Vamos Elijah, son unos clasistas y Killian viene de buena cuna, creo que eso es lo que le cabrea de la situación.

—Puede ser...

Pam desvió los ojos del camino para mirarlo un momento.

—No estás muy hablador...

—No me apetece hablar.

Aquél vínculo que había existido entre ellos se había roto unos días atrás, cuando habían hablado de su no relación, Elijah había elegido alejarse de ella. ¿De qué se extrañaba ahora? No había vuelta atrás, las cosas debían quedarse así, algún día su compañero agradecería no haber llegado a nada con ella. De eso estaba segura.

Iba a contestarle y empezó a girar la cabeza cuando vio algo por el rabillo del ojo.

—¿Qué coño? —inquirió Elijah incorporándose en el asiento.

—¡Joder!

Se detuvo clavando los frenos justo después de la curva.

—Jefe, enemigo a cincuenta metros cortando el paso —informó mientras apoyaba el rifle en la ventanilla y no dejaba de mirar alrededor, si era una emboscada debían estar atentos. ¿Dónde coño estaban los Marines? El tercer coche aún no era visible para los hombres armados.

—No hagáis movimientos bruscos, no salgáis del vehículo, la caballería está avisada.

Perfecto, los Marines volverían atrás para ayudar, pero, ¿a qué distancia estaban? ¿Los rebeldes los habían dejado pasar?

—Tienen un lanzacohetes montado en la parte trasera del vehículo, espero que no usen eso contra nosotros —murmuró Elijah.

—No los perdáis de vista, Michael y Matt están haciendo un barrido, detrás no parece que haya más hombres, cuando den el aviso, Ian y Jacob irán campo a través. Killian di a tus pasajeros que no salgan del coche bajo ningún concepto.

—Recibido —contestó Killian.

Sus compañeros habían saltado del coche antes de la última curva y se acercarían por detrás de esos

tíos, solo cabía esperar.

—Salid con las manos en alto —gritó el cabecilla en un perfecto inglés.

Eso hizo Pam cuando se acercaban caminando tres de ellos. Pero se escondió una veintidós en la parte trasera de los pantalones a la altura de la cintura.

—Dejad las puertas abiertas —ordenó el rebelde.

Dan apareció a su lado, y la miró de reojo. Killian se puso justo delante de ella.

—Estamos haciendo un transporte, si estos son vuestros dominios iremos por otro camino.

A pesar de que sus compañeros se habían posicionado para protegerla y eso la estaba cabreando, le dieron ganas de reír ante la frase del Capitán, solo estaba ganando tiempo.

—Quiero ver lo que lleváis —dijo con arrogancia.

—Solo a personas.

—¿Adónde os dirigís?

—Eso no te lo puedo decir.

El hombre levantó una ceja y apuntó directamente a la cabeza de Slade.

—Solo son cinco —dijo Matt en sus oídos.

—Copiado —contestó Ian.

Michael, Jacob, Ian y Matt estaban haciendo su trabajo fuera de la vista de todos.

Entre los cuatro se encargarían de ellos, el problema lo tenían ahora con el cabecilla apuntando a un ¿sonriente? Slade. Desde luego su jefe tenía los cables cruzados. Los dos tíos que estaban detrás del hombre armado los apuntaron a ellos. Perfecto, ahora ya estaban todos jodidos.

Aunque ninguno desvió la mirada, Pam supo que los dos que estaban en el vehículo armado ya eran historia. Matt era un cabrón silencioso y esos tipos ni siquiera lo habían visto acercarse.

—¿Qué es lo que quieren?

Pam puso los ojos en blanco cuando oyó la voz del Coronel al que se suponía que estaban protegiendo, el muy idiota había bajado del vehículo y se estaba poniendo en peligro.

—Manténgase apartado —dijo Killian irritado.

—No aceptaré sus órdenes —respondió al Teniente pero mirando con soberbia al cabecilla rebelde—. Déjenos seguir nuestro camino o aténgase a las consecuencias.

—¿Y este idiota quién es?

—Nadie, ¿podemos llegar a un acuerdo? —propuso Slade.

—Mostradnos vuestra carga y hablaremos.

—De acuerdo —concedió el Capitán.

—¿Qué? —Inquirió el coronel furioso—. ¡No puede hacer eso!

—Sí, puedo, ahora apártese. ¡Phoenix!

—En posición, a las dos en punto, Capitán —volvió a susurrar Ian en los auriculares.

Todos sabían exactamente cómo debían colocarse, la trayectoria de una bala no podía ser interrumpida de ninguna manera con ninguna cabeza, así que el hombre estaba estorbando lo suficiente para ponerla nerviosa. Killian cogió del brazo al Coronel justo a tiempo de que Slade se apartara y los sesos del cabecilla quedaran esparcidos en el suelo.

Como si se tratara de un acuerdo tácito, todos sacaron las pistolas y acribillaron a los otros dos hombres sin darles tiempo a apretar los gatillos, la sorpresa se había adueñado de ellos al ver caer a su jefe de manera fulminante.

—¡Están ustedes locos! Nos han puesto en peligro, esto no va a quedar así...

—Nadie le pidió que saliera del coche. —La voz de Slade no dejaba lugar a dudas de que estaba bastante cabreado.

—Jefe nos haremos cargo de estos tipos —anunció Killian echando a andar por el polvoriento camino hacia el todoterreno destartado.

En media hora habían desmontado y requisado el lanzacohetes, y metido en el vehículo a los cinco cadáveres, después lo empujaron por una ladera dejándolo fuera de la vista de cualquiera que pasara por allí.

—¿Suemy?

A Sue le sorprendió oír la voz de la madre de Aylan, su ex vecina, abuela de Jaxon y ahora suegra de Sarah con la que, por cierto, la mujer se llevaba muy bien.

—Señora Evans, ¿qué tal está? ¿Va todo bien? —preguntó Sue frunciéndole el ceño al teléfono.

—Sí, cielo, o eso espero...

—¿Es Sarah? —preguntó adivinando.

—Se ha puesto de parto, Aylan se la ha llevado al hospital y yo me he quedado con Jaxon, me

preguntaba...

—Lo que necesite señora Evans.

—Me gustaría estar cerca de ellos, ¿podrías quedarte con Jaxon? Sé que le gustará estar con Nathan y los niños, si no es molestia.

—Claro que no, en media hora lo pasaremos a recoger y la dejaremos en el hospital, ¿le parece bien?

—Gracias mi niña, pero no quisiera estresarte en tu estado.

El cariño que esa mujer tenía por ella era evidente en sus cariñosas palabras. Sue era consciente de que le hubiera gustado que se enamorara de su hijo, pero Aylan no había pasado de ser un buen amigo, y la mujer pareció entenderlo. Con Slade también había hecho buenas migas.

—No voy a conducir, me traerán, no se preocupe. Nos vemos en un ratito.

—Muy bien, hija.

Una hora después habían dejado a la abuela de Jaxon en el hospital y el niño no paraba de parlotear, feliz porque iba a tener un hermanito. Aunque al contrario de ellos, Sarah y Aylan no habían querido saber el sexo del bebé, así que era una sorpresa para todos.

Preparó una cena ligera para los niños y llamó a Eva para darle la noticia.

—Me alegro de que estés ocupada con los críos, no tienes ninguna necesidad de estar ahí.

—¿En serio? —preguntó ante la salida de Eva.

—Sí, nena. Cada una debe vivir su propia experiencia, no es bueno que oigas gritos de dolor ajenos.

Sue se llevó una mano a la frente y separó el teléfono para mirarlo como si pudiera así fulminar a su amiga.

—Deja de meterme en una burbuja, Eva, ¿crees que nunca he visto a una mujer en pleno parto? Veo documentales.

—Y aun así, te has lanzado a la aventura, si es que eres masoquista.

—Eva...

—Sue, es mi manera de verlo.

—Ya...

—No tienes ni idea de lo que es eso —soltó con todo el aplomo que siempre la caracterizaba.

Sue no pudo retener la carcajada.

—Y tú, ¿sí?

—No, pero es algo cruel tener que soportar tanto dolor. Es como tratar de hacer pasar un melón a

través de una mirilla, es inhumano.

—Perfecto, ahora lo estás arreglando, gracias, Eva.

—De nada, cariño, a ver si así pones los pies en la tierra.

Puso los ojos en blanco, Eva y sus reflexiones.

—Creía que ya los tenía.

—Bueno es un gustazo hablar contigo, pero tengo que irme. Te quiero, cielo.

Cuando colgó, Sue intentó digerir las palabras de su amiga, pero simplemente no pudo. Sí, mejor dejar el tema si no quería terminar mareada. A veces tenía la firme convicción de que Eva no usaba demasiado el cerebro, aún lo tenía precintado. No podía ni imaginar la cara que pondría el día que Brad le pidiera un hijo, pobre hombre.

Capítulo 7

Adrian Tavalas se levantó de la cama, aún no era de día cuando entró en el baño, orinó y se lavó las manos y la cara. Atravesó de nuevo su dormitorio sin encender la luz y salió al pasillo en dirección a su despacho. No quería molestar a la chica que estaba durmiendo aún. La nena había insistido en subir a su casa cuando lo llevó en su coche y habían terminado enredados, y él no iba a poner ningún impedimento a eso, si era adulta y pesaba más de cincuenta y cinco kilos no había problema, lo de acariciar huesos no era lo suyo. La había conocido la noche anterior en un bar de copas y después de intercambiar varias frases sin demasiado fundamento, se había despedido de ella. Pero a su puto trasto le dio por no arrancar en plena noche, por eso, cuando la chica se ofreció a acercarlo a casa cuando lo encontró en el *parking* intentando revivir el motor, accedió.

No habían estado mal en el bar, pero estaba claro que la mujer no era una gran conversadora, y lo poco que hablaron fueron cosas tan banales que a duras penas entendió algo de lo que le explicó sobre su trabajo. La chica era de lo más simple, solo pendiente de quien la estaba mirando en el bar y centrando las pocas neuronas que debía tener en mantener una postura sexy nada natural. Era una buena candidata a tener en cuenta para un polvo de una noche.

Le preguntó unas mil veces qué era esa cicatriz que le atravesaba el pómulo, cuando al fin le dijo que se había excedido rascándose, pareció convencida. No se carcajeó porque hubiera sido demasiado descortés por su parte, la chica no daba para más.

Se pasó la mano por la cabeza, el pelo volvía ya a crecerle, en las misiones encubiertas se afeitaba a diario. Ahora estaba de *descanso obligatorio*, el psicólogo del FBI lo había estimado oportuno después de su última misión, en la que resultó herido junto a Mia Meyers, la chica de Security Ward. Se había dicho a sí mismo que no había podido hacer nada, pero no dejaba de pensar que esos tarados habrían terminado el trabajo si Killian Clark no hubiese desobedecido las órdenes de su jefe para entrar como un loco a por su chica. Se sentía culpable, no había podido ayudarla antes de que le clavaran el cuchillo en el pecho. El mundo estaba lleno de idiotas dispuestos a matar por un puñado de dólares.

Llamó a un servicio de grúas y dio la dirección del bar.

Buscó los documentos que tenía bajo llave en un cajón de la mesa y se sentó en la butaca para estudiarlos un poco más. Se sentía un completo inútil todo el día sin hacer nada. Así que cuando Slade Ward le llamó para pedirle ayuda en su operación para dismantelar a los locos de Patrick Holton y Tyler, que habían sido sus jefes durante dos años, no se lo pensó dos veces.

Él trabajaba en el FBI sí, pero la agencia había prescindido de sus servicios alegando que tanto tiempo infiltrado podía intoxicar su mente. No iban muy desencaminados, hacía tiempo que había perdido

la perspectiva de las cosas. Pero era algo que no tenía por qué admitir. Aún quedaban algunas cuestiones por resolver y ese era uno de sus objetivos. Benson, que aspiraba a fiscal del distrito, había escapado después de ser descubierta su vinculación con el grupo terrorista, y ahora estaba desaparecido de la faz de la tierra, él era el que mantenía al grupo bien financiado.

Miró la fotografía que tenía delante, la preciosa mujer morena lo miraba directamente, en sus ojos oscuros había tristeza y también determinación. Rezó mentalmente para que sus sospechas no se hicieran realidad, que no estuviera involucrada en el caso abierto que rodaba por la agencia, seguiría investigando por su cuenta y correría el riesgo de perder su placa. Al fin y al cabo estaba muy por delante de los compañeros a los que les habían asignado el caso.

Eso de quedarse de brazos cruzados no iba con él. Llegaría al fondo del asunto, y para esto podía contar con Ward y una de sus unidades, o tal vez no.

—¡Estás aquí! —dijo una voz demasiado chillona para su gusto.

Levantó la cabeza y miró a la chica con la que había pasado la noche, estaba apoyada en el marco de la puerta y lo miraba con una sonrisa. Vestía solo con la camisa que él había llevado la noche anterior. Y ahora que la observaba bien, no poseía una gran belleza; su rostro era alargado, nariz recta, labios demasiado pequeños y ojos oscuros tan grandes que parecían querer escapar de su cara.

—Sí, estoy aquí. ¿Ya te vas? —preguntó esperanzado.

—En realidad, no. Podría ir a buscar algo para desayunar...

—No, lo siento, debo ir a trabajar. Por favor vístete...

—Baby, mi nombre es Baby.

¿Por qué había chicas que se empeñaban en usar ese tipo de nombres cursis? Era algo que escapaba a su entendimiento. Era eso, o había padres muy cabrones.

—Yo sí recuerdo el tuyo. Will, Will Smith —continuó orgullosa de sí misma.

Intentó no descojonarse en ese preciso instante, la noche anterior no le había venido a la cabeza un nombre más terrenal para presentarse. Resopló, y apoyó la mandíbula en el talón de la mano mirándola fijamente.

—Perfecto, buena memoria —respondió intentando parecer serio—. Baby, voy a ir a la ducha y cuando salga me gustaría que ya no estuvieras aquí. Tengo cosas que hacer.

—¿Estás casado o algo así?

Mierda, se la tenía que sacar de encima como fuera.

—Algo así...

—Joder, eres un cerdo —dijo dándose la vuelta.

—Lo sé —admitió.

Se metió en la ducha después de volver a guardar la documentación, y cuando estaba bajo el chorro del agua caliente oyó el portazo. Baby se había ido un tanto furiosa, dedujo.

Los Marines aparecieron cuando ya arrancaban para seguir el camino. Dan no quería parecer un capullo, pero la situación era para recordarles que estaban para algo más que para recorrer caminos abruptos, que los rebeldes los hubieran dejado pasar y ellos ni siquiera hubieran sido conscientes de eso, era algo preocupante.

Miró a Killian un momento y volvió la vista a la carretera, el Coronel iba justo detrás del Teniente mirando el camino con el ceño fruncido.

Condujo al ritmo de Elijah, dejando unos metros entre ellos por si la cosa se volvía a complicar. Elijah y él tenían una relación de amistad curiosa, por decirlo de alguna manera. Aunque sus compañeros, incluida Pam, no eran conscientes de ello. Su compañero y él solían acudir a un club privado a las afueras de Nueva York, a los dos les gustaba el tipo de sexo que allí se practicaba. Los dos eran dominantes en la cama y aquél local estaba lleno de sumisas, chicas maravillosas que lo daban todo y por las que ellos sentían un gran respeto y aprecio.

La primera vez que lo vio allí se quedó estupefacto, no por ir a ese tipo de ambiente, sino porque Elijah no parecía el tipo de hombre que llevara una vida nocturna secreta. A él sí lo veían como a un hombre que disfrutaba de la noche, pero su compañero era más reservado.

La forma en que se encontraron fue bastante curiosa. Simplemente reconoció su voz una noche cuando estaba con un par de chicas en un reservado, se referían a él como «amo» y eso llamó poderosamente su atención. Determinó que Elijah debía saber que él también frecuentaba el lugar, no quería sorpresas, así que le informó de ello. Después de todo, las habitaciones estaban insonorizadas y solo se cruzaban en los adornados pasillos. Ninguno de los dos había hablado más sobre eso.

Y en estos momentos su mente estaba enfrascada en cómo explicarle a Pam que Modano también iba allí, aunque él se hubiera cuidado mucho de que ese imbécil no lo viera. En los días anteriores había acudido al club más a menudo, solo para conocer la rutina del hombre. Y había conseguido establecer un patrón.

—El jefe hablaba en serio. Voy a dejar que reviente mi vejiga antes que parar a mear.

El Teniente lo dijo con la mirada clavada en la ventanilla, sus ojos escrutaban todo a su alrededor.

—Creo que tu vejiga no va a ser la única.

—Espero que sea cierto.

No había nada que hacer, Phoenix estaba disfrutando con la situación.

Tres horas más tarde llegaron a la base militar que estaba en medio de ninguna parte, metida en un valle. Después de pasar un exhaustivo examen en su vehículo y tener que oír al Coronel disparar órdenes a los pobres desgraciados que solamente estaban haciendo su trabajo, accedieron al recinto que, por cierto; estaba bien protegido.

—Pasaremos una noche aquí y mañana a última hora emprendemos el camino de vuelta.

Slade se marchó hacia el puesto de mando después de darles la información.

—Buenas noches.

Un hombre joven y uniformado se plantó ante ellos y los miró.

—Buenas noches —contestó Killian aún molesto con la actitud del Coronel.

—Si me permiten, les mostraré los barracones donde pueden descansar. Imagino que deben estar deseando comer algo y dormir.

—Eso estaría bien.

—Sígueme, por favor.

El tipo los acompañó hasta un lateral de la base y entraron en uno de los tres enormes barracones para soldados. Les indicó los camastros que podían ocupar y les mostró el comedor, donde en media hora podían ir a alimentarse. Dan lo estaba deseando, parecía que tenía un agujero en el estómago del tamaño del cañón del colorado.

Puso su petate sobre la cama de abajo, Pam eligió la de encima y Elijah la más alta. Eran literas triples y aunque le cabreaba bastante que Elijah siempre estuviera rondando a Pam, en lugares como este, llenos de soldados con poca actividad sexual, agradecía tenerlo cerca de ella. De hecho, tal como se habían colocado, Pam quedaba protegida en el centro de su unidad. Si algún imbécil se atrevía a acercarse a su compañera saldría con los huevos por corbata. Era una especie de acuerdo tácito entre ellos que a Pam no le agradaba, pero no discutía el asunto.

—Esto es bazofia —se quejó Ian cuando estaban comiendo.

—No está tan mal —contestó Dan engullendo la carne.

—Tú comerías hasta gusanos, si fuera necesario —argumentó Pam de mala gana.

—No lo dudes, nena. No entra en mis planes morir de hambre.

—Joder tío. Estaba poniendo todo mi empeño en terminarme esto —dijo Wyatt apartando el plato.

—Lleva los nutrientes necesarios...

—Eh, Doc. No lo mires desde ese punto de vista. El gusto es repugnante.

Se echaron a reír ante la expresión de asco de Michael. Jacob se encogió de hombros.

—No seáis nenazas. Joder, ¿preferís la comida seca esa que llevamos en los petates? —Killian los miró inquisitivo.

Otro que tragaba la comida sin contemplaciones.

—¿Queréis comportaros de una maldita vez? —acotó Slade—. Terminaos esta mierda y volved a los barracones a descansar.

Dan observo algunas sonrisas. Eso dejaba claro que al jefe tampoco le gustaba el menú.

Estaba durmiendo cuando sintió que la litera se movía. Pam estaba bajando, y después de ponerse las botas, empezó a caminar hacia el exterior. Killian y Slade la miraron y después lo observaron a él. Asintió y salió tras ella. Pam se había duchado antes de acostarse, y aunque ella pensaba que había estado sola en las duchas, Matt y él habían rondado cerca por si se colaba algún indeseable.

Se apoyó al lado de la puerta y cruzó los brazos en su pecho mientras la miraba. Pam caminó un poco más lejos y se apoyó en un árbol de espaldas a él. Quizás necesitaba estar sola con sus pensamientos y él no iba a interferir. Pero a pesar de que ella no lo aceptaría, seguiría vigilando sus avances en la noche.

De pronto se sentó, abrazó sus piernas y apoyó la cabeza en sus rodillas. A Dan le pareció una postura demasiado vulnerable y eso le extrañó, Pam no era una mujer que bajara la guardia fácilmente, algo le ocurría.

Caminó despacio, acercándose sin hacer ruido, pero cuando estaba a solo dos metros de ella se vio encañonado por una pistola.

—Nena, soy yo —susurró.

—¿Qué pretendes acercándote así? —susurró ella a su vez.

Dan tragó saliva, no quería cabrearla.

—Me he despertado y he visto que no estabas.

La respuesta pareció calmar a Pam.

—Yo tampoco puedo dormir, y lo que realmente me preocupa es que tengo sueño.

No hacía falta preguntar. Ella temía tener pesadillas y que toda la unidad se enterase.

—Hazme un hueco.

Se sentó detrás de ella y apoyo la espalda en el tronco al mismo tiempo que tiraba de su cintura obligándola a apoyarse en su pecho. Los dos mirando en la misma dirección.

—Dan...

—Están durmiendo. Vamos nena, relájate, estoy aquí.

Finalmente sucumbió, dejó ir su cabeza y él la abrazó cruzando los brazos por encima del pecho femenino. La estaba acunando y sentía que ella iba destensando los músculos.

Debían llevar así más de una hora cuando sus ojos se encontraron con los de Slade. Mierda. El hombre estaba plantado a solo diez metros observándolos.

Solo levantó el pulgar y rezó para que el Capitán no hiciera preguntas. Slade giró sobre sus talones y volvió a entrar en el barracón. Dejó escapar el aire y cerró los ojos, aunque no dormiría.

Un movimiento en la puerta de otro barracón situado a su derecha captó su atención. Un hombre estaba fumando un cigarrillo y daba pequeños paseos de un lado a otro. Estaba a unos cincuenta metros de distancia y ellos, bajo el árbol serían prácticamente invisibles para él. Su porte no le era desconocido, conocía a ese tío...

—Modano —dijo de repente Pam, sacándolo de dudas.

¿Pero no estaba durmiendo? Dan estrechó su abrazo cuando ella hizo ademán de levantarse.

—No te muevas, nena —susurró en su oído.

—Déjame, Dan.

—Piénsalo. No podemos hacer nada aquí, y solo conseguiremos llamar su atención..., y la de todos.

Pam le dio un codazo en las costillas. Joder.

—No voy a perder la oportunidad...

—Sé dónde encontrarlo. —Pero ella parecía decidida a ir a por el idiota—. Pam, mírame.

Ella se giró furiosa.

—Suéltame —advirtió en voz baja pero contundente.

—No. Lo haremos a mi manera. Te juro que acabaremos con él.

—Hemos terminado la misión. Podemos hacerlo y largarnos.

Dan soltó el aire.

—No le vamos a hacer eso a Slade. No perjudicaremos a la unidad. Eso fue lo que acordamos.

Dan tenía razón, pero tener tan cerca la razón por la que ella lo había perdido todo y no poder pegarle un tiro la estaba matando. No descansaría hasta que Modano estuviera bajo tierra, ese hombre merecía morir sufriendo.

—Dan...

—Lo sé, Pam.

—Deseo tanto acabar con él.

—Te prometo que tendrás tu oportunidad. Pero, por ahora, debemos permanecer en la sombra, intentar que no nos vea, ni ahora ni mañana. Con un poco de suerte nos iremos y no habrá sido consciente de nuestra presencia.

—¿Sigue en el ejército?

—No. Nena, aunque no fue juzgado, sí fue expulsado... igual que nosotros.

Había estado mirando a Modano, pero se giró a mirar a Dan.

—¿Y cuándo pensabas contármelo?

—Te dije que te lo diría todo al volver...

—Parece que sabes mucho.

Dan besó su cuello.

—Te lo iba a explicar, he estado investigando...

—Y manteniéndome al margen —objetó apartándose de sus labios.

—Estaba recopilando información. Si queremos salir de esto inmunes, debemos estar seguros...

—Sabes que eso es imposible. Slade no es ningún idiota, ningún componente de nuestra unidad lo es.

Dan cerró los ojos. Pam sabía en lo que estaba pensando. Su equipo estaba compuesto por buenos hombres, unos que darían sus vidas por ellos y cuándo descubrieran su secreto, se sentirían tan defraudados que sería difícil que los volviesen a mirar a la cara.

—Deberemos dejarlos atrás, Dan.

—Lo sé, y me jode.

—Es mejor pensar que nos alejaremos de ellos para que no los vinculen con nuestros actos.

Dan acarició su mejilla con el dorso de la mano.

—También te alejarás de mí. Creo que no lo merezco.

En el momento que terminó de hablar la besó en los labios y se levantó. Pam no encontraba las palabras adecuadas para conformar su mente. Mucho menos le diría nada a él.

Capítulo 8

Slade los había visto besarse, no era ningún ingenuo. Pam y Dan tenían algo desde hacía tiempo, pero la intromisión de Elijah había enfriado los ánimos, o eso pensaba. Aunque después de ver la complicidad con la que actuaron la noche anterior, las brasas estaban bien calientes. Maldita sea. Entre unos y otros iba a terminar ahorcándose.

Viajaban en dos coches en dirección al aeródromo que estaba a unos cincuenta kilómetros de la base. Ningún helicóptero tenía permiso para aterrizar en el recinto de la base, eso despertaría sospechas sobre su ubicación. Le importaba una mierda. Los rebeldes acabarían dando con el enclave y atacarían, los Marines tendrían que hacerse cargo de la situación. Suerte con eso.

En su cabeza no paraban de dar vueltas las palabras de Adrian Tavalas. Aún no podía creer lo que el hombre le había contado. Él no le había informado de la suerte que había corrido Benson; el capullo arrogante que había terminado volando por los aires en Hawái. Y el agente del FBI seguía tras su rastro, aunque, lógicamente, lo había perdido.

Demasiados frentes abiertos y tendría que lidiar con todos a su vuelta. Había cosas que escapaban a su entendimiento, prefería pensar que había una razón para todo, pero no lograba dar con ninguna. La investigación de Tavalas había llegado a un punto muerto y ya le había enviado un mensaje pidiendo reunirse con él. Debería estar cabreado, pero a pesar de que su empresa corría peligro, no lo estaba. Algo le decía que daría con la verdad. Que todo se arreglaría.

Lo que más le apetecía en estos momentos era llegar a su casa y ver a Sue y a los niños, los pequeños hondureños habían acabado por formar parte de su familia y él era feliz con eso. Había estado solo demasiado tiempo. Sue, Nathan, María, Pedro, Manuela y Julito eran un soplo de aire fresco en su nueva vida, y eso no lo cambiaría por nada. La llegada de Alexia era algo con lo que soñaba desde que había conocido a Sue. Tener un hijo en común consolidaría su relación, que bajo su punto de vista estaba más que afianzada.

—Jefe. —La voz de Ian lo arrancó de sus pensamientos.

Killian conducía, él iba al lado, y Pam, Ian y Dan iban detrás, se giró para mirarlo.

—Acabo de recibir un mensaje de Aylan; ha sido padre de una niña. Todo ha ido bien.

Dan silbó, y Killian soltó un «yeahh» mientras conducía.

—Ya tienes una compañera de juegos para tu hija, jefe —dijo Pam.

—Como se parezca a su madre...

—¡Cállate, Phoenix! —rugió Slade sobrecogido.

Se carcajearon en el coche. Sarah no era Eva, pero se asemejaba bastante. Tendría que vigilar a las pequeñas. Solo para estar seguro de que su hija no acababa como una chota con «tía Eva» y «tía Sarah» cerca.

Thomas, Eva y Sue habían salido a tomar un café a media mañana. Eva estaba soltando culebras por la boca, y Sue y Thomas se lo estaban tomando con filosofía.

—¿Pero a qué ser superior se le ocurrió que teníamos que ser las mujeres las que diéramos a luz?

—Supongo que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que nos tocara —expuso Sue encogiéndose de hombros.

—Eva, cariño. Parece que has venido un poco traumatizada —apuntó Thomas.

—¿De verdad? Quién lo diría —contestó Sue levantando una ceja sarcástica.

—Eres un cachondo, aunque tengo que admitir que Sarah ha sido valiente y creo que Aylan se ha tomado bastante bien los insultos que le ha estado escupiendo. Vosotros reíros, pero si por mí fuera se terminaría la sobrepoblación mundial.

—Cielo, que tú no quieras tener hijos no implica que debas terminar con la humanidad.

—Nena, somos demasiados. Por cierto, tengo que encontrar la manera de usar varios anticonceptivos más a la vez...

—Serás bruta. ¿No confías en los que usas?

—En ninguno de los tres.

—¿Tres? —preguntó Thomas consternado.

—Sí, Thomas. Necesita estar segura de que no vendrá un niño de forma inesperada. Eso podría ser peor que la elección de Donald Trump.

Eva resopló y Thomas se rio.

—Ni siquiera sabría cómo coger a un bebé. En realidad le estoy haciendo un favor a ese niño no nato.

—Dejémoslo...

—¿Y tú qué tal lo llevas? Esta mañana tenías esos horribles dolores...

—¿Horribles dolores? —preguntó Thomas enderezándose en su silla y mirando a Sue inquisitivo.

—Es una exagerada, tengo ligeras molestias. El médico dice que son pequeñas contracciones.

—Pues eso. Horribles dolores.

—Eva, estoy de casi ocho meses, es normal...

—No podré superarlo.

Sue puso los ojos en blanco.

—Cualquiera diría que vas a ser tú la que se va a poner de parto. —Thomas se rio.

—Es mi amiga, no quiero verla sufrir.

—Es por una buena causa, bienvenido sea el dolor para tener a un hermoso hijo.

—Tú estás loca. Lo dicho, eres masoquista.

—Está bien, olvídalo —intervino Thomas—. ¿Cómo van los preparativos para la boda?

—Bien, cuando Sue esté en forma de nuevo, elegiremos los vestidos.

—¿Ya has buscado restaurante? —preguntó Sue.

—Sí, aquel que está cerca de la playa, de hecho, la boda se celebrará en la playa.

—Oh, eso es genial.

En el tono de voz de Thomas había cierto anhelo. Sue lo miró y pensó en las palabras de Matt. Su amigo no sospechaba la sorpresa que le esperaba. Ella era feliz por él. Thomas merecía a alguien como Matt a su lado.

—Sí. Aún tengo que hablar de eso con Brad, pero estoy segura de que le gustará la idea. En un par de semanas me quitarán el yeso y podré conducir. Iré a visitar al juez y a programar la fecha.

—Si necesitas ayuda...

—Lo sé, Thomas, de hecho pensaba contar contigo.

—Perfecto. Tengo que volver al gimnasio, chicas.

Se levantó, las besó a las dos y se marchó.

—Eva, volviendo a lo de los críos, ¿Brad sabe que no quieres ser madre?

—Lo he insinuado alguna vez...

—Deberías sacar el asunto en alguna conversación, ¿y si él sí quiere tener hijos?

—Nunca me ha dicho nada.

Sue puso una mano sobre la de ella y la apretó.

—No seas egoísta, Brad tiene derecho a elegir. Dale la oportunidad.

—¿Y si resulta que sí quiere? ¿Qué debo hacer, dejarlo ir?

—Realmente no lo sé. Pero se puede sentir engañado, deberías hablar con él.

—Mi cuerpo no está preparado para tener hijos —argumentó totalmente convencida.

Sue se echó a reír.

—Nena, es tu mente la que no está preparada, tu cuerpo sí.

Eva bufó.

—Que manía os ha dado con procrear.

—Anda, vamos. Tendrás que hacer algunos trabajos mientras esté de baja por maternidad y quiero guiarte un poco en eso. Después me gustaría ir a conocer a la pequeña de Aylan y Sarah.

Se levantaron y tuvo que esconder una mueca de dolor ante otra contracción. No quería a la loca de su amiga gritando descontrolada y llamando al número de emergencias como una energúmena. Por suerte duraban poco y Eva ni se enteró. Para ser sincera, ella estaba también asustada, un parto era algo a tener en cuenta. Pero no pensaba compartir eso con Eva, no la ayudaría en absoluto. Se podía contar con ella para muchas cosas; sin embargo, no para esto.

El que estaba segura que se iba a poner nervioso era Slade, en cuanto supiera que tenía esos pequeños avisos.

Pam estaba agotada, no había descansado en los tres días que había durado la misión. Estaba deseando llegar a casa y dormir durante las próximas setenta y dos horas. A estas alturas no sabía si lo conseguiría, llevaba a Dan pegado como una maldita lapa mientras entraba en su portal.

—Dan, quiero estar sola.

—Te dejaré tranquila, pero me mantendré cerca.

Abrió la puerta y la sostuvo para que ella pasara.

—No tengo fuerzas para discutir.

—Estoy seguro de eso —contestó con una sonrisa canalla.

—¿Desde cuándo te necesito?

—Desde siempre, pero no lo quieres admitir.

Dejó el petate en el suelo al entrar en su ático y lo miró entrecerrando los ojos.

—Engreído.

—Sí, eso también —dijo sacándose la camiseta por la cabeza.

—Me voy a la ducha y después iré a buscar a Goose a casa de la señora Rose.

—¿Tiene que ser ahora? ¿No podrías ir a buscar a *Baboso* en otro momento? ¿Puedo ducharme contigo?

Si no estuviera tan cansada se habría carcajeado a gusto.

—Esta es su casa, no me hagas elegir, Dan. Saldrías perdiendo —contestó haciendo caso omiso a la última pregunta.

Dan soltó la cinta que sostenía su pelo en una cola baja y sacudió la cabeza, se veía salvaje y Pam logró apartar la vista antes de que él se percatara de su escrutinio.

—¿Podrías explicarle al *cuatropatas* ese, que no soy su enemigo?

—Dan, él puede oler tu miedo, deberías relajarte en su presencia.

—No es miedo, es precaución.

—Ya. Quiero que sepas que la mayoría de las veces solo quiere jugar, aunque tú veas peligrar tu integridad física. Goose percibe que no te gusta y se defiende a su manera, que no es otra que marcar su territorio.

Lo notó inquieto mientras se pasaba las manos por el pelo. Algo dentro de ella se derritió. ¿Cuántas veces Dan la había protegido? Ella necesitaba hacer lo mismo, aunque fuera protegerlo de la amenaza que él veía en Goose. Era una soberana idiotez para ella. Pero estaba segura de que para él era algo con lo que no podía luchar. No tenía ninguna duda de que en su cabeza se encontraba atrapado y que su única defensa sería sacar su pistola. Dan, no haría eso. No mataría a un animal indefenso, a pesar de que se viera seriamente amenazado. Si tuviera tiempo, le ayudaría a aceptar sus temores y a remontarlos, pero ya había decidido marcharse, no le podía dedicar ni siquiera una semana.

—No pretendo invadir su territorio.

—Está bien. Déjame avisar a la señora Rose, le diré que lo recogeré mañana.

Dan soltó el aire que estaba reteniendo y su cara se transformó en una mueca de preocupación.

—Puede quedarse en la terraza...

—Dan, está lloviendo.

Miró hacia la ventana y suspiró.

—Tal vez debería irme. —Se agachó para recoger su petate.

—De eso nada. —Dan la miró perplejo—. Me debes una valiosa información y no te irás hasta que te la haya sacado.

Tal vez parecía bipolar a los ojos del hombre, pero no quería dejarlo marchar ahora. Dan había insistido en estar con ella y sabía que era por las pesadillas. Y ahora se iba a ir solo porque pensaba que estaba sacando a Goose de su hogar. En el fondo no quería molestar al animal y eso decía mucho de él. Aunque se dedicara a ponerle una gran variedad de motes a su pobre perro.

Él sonrió.

—Puedo ser un hueso duro de roer, nena.

—Ya me conoces. Puedo contigo.

Dan soltó una carcajada y cargando su petate se encaminó hacia el baño.

—Creo que voy a robarte la ducha —dijo por encima de su hombro.

Ella sonrió también cuando el hombre entró en la estancia, ya volvía a ser el de siempre; arrogante, bromista y malditamente sexy.

Frunció el ceño ante sus pensamientos y salió de su casa para llamar a la puerta de enfrente.

¡Joder! Estaba quedando como un afeminado ante Pam. Sabía que tenía a Goose como compañero de piso y aunque ella no quisiera admitirlo, también como protector personal. Ese chucho lo tenía acojonado, esas bestias atacaban a la mínima. Prefería no tenerlo cerca. Aunque eso suponía alterar la vida de su compañera y eso tampoco podía hacerlo. Matar al perro en defensa propia no estaría bien visto a los ojos de Pam. Y lo cierto es que nunca lo había atacado, pero ver esos dientes le recordaba demasiado lo indefenso que se había sentido cuando era pequeño, sin poder evitar ser mordido ni poder ayudar a sus hermanas.

Era un trauma infantil que no había superado. A la mayoría de la gente le debía parecer una tontería e incluso sus compañeros se mofaban, pero en realidad no había hecho nada por solucionar el tema. Si veía un perro más alto de un palmo, simplemente lo esquivaba. Muy maduro todo.

Sin embargo; había otras cosas que sí deberían haberle provocado un trauma y no lo hicieron, en cambio, despertaron en él otros sentimientos más funestos. Y todo eso quedaría resuelto definitivamente en cuanto tuviera a Modano en sus manos. Ese cabrón iba a pagar caro lo que hizo.

Salió de la ducha y después de secarse el cuerpo se puso unos pantalones de tela fina y ancha, parecidos a los de judo en la estética.

Iba a preguntar a Pam si pedían algo para cenar cuando oyó la voz de Adrian Tavalas. Se quedó paralizado en el pasillo durante unos segundos y después, reuló unos pasos. Pero se quedó escuchando.

—¿Has estado fuera? —preguntaba Tavalas en aquél momento.

—Sí, por trabajo. ¿Por qué has venido?

En la voz de Pam no había ninguna emoción. Ni rechazo ni alegría por verlo allí.

—He estado llamándote —informó el agente.

—Pensaba contactar contigo mañana, lo siento. Ahora no es un buen momento.

—No tardaré en irme...

—No, Adrian. Iba a ducharme...

Bien, era hora de salir. Solo tuvo que dar tres pasos para que el hombre en la puerta lo viera. Pam estaba plantada ante él, impidiendo su entrada con su cuerpo.

—Nena, ¿pedimos algo para cenar? —soltó de golpe al mismo tiempo que Adrian clavaba la mirada sobre él. Después se hizo el sorprendido mirándolos.

—Tavalas.

—Álvarez.

Dijeron sus apellidos a modo de saludo.

—Bien. Ya me voy, buenas noches, Pam. —Se agachó y besó su mejilla mirando a Dan.

Ese gilipollas lo estaba provocando. Decidió dejarlo pasar, aunque para ello terminara volviéndose loco de frustración. ¿A qué coño estaba jugando Pam? Nunca dejaba a ningún tío acercarse y por alguna jodida razón, a este sí.

Cuando cerró la puerta la observó detenidamente.

—Ni una palabra —amenazó ella levantando un dedo.

—Como quieras.

Definitivamente frustrante.

—¿Pido algo para cenar o...

—Mejor preparemos algo nosotros, soy muy capaz de dormirme mientras esperamos a que lo traigan.

Se duchó, después comieron un par de sándwiches con poca conversación y se sentaron en el sofá.

—Habla.

Lanzó un bufido.

—¿Y no podríamos follar antes?

—¡Dan! —gritó lanzándole un cojín.

Se pellizcó el puente de la nariz y se preparó mentalmente para lo que tenía que decir.

—Está bien. Me gustaría que mantuvieras la mente abierta para esto.

Pam lo miró levantando una ceja.

—No considero que tenga la mente cerrada.

—Y todo el mundo es ateo hasta que empieza a caer el avión.

—Capullo.

Capítulo 9

¿Por qué se andaba por las ramas a estas alturas? Dan y ella habían pasado por muchas cosas juntos, la mayoría malas. Y ahora le salía con esas.

Le vio coger aire hinchando su amplio pecho.

—Para que comprendas por dónde van los tiros, tengo que explicarte una parte de mi vida que no conoces.

—¿En serio? ¿Eres bailarina de *cabaret* en tu tiempo libre?

—¿Desde cuándo eres tan graciosa? Intento ser sincero.

A Pam le extrañó su repentina seriedad.

—¿Vas a hablarme de Modano?

—Sí, estoy en ello.

Resopló.

—Lo que intento decirte es que di con su paradero, pero no por la investigación que estábamos llevando a cabo. Sino que lo encontré por pura casualidad.

—¿Dónde?

—Ahí quería llegar.

Esperó a que él ordenara sus ideas.

—En un club de BDSM a las afueras de la ciudad.

Eso la cogió por sorpresa. No porque Dan estuviera en un club de esos, sino porque hubieran aceptado a un hombre como Modano, ¿esos sitios no tenían una especie de baremo? Modano era un hombre violento. Había tenido que llamar muchas veces su atención mientras fue su superior al mando.

—Te preguntarás, ¿qué hacía yo...

—No, Dan —le cortó—. Me pregunto, ¿qué hacía él ahí? Ese lugar no debería admitir a un hombre con antecedentes violentos.

El hombre a su lado pareció descolocado.

—Creí que te sorprendería saber que voy a ese club.

—Y lo hace, me sorprende. Pero es tu vida. Y respeto eso.

Ni de coña le diría que efectivamente le molestaba. Que otra mujer o mujeres tocaran su cuerpo y él

les diera placer, la estaba machacando interiormente.

Dan bajó la cabeza y se miró las manos. De repente una idea atravesó su mente.

—¿Utilizas ese lugar para olvidar?

Él buscó sus ojos levantando la cabeza de golpe.

—Algo así. Pero no utilizo a esas chicas, más bien utilizo mi posición. Soy un *Dom* responsable y respetuoso con ellas.

Todo encajó. Pam sabía de qué hablaba, estar en una posición dominante le hacía sentir mejor consigo mismo.

—Entiendo.

—Dudaba que lo hicieras —confesó en un susurro.

—¿Por qué?

Con una mano acarició su mejilla y ella le dejó hacer.

—No todas las mujeres ven con buenos ojos esos clubs.

—Ni todos los hombres. Pero no soy ninguna ingenua, conozco ese rol, y me parece perfecto que cada uno decida cómo pasar sus horas.

Estaba mintiendo. Sí le importaba que él fuera a ese lugar.

—En cuanto a tu pregunta. Si Modano no ha mostrado su lado oscuro, y ninguna chica... o chico, ha presentado ninguna queja sobre su comportamiento, no van a expulsarlo.

—¿Pretendes que vayamos a por él mientras está allí?

—Mi idea era esperarlo y hacernos con él. Pero hay un inconveniente.

—¿Cuál? —preguntó arrugando la frente.

—Elijah.

—¿Qué tiene que ver él en todo esto?

Dan se pasó la mano por la mandíbula.

—Él también acude a ese club.

—Vaya, ¿os hacen descuento o algo así?

¿Elijah? Eso aún lo esperaba menos que la confesión de Dan.

El hombre sonrió.

—Simplemente nos encontramos allí. Nunca hemos compartido escena y me niego bastante a hacerlo.

Se le estaban retorciendo las tripas, ¿escena? ¿Es que lo hacían en público?

—Imagino tu pregunta. Sí, alguna vez he participado en las cámaras para *voyeurs*.

Esto se ponía cada vez mejor, pensó con ironía.

—¿Modano...

—No, no me ha visto, aunque dudo que me hubiera reconocido ya que llevamos máscaras. En cuanto supe que estaba allí dejé de..., digamos, exhibirme.

Perfecto, simplemente genial. Además de dar y recibir placer, también se podía admirar su trabajado cuerpo con total impunidad. Debería empezar a arrancar ojos, o algo así.

¿Qué se suponía que debían hacer con Elijah? Tenían una buena oportunidad con el idiota de Modano, y no podían perderla.

—¿Tienes un plan?

—Por supuesto, ¿por quién me has tomado?

Pam hizo girar los ojos.

—Te escucho.

—Vamos a la cama.

—No. No vamos a hacer nada...

—No pensaba en hacer nada, aunque eso me sorprende incluso a mí —dijo frunciendo el ceño.

A Pam le hubiera gustado escuchar cómo tenía pensado Dan hacer las cosas. Pero aunque él nunca lo sospecharía, ella ya lo tenía todo más que calculado. Esta vez su compañero no la ayudaría, se quedaría fuera. En cuanto él le contara más sobre ese club y tuviera la suficiente información, haría las cosas por su cuenta. Se sentía culpable por lo que les había ocurrido una vez. Hasta ahora nadie había sospechado nada, pero si conseguía aparentar que esto lo había hecho solo ella, no tendrían nada contra Dan. Él merecía una buena vida y en la unidad era apreciado. Lo haría por él, solo por él. Por lo que un día tuvo que soportar y porque aunque Dan hacía que todo pareciera fácil para él, ella sabía que no era así.

A Dan debía extrañarle que ella lo dejara dormir en su casa sin echarlo de una patada en el trasero. Pero saber de Modano y tomar una resolución fue cuestión de segundos. Ya había decidido que quería pasar unas horas con él antes de desaparecer. La unidad no la encontraría jamás. Eran buenos en su trabajo, pero ella había aprendido de los mejores.

Se metió en la cama y se acurrucó al lado de su compañero.

—Hueles bien —dijo Dan cogiendo un mechón de su cabello entre los dedos y llevandoselo a la nariz.

—No soy demasiado exigente con los cosméticos, compro lo que encuentro en el centro comercial.

—Pues eliges bien.

Pam acarició su mejilla. Estaban frente a frente. Ella se había puesto una simple camiseta y él aún llevaba los pantalones blancos, esos que hacían que su piel bronceada resaltase aún más.

—Cuando todo esto pase, me gustaría que conocieras a una buena chica y te comprases una casa con una preciosa valla blanca.

Él besó sus labios.

—¿Y si quisiera que esa chica fueras tú? —sonrió, pero era una sonrisa muy triste.

—Eso es imposible.

—Porque te irás —afirmó.

—Porque me iré —corroboró.

Dan miró su rostro, los ojos, los labios...

—¿No significo nada para ti?

Ella bajó la vista, no sabía cómo expresarse sin herir sus sentimientos.

—Significas más de lo que piensas. Es por eso que necesito alejarme de ti. Para que los dos podamos rehacer nuestras vidas lejos de esto, ya han sido demasiados años de búsquedas. Hemos vivido situaciones tan intensas y emocionalmente aterradoras, que nuestras heridas no dejaron de sangrar en mucho tiempo. Me gustaría que lo entendieras. Pero te prometo llevarte siempre en mi corazón.

—Viniendo de ti, eso es mucho. Nunca te olvidaré. No me importa quién esté a mi lado en un futuro, tú siempre estarás en mí.

Pam cerró los ojos y suspiró.

—Me gustará que lo hagas. Solo intenta ser feliz, ¿vale?

Dan se removió.

—¿Por qué tengo la sensación de que te estás despidiendo de mí?

—Porque lo estoy haciendo.

—Aún tenemos algo pendiente.

—Lo sé y quizás ningún momento como este para hablar.

Dan la abrazó contra su pecho. Era el mejor lugar del mundo en donde estar en este preciso instante. Sus bocas se unieron y un dulce beso se transformó en una necesidad imperiosa de tener su cuerpo pegado al suyo, sudoroso y excitado, a poder ser.

Pam se despertó y miró el reloj digital de la mesita de noche; eran las cuatro y aún no había amanecido. Había dormido esas pocas horas de un tirón, algo que solía ocurrir cuando estaba con Dan. ¿Por qué no habían empezado a dormir antes juntos? Durante años las pesadillas no la dejaban descansar. Y salvo un par de veces en las que Dan había tenido que despertarla para que volviera rápidamente a la realidad, esos sueños recurrentes se habían apaciguado con su cuerpo cerca.

Se movió con cuidado y fue al baño, se recogió el pelo y se puso unos pantalones cargo y una camiseta verde oscuro de estilo militar. Dan no sospecharía de ella. La idea era desaparecer y punto. Estando en su casa y en su cama, él no daría por hecho que ella se iría así. Conseguiría la información de ese club de otra forma, no podía ser tan complicado, seguiría a Modano hasta su casa y allí ajustarían cuentas. Si hubiera hecho más preguntas a su compañero, este habría adivinado sus intenciones.

Entró de nuevo en la habitación, había una total oscuridad encendió la luz del pasillo para poder localizar la bolsa que tenía preparada desde hacía semanas sobre la estantería más alta de su armario ropero. Miró la cama por última vez queriendo grabar en su retina la imagen de Dan. Pero su cama estaba vacía. Miró en la cocina, en el salón e incluso subió a la terraza, ni rastro de su compañero. La última vez que había estado juntos y habían tenido sexo, él se había largado, así que, ¿de qué se extrañaba ahora?

Mejor así, hoy pasaría la noche en el apartamento que su hermano tenía en Nueva York y que le serviría de cuartel general mientras localizaba a ese cabrón, y después no habría rastro con el que sus compañeros pudieran seguirla. Un pedazo de su corazón se encogió. Ella podía haber formado una familia maravillosa junto a ellos. Nunca ocurriría. Slade Ward ya no contaría con ella, se habría dado cuenta de que había abusado de su confianza y ya no habría lugar para Pam en esa unidad. Ni en sus vidas.

Salió de casa y después se despidió mentalmente de Goose mirando la puerta de la señora Rose. La noche anterior había ido para decirle que se quedara unos días más con su compañero fiel, sabía que no volvería a por él, pero lo dejaba en buenas manos, la señora Rose estaba y se sentía sola, Goose se convertiría en su mejor amigo si no lo había hecho ya. Continuó su camino bajando las escaleras a toda velocidad. El que Dan no estuviera, en realidad jugaba a su favor. Tardaría más en echarla de menos.

Arrancó su *Harley* y salió del *parking* a todo gas. Su mente concentrada en la carretera..., y en los momentos placenteros que le había dado Dan tan solo unas horas antes.

—Es preciosa, Sarah —dijo Sue nada más ver a la pequeña de Aylan.

El olor a colonia de bebé impregnó su nariz y sonrió. Tenía el pelo oscuro y mucha cantidad, estaba

acurrucada de lado con sus puñitos fuertemente apretados. Parecía totalmente sumergida en un profundo sueño.

Los orgullosos padres no dejaban de observar a Nerea. Así la habían llamado, era un nombre bonito, y la señora Evans y Jaxon habían estado totalmente de acuerdo con la elección.

—¿Cómo te encuentras, cielo? —preguntó acercándose a la cama y cogiendo la mano de su antigua vecina.

—Bien. Cansada, pero feliz.

—No me extraña —murmuró Eva.

Sue la miró con desaprobación y Sarah le guiño un ojo.

—Es una campeona —dijo Aylan besando la sien de su chica.

—Lo cierto es que no tienes demasiada elección en estos casos —admitió Sarah sonriendo.

—Oh, sí la tenías, con no...

—Eva —la advirtió Sue mirando de reojo a la señora Evans, que no dejaba de observar a su nieta.

—Algún día lo vivirás, y te gustará —determinó Sarah.

—Demasiado para ella. —Sue pasó un brazo por encima de los hombros de Eva.

—Traer un hijo al mundo, además de doloroso —Eva levantó la barbilla hacia Sarah—, es algo muy serio, de mucha responsabilidad, esos pequeñajos son delicados. No sabría muy bien qué hacer con una personita de ese tamaño entre mis brazos.

Su amiga resopló frustrada.

—Tranquila Eva, vas a ser la *tita* de todos y eso también tiene su parte de responsabilidad. Por algo se empieza —la animó Sarah.

—¿Eso es bueno? —preguntó Aylan juntando las cejas.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —inquirió Eva.

Aylan levantó las manos en señal de rendición.

—Eh, no te ofendas, solo que pareces estar en una posición de negación absoluta en cuanto a bebés.

—No todas las mujeres nacemos con instinto maternal. Tengo que admitir que todo esto me viene grande.

Se echaron a reír.

—Sí lo hacemos. Está en nuestra naturaleza, y tú no vas a ser la excepción.

La señora Evans habló sin dejar de cogerle la manita a la pequeña Nerea y sin levantar la vista de su

nieta. Eva no dijo nada, pero parecía pensativa.

—Nosotras ya nos vamos. Descansa, Sarah —anunció Sue. Tenía que sacar a su amiga de allí cuanto antes. No se arriesgaría a que soltara una de las suyas.

Se despidieron de todos y volvieron a casa en taxi.

Capítulo 10

—¡Slade!

Sue lo abrazó nada más entrar en casa. Eva la había dejado y se había ido a la oficina a recoger unos documentos que necesitaba que le trajera.

—Hola, pequeña.

La besó en los labios y después se apartó para observarla.

—¿Cómo te encuentras? Pareces cansada.

—Estoy bien. ¿Has visto a los niños? —preguntó para desviar su atención.

Si le decía que las dos últimas noches no había pegado ojo debido a esas pequeñas contracciones, el hombre se preocuparía demasiado.

—Sí, están fuera en el jardín. Pedro ha llegado diez minutos antes que tú, está dándose una ducha.

Salieron y después de que Nathan y los otros corrieran a besarla, se sentaron alrededor de la mesa de la gran terraza. Slade aún llevaba el pelo húmedo, así que supuso que no hacía mucho que había llegado. Lo observó cuando él apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Parecía cansado también.

—¿Cómo ha ido todo?

—Bien, hemos estado en Yemen —contestó incorporándose.

Nunca le decía adónde iba antes de comenzar una misión.

—Es una zona peligrosa...

—Sí, pero estábamos rodeados de Marines. No te preocupes por eso.

—Siempre me preocupo, Slade.

Entrelazó sus dedos con los de ella.

—Hoy he decidido que no voy a aceptar ningún trabajo fuera del país hasta que nazca Alexia.

—Aún falta un mes...

—Lo sé, pero quiero estar cerca. No estaba cuando nació Nathan...

—Te comprendo.

Un pitido le alertó de que tenía un mensaje. Sacó el móvil del bolsillo de sus vaqueros y lo miró.

«Tenemos que hablar», era el escueto mensaje de Adrian Tavalas. Perfecto, no había hecho más que llegar y ya tenía que lidiar con el hombre.

—Tengo que hacer una llamada, no te vayas —informó a Sue mientras se levantaba y le guiñaba un ojo.

—No te preocupes, no voy a ir muy lejos —dijo acariciándose la prominente barriga.

Killian entró en casa y soltó el petate. No había ni rastro de Mia, juraría que le había dicho que tenía un par de días libres. Miró su teléfono y lo comprobó. Sí, dos días. Quizás había ido a comprar.

Se encaminó hacia la nevera, tenía sed. Un ruido en el cuarto de baño captó su atención. ¿Mia se estaba duchando? Perfecto. No tardó ni un minuto en deshacerse de toda su ropa, la iba a sorprender.

Abrió la puerta y entró, el agua corría en el plato pero ella no estaba debajo del chorro. De pronto, un frío metal se apoyó en su sien, miró hacia el espejo y Mia estaba detrás de él apuntándolo con su pistola, y había quitado el seguro.

—Hola, cariño —dijo ella asomando la cabeza por un lado de su hombro.

—¿Qué tal, nena? —contestó como si no tuviera un cañón apuntando a su cabeza.

—Bien. Aquí, intentando darme una ducha.

—¿Te he asustado?

—No demasiado, pero si no hubieras sido tú, ya estarías muerto.

—Copiado.

Killian no hizo nada por desarmarla. Esperó a que ella bajara el arma, pero no lo hacía.

—¿Alguna pregunta más? —inquirió Mia, divertida.

—¿Está cargada? —preguntó sonriendo.

—Por supuesto, ¿por quién me has tomado?

—Perfecto, y ahora que ya hemos aclarado las cosas, ¿puedes apartar tu arma para que pueda follarte?

Mia se echó a reír y él observó su rostro; era preciosa, atractiva y malditamente suya. Aunque si lo decía en voz alta se buscaría una bala en las pelotas.

—Eres tan dulce —murmuró ella poniendo el seguro y dejando el arma en un rincón en el suelo.

—Siempre, nena. Estás tan sexy, armada y desnuda, que creo que la que rige ahora es mi otra cabeza.

La cogió por la cintura y la levantó contra la pared.

—¿No es así siempre?

—La mayoría de las veces en las que estás a mí alrededor, no voy a negarlo —dijo con la voz tomada por el deseo.

—Te he echado de menos —admitió ella acariciando su rasposa mandíbula.

—Y yo a ti. —Entró en ella.

—Lo estoy notando.

Capturó su boca y acompasó los movimientos de su lengua con los de sus caderas.

Dan caminaba a un ritmo pausado por los pasillos del club, intentando reconocer a los hombres que se encontraba a su paso, llevaba su máscara, pantalones de cuero y chaleco del mismo material. Varias chicas lo saludaron al cruzarse con él. Todas lo conocían y algunas habían compartido con él algo más que una copa.

—Señor, ¿hoy no está disponible? —preguntó Priscila mirando su pulsera roja.

Priscila era una rubia de largas piernas con unos taconazos de vértigo y un conjunto muy sexy compuesto por un sujetador de cuero y unas mini braguitas a juego. En la mano llevaba la capucha que solía usar en las escenas.

—Hoy no, nena. Si te necesito te buscaré —dijo casi sin pararse a hablar.

Tenía fama de ser un buen *Dom*, pero tenía que reconocer que desde que había empezado a acostarse con Pam, ninguna de las chicas le atraía lo suficiente. Volvía al club una y otra vez solo para ver si conseguía seguir a Modano.

Las dos últimas veces no había tenido suerte. Y esta noche parecía que iba por el mismo camino. Joder, si no le daba una dirección a Pam, ella terminaría por hacer las cosas por su cuenta y eso no podía permitirlo. Hacía tres días que no hablaban y no contestaba a sus llamadas, por mucho que ella insistiera.

Cuando salió de casa de Pam ya daba por supuesto que ella dejaría de hablarle. No estaba contando con su ayuda. Y eso le iba a pasar factura, pero la prefería cabreada antes que muerta. Pam le tenía muchas ganas a Modano, aunque sin duda él le tenía más. Todo por lo que lo hizo pasar en esa cueva lo iba a verter sobre ese capullo en forma de tortura. Y Pam ya no pintaba nada, bajo su punto de vista, ella ya había tenido su momento con los otros componentes del equipo de Afganistán. Empezaba a pensar que no iban a salir impunes de todo esto, así que debía mantenerla alejada.

La sensual música salía de los altavoces ubicados en el techo, en este instante sonaba *Tainted Love* de Marilyn Manson. «Muy sugerente», pensó.

Un hombre que venía de frente lo saludó con un ligero movimiento de cabeza y siguió su camino. Cuando ya se iba a dar por vencido oyó un ruido de llaves a su espalda y Modano salió de una de las habitaciones temáticas, era la medieval, la única que tenía cerradura para hacerlo más real, el resto de habitaciones tenían cerraduras electrónicas. Rápidamente se escondió en el siguiente recoveco del pasillo. Miró las cámaras de seguridad, las había estudiado con anterioridad y no había ni un jodido punto muerto, si seguía en esa posición, los de seguridad vendrían a investigar sus movimientos.

Una chica de pelo negro muy largo salió de la nada y él la cogió por la cintura. Imaginó que estaba tan pendiente de los pasos del hombre, que no había advertido que la chica venía por el lado contrario.

—¿Estás libre? —susurró en su oído.

—Para usted siempre. Señor.

¿La conocía? No lo recordaba. La besó en el mismo momento en que Modano pasaba por su lado. No podría reconocerlo, ahora Dan llevaba el pelo largo y mientras besaba a la chica la había ido arrastrando hacia la penumbra, metiéndolos a los dos en las sombras que dejaban las antorchas tras de sí.

—Después te buscaré —dijo acariciando la clavícula de la morena.

—Como desee, mi señor.

Salió detrás de Modano.

—Elijah, soy yo —anunció Pam en cuanto él descolgó.

—Hola, Pam.

—¿Puedo pasar por tu casa?

—No..., no estoy en casa —titubeó su compañero.

—Bien, puedo ir a verte a... donde me digas.

—No creo que sea buena idea.

Pam, se extrañó. Normalmente era él el que la buscaba. Y ahora que ella quería hablar, no estaba libre.

Un momento.

—¿Estás en ese club?

—Dan es un bocazas —contestó después de lo que pareció una eternidad.

—Cuéntame algo que no sepa.

Elijah se rio.

—Acabo de llegar. Pero si es urgente puedo ir a tu casa ahora mismo.

—No, estoy en mitad de la nada. Dime la dirección —apremió Pam.

—¿Para qué cojones ibas a querer venir aquí?

—¡Elijah! —Se le estaba acabando la paciencia.

—Está bien, te espero fuera.

Pam arrancó la moto en cuanto él le dio la dirección, no estaba tan lejos, podía llegar en diez minutos. Llevaba dos días investigando las ubicaciones de los clubes de BDSM a las afueras de Nueva York, al final había decidido llamar a Elijah, era bastante probable que quedara como una lunática, pero a estas alturas ya no le importaba. Dan no respondía a sus llamadas, algo tenía que hacer.

Puso su *Harley* al límite.

Cuando llegó vio a Elijah apoyado en su coche. Aparcó cerca y se bajó de la moto.

—Bienvenida a mi vida privada —dijo él con mucho sarcasmo.

—Y lo seguirá siendo, no te preocupes por eso.

Elijah hizo una mueca de desagrado.

—¿Qué quieres?

—Conocer este sitio.

Elijah alzó una ceja. Y cruzó sus fuertes brazos sobre su pecho.

—¿En serio? Parece que Dan ya te ha hablado de él. ¿Por qué no te ha traído él mismo?

—No se lo he pedido.

—¿Y me lo estás pidiendo a mí? —Se rascó la mandíbula—. ¿Para qué te ha contado nada? ¿Para después pasarme el marrón?

Pam resopló.

—No seas infantil. Ni siquiera sabe que he venido.

—Pero sabes que está aquí...

—Era solo una suposición.

—Ahí tienes su coche. —Elijah señaló con la barbilla hacia la derecha.

«Lo sabía», se dijo internamente.

—Quiero entrar.

—No puedes hacerlo sin una invitación de un socio.

—Tú eres socio, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Y?

Elijah la miró de arriba abajo.

—¿Estás segura de que quieres entrar?

—Completamente.

—¿Es una especie de encerrona para Dan? Porque no voy a seguirte el juego, aunque lo merezca por capullo.

—Tranquilo, Dan puede hacer con su vida lo que quiera en lo que a mí respecta, igual que tú. Solo es curiosidad, quizás necesito un cambio —mintió.

En realidad iba tras Modano, pero eso Elijah no tenía por qué saberlo.

—Si ese cambio me incluye no opondré resistencia. A pesar de que me dejaste claro que no quieres nada conmigo, no soy rencoroso —dijo guiñándole un ojo—. Pero no puedes acceder tal cómo vas vestida.

—¿Qué es lo que está mal? —preguntó mirándose a sí misma. Llevaba unos vaqueros, unas botas planas y una cazadora de cuero por encima de una básica negra.

—Nada, si solamente entras a tomar una copa en el bar, pero no es lo apropiado dentro del club.

—Una vez en el bar, ¿no podrías colarme?

—Nadie va a cara descubierta, es una de las normas.

Iba a protestar cuando Elijah levantó la mano.

—Conozco a una de las chicas, Norma, ella nos puede ayudar.

—Perfecto.

—Otra cosa. Deberás entrar como mi pareja. En lo que a Norma concierne, queremos probar cosas nuevas.

A Pam le pareció bastante surrealista.

—¿No puede ser de otra manera? Con decir la verdad...

—¿Le digo que a la tarada de mi amiga le gustaría entrar a curiosear?

—Visto así..., gracias por el piropo.

—Tú decides —aguijoneó ignorando su tono sarcástico.

—Está bien, lo que tú digas.

Le cogió la mano y entraron en el bar, pidieron un par de cervezas y Elijah la dejó esperando en la barra mientras él desaparecía detrás de unas cortinas negras.

Cuando volvió a salir, habían pasado unos interminables quince minutos. Se sentó junto a ella y la miró intensamente.

—¿Y? —preguntó molesta por su escrutinio.

—Tienes que firmar unos papeles y podrás entrar. Te pondrán la pulsera amarilla, y Norma te dejará algo de ropa.

—¿Qué tipo de papeles?

—Confidencialidad y esos formalismos...

—Ah.

—En el hipotético caso de que llegues a reconocer a alguien, aunque es difícil ya que todos llevamos algún tipo de máscara, no puedes manifestarlo fuera de estas paredes.

¿Cómo iba a reconocer a Modano entonces? Ahora ya no podía echarse atrás. Lo buscaría igualmente.

—No hay problema.

—Algo que Dan se ha pasado claramente por el forro —continuó frunciendo el ceño.

—¿No crees que lo habría descubierto por mi cuenta? Pensaba montar guardia fuera.

—No lo dudo.

—¿Y lo de la pulsera amarilla?

—Significa que eres mía y que solamente yo te puedo tocar..., y quien yo decida.

Pam entornó los ojos.

—¿Eso significa que estoy a tu merced?

—Algo así...

—¿Algo así? —repitió preguntando con tono seco.

—La gente de ahí adentro es muy respetuosa. No temas...

—No es miedo, Elijah, y lo sabes. Simplemente no entiendo eso de pertenecer a alguien.

—Entonces no deberías entrar, Pam. ¿Acaso crees que puedes pasearte por ahí solo para mirar? Se supone que estás dispuesta a jugar. Nadie te va a obligar a nada, compórtate como una sumisa y nadie sospechará nada.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Simplemente no hables más de lo que te pida y dirígete a mí como «señor», no me mires a los ojos y no levantes la cabeza cuando te cruces con alguien. No te preocupes, no haremos nada, hay habitaciones sin cámaras. Pero deberemos entrar en alguna durante un rato si no queremos terminar con nuestros traseros aparcados fuera.

Norma fue informada de que ella solo quería experimentar, en las cláusulas se exponía que durante el primer día se entendía que no participarás activamente, ya fuera con tu pareja o con otras personas. Había firmado con el rol de sumisa. Hizo rodar los ojos. No se veía ella en ese papel.

La chica le había dejado un mono de látex negro que se pegaba a su cuerpo y que aún llevaba la etiqueta colgando cuando se lo dio, tenía varios cortes que dejaban ver una pequeña porción de piel por cada uno de ellos. Unos taconazos adornaban sus pies y, junto con el vestuario, hacían resaltar su figura. En la cabeza llevaba una especie de capucha, también negra, con dos agujeros para los ojos y una cremallera justo encima de su boca que ahora estaba cerrada. Su cabello salía en forma de coleta por detrás de la máscara, mejor así, Dan no la reconocería. También llevaba un collar con una anilla. Había amenazado seriamente a Elijah si se atrevía a colgar una correa de ella. El hombre la miró divertido.

—Bien, es todo lo que necesitan. Que se diviertan. —Norma parecía simpática. No es que le importase. La chica iba a salir cuando se giró de nuevo—. Señor, hace tiempo que no veo al amo Phoenix.

¿Phoenix?

—Me temo que sus noches de acudir al club se han terminado, aunque por una buena causa —se apresuró a contestar su compañero.

—¿Ha sido cazado? —Pero no esperó respuesta—. Una lástima.

La mujer realmente salió compungida de la habitación.

—¿Phoenix? ¿Nuestro Phoenix? —preguntó en cuanto se quedaron solos.

—El mismo.

—¿Los tres venís aquí?

—Como has oído, Killian ya no. Él y Dan hace años que son socios, yo solo hace unos meses.

—¿Y ya eres un *Dom*?

—Nena, ¿me ves sometiéndome a alguien?

Pam, soltó una carcajada seca.

—¿Me ves tú a mí?

—Sin ánimo de ofender, lo tuyo es teatro. ¿No has dicho que solo venías para curiosear?

Dejó de mirarla para buscar algo en un cajón.

—Sí.

¿En qué lío se había metido? ¿Tan morboso le parecía ver a Modano en acción? Lo odiaba y odiaba su cercanía, pero necesitaba ver con sus propios ojos cómo se comportaba el hombre dentro de este mundo. Y pillar a Dan por banda.

—Une tus manos.

Como una autómatas lo hizo. Confiaba en Elijah y en parte se sentía más segura estando con él en estas circunstancias.

De pronto unas esposas envueltas en terciopelo aterrizaron en sus muñecas.

—¿Qué coño estás haciendo?

—No te voy a poner una correa, pero tengo que llevarte conmigo y dejar claro que estás con un hombre que no suelta lo que es suyo.

—Esto es increíble —refunfuñó.

—Sí, a mí también me lo parece. ¿Lista?

—Lista, y que conste que ahora has sido tú el que ha descubierto a Killian, así que no dejes caer tu mierda sobre Dan.

—*Touché.*

Él también se había cambiado, llevaba unos pantalones de cuero y nada más. Bueno, se había dejado puestas las botas militares, lo cierto es que estaba atractivo. La cogió por la cadena que unía las esposas y la llevó a paso lento tras él, algo que agradeció enormemente. Si se caía desde esos tacones, se partiría un tobillo y a saber qué más.

Capítulo 11

Wyatt puso la llave en la cerradura y nada más entrar unos brazos envolvieron su cuello y los labios de Nayeli estaban pegados a los suyos. Era todo un placer ser recibido así.

—Nay... —dijo con cariño contra su boca.

—Hola, guapo, ¿qué tal ha ido todo?

—Bien, deseando volver.

—Yo también lo deseaba. ¡Tengo grandes noticias!

Wyatt percibió lo contenta que estaba y eso le alegró enormemente.

—Eso es bueno.

—¡Voy a trabajar como profesora infantil! Por fin, Wyatt. —Se separó un poco y cogió su rostro entre sus pequeñas manos—. Mia ha tenido mucho que ver con eso.

—Felicidades, nena. Sin duda te lo mereces. —Al momento reaccionó—. ¿Mia?

—Sí, ¿recuerdas que tiene una amiga que lleva un centro para menores sin familia? Theresa, se llama.

A Wyatt le sonaba algo.

—Sí, creo que sé de quién me hablas.

—Ven, vamos a sentarnos, necesito explicártelo todo.

Nayeli era otra persona desde que había dejado atrás esa mierda de vida que llevaba con Patrick, alias *Castor*, ahora se parecía más a la Nayeli que conoció hacía años, menos reservada y más dada a hablar, aunque fuera de cosas sin importancia.

Cuando dejó su equipaje la siguió hasta el sofá.

—Wyatt, aquél niño, Jared, el que tuvo el accidente junto a su madre...

Wyatt se puso en alerta.

—¿Está bien?

—Sí, sí..., hoy he estado con él. Está en el centro en el que voy a trabajar, ese que dirige la amiga de Mia.

—¿Por qué está en ese lugar? —preguntó temiendo la respuesta.

—No tiene a nadie más, Wyatt. Aún están investigando, pero no aparece nadie.

—Joder. —Se levantó y se pasó la mano por la cabeza—. Es muy pequeño. Me alegro de que trabajes

allí, serás un buen apoyo para ese crío.

—Mia ha dejado caer que si no encuentran pronto a alguien que se haga cargo de él, entrará en el programa de adopción.

Wyatt no dijo nada. Ese niño se había convertido en alguien especial para él y no le importaría intentar su adopción, pero, ¿y Nay? ¿Ella desearía lo mismo?

Cogió su rostro entre las manos y la besó lentamente.

—¿Vamos arriba? —preguntó no queriendo entrar de lleno en ese tema.

—Sí. —Había deseo en los verdes ojos de Nayeli.

—¿Me lo vas a decir ya?

Matt apartó los ojos de la carretera y miró a Thomas divertido.

—No.

Volvió a fijar la vista en el asfalto, pero antes de hacerlo vio el ceño fruncido de su compañero.

—Desde que has vuelto estás muy misterioso.

—Thomas, no hay ningún misterio en querer mostrarte algo.

—Viniendo de ti, sí —aseguró mirando por la ventanilla.

Los arboles pasaban deprisa y el aroma del bosque se filtraba dentro del coche.

—Nos vamos a Nashville —concedió finalmente resoplando.

—¿Nashville? ¿Qué hay en Nashville aparte de lo obvio?

—Un magnifico lugar.

—No me lo vas a decir —afirmó Thomas.

No había conocido a nadie más curioso que su pareja. Thomas lo quería tener todo controlado y la incertidumbre lo estaba matando.

—¡Dímelo! —Estalló al final de una manera bastante infantil.

Matt no pudo evitar sonreír.

—Ya lo verás, no seas pesado.

Thomas resopló y siguió mirando por la ventanilla.

Subió el volumen de la canción que sonaba en ese momento: *Feels* de Calvin Harris con Pharrell Williams, Katy Perry y Big Sean.

Dos horas después, y sin más quejas por parte de Thomas, aparcó en un terraplén, había más coches, pero en general estaba bastante despejado.

Thomas lo miró, él cogió su barbilla y le dio un fugaz beso en los labios.

—Espérame aquí.

—No tardes.

Se dirigió a la recepción y mostró su documentación. El hombre mayor le dio las llaves de la cabaña y le indicó el camino para llegar hasta ella.

—Listo, nos vamos.

Thomas frunció el ceño al verlo entrar tan rápido.

—Pero si acabamos de llegar...

—Solo diez minutos más, ten paciencia.

Condujo por un camino rodeado de árboles, había escogido la cabaña más apartada del lugar. Sabía que a Thomas le gustaría. Cuando llegaron a su destino paró y bajó del coche invitando a Thomas a hacer lo mismo.

—Estamos en mitad del bosque...

Thomas miró en la dirección donde corría el agua, el sonido llegaba nítido y el aire se respiraba limpio y puro.

—¿Es una cascada?

—Espera a verla desde arriba.

Cuando se giró para observarlo, Matt hizo una señal con el dedo hacia el cielo. Thomas miró en esa dirección y sus ojos se ensancharon.

—¿Eso es...

—Una cabaña en un árbol, sí.

—¡Oh! Siempre quise subir a una de esas. Vamos.

Cogió la mano de Matt y lo arrastró literalmente hacia la base de la enorme secuoya. Sus pies hacían ruido mientras pisaban la hojarasca del suelo.

Una escalera de caracol, hecha de madera, rodeaba al tronco hasta llegar a la entrada. Thomas subía

los peldaños destilando alegría. Y ver a su pareja tan feliz estaba calentando el corazón de Matt.

—¡Tiene puerta!

Matt soltó una de esas carcajadas a las que no estaba acostumbrado. Y Thomas lo miró embobado.

—Vale, creí que estas cosas no tenían puerta.

Lo cogió por la nuca y le dio un beso devastador.

—Pero solo para oírte reír, también te diré que podrían poner un ascensor —dijo Thomas cuando se separaron.

Matt se rio de nuevo y metió la llave en la cerradura. La cabaña era más grande de lo que parecía desde fuera. Tenía un mini salón con alfombras étnicas repartidas en el suelo, una cama doble y una puerta que debía ser el baño al lado de una ventana, tampoco demasiado grande. También había una pequeña cocina a la derecha, y nada más. No obstante, para Matt era mejor que cualquier *suite* en el Plaza de Nueva York. Esperaba que para Thomas también.

—¿Qué te parece? —preguntó cauto.

—Es muy bonita, aunque no daré saltos de alegría por si acaso.

Matt le guiñó un ojo.

—Yo en tu lugar, tampoco lo haría.

Thomas se puso rígido.

—Cariño, es una broma, estas casas son seguras.

Al momento se relajó.

—Ven, mira por la ventana.

Los dos observaron la preciosa cascada que asomaba entre los árboles, Matt abrazó a su pareja por detrás, pasando sus brazos por encima del pecho de Thomas y estuvieron un rato admirando el paisaje.

—Me gusta la sorpresa, Matt.

—Te lo mereces, por el amor que me tienes y por la paciencia infinita que has demostrado.

—Cariño, el amor puede con todo. Y aunque a veces lo vemos todo negro e inalcanzable, nosotros podemos decir que lo hemos conseguido.

Se quedó pensativo, él sabía en lo que estaba ocupada su mente. Aunque Thomas siempre había tenido clara su vida y su sexualidad, él no. Era más complicado, y solo al lado de Thomas había conseguido ver su existencia desde otra perspectiva. Aceptándose y estando orgulloso de haber sabido afrontar su condición al fin.

—¿Cuántos días tienes libres? —preguntó Thomas.

—En principio, quince. Pero no puedo desconectar el teléfono, órdenes de Slade.

—Maldito, hombre.

Pero Thomas lo decía con cariño.

—¿Quieres ir a bañarte al río?

—Por supuesto.

Después de subir las maletas y cambiarse de ropa, bajaron y se encaminaron hacia la hermosa cascada.

—¿Y bien? —preguntó Slade con desgana.

—Está confirmado, era confidencial y he tenido que mover muchos hilos para conseguir la información, pero aquí está todo.

Tavalas dejó un dossier, con el sello estampado de «clasificado», encima de la mesa de su despacho. Slade sintió un escalofrío subir por su columna. ¡Maldita sea! Iba a ser padre otra vez, no necesitaba esta mierda.

—Me gustaría leerlo a solas.

—Por supuesto, ya me voy. ¿He de suponer que puedo confiar en ti?

Slade lo miró entrecerrando los ojos, ¿qué pretendía ese capullo?

—Puedes confiar en mí, lo mismo que yo confío en ti.

Traducción mental: Vete a la mierda, Adrian Tavalas.

El agente, de baja temporal, tuvo el mal gusto de sonreír.

—Acudí a ti antes que a ningún otro, te puse por delante de mis superiores. ¿No es eso suficiente?

—Debería.

—Entonces lo dejo en tus manos. Pero no pienses ni por un momento que lo voy a olvidar.

—Contaba con eso —respondió, frenando su furia a duras penas.

En realidad, aplastar su rostro contra la pared y ver como se esparcían sus sesos era una tentación demasiado grande y difícil de ignorar. Aun así bloquearía ese impulso.

—Solo quiero que mires las fotografías.

—Lo haré —contestó sin hacer ningún ademán de abrir y ver la documentación.

Tavalas se levantó de su asiento y abrió el dossier. Estaba a punto de cortarle el brazo cuando sus ojos quedaron atrapados en las fotografías, todas en tamaño folio, grandes y claras.

—A estos dos ya los conoces —dijo el agente mientras pasaba las manos por encima y esparcía las imágenes dejándolas como un abanico ante sus narices.

Slade miró el resto de los rostros impresos.

—Estos tres —puntualizó, señalando a cada hombre—, están desaparecidos, y a este otro lo están investigando, pero tampoco se sabe nada de su paradero. Me temo que ha cambiado de identidad. El informe determina que todos están relacionados con estos dos —terminó, apuntando a las dos primeras fotografías.

«Estos dos» eran alguien a los que Slade conocía perfectamente.

—De acuerdo, ahora...

—Ya me voy. Espero tu llamada. —Salió sin esperar respuesta.

No lo acompañó a la puerta de salida, esperaba que recordara el camino. No lo había llevado al complejo de la empresa de seguridad, nadie debía saber su ubicación. Así que lo había invitado a traerle los documentos a su casa, era un agente del FBI, no corría ningún peligro ni su familia ni él, o eso esperaba. Porque no tardaría en meterle una bala en la cabeza si en algún momento tenía alguna duda, por insignificante que fuera.

Le estaba costando concentrarse en lo que estaba viendo.

Cogió los papeles que estaban justo debajo de las imágenes y los leyó un poco por encima. La furia aumentaba por momentos, sus peores augurios se estaban cumpliendo. Y pensándolo detenidamente, todo era una puta injusticia.

Se pellizcó el puente de la nariz y llamó al hombre que había puesto tras los pasos de esos dos.

Después de esperar más de diez tonos colgó, ¿dónde cojones se había metido?

—¡Papá! ¡Papá!

El grito de Nathan amortiguado por la puerta cerrada de su despacho lo sacó de su aturdimiento y lo puso en alerta. Aunque al momento pensó que su hijo se habría cruzado en Adrian Tavalas, y se habría asustado. La cicatriz del hombre cruzando su mejilla era algo llamativa.

Cuando iba a abrir la puerta, esta se abrió de golpe y Nathan entró como un ciclón.

—Nathan...

—¡Papá! ¡Es Sue!

No necesitó más explicaciones. Salió al pasillo y emprendió una veloz carrera hacia el jardín. Lo primero que vio al llegar fue a Pedro ayudando a Sue a sentarse, un gran charco de lo que parecía ser agua estaba justo enfrente de su mujer.

¡Joder!

—Sue. —Intentó ocultar el terror que lo invadió en ese momento.

Ni un montón de rebeldes apuntando a su cabeza lo habrían acojonado tanto como lo estaba ahora. Si pudiera recordar cómo se rezaba lo hubiera hecho. «Todo va a ir bien», «es tu hija deseando conocer el mundo», «van a estar bien, las dos», se repetía mentalmente.

—Slade..., creo que Alexia ya viene —dijo Sue haciendo un esfuerzo.

—Se ha adelantado el parto —anunció Pedro totalmente convencido.

Estaba seguro de que el muchacho había comentado en alguna ocasión que había ayudado a su madre en los partos de sus hermanos. ¿Se sentiría culpable por su muerte?

—Tranquila, pequeña, iremos ahora mismo al hospital. —Su mente entró de nuevo en situación—. Nathan, sube a nuestra habitación y trae una bolsa blanca que hay sobre la silla, por favor.

El niño corrió escaleras arriba.

—Pedro, ¿te puedes hacer cargo de los niños?

—Claro.

Sue empezó a respirar agitadamente.

—Es... pronto.

—Lo sé nena, pero no te preocupes ahora.

Con la ayuda de Pedro metieron a Sue en el *Hummer* y salió hacia el hospital, hizo todo lo posible por mantener la calma. Tenía cogida la mano de su mujer, y verla sufrir lo estaba matando. Admiraba a las mujeres por esto, estaba seguro de que si los hombres tuvieran que pasar por ese trago, el mundo se enfrentaría a una reducción drástica de la población en dos días.

Capítulo 12

Los pasillos estaban iluminados por unas antorchas artificiales. En su poca o escasa, visión periférica, Pam veía las cámaras de seguridad, los pies de las personas que se cruzaban con ellos y poco más.

La música ambiental los rodeaba mientras caminaba detrás de Elijah. Aún se estaba preguntando qué hacía metida en un mundo que no era el suyo. Sabía la respuesta, pero no la diría en voz alta. Dan, ella quería ver a su compañero entre estas paredes, lo de Modano era primordial para su paz mental. Pero Dan... Dan... ¿estaba preparada para ver a Dan aquí? Definitivamente no.

Las puertas se sucedían unas tras otras, empezaba a aburrirse cuando llegaron a una gran sala llena de gente practicando sexo, el ambiente era decadente. Lleno de suspiros, gemidos y látex, mucho látex. Nunca había visto a un hombre hacer el papel de sumiso, pero ahí estaba. Dos mujeres lo tenían de rodillas entre ellas, una estaba agachada diciéndole algo al oído, la otra tenía una sonrisa diabólica pintada en su cara, los tres llevaban antifaz.

—Pam, no te detengas.

Elijah se acercó para advertirla. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba parada observando la escena.

—Lo siento, creo que ya he visto suficiente.

Aunque no podía ver bien su rostro, adivinó la sonrisa de su compañero.

—Cobarde —le susurró al oído.

—Ya he visto lo que quería ver.

—Mientes.

—Elijah...

La cogió suavemente por el codo y la atrajo hacia él.

Lo miró extrañada.

—Nada de lo que veas aquí puede llegar a molestarte tanto como para querer marcharte. He pensado que una vez dentro me dirías la verdad.

Debía de haberse anticipado. Elijah la conocía y era difícil engañar al hombre a estas alturas.

—Ya te he dicho que es mera curiosidad. Dan me habló del club y quise venir...

—No me tomes por idiota, Pam —la cortó.

—No lo hago.

—¿Estás con él?

¿A qué venía ahora esto? Miró sus ojos claros, Elijah y Dan eran como la noche y el día. Mientras que Dan era oscura sensualidad, Elijah era luz. Rubio, ojos color marrón claro y un porte demasiado elegante como para pasar desapercibido. Dan era más rudo, su cuerpo atlético estaba muy desarrollado y sus ademanes eran más parecidos a los de un boxeador. Dan era abierto y bromista. Elijah era precavido y más reservado.

—Elijah, te dije que no estaba con nadie y no lo estoy. No veo la razón para la pregunta. Si hubiera querido venir con él lo habría hecho.

Elijah sonrió de nuevo, jactándose de no creer ni una sola de sus palabras. Maldito hombre.

—Entonces, terminemos el recorrido y salgamos de aquí, si eso es lo que quieres.

Se dio la vuelta y la arrastró de manera delicada por las esposas. Siguió observando a las parejas y algunos tríos, todos metidos de lleno en el tema sexual. No le importaba quiénes fueran ni lo que hiciesen, estaban en su derecho y en el lugar propicio, siempre y cuando no se encontrara con Dan en pleno acto. Le molestaría bastante. Y ese pensamiento también la cabreó, ¿se creía su dueña?

Miró a los hombres buscando a Modano, hacía años que no lo había visto y dudaba mucho que pudiera reconocerlo. También cabía la posibilidad de que no hubiese venido esta noche.

—Ahí lo tienes.

Pam vio a Elijah apuntando con su barbilla hacia una gran habitación, tres paredes eran sólidas y negras, pero la de enfrente era totalmente de cristal, incluso la puerta de acceso. Con la mirada buscó a Modano pero al momento cayó en la cuenta de que Elijah creía que ella buscaba a Dan.

Dos mujeres se estaban besando apasionadamente, solo llevaban unos tangas de cuero, uno rojo y el otro negro. Tenían magníficos cuerpos, todo en su sitio y con las curvas perfectas, la envidia de cualquier mujer. El hombre estaría disfrutando lo suyo. Él se mantenía de espaldas y parecía dominar la situación ya que terminaron el beso cuando tocó a una de ellas. Después hizo que la pelirroja se tumbara en el único mueble que había en la estancia. Era un diván forrado de terciopelo negro.

Cuando la pelirroja levantó las piernas, la chica morena le quitó el tanga deslizándolo por sus largos muslos. El hombre, alto y bien formado tocó suavemente las rodillas de la joven para que abriera las piernas y dio instrucciones a la morena. Esta se agachó y apoyando su pubis en la parte alta del diván empezó a lamer el centro de la otra. El *Dom* o *Amo*, se puso detrás de ella, su culo estaba en pompa y Pam pensó que iba a penetrarla, pero para su sorpresa, solo se dedicó a masajear una respingona nalga, aunque tenía una erección importante que se mostraba incluso a través de los pantalones de cuero.

Ahora podía ver mejor sus rasgos, tapados parcialmente por una máscara que cubría su rostro hasta la nariz, no dejaba de observar a las mujeres y su semblante parecía serio. Miró sus labios, y de pronto

adivino de quién se trataba, buscó sus tatuajes, intentando asegurarse de que era él, pero solo veía los de los brazos, un chaleco tapaba el resto de su cuerpo. Aun así, supo que era Dan.

Miró a Elijah, que tenía los brazos cruzados en el pecho y no perdía detalle de la escena que se desarrollaba justo delante, y recordó sus palabras, «Ahí lo tienes». Lo había hecho a posta, él quería que viera a Dan, y bajo su punto de vista eso era caer muy bajo. ¿Qué pretendía?

Su primer impulso fue girarse y encontrar el camino de salida, ya buscaría a Modano de otra manera.

—Espera. —Elijah puso las manos sobre sus hombros y la puso delante de él.

—Elijah, suéltame —masculló sin querer llamar la atención del tío que tenía al lado y que también estaba embobado mirando a las mujeres.

En ese preciso instante Dan levantó la mirada y sus ojos se clavaron en Elijah.

Un movimiento brusco llamó la atención de Dan, miró hacia la gran cristalera y vio a Elijah, además de a otros cuatro hombres y un par de mujeres. Elijah iba cubierto, pero reconocería a su compañero en cualquier parte y en cualquier situación.

Frunció el ceño, ¿desde cuándo miraba una de sus escenas? Era una especie de acuerdo tácito, ni él miraba sus actos ni Elijah los suyos, con Killian había funcionado siempre así.

Los gemidos de las dos chicas lo estaban distrayendo, pero alcanzó a ver una sutil señal de su compañero. Miró a la mujer que tenía delante y recorrió su cuerpo, de la cabeza a los pies. Pam.

No le veía la cara, pero la había observado demasiadas veces como para no saber que se trataba de ella.

Su miembro se vino abajo. Toda la excitación se había ido de golpe. Aunque no pensaba tener sexo, no podía evitar que la sangre se desplazara a su pene solo con ver el intercambio entre las chicas.

Y al lado de Elijah, hombro con hombro, estaba Modano. Ese cabrón rastrero, estaba a solo un palmo de Pam. Se encendió de tal manera, que hubiese atravesado el cristal solo para matarlo con sus propias manos.

¡Mierda!

—Chicas, tengo que salir..., es urgente —se excusó de inmediato.

Por suerte, las mujeres ni se inmutaron, estaban demasiado perdidas en su propio placer.

Salió lo más rápido posible sin levantar sospechas y pasando por detrás del desgraciado se puso al

otro lado de Elijah, no quería hablar, dudaba que Modano reconociera su voz, pero no podía arriesgarse. Así que hizo una señal a su compañero y cogiendo a Pam de un codo se metieron en la habitación de al lado.

—¿Qué cojones se supone que estáis haciendo? —siseó cabreado.

—Yo podría preguntar lo mismo —soltó Elijah señalando con el pulgar a Pam y cabreándolo aún más.

Pam se plantó ante él y puso un dedo en su pecho.

—No te incumbe —dijo remarcando cada palabra.

—Nena, mantente en posición de sumisa, nos están mirando —indicó con el rostro imperturbable.

—¿Qué?

—Ya me has oído, si este capullo te ha metido aquí —dijo refiriéndose a Elijah—. Debería haberte enseñado algunas cosas.

—No he sido yo el que ha nombrado este sitio, idiota.

—Basta —susurró entre dientes—. Tenemos espectadores.

Cuando sus compañeros miraron en dirección a la cristalera asintieron.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer? —preguntó Pam, su voz apagada por la tela de cuero que cubría su rostro.

—Darles lo que quieren, o seremos expulsados por montar un espectáculo que nada tiene que ver con la temática del club. Y eso no lo voy a permitir, Pam.

Esperaba que su compañera entendiera el concepto, porque si no era así estaban bien jodidos. La fulminó con una mirada bastante elocuente.

Elijah giró a Pam e hizo correr la cremallera de la capucha, dejando al descubierto, sus labios y barbilla. En el instante en que quedó libre la besó. Y Dan hubiera jurado que el hombre ponía todo de su parte para profundizar aún más el gesto. No le partía la cara porque perdería a Modano. Miró a la gente y para su consternación el hombre estaba allí, observando.

¡Joder! Cada vez se ponía todo más complicado. ¿Qué hacía Pam aquí con Elijah?

—¿Qué haces? —Su compañera acababa de apartar a Elijah de un empujón, con las manos juntas y esposadas.

Y maldita sea si no le había gustado esa reacción. Aunque no ayudaba en nada que hubiera hecho ese movimiento en público, los espectadores esperarían un castigo ante la insubordinación de la sumisa.

Cogió a Pam por la cintura y la puso sobre la tabla de madera forrada que había en el centro de la habitación, cogió sus muñecas y atrapó las esposas por encima de su cabeza con una correa. Vio el

pánico en sus ojos. La postura le recordaba demasiado a la tortura que había sufrido. Pero debía simular un castigo. La sumisa que había en esa habitación no lo parecía a los ojos de los observadores.

—Pam, no lo hagas más difícil. Confía en mí, Modano está mirando —le dijo al oído.

Ella buscó sus ojos.

—No lo estropeemos, nena. No puede reconocernos. Piensa en el peligro que pondremos a Elijah si lo hace.

—Dan...

La besó, no pudo evitar sentir como suya la impotencia que había en su mirada. Tener cerca a ese cabrón la hacía vulnerable y Dan lo sabía.

—No puede entrar, y si lo hiciera no saldría vivo de aquí —aseguró contra sus labios.

—¿Qué os lleváis entre manos? Hagamos algo y salgamos de aquí.

Elijah no podía escuchar la conversación, pero no era un completo idiota. Notaba que algo no iba bien.

—¿Estás dispuesta a hacerlo, a dejarte llevar? —preguntó Dan, barajando la posibilidad de tener sexo y dejar que los vieran.

—Para eso tendrías que desnudarme y sabes...

—Lo sé —susurró.

Las cicatrices.

—Elijah, solo la castigaremos por rechazarte. No la desnudaremos. Vamos a dar un espectáculo corto. ¿Entendido?

Elijah frunció el ceño, pero asintió y miró a Pam. El hombre debía estar pensando que nunca habían compartido a una mujer, y mucho menos a Pam. Y además iban a castigarla. No quería encontrársela bajo ningún concepto cuando salieran de aquí.

—Confía en nosotros.

«Confía en nosotros». Pam confiaba en ellos con su vida, pero esto era algo distinto. Era sexo. La levantaron suavemente y Elijah la cogió de la cintura por detrás, tenía a Dan delante acariciando su barbilla. Las manos de Elijah fueron ascendiendo hasta llegar justo debajo de sus pechos. Las caricias

eran suaves y lentas, la relajaban.

Cuando las manos de Elijah llegaron a sus pechos, cogió aliento. No estaba mal, miró a los ojos de Dan, pero Dan miraba las manos de su compañero fijamente.

—Dan, mírame.

La furia asomaba a sus oscuros iris, solo veía sus ojos y sus labios. Renuente, levantó la vista.

—Céntrate —dijo con los dientes apretados—. Vamos a salir de esta.

Dan asintió, pero no parecía muy convencido. Aun así hizo correr un dedo por en medio de sus pechos hacia abajo en un lento recorrido hasta llegar a su sexo. Posó la mano sobre él y ejerció una ligera presión. Pam cerró los ojos. Debía ser una maldita enferma para estar excitándose con ese desgraciado mirando sus avances, pero no podía evitar sentir lo que sentía.

Notó los labios de Elijah en su cuello, inclinó levemente la cabeza dándole mejor acceso y sin apartar los ojos de los de Dan que estaba haciendo círculos sobre su clítoris por encima de la ligera tela. Era como estar desnuda ante ellos y ante los tipos que miraban a través del cristal.

Elijah encontró un camino a través de los cortes en su traje, sus dedos tocaban directamente su piel y se deslizaban hacia su trasero, de pronto también sintió sus labios, ligeros lametazos en su trasero. Debería frenar esto, debería salir de aquí encañonar a Modano y esparcir sus sesos por todo ese pasillo, pero Elijah no podía verse involucrado en sus actos. No mancharía la carrera de su compañero por una venganza personal. Ni la de Dan.

Elijah llevó sus dedos hasta su sexo mientras Dan seguía torturando su montículo, estaba realmente excitada, tanto que su mente dejó de funcionar para concentrarse únicamente en sus sentidos. Echó la cabeza hacia detrás para apoyarla en el hombro de Elijah, que había vuelto a incorporarse, y cerró los ojos. Cada vez volaba más alto, los dedos de Elijah habían entrado en su intimidad y habían empezado a moverse dentro y fuera de ella, si no fuera porque Dan la tenía cogida por la cintura se le habrían doblado las rodillas.

Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando Dan dejó de moverse. Abrió los ojos y lo miró. Estaba mortalmente serio y ella a duras penas podía controlar su respiración.

—¡Basta! —dijo apretando los dientes.

Sabía que le estaba dando una orden directa a Elijah.

—¿Qué...

—He dicho que pares. —Su voz era ronca y profunda mientras desviaba la mirada hacia su compañero—. Es suficiente, salgamos de aquí.

Pam tenía ganas de gritar y de patear el trasero de su compañero.

—¿Este es el castigo? —preguntó furiosa.

—Nena, no te alteres, es parte del espectáculo —explicó Elijah dando un manotazo en su trasero y provocando que lo mirara con desdén —Vamos, hay que dejar esta habitación. Lo has hecho bien.

No necesitaba que Elijah admirara su comportamiento. Nada de esto tenía que haber pasado, ahora se arrepentía de haber accedido a entrar. No, para ser honesta, ella lo había pedido. Qué idiotez. Esto no tenía ningún sentido.

Dan ya iba hacia la puerta sin molestarse en contestar. Parecía realmente furioso. Ella decidió inclinar su cabeza y mirar a Modano, solo podía ver su boca y esta tenía una sonrisa petulante, ¿había disfrutado con el espectáculo? Valiente cabrón.

Iba caminando detrás de Dan, esperaba que fueran a algún lugar donde pudiera cambiarse y enfrentarse a su compañero. Lo que había hecho era humillante, estaba frustrada y muy cabreada. Una voz en su mente le decía que ella no estaba allí para tener sexo precisamente. Pero las cosas se habían puesto... tensas y subidas de tono. Era bastante extraño que ella perdiera la concentración y se dejara llevar por el momento.

Tenía ganas de arrancarse la capucha y la ropa. Salir de allí y esperar a Modano. No, quería arrancarle la cabeza a Dan y de paso a Elijah. Eso era ahora lo más importante.

Por si aún no había alcanzado su cuota máxima de incomprensión con su supuesto castigo, ver como Dan cogía la mano de una voluptuosa chica rubia y la arrastraba con él girando en otro pasillo ya fue la culminación de la noche.

Iba a increparlo cuando Elijah tiró de su brazo y la hizo entrar en el vestuario.

—Déjalo —dijo cuando ella opuso resistencia.

—Quiero hablar con él.

—Esta noche no.

—¿Quién lo dice?

Elijah soltó el aire.

—Pam, no sé a qué ha venido todo esto, estoy bastante asombrado de que incluso me hayas dejado tocarte. No sé si pedirte disculpas o esperar a que quieras terminar el asunto.

—¿Qué?

Una sonrisa canalla apareció en el atractivo rostro de Elijah.

—Solo estaba bromeando.

—Quítame esta mierda —exigió mostrando sus esposas en alto.

Su compañero sacó una llave del pequeño bolsillo delantero que lucía en sus pantalones de cuero y cuando se las quitó masajeó sus muñecas.

—Ya lo hago yo. —Pam apartó las manos de golpe y se preparó.

De alguna manera tenía que descargar su frustración, en un movimiento rápido levantó su puño directo al rostro de Elijah.

Pero el entrenamiento de su compañero no había sido en vano. Levantó una mano y envolvió su puño a pocos centímetros de su ojo.

—¿A qué coño viene eso?

Capítulo 13

—Eva, cálmate —pidió Brad por enésima vez.

—Juro que le patearé los huevos a Slade —refunfuñó desde su asiento.

Desde que Pedro había llamado para informar sobre el estado de su amiga, no había parado de despotricar y ahora se dirigían al hospital donde se suponía que Sue estaba dando a luz.

—Si la oigo gritar una sola vez, es hombre muerto.

Perfecto. Además de que no les dejarían entrar y tendrían que lidiar con eso, Slade corría serio peligro. Pero la tozuda de su novia había amenazado con destrozarse su coche en cuanto llegara al hospital, si él no la llevaba.

—Cariño, un parto no es cualquier cosa. Tiene que doler un poco.

—Sue es demasiado delicada —argumentó Eva.

—Sue es más fuerte de lo que parece. Todas las mujeres lo sois.

Por el rabillo del ojo la vio fruncir el ceño.

—¿Nena?

—Yo no lo soy.

Sonrió sin que ella lo viera. Cogió su mano y le dio un pequeño apretón.

—¿Estás segura de eso? Porque si no me falla la memoria te enfrentaste a nuestro secuestrador.

—No estaba pensando con claridad —bufó.

Eso, Brad, lo tenía muy asumido, pero a pesar del peligro ella había pateado a ese tío.

—Podía haberte matado solo por eso...

—Es el dolor, eso es lo que temo —argumentó cambiando de tema—. Alguien debería inventar algo para que no suframos dolor durante el parto.

—Eva, eso ya está inventado —dijo condescendiente.

—No es suficiente, no para mí.

Bien, algún día tendrían que hablar. Lo de tener hijos o no, no había salido a colación y sospechaba que Eva tenía mucho que ver con eso, siempre desviaba el tema.

Aparcó lo más cerca posible de la entrada y cogió su mano al salir del coche. No era precisamente un acto de cariño. Ella no dudaría en meterse en la sala de partos sin ser invitada.

Después de preguntar, les indicaron una sala donde podían esperar. Slade estaba apoyado en la pared mirando fijamente una puerta.

—Slade —saludó Brad nada más entrar.

No había nadie más.

—Brad, Eva...

—¿Dónde está? —preguntó Eva inquieta.

—La están examinando, me traerán la ropa apropiada y entraré con ella.

—¿Por qué se ha adelantado? ¿Te han dicho algo?

—No.

Slade era hombre de pocas palabras y Eva quería información, acabaría poniendo nervioso al Capitán, si es que eso era posible.

—Eva, esperaremos aquí. Ya nos informarán —intentó tranquilizarla.

—No, yo también quiero entrar.

Slade apartó la mirada de la puerta para observar a Eva con una ceja levantada.

—Solo puede entrar el padre, nos quedaremos aquí —insistió Brad.

Podía oír la mente de su chica maquinando.

—Eva...

—Está bien. —Levantó un dedo ante la cara de Slade y puso cara de psicópata—. Más vale que cuides de ella ahí adentro.

Slade la miró desde su altura y tuvo los cojones de sonreír. Eva no iba a asustarlo ni de lejos, pensó Brad.

—Nadie va a hacer eso mejor que yo.

Cuando el hombre volvió a su semblante imperturbable, la puerta se abrió y una enfermera hizo una señal a Slade.

—No quiero que Sue pase por esto —dijo Eva cuando el Capitán desapareció tras la puerta.

—Todo irá bien. Ven, vamos a sentarnos.

Se le pasó por la cabeza ir a por un par de cafés, pero no se atrevía a dejar a Eva sola. Conociéndola, era capaz de cruzar esa puerta para estar al lado de su amiga del alma. Lo que conllevaría la implicación inevitable de los miembros de seguridad del hospital. No le apetecía cruzar ese puente.

Acababan de hacer el amor en la ducha, después de volver a la cabaña en el árbol, Matt había sido muy cariñoso con él. Lo cierto es que el hombre era bastante reservado para todo, pero con Thomas se estaba soltando. No sabía si Matt tenía una ligera idea de lo mucho que le amaba. Desde que le había conocido en el gimnasio hacía unos años, nunca había podido apartar al hombre de su mente.

Las caricias y besos que se acababan de profesar, eran una prueba evidente de que estaban bien juntos. Matt era siempre el que llevaba la voz cantante, pero hoy, él había tomado la iniciativa y le había dado placer hasta que su cabeza dio vueltas, sonrió al recordar cómo había fruncido el ceño cuando apartó sus manos de su pene para arrodillarse y degustarlo. Después de que se corriera le había permitido tomar la iniciativa de nuevo. A él le gustaba experimentar y, aunque a un ritmo más lento, parecía que a Matt también.

Estaba buscando unos bóxer, para tapar su desnudez, dentro de la maleta que Matt le había obligado a hacer a toda prisa. No es que le importara ir desnudo.

—Casémonos.

Levantó la mirada y se encontró con Matt observándolo fijamente. Todavía estaba mojado y con una toalla blanca envolviendo sus caderas, su oscura piel parecía resplandecer bajo sus ojos. ¿Había oído bien?

—¿Has dicho que nos casemos? —preguntó a riesgo de provocar una enorme carcajada en su compañero.

—Eso he dicho —contestó serio como era él, buscando algo en su bolsa, suponía que la ropa interior.

—¿Y lo dices así?

Matt se enderezó y lo volvió a mirar.

—Lo siento. —Se sentó en el borde de la cama y miró una pequeña caja negra que tenía entre sus manos—. Creo que no sirvo para estas cosas. Lo romántico no va con...

—Cielo, no lo digo por eso —dijo poniéndose de cuclillas ante él—. Es que me has pillado desprevenido, no lo habíamos hablado. En realidad no esperaba... ¿Estás seguro de que quieres esto? No deberías hacerlo por mí. Sabes que te quiero y que esperaré a que estés preparado para dar ese paso. Y lo cierto es que ni siquiera hace falta. Eres mi pareja, mi amor. No necesitamos demostrar nada, ni a nosotros mismos ni a nadie.

—Yo también te quiero, aunque no te lo diga muy a menudo...

—A veces tus actos dicen más de ti de lo que piensas.

Cogió su cara entre las manos y besó sus carnosos labios. Tan seguro que se mostraba cuando se trataba de su trabajo, y en la relación de pareja era bastante indeciso. Aunque había relegado a un lado los prejuicios de los demás, seguía batallando interiormente con sus propios demonios. Pero así era Matt, su amado Matt y la relación que tenían era lo más bello que había probado en..., nunca.

Matt abrió la cajita y mostró dos alianzas negras con unos intrincados diseños en plata. Thomas se quedó con la boca abierta, eran idénticas y preciosas.

—Las podemos llevar desde ahora o cuando tú elijas. ¿Son de tu agrado?

—Matt, son perfectas.

Matt sonrió, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Entonces, ¿lo hacemos oficial? —preguntó Matt en un medio susurro.

—¿Lo deseas de verdad?

—Sí, ya va siendo hora de que seas mi pareja de por vida.

Thomas se echó a reír.

—Un papel no significa nada...

—Para mí, sí.

La solemnidad en las palabras de su chico hizo que lo tomara en serio.

—Entonces acepto, Matt.

Matt lo cogió por la cintura y lo tumbó en la cama aterrizando justo encima de él. Empezaron a prodigarse caricias y a excitarse cuando tan solo hacía media hora que habían tenido sexo. Daba lo mismo, ellos siempre se sentían atraídos el uno por el otro.

El teléfono de Thomas empezó a sonar en ese preciso instante.

—Maldita sea —gruñó Matt incorporándose.

—Cariño, he desaparecido del mapa..., y llamando a estas horas, puede ser algo importante.

Matt arrugó la frente y se pasó la mano por su afeitada cabeza mientras Thomas se levantaba para buscar el teléfono.

—Es Eva... —anunció antes de contestar.

—Hola, nena. ¿Has visto la hora qué es?

—¿Dónde coño estás?! —inquirió ella, sin saludar siquiera.

—Eva... Estoy con Matt. ¿Por qué gritas? —dijo haciendo girar los ojos.

Matt prestó atención. Eva era un tanto histérica, pero algo debía pasar para que llamase así y el

hombre estaba alerta.

—¡Sue se ha puesto de parto!

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace como una hora.

—Es demasiado pronto...

—Muy bien Thomas, voy a decirle a la criatura que espere. ¡Céntrate!

Thomas resopló.

—Estoy centrado, por eso digo...

—Blablablá... Haz el favor de venir, nos necesita.

—Eva, voy a tardar unas horas, estoy en Nashville.

—¿En Nashville? ¿Y qué se te ha perdido ahí?

—Solamente es un buen lugar para perderse. Nena, iré directamente al hospital.

Cuando colgó el teléfono, Matt ya estaba metiendo cosas en su bolsa.

—Lo siento... —se disculpó Thomas.

—Es Sue, los dos la apreciamos. Vamos, también quiero estar junto al jefe.

Se acercó y lo abrazó.

—Eres el mejor. Gracias por entenderlo.

—No me las des. Recoge tus cosas. —Parecía una orden. Pero Thomas estaba más que acostumbrado ya.

Capítulo 14

No daba con Dan, Pam empezaba a estar cansada de la situación. No sabía qué le pasaba a su compañero. Quizás la maldita escena en el club lo había cabreado lo suficiente como para no querer saber nada más de ella. ¿Dan era posesivo? ¿Le habría molestado que Elijah entrara en el juego? Y lo que más la tenía intrigada era que ella habría continuado de no ser por Dan. Él había cortado el avance, no la había dejado tener un orgasmo y después de las horas que habían pasado, seguía sin entenderlo. ¿Era porque había ido al club? ¿Por mostrarse agresiva en aquella habitación? ¿O por haberse dejado tocar por Elijah? Era un castigo de cara al público presente. Pero seguía sin entender la necesidad de ello.

A la mierda, no sabía nada de él, y Modano estaba a tiro. Aquella noche no pudo esperar al idiota porque Elijah no se había separado de ella hasta que se marchó. Al día siguiente volvió al club y estaba cerrado. Así que esta noche volvería.

Su teléfono sonó por tercera vez en pocas horas. Era Mia. Seguramente la estaba buscando para salir con las chicas, así que no contestó, tenía cosas entre manos que necesitaban de toda su atención. Si fuera por un tema de trabajo, Ian o el mismo Slade la habrían llamado.

Iba por la maldita carretera de camino al club. Esperaba poder seguir a Modano y atraparlo. Después le haría sufrir y cuando llorara como una niña lo mataría. Su trabajo estaría terminado y algo le decía que su vida también. Pero no le importaba.

Llevaba un buen rato apostada bajo la cobertura de un frondoso árbol, cuando vio salir a Modano con cuatro hombres más, se subieron a un BMW pero no arrancaron. Estaba sentada en su moto fuera de la iluminación del *parking*. Dan tenía razón, sabiendo el comportamiento de Modano, era bastante probable que acabara acudiendo a un lugar como ese, pero ella conocía su temperamento y también sabía que no controlaba su carácter, era cuestión de tiempo que alguna mujer o algún hombre de los que trabajaban allí, terminaran heridos por su mano. No lo iba a consentir.

Se iba a preparar para salir tras ellos cuando vio a ¿Dan? Sí, era él. Salía por un lateral y estaba observando también el coche. Maldito hombre, veinticuatro horas sin verlo y ahora se lo encontraba en la misma situación que ella.

Se quedó allí pasmada viendo los progresos de Dan, la había engañado. Le había hecho creer que lo harían juntos, pero él había tomado la delantera. «¿Y qué estás haciendo tú?» se reprendió a sí misma.

Mierda, intuía lo que le esperaba. Tendrían que acabar llegando a un acuerdo. No dejó de observar a

Dan y a los tipos del coche que parecían estar hablando, miró un instante su reloj; las tres de la madrugada.

De pronto un peso cayó sobre la parte de atrás de su asiento y alguien le tapó la boca.

—Sabía que te encontraría aquí —susurró una voz en su oído.

¿Elijah?

—¿Puedo quitar la mano? —preguntó, asegurándose de que le había reconocido.

Ella asintió.

—¿Qué haces? ¿Cómo me has encontrado? —preguntó en voz baja y sin dejar de vigilar a los hombres.

—Es una larga historia, y no tenemos tiempo.

Señaló hacia el coche, que en ese momento, empezaba a moverse marcha atrás.

—Arranca.

—Bájate ahora mismo —le increpó.

—No.

—¡Joder, Elijah!

—¿Quieres perderlos? —No esperó respuesta—. Arranca, Pam.

—Tú no pintas nada en todo esto. Créeme, no deseas estar aquí.

—Lo deseo y pinto más de lo que piensas.

Pam se quedó estupefacta, ¿qué sabía? ¡No debería saber nada! ¿Dan había hablado con él? Lo dudaba, Dan no confiaría algo así a ningún integrante de su unidad.

Vio pasar el *Cayenne* de su compañero detrás del *BMW*, aunque había esperado un poco para ponerse en marcha, y saliendo de su paralizada mente, se incorporó a la carretera dejando una distancia prudencial, ni siquiera veía el vehículo donde estaba Modano. Se habían metido en una carretera llena de curvas, pero la silueta del coche de Dan hacía de guía. Ninguno de los dos había encendido las luces. Era una situación de riesgo. No había visto el coche de Dan en el aparcamiento, y lo había buscado. ¿Lo había ocultado por ella?

—Deja de maldecir, te estoy oyendo —le soltó en el oído.

—Bésame el culo, Elijah —contestó centrándose de nuevo en la carretera.

—Eso ya lo hice y lo disfruté plenamente.

El hombre tenía un buen punto ahí. Aun así, tenía que recordar patearle las pelotas en cuanto tuviera la

ocasión.

La luna estaba en toda su plenitud, pero algunas nubes difuminaban esa claridad que desprendía. Básicamente no veía una mierda, así que se centró en no desviarse demasiado de la doble línea divisoria amarilla, la que separaba los dos carriles y que veía a duras penas.

El hecho de que su *Harley* hacía demasiado ruido también la mantuvo a distancia, podía llamar la atención de Dan y ponerlo en peligro, la velocidad de su compañero pareció aumentar y ella no quería perderlo.

—Pam, se están alejando demasiado.

Elijah estaba empezando a molestar demasiado.

—No quiero que nos oigan.

—Lo sé, pero se van a evaporar.

¿Qué interés podía tener él en esto?

—Elijah, sigo pensando que no deberías estar aquí.

Notó como el pecho del hombre se hinchaba para después soltar el aire.

—Si alguno de mis compañeros se pone en peligro quiero estar ahí para ayudar.

Está bien. En cuanto supiera a dónde se dirigían volvería a la ciudad y Elijah quedaría fuera de la ecuación.

Era una carretera solitaria, y más a esas horas, así que prestó atención a los pocos cruces que encontraba y advirtió que no habían girado en ninguno de ellos.

Al salir de una curva vio las luces del coche de Modano ascender por una ladera y ni rastro de Dan. Detuvo su moto a un lado y todo quedó en un completo silencio. Se giró hacia Elijah y se llevó un dedo a los labios, aunque ellos siempre actuaban sin hacer ni un solo ruido, no estaba de más recordárselo.

Cuando Elijah descendió, ella hizo lo mismo y empujaron la moto hacia los matorrales que había a la derecha. Ocultaron la *Harley* y empezaron a andar por el camino. La luz era suficiente como para ver, aun así iban vigilando en dónde ponían sus botas.

De pronto una vibración en su bolsillo le anunció un mensaje, algo le decía que debía mirarlo, se apartó a un lado y miró la pantalla bajo la cobertura de un gran árbol.

¿Dan?

«Lárgate y llévate a Elijah contigo, te llamaré».

¿Dan, sabía que ellos estaban ahí? Miró a su alrededor.

—¿Pam? —susurró Elijah.

—Dan quiere que nos vayamos —dijo con voz queda.

Elijah arrugó la frente.

—No vamos a dejarlo a su suerte.

Perfecto. La famosa hermandad al rescate. Tenía que convencerlo. Ella tampoco quería marcharse, pero todo esto representaba un riesgo para Elijah.

—Esto es más peligroso de lo que crees. Quizás estamos molestando a Dan...

—Sois incapaces de mover ficha sin que el otro lo sepa. ¿Me tomas por idiota?

—Basta, ¿no podemos discutir en otra parte?

—No me iré sin Dan —decretó testarudo.

—Sí, sí lo harás.

No contestó al mensaje de su compañero. Él sabría si se habían ido o no.

—Elijah, vamos a mi casa —invitó de pronto.

Tal vez si le invitaba a tomar algo conseguiría relajarlo. No se olvidaría del asunto, pero ya se inventaría algo.

—Nena, ¿vas a convencerme de que deje a Dan aquí a cambio de sexo?

La poca luz que les llegaba le dejó ver la media sonrisa de Elijah. No podía permitir que pensara eso.

—Ya cruzamos ese puente. No te estoy ofreciendo sexo.

Se estaba hartando de utilizar susurros para hablar.

—No voy a moverme de aquí, busquemos el coche de Dan. Si no quieres, no le seguiremos, pero nos aseguraremos de que está bien cuando vuelva.

Y dicho esto comenzó a caminar de nuevo.

¡Maldita sea!

Pam se había vuelto loca, ¿por qué razón le seguía y además llevaba a cuestas a Elijah? Empezaba a estar cansado de la situación. No podía culpar a Pam, tampoco a Elijah. Se culpaba a sí mismo por haberse enamorado de una superior nada más verla en aquella base militar. Se había sentido atraído casi

al instante. Cuando fue destinado a su escuadrón para la operación en Afganistán, le faltó muy poco para besar la frente de su Coronel. Por suerte se retuvo a tiempo.

Cuando las cosas se torcieron en aquellas áridas montañas, se sintió furioso, decepcionado y humillado a partes iguales. Por aquella época la entonces Mayor Pamela Tylor, su verdadero apellido, era la mujer más severa que había conocido, aun así se puso duro, siempre le habían gustado los retos y ella se había convertido en uno.

Pero ahora volvía a sentirse decepcionado, no con ella, sino con la situación. Había otro asunto relacionado con Pam, él sabía que a su compañero Elijah le gustaba y como un idiota había propuesto hacer un trío con ella, Pam parecía estar conforme y eso también le extrañó, aunque solo fuera una tapadera. Pero la cosa no funcionó. De hecho, el sexo sí funcionó, pero su cabeza no. Se había vuelto loco cada vez que Elijah tocaba a Pam. No le pegó un tiro allí mismo porque en algún rincón de su mente la cordura no había desaparecido del todo. Y después estaba el hecho de que dos hombres acostumbrados a ejercer de dominantes no habían llevado bien el asunto, porque Elijah no podía negar que a él también le había jodido el tema.

Mostrar a Pam en su momento más vulnerable que, a su entender, era en pleno éxtasis, le había cruzado los cables y había terminado con la pantomima de raíz. Algo que Pam no dejaría que olvidara fácilmente.

Después de seguir a Modano y a los otros durante un par de noches, hoy era lo más lejos que había llegado. No dejaría que Pam y Elijah estropearan sus avances. No tenía ni la más remota idea de quiénes eran los tipos que estaban con el cabrón de Modano, pero no le importaba. Tenía a su objetivo controlado después de haberle perdido la pista en varias ocasiones.

El coche siguió su camino montaña arriba y él iba campo a través sin perder de vista las luces. En cuanto había dejado el coche su oído había captado el sonido de una Harley, no era idiota. Sabía que Pam terminaría por buscarlo.

Una casa majestuosa se hallaba medio oculta tras una ensenada. No sabía si era la residencia de Modano o de algunos de los hombres que ocupaban el BMW. Pero lo averiguaría. Estaba sudando cuando llegó a tiempo de ver entrar el coche a través de unas puertas de barrotes, aquello parecía una fortaleza. Los mosquitos rondaban por sus oídos y el aroma del bosque inundaba sus fosas nasales. Estaba bastante alejado, lo suficiente para no ser visto, así que guardó las coordenadas y volvió sobre sus pasos.

Tardó menos de media hora en llegar a su coche. Elijah y Pam estaban aguardando apoyados en la parte trasera.

—Joder, os he dicho que os marcharais.

—Lo has dicho —contestó Pam.

—Sí, me han pasado la información —corroboró Elijah.

—¿Y? —preguntó furioso.

—Que no ha ocurrido —volvió a decir Pam.

—Eso ya lo veo. —Clavó una acerada mirada sobre ella—. Si no tenemos nada más que decir, me largo.

Elijah se pellizcó el puente de la nariz.

—Esta conversación empieza a ser un diálogo de besugos. ¿Tengo que preguntar?

—No —soltaron Pam y Dan al mismo tiempo.

—Perfecto. —Elijah echó a andar en dirección a la casa donde habían ido esos tipos, dudaba que la encontrara, pero ellos le podían encontrar a él.

Dan resopló.

—¿Adónde cree que va ese gilipollas? —le preguntó a Pam aún más cabreado.

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Has encontrado algo que yo deba saber?

—Nada. Los he perdido —mintió.

—De acuerdo, recoge a Elijah y vámonos de aquí.

Dan iba a entrar en el coche cuando sus palabras le llegaron al cerebro.

—¿Ha venido contigo? Pues que vuelva contigo.

Había sido demasiado seco. Pero la punzada de celos no había podido evitarla y eso le jodía bastante.

—Está bien —dijo Pam encogiéndose de hombros.

Sabía que Pam no se aventuraría a ir a investigar si era cierto lo que él le había dicho, no con Elijah. Era consciente de que su compañera no se lo había creído.

Arrancó el *Porsche* y se fue directo a la ciudad. Dolorido, cabreado y sin comprenderse a sí mismo.

Capítulo 15

—Le están practicando una cesárea.

—¿Qué?

—La criatura está sufriendo porque ella no ha dilatado lo suficiente, así que el médico ha decidido hacerle una cesárea.

Jacob había llegado y ya se había informado.

—Oh, Dios. Eso ya es entrar en el quirófano —exclamó Eva horrorizada.

—Todo irá bien Eva, está en buenas manos y Slade estará a su lado todo el tiempo. Aunque no sé si al médico no terminarán por temblarle las manos. La mirada del jefe ha sido muy elocuente cuando se lo ha anunciado —comentó Doc con una media sonrisa.

En aquél momento entraron Ian y Michael.

—No quisiera estar en el lugar de ese médico —dijo Michael que había oído a Doc.

—Hola tíos —saludó Ian—. Killian y Mia están subiendo.

—Bien, pero aún hay que esperar.

—Tengo que parar a repostar —dijo Matt.

—Según el GPS a unos cinco kilómetros hay una gasolinera.

—Perfecto.

Thomas había cambiado el dial de la radio como unas veinte veces. Y ahora Passenger les regalaba los oídos con una balada.

—¿Quieres que compre algo?

—No, pero si hay cafetería podríamos tomar un café.

Cuando vislumbraron la gasolinera puso el intermitente y aparcó al lado de un surtidor.

—Voy al baño —dijo Thomas.

—De acuerdo. Te espero en la cafetería.

Matt hizo una señal al hombre que estaba dentro del establecimiento y este asintió. Empezó a llenar el depósito y miró a su alrededor, era un lugar solitario y su *Pick Up* era el único vehículo repostando en ese momento.

Cuando ya terminaba, entró un *Cadillac* destartalado con tres tipos dentro y la música a todo volumen. Los miró de reojo y algo le dijo que aquellos tíos iban a traer problemas, sobre todo cuando dos de ellos entraron en los lavabos públicos.

El otro estaba hablando con el hombre mayor que se encargaba de hacer los cobros y en ningún momento se quitó la capucha que cubría su cabeza, estaba ocultándose de las cámaras de seguridad. Matt metió la mano y abrió la guantera, allí guardaba una 22 de repuesto. Tenía permiso de armas y la podía llevar encima pero no lo hacía por respeto a Thomas. La escondió en la cinturilla trasera de los pantalones y la tapó con la camiseta.

Cuando echó a andar para pagar se encontró con los ojos del hombre mayor, y esa mirada le dijo que algo estaba ocurriendo. Su instinto no se había equivocado. Aun así entró, no iba a correr en dirección contraria si el hombre estaba en apuros. Y maldita sea si no tenía la ligera sospecha de que Thomas también podía estarlo.

—Buenas noches —saludó al entrar.

—Hola, hijo. —Matt pudo notar una nota de angustia en su voz.

El que llevaba la capucha estaba parado frente a él en un intento por simular que estaba pagando. Pero a Matt no le estaba engañando, lo estaba amenazando.

—Busco unas bridas, necesito hacer un apaño de urgencia en mi coche...

—En el segundo pasillo al fondo.

El pobre hombre estaba llevando con toda dignidad el ser amenazado. Porque estaba seguro de que ese gilipollas le estaba apuntando con un arma.

—Perfecto, gracias.

En ningún momento vio el rostro del idiota. Permanecía quieto, esperando que él se alejara de la caja.

—Señor, ¿está seguro de que están aquí? —preguntó cogiendo el paquete de bridas y abriéndolo para meterse una cuantas en el bolsillo.

Apartó unos cuantos artículos y miró a través de la estantería. El atracador negaba con la cabeza.

—En este momento no puedo atenderle, enseguida estoy con usted.

Se apartó y habló mirando en otra dirección, no quería delatar su posición.

—No hay problema, creo que ya he encontrado lo que buscaba.

Pretendía poner nervioso al de la capucha. Cogió un paquete de bridas sin abrir.

—¡Eh! Hermano, ya puedes venir, te estoy esperando.

¿Hermano? Matt levantó una ceja. Solo por dirigirse a él así iba a perder los dientes. Anduvo con tranquilidad, aún a riesgo de que el idiota hiciera un mal movimiento.

—¿Me acabas de llamar hermano?

—Eso he dicho, negro.

Tres metros más y se arrepentiría de sus palabras. Lo de «negro» y «maricón», le tocaba la fibra sensible. Solo en la unidad podían llamarle hermano y este capullo no era más que un puto yonki atracando una gasolinera. Por cierto; no era más que un crío con voz de hombre, pero estaba seguro de que no tenía más de dieciocho años.

Se posicionó a su lado y de pronto se vio encañonado con una pistola. Bien, acababa de pasar a ser la mayor amenaza para este hombre.

—¿En serio?

—No te muevas y todo saldrá bien.

—Déjame ponerlo en duda.

Por el rabillo del ojo vigilaba la puerta, los otros dos podrían aparecer en cualquier momento. Y prefería no pensar en que Thomas podría estar en peligro.

—¡Cállate!

—Voy a sacar la cartera y te daré todo lo que llevo, después te irás —dijo haciendo movimientos lentos.

—Me parece justo, dame las llaves del coche también, me gusta tu carro. —Miró al hombre—. Y tú, viejo, vacía la caja.

El peor error que podía cometer era desviar la mirada. Matt aprovechó para desarmarlo con un movimiento rápido y apuntó a su frente.

—Para ir atracando por ahí, eres bastante descuidado.

—Vete a la mierda.

—Date la vuelta —ordenó bajo la atenta mirada del dependiente.

—¿Qué vas a hacer, matarme por la espalda?

A Matt le dieron ganas de reír. El niño había visto muchas películas de vaqueros.

—No te lo pediré de nuevo.

Cuando lo hizo, maldiciendo, intentó salir corriendo. Lo enganchó por la capucha mientras con la otra mano escondía la pistola en el bolsillo y cogía una brida. Le ató las muñecas y de un empujón lo derribó para atar sus tobillos.

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Negro de mierda!

Le dio un tortazo con la mano abierta en la nuca.

—Tu madre no estaría muy orgullosa si te oyera hablar así.

—¡Ella me enseñó a hablar así!

Matt chasqueó la lengua.

—Se están perdiendo los valores.

Miró al hombre mayor y lo vio apuntándole con una escopeta de caza. Debía haberlo previsto, los de su raza siempre serían delincuentes a los ojos de mucha gente.

—Se equivoca de hombre, llame a la policía. Hay dos más ahí fuera. Confíe en mí.

—Yo no confío en nadie.

Para ser un hombre mayor, y por lo que había visto, bastante lento en sus movimientos, no se amedrentaba.

—Pues hágalo. Soy agente de seguridad. Y le acabo de pedir que llame a la policía.

—¡No he hecho nada! —gritó el niño desde el suelo.

Cogió un melocotón de una cesta en la que había diferentes tipos de fruta para su venta y controlando su fuerza se la encajó en la boca llevándose por delante varios dientes. Se lo debía.

—Está bien. —El hombre dejó la escopeta sobre el mostrador y se dispuso a teclear en un antiguo teléfono mientras el niño no paraba de gritar y de sangrar por la boca.

—Ponte de lado o te ahogarás en tu propia sangre, no podrás decir que no te lo advertí.

Lo miró con los ojos fuera de sí, pero se recostó sobre un hombro.

—Buen chico.

Incautó también la escopeta, a este paso podía poner un puesto de venta de armas usadas, Charlton Heston estaría orgulloso de él.

Corrió hacia los lavabos y en ese momento vio salir a los otros chicos. Uno sostenía al otro, que cojeaba.

Mierda. Los dejó marchar, en este momento solo le importaba Thomas.

—¡Thomás! —gritó abriendo la puerta de golpe.

Inmediatamente un profundo hedor inundó sus fosas nasales, este sitio no lucía demasiado pulido.

—Aquí.

Se relajó al oír su voz y se adentró hasta que lo vio sentado en el suelo intentando levantarse. Se había quitado la camiseta y estaba taponando una herida en el costado.

¡Joder!

—¿Estás herido? —preguntó arrodillándose a su lado.

Esos tíos se iban a arrepentir de haber tocado a Thomas.

—Es superficial, ayúdame a levantarme.

Después de ayudarle inspeccionó la herida; era un corte de unos diez centímetros de largo, pero no era profundo.

—Malditos cabrones. La policía está en camino.

Le dejó apoyado en la pared.

—Enseguida vuelvo, no te muevas.

—Matt, solo son unos críos.

—Unos críos armados, lo que los hace peligrosos e impredecibles —soltó cabreado saliendo por la puerta de nuevo.

No había estado allí para ayudar a Thomas, aunque tal como había salido uno de los niños, su pareja había sabido defenderse solo.

En su trabajo tenía que tomar decisiones, priorizar. Y él había intuido que aquél viejo estaba en peligro de muerte. Y ahora se arrepentía de no haber acudido a Thomas a tiempo. ¿Qué clase de hombre deja a su pareja desprotegida?

Apartó la idea de su mente. Esos dos no podían escapar.

Observó, y vio a uno de los chicos, el que cojeaba, meterse en el coche mientras el otro caminaba de espaldas mirando hacia dentro del establecimiento. Ya había visto a su amigo atado en el suelo. Perfecto, eso les daría una idea exacta de cómo iba a terminar el día para ellos.

De pronto, el chico echó a correr y se metió en el *Cadillac*, arrancó, y levantando una importante polvareda al derrapar, intentó llegar al asfalto.

Matt sacó su pistola y apuntó a la rueda delantera. El vehículo hizo un giro brusco y dio dos vueltas de campana. Si no se habían roto el cuello, él estaba más que dispuesto a terminar el trabajo.

Se acercó a la puerta del conductor y arrastró al chico fuera del coche que había quedado

completamente volcado. Aplastó su cara contra el suelo mientras le ataba las manos. Miró dentro del habitáculo mientras apretaba la brida más de la cuenta haciendo aullar al chico.

—¿Estás atrapado?

—Olvídame, hijo de puta —resolló intentando salir.

Malditos críos malhablados.

Dio la vuelta y cogiéndolo por un brazo tiró de él. Los gritos e insultos no tardaron en llegar, seguramente acababa de rasgar su carne con algún trozo puntiagudo de la chapa, pero le importaba una mierda.

Lo ató y registró sus bolsillos. La cartera de Thomas estaba en uno de ellos. Lo cogió por el cuello de la camiseta rota que llevaba y no pudo evitar darle un puñetazo y sentir como el cartílago de su nariz se rompía bajo sus nudillos.

—¡Puto nazi! —gritó con voz nasal.

Muy puesto en historia no estaba. El día que repartieron inteligencia el chico no había asistido a clase. Si Hitler levantara la cabeza...

—Suénate los mocos para hablar conmigo —aseveró soltándolo e incorporándose. La cabeza del muchacho chocó contra el suelo haciendo un ruido sordo.

—¡Déjalo en paz! —chilló el otro al ver la escena.

—Mantente callado si no quieres correr la misma suerte. —No levantó la voz, pero la amenaza quedaba bien plasmada en ella.

Se guardó la cartera y caminó hacia Thomas. Las sirenas empezaban a oírse a lo lejos.

—Matt, ¿estás bien?

—Eres tú el que está herido.

Alzó el brazo de su pareja y lo pasó por sus propios hombros para ayudarlo a llegar al coche.

—Lo siento —dijo algo avergonzado.

—¿Qué es lo que sientes? —Thomas lo miró mientras caminaban—. Acabo de ver la escena en el interior. No podías saber lo que pretendían esos tipos. Quizás hayas salvado una vida, nunca sabremos si ese chico hubiera hecho un daño mayor a ese pobre hombre. Solo has hecho tu trabajo.

Se paró un momento y besó sus labios. Luego cogió su cabeza con ambas manos y apretó su frente contra la de él.

—Si te hubiera pasado algo...

—Cariño, estamos bien. ¿Y si ese tío te hubiera disparado?

—No sería la primera vez.

Thomas sonrió en medio de una mueca de dolor. Su fanfarronada había conseguido que los ojos de su amante soltaran pequeñas chispas divertidas.

—Puede que un día se te acabe la suerte.

—Para ellos, disparar es como un maldito juego. Lo de la puntería les va bastante grande.

Thomas se enderezó e hizo otro gesto de dolor.

—Confiaré en eso para la próxima vez —Se miró el costado—. Matt, creo que necesito un buen zurcido aquí.

Matt sonrió, si Thomas estaba bromeando es que no estaba tan mal como había temido en un principio.

—¿Les diste una paliza? —le preguntó acariciando su rostro.

—Claro. ¿Lo dudas? —contestó Thomas guiñando un ojo.

—Nunca se me ocurriría. Pero quería asegurarme.

Cuando dos coches patrulla entraron en la estación de servicio, Matt se acercó a ellos para explicar lo ocurrido. Esperó apoyado en el coche, sabía que Matt no tardaría. Vio como el hombre mostraba sus credenciales y volvió a él caminando con decisión.

Thomas aún estaba sorprendido por su proposición y por la muestra de afecto que acababa de tener con él sin que estuviera pendiente de si había gente alrededor o no. El ex Marine era una persona admirable que intentaba ser feliz y abrir su mente. Un hombre fuerte y uno al que amaba.

—Vamos, hay un pequeño centro médico a pocos kilómetros de aquí —informó cuando llegó a su lado.

—¿Todo está bien?

Matt hizo una mueca mientras le ayudaba a subir al coche.

—Tendremos que prestar declaración en cuanto te cosan. No creo que nos lleve mucho tiempo.

Thomas, se preocupó.

—¿Vas a tener problemas?

—No, he entregado mi arma y a un pequeño grupo de mocosos problemáticos. Más bien creo que les he solucionado el problema. Ya los tenían fichados.

No tardaron más de veinte minutos en llegar a un pequeño pueblo con una sola calle central. Encontraron el ambulatorio enseguida.

—Llama a Eva, Matt. Se va a preocupar si no aparecemos en las próximas horas —le pidió mientras una enfermera muy amable empezaba a poner anestesia local.

—Thomas, es tu amiga y muy buena chica. Pero los dos sabemos que tiende a exagerar y a amenazar con diferentes tipos de tortura. No quiero oír como adorna, encarecidamente, la manera en que me va a cortar los huevos.

Thomas no pudo evitar echarse a reír, lo que hizo que se ganara una mirada de advertencia de la mujer que lo estaba tratando.

—Disculpe —dijo avergonzado.

—Admite que me va a culpar a mí de todo...

—Está bien. Tal vez tengas razón. La llamaré luego.

Matt soltó el aire. El hombre parecía realmente acojonado. Solo Eva podía conseguir ese efecto en los hombres. Brad debía ser inmune, pensó sonriendo a pesar de la situación.

Capítulo 16

—Oh, Dios mío, ¿estás bien? ¿Seguro?... Está bien. No..., no ha salido aún. Te llamaré.

Cuando Eva colgó el teléfono todos la miraron con curiosidad. Les explicó lo sucedido.

—Joder, ¿Thomas está bien, entonces? —preguntó Killian.

—Sí, no ha sido un corte profundo.

—Esos niñatos no dan ningún valor a la vida —repuso Mia.

—Pues para meterse con Thomas y Matt hay que tener huevos...

—Ya te digo —contestó Ian al comentario de Wyatt.

—Voy a llamar a Matt, puede necesitar algo. Todos sabemos lo reservado que es...

Killian salió para hacer la llamada mientras los otros seguían hablando. Sue y Slade seguían dentro del quirófano, ya llevaban casi una hora y estaban empezando a ponerse nerviosos.

—¿Dónde están Pam, Elijah y Dan? —preguntó de pronto Jacob.

—Ni idea, Doc. He intentado llamar a Elijah y no da señales de vida —admitió Michael.

—Yo tampoco consigo dar con Pam, le he dejado un mensaje —comentó Mia.

—El teléfono de Dan está apagado —anunció Ian.

—Malditos capullos —decretó Jacob cabreado—. El jefe dijo que teníamos que estar disponibles, a pesar de tener unos días libres.

—Ellos sabrán —dijo Mia mientras Brad y Eva los observaban a todos.

—Lo voy a intentar de nuevo —anunció Michael.

Cuando Michael se disponía a hacer la llamada, Slade apareció de repente con una gran sonrisa. Una de esas a las que ellos estaban poco acostumbrados.

—Alexia ya está aquí. Y Sue está perfectamente. Tengo un par de campeonas en mi vida —anunció orgulloso.

—Felicidades.

—Enhorabuena.

—¿Lo dudabas? —preguntó Eva arrugando la frente.

Los abrazos y palmadas en la espada no tardaron en llegar. Slade era un hombre feliz y tenía a los mejores hombres que podía desear alguna vez. Era consciente de que Elijah, Pam y Dan no estaban, pero

no tardarían en aparecer.

—¿Y dónde están ahora, podremos verlas pronto? —preguntó Eva.

—A mí me han echado. Supongo que terminarán de lavar a Alexia, y Sue aún estaba bajo una ligera sedación. La he tenido en brazos, es una belleza igual que su madre.

—Bufff, que alivio —dijo Eva poniéndose la mano en el pecho.

—Nena...

Eva levantó la cabeza y pareció extrañarse de que todos la miraran. Sobre todo Slade.

—Oh, lo siento, ¿lo he dicho en voz alta?

Pero no parecía ni un poco arrepentida, lo que arrancó algunas carcajadas.

En ese momento entraron Lucas y Edgar, el hermano y el padre de Slade. Abrazaron al Capitán y este siguió sonriendo ante las muestras de cariño.

—¿Eva, podrías llamar a la familia de Sue? Con las prisas...

—Ya, ya, ya. ¿Me pasas a mí el muerto? —Los dos sabían que la madre de Sue era algo melodramática.

—Me lo debes —dijo Slade sin inmutarse.

Iba a estar pagando de por vida el hecho de haberla salvado de Benson. Lo tenía asumido. ¿Tanto la odiaba el hombre?

—Lo hago por Sue, que quede claro.

—Cristalino.

Elijah la siguió con su coche, que había recogido del aparcamiento del club, hasta su casa. El hombre se había tomado en serio la maldita invitación. Pam no sabía cómo abordar el tema. No podía ni debía explicarle la situación en la que ella y Dan se habían visto envueltos.

—¡Mierda! —gritó dentro de su casco mientras metía la moto en su plaza de *parking*.

No tenía sentido que Elijah estuviera metido en esto. Ningún sentido.

Se encontraron en el portal, ya que él había aparcado en la calle, y subieron a su piso.

—¿Una cerveza? —preguntó Pam abriendo la pequeña nevera que había tras la barra.

—Sí. —Elijah se sentó en un taburete sin quitarle el ojo de encima.

Cogió otra para ella y dando la vuelta se sentó a su lado apoyando el codo en la barra. Iba a coger al toro por los cuernos.

—¿Me vas a contar qué ha sido lo de esta noche? —preguntó mirando directamente a sus ojos.

—Yo me pregunto lo mismo; lo de esta noche y lo del club. ¿A qué vino eso, Pam?

Se frotó la frente. No tenía explicación alguna.

—No lo sé. Supongo que me sentí bien.

—¿Nos deseas a los dos? —preguntó levantando las cejas.

—Elijah, estábamos fingiendo, ¿recuerdas?

Elijah la observó un momento.

—A estas alturas sé cuándo una mujer finge y cuándo no. Y tú no estabas fingiendo.

Pam resopló.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—A que me importas. Y las personas que me importan no las comparto con nadie.

—Te vuelvo a decir...

—¿Te has acostado con él?

Pam lo miró sorprendida.

—No creo que deba contestar a eso.

—Está bien. Entonces, contéstame a esto: ¿debo retirarme?

—Sí.

No lo pensó demasiado, pero tal vez ya iba siendo hora de que Elijah abriera los ojos.

—Perfecto. —Pero Pam vio el dolor en sus ojos—. Te sugiero que en adelante no vuelvas a jugar conmigo.

Su voz sonó ronca.

—Lo siento, no pretendía...

—Me has utilizado como escudo para mantener alejado a Dan ¿crees que no me he dado cuenta?

¿Qué podía contestar a eso?

—Eres un buen amigo.

—Uno que podría enamorarse de ti si no hubiera visto lo que sientes por él.

—Yo no siento nada por...

—Vamos Pam, deja de engañarte a ti misma.

Bebió de su cerveza y volvió a mirarle fijamente.

—No estoy abierta a una relación, con nadie.

—Ahora ya sé que conmigo no lo estas. Pero déjame decirte que cuando se te caiga la venda de los ojos sabrás que estás enamorada de Dan.

—Elijah...

—No te preocupes, en este momento me interesa más otro tema.

No dijo nada, sabía que era lo siguiente que vendría.

—¿Qué pasa con el tío del club?

—No quiero meterte en esto, Elijah.

Elijah se levantó y dejó su cerveza a medias sobre la barra.

—Solo te diré, que sé más de lo que piensas. No soy ningún idiota, Pam. Todos en la unidad sabemos que Dan y tú os lleváis algo entre manos. Los demás están seguros de que es una tensión sexual no resuelta, pero yo estoy seguro de que hay algo más. Estáis de mierda hasta el cuello. Metidos en algo que no logro adivinar.

—No sabes nada. —Logró decir sin parecer sorprendida.

—¿Estás segura de eso? —Empezó a caminar hacia la escalera—. Si me necesitas, aquí tienes un amigo, sabes que te cubriré las espaldas. A ti y a él. Mientras tanto podéis rodar montaña abajo y estrellaros.

Y con esas palabras descendió a su piso y oyó cerrarse la puerta de entrada. ¿Qué sabía Elijah? Tenía que hablar con Dan.

Mientras cruzaba la ciudad en dirección a su casa pensó en si con una llamada hubiera bastado. No, tenía que explicárselo en persona.

Aparcó entre dos coches y llamó a la puerta de la casa de una planta donde vivía Dan.

El hombre tardó un siglo en abrir. Solo llevaba unos pantalones holgados de pijama. No le importaba si estaba durmiendo, esto era importante.

—Pam, ¿qué haces aquí? —Miró su reloj—. Son las cuatro de la madrugada.

—Déjame entrar, tenemos que hablar.

Dan se interpuso en la puerta.

—¿No puedes esperar a mañana?

—No. Es algo que nos incumbe a los dos.

—Si te refieres a lo que pasó en el club, no te preocupes. Capté la indirecta.

Pam frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—De que no me van los tríos con las personas con las que normalmente trabajo.

¿Esos dos se habían puesto de acuerdo?

—Fue algo que tuvimos que hacer...

—No lo dudo, pero mantente alejada del club.

—No puedes decirme a donde puedo ir y a donde no.

Estaba empezando a cabrearse.

—No. No puedo, así como tampoco puedo decirte que te mantengas alejada de Modano... de momento. Aun así lo hago. Ese tío es peligroso, encontraros esta noche pisándome los talones no me ha parecido una gran idea. Y que Elijah estuviera allí tampoco ha sido una buena jugada —dijo bajando la voz.

No estaba solo.

—De eso quería hablarte...

—Esta noche no.

Cogió su mano y la hizo entrar, la aplastó contra la pared con su cuerpo y la besó. Un beso apasionado, lleno de lujuria. Sus manos ascendieron desde su cintura a los pechos por encima de la ropa. Tal vez sí estaba solo.

—Dan...

Una de sus manos fue hacia abajo y se coló en sus pantalones buscando su centro y masajeándolo. Su clítoris despertó al contacto, haciendo que una llamarada de placer subiera por su vientre hasta sus pechos.

—¿No has tenido bastante hoy, Pam?

No, no había sido suficiente, pero no lo confesaría.

La excitación se estaba adueñando de ella. Cerró los ojos y se dejó llevar poniendo las manos en sus hombros. Le gustaba lo que le estaba haciendo, un dedo entró en su interior.

—¿Crees que nosotros dos nos bastamos o preferirías llamar a Elijah?

Cuando su mente absorbió las palabras se quedó bloqueada, ¿qué estaba diciendo?

—Para, Dan.

Tiró de su muñeca para que la dejara ir.

—Me lo temía, nena.

—Vete a la mierda.

Una rubia guapa y alta, pasó totalmente desnuda por detrás de Dan, pasando una mano por la amplia espalda de su compañero de manera lánguida y seductora. Bien, eso confirmaba que no estaba solo.

—Cariño, ¿se va a unir a nosotros?

—Lo siento, no quería interrumpir nada —acertó a decir mientras apartaba a Dan para salir al exterior.

Sentía que se le estaban revolviendo las tripas, o se iba a desfiguraba a la puta. Dan pasó un brazo sobre los hombros de la chica y le guiñó un ojo.

—No lo has hecho, la noche es joven, ¿no quieres quedarte? Podría ser divertido —soltó guiñándole un ojo.

—Ya hablaremos en otro momento. Disfruta de... esta —dijo señalando con la barbilla a la rubia.

—Mantente alejada de él, te lo advierto. —Aún se refería a Modano.

—Bien, cuanto antes terminemos con nuestros asuntos, antes dejaré de molestarte. Lo estoy deseando.

Se dio la vuelta y cuando estaba llegando a su moto, lo oyó.

—Yo también, Pam.

Se giró para encararle pero ya había cerrado la puerta. Perfecto.

Era un verdadero cabronazo. Era Pam la que estaba ahí afuera, ¿en qué coño estaba pensando? No había empezado aún con la rubia, no podía y lo cierto es que el timbre le había hecho recapacitar. No podía tirársela, Pam ocupaba gran parte de su pensamiento. Los celos y el remordimiento se habían apoderado de él.

—Cariño, he preparado un par de Gin Tónicos, ¿te apetece?

—Sí, claro.

Después pondría cualquier excusa y la llevaría a su casa.

—¿No sería tu pareja, no? —dijo señalando la puerta con el pulgar.

Estaba desnuda y sus pechos se bamboleaban a cada movimiento. Aunque fuera algo inusual en él, su miembro permanecía dormido desde que Pam se había ido. Ni estaba excitado ni quería estarlo. En otro momento se habría preocupado por su falta de interés, pero intuyendo cuál era la causa, no le dio la más mínima importancia.

Desde que se había acostado con Pam, no había tenido sexo con ninguna otra mujer.

—No, es una compañera de trabajo.

—¿Con derecho a roce? ¿Y viene a estas horas?

—Asuntos de trabajo.

No le iba a contar en qué consistía su relación.

—¿En qué trabajas?

—Te lo he dicho, soy agente de seguridad —mintió.

—Ah, sí. No lo recordaba. Toma —dijo alargando una copa de las que llevaba.

Estaba claro que la chica era lenta. En fin, no se podía tener todo, hubiera sido demasiado pedir.

—Gracias.

—Un brindis por esta noche. Porque al fin te voy a cazar —dijo ella sonriendo.

«Lo dudo».

—Un brindis —contestó.

Mientras bebían pensó en la chica; era del club y siempre se estaba insinuando. Habían intercambiado alguna escena sexual subida de tono, pero no habían llegado a la penetración. Hoy había accedido a su invitación, así que cuando Elijah y Pam se fueron, fue a buscarla al club. Otra de las razones por la que le gustaba, es que nunca la había visto con Modano. El hombre tenía predilección por las morenas, de ahí que nunca la escogiera para él. Le gustaban morenas..., como Pam.

Hijo de puta.

De pronto el salón empezó a girar a su alrededor, «... al fin te voy a cazar». Las palabras acudieron a su mente. Mierda, ¿cómo podía haber sido tan incauto? Intentó mantenerse despierto.

—¿Qué coño has... hecho?

Vio una enorme sonrisa en su bello rostro antes de que sus rodillas se doblaran.

Capítulo 17

Pam, miró hacia la penumbra. Dan había gritado, un grito tan desgarrador que le rompió el alma. No podía ver mucho solo sabía que los cinco hombres que los retenían lo rodeaban y de alguna manera lo estaban torturando. A ella ya le habían infringido varios cortes en su cuerpo, el más profundo no dejaba de sangrar.

—¡Soltadlo! ¡Es una jodida orden! —gritó por encima del sonido de esos tipos.

Dan volvió a gritar y ella empezó a pelear de nuevo con las cuerdas que sujetaban sus muñecas y tobillos. Los hombres se rieron.

—¡Cállate, puta! —Esa era la voz de Modano y sonaba forzada.

—¡Pagaréis por esto! ¡Juro que lo haréis!

Unos pasos fueron hacia ella y una mano aterrizó en su cara. Su rostro empezó a arder mientras apretaba los dientes. Las muñecas no dejaban de escocer y su oído derecho emitía un pitido agudo a causa del golpe. Ahora casi no los oía. Pero intentó ver algo aunque no conseguía distinguir nada.

Cuando pasaron unos interminables minutos, los hombres arrastraron a Dan hasta el centro de la cueva y lo soltaron de golpe.

—¿Qué habéis hecho?

—Lo que te haremos a ti como no te calles, zorra.

Modano fue hacia ella con un cuchillo en la mano. Pam se temió lo peor.

—Te vas a ir al otro mundo con un montón de marcas de guerra.

Y dicho esto le hizo varios cortes en los pechos mientras ella gritaba.

—Vamos fuera, necesito un cigarrillo —dijo uno de ellos—. No van a sobrevivir, te lo aseguro.

Cuando todos se marcharon, dejándolos mal heridos y a su suerte, sus ojos buscaron a Dan. Aunque los tenía encharcados en lágrimas y todo su ser agonizaba de dolor, recorrió el cuerpo de Dan con la mirada. Estaba boca abajo, tumbado sobre un gran charco de sangre y..., por fin comprendió lo que le habían hecho.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dan! ¡Dan!

Se despertó sudando, gritando y fuera de sí. La imagen de Dan la torturaría siempre. Su compañero no merecía haber sido tratado así. Él solo intentó ser equitativo, interceder entre ella y sus hombres. Nunca debió hacerlo.

Aún tenía la respiración agitada, así que se centró en la realidad, «Dan está bien..., más que bien», se dijo a sí misma para tranquilizarse, no obstante, no lo consiguió.

Miró el reloj, eran las diez de la mañana. Le había costado dormirse, ver a Dan en compañía de la rubia no había ayudado. Por otro lado le sería más fácil dejarlo atrás. ¿Verdad?

Se metió en la ducha totalmente convencida de que se estaba engañando. Y cansada de que las pesadillas hubieran vuelto con tanta fuerza después de tanto tiempo, en realidad no eran pesadillas sino que lo volvía a revivir con todo detalle. Ese Modano necesitaba, urgentemente, ser enterrado en el lugar más recóndito de la tierra. Y ella alejarse de todo.

Se estaba secando con la toalla cuando oyó el sonido de una llamada entrante en su móvil. Antes de acostarse había activado el sonido y había visto las llamadas de Mia. Estaba casi segura de que sería ella de nuevo. Cogió el teléfono y miró la pantalla. Efectivamente era ella, otra vez. Tenía muy claro que no iba a salir con las chicas a comprar ropa de bebé. No le apetecía y era el momento exacto para soltárselo.

—Mia...

—Pam, llevo horas buscándote. ¿Está todo bien? —Notó la preocupación en la voz de su excompañera.

Esperaba que no supiera nada.

—Solo he desconectado, lo necesitaba.

—Ah, me parece bien. ¿Sabes algo de Elijah y Dan?

—Ni idea —mintió—. ¿Pasa algo? ¿Nos busca el jefe?

—No, no, nada de eso. Alexia ya ha nacido. Por si lo quieres saber.

Frunció el ceño.

—¿No es pronto?

—Se ha adelantado...

Después de que le contara los pormenores de la noche, incluido el intento frustrado de atraco a Matt y Thomas, colgó y se dispuso a ir al hospital.

Envió un mensaje, dando una pequeña explicación, a Elijah y otro a Dan, por si encontraban llamadas. No lo hubiera hecho en otras circunstancias, pero era primordial que nadie supiera lo que habían estado haciendo. Así que se fue para no coincidir con ellos.

—¡Thomas! ¿Estás bien? —El grito ahogado de Eva la sacó de sus pensamientos.

Pam observó como la chica corría a los brazos del monitor.

—Cuidado nena —advirtió Thomas abrazándola también.

—Oh, lo siento.

—No te preocupes, no duele demasiado. Por suerte, estamos bien. ¿Dónde están mis dos chicas?

Después de que todos se interesaran por la salud de Thomas y Matt, los hombres entraron en la habitación de Sue y Alexia.

Ella ya las había visto. Alexia era una preciosa pequeña de unos tres kilos, a pesar de haberse adelantado en su nacimiento; con la cara redonda y el pelo tan rubio que parecía blanco, era igual que su madre para regocijo de Eva, que no dejaba de decirlo a cada minuto. Slade la miraba como quien mira a una mosca cojonera.

De repente, Slade reparó en ella. Pam no esperaba que la mirara de una manera tan profunda, realmente parecía querer penetrar en su mente. Ese hombre nunca dejaba cabos sueltos, algo le rondaba la cabeza.

—¿Dónde está Dan?

Casi soltó el aire aliviada, pero se retuvo.

—Ni idea, jefe.

Prefería que pensara que ellos tenían algún lío amoroso y por eso le preguntaba, a que el Capitán sospechara lo que se llevaban entre manos.

—Salgamos al pasillo.

Mierda. ¿Y ahora qué?

Slade besó la frente de su mujer y acarició la carita de la pequeña Alexia.

—Enseguida vuelvo —le dijo a Sue.

Después le hizo una señal y le dio paso para salir de la habitación.

Una vez fuera se cruzó de brazos y esperó. El Capitán se apoyó en la pared y también cruzó los brazos sobre su amplio pecho.

—¿Y bien? —preguntó levantando una ceja.

Pam no sabía a qué se refería con la pregunta.

—¿Qué pasa? —indagó cauta.

—Estás mintiendo —soltó a bocajarro.

¿Pero, qué coño?

—¿Mintiendo? ¿Sobre qué?

—¿Dónde está Dan?

—Ya te lo he dicho, no lo sé.

Slade se pellizcó el puente de la nariz.

El eco de unos pasos hizo que los dos miraran a su derecha. Elijah venía directo hacia ellos.

—Hombre, jefe. Enhorabuena.

Se agarraron los antebrazos a modo de saludo, como siempre solían hacer.

—Gracias, Elijah. Y gracias por venir.

—No podía faltar. Hola Pam.

Le saludó levantando la barbilla.

—Intuyo que esta es la habitación de Sue. Voy a entrar.

—Adelante, enseguida me reúno con vosotros.

Cuando la puerta se cerró, Slade levantó la mano mostrando dos dedos.

—Dos días, Pam. Acabo de ser padre y necesito ese tiempo junto a mi mujer y a mis hijos.

—Me parece perfecto. —Pam seguía sin entender nada.

—Pasado ese tiempo, quiero hablar contigo y con Dan.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Tavalas.

—¿Tavalas?

—El mismo.

—¿Qué pasa con él? —Pam empezaba a sospechar algo—. Se trata de Benson, ¿verdad?

—Sí, aún no sabe nada de los fuegos artificiales de Hawái.

La explosión del avión cuando iban a despegar de la isla, se llevó por delante a Benson y a dos de sus hombres. Slade se había ocupado de que los restos del Jet no desvelaran nada más que un accidente fortuito. El cuerpo de Benson estaba en paradero desconocido. Aunque ella sospechaba que había acabado incinerado en uno de los muchos volcanes del archipiélago.

—¿Está haciendo preguntas?

—Demasiadas. —Se incorporó y ya iba a entrar de nuevo con su familia cuando le habló por encima del hombro—. En dos días os espero en el complejo, no faltéis. Informa a Dan.

Estuvo a una milésima de segundo de protestar. ¿Acaso no podía llamarlo él? Pero se controló a tiempo. El jefe no estaba para gilipolleces, y seguramente consideraría que su oposición a buscar a Dan sería una de ellas.

Sacó su teléfono y lo miró, Dan ni siquiera había visto el mensaje que le había enviado un par de horas antes. Por lo visto la juerga había durado lo suyo, estaría durmiendo la mona. Pero se negaba a volver a su casa y tocar su timbre de nuevo. Ya daría con él.

Se encaminó de nuevo hacia la calle, ya había visto a Sue y a los demás. No era necesario permanecer más tiempo entre tanta gente empalagosa con el nacimiento de Alexia. No es que no se alegrara por ellos, pero su vida era una pocilga y ver la alegría en los otros la convertía en una verdadera mierda.

Y ahora que lo pensaba... ¿qué tenían que ver, ella y Dan, con la desaparición de Benson? El resto del equipo también estaba en Hawái. Algo no encajaba. Le daría unas horas a Dan y comenzaría a buscarle si no daba señales de vida.

—Wyatt, no esperaba encontrarte aquí.

Nayeli salía por la puerta del centro donde trabajaba cuando lo vio apoyado en el coche. Su apuesto Wyatt la miraba con una media sonrisa. Se acercó a ella y la besó.

—He ido a ver a Slade y a sus chicas. Y después de dar vueltas, he decidido venir. —Se pasó la mano por el cuello—. Quería ver a Jared.

—¿En serio?

—Si a Theresa no le importa...

—No, no creo que le importe, ven.

Cogió su mano y lo condujo dentro de la casa. Los niños ya corrían hacia la parte trasera en donde estaba el jardín, las clases habían terminado por hoy y estaban deseando corretear por el recinto y merendar.

—¿Theresa?

La llamó picando en la puerta de su despacho.

—¿Nayeli? Pasa, creí que ya te habías ido.

Cuando entraron los dos ella miró a Wyatt sorprendida.

—Sí, pero me he encontrado con alguien afuera. Te presento a Wyatt, mi pareja.

Theresa se levantó y rodeando la mesa estrechó la mano del hombre.

—Creo que nos conocimos en La taberna de Julio. Fue en la fiesta del bebé de Suemy y Slade.

—Sí, un placer volverte a ver —contestó Wyatt.

—Theresa, nos preguntábamos si nos permitirías ver a Jared.

Ella sonrió.

—Por supuesto. Tú lo sacaste del coche accidentado de su madre, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose a Wyatt.

—Sí. Nayeli me ha explicado que no encontráis a su familia.

—Por desgracia, no. Pero siguen buscando. Pasad. Seguro que está en el jardín trasero.

Caminaron por algunos pasillos y atravesaron un gran salón con una televisión y varias estanterías con juguetes que en ese momento estaban bien ordenados.

Los sonidos de las risas y los gritos llegaron hasta ellos enseguida. Nayeli hizo un barrido rápido y localizó a Jared sentado en las rodillas de una de las chicas que los atendían fuera de las clases.

—Ahí está.

Jared tenía la mirada fija en Wyatt y sonrió.

—Es increíble —dijo Theresa asombrada—. Parece que te recuerda.

—Es cierto, Wyatt —murmuró Nay.

Pero Wyatt no decía ni una palabra, parecía emocionado y atónito al mismo tiempo. Nayeli le siguió cuando el hombre se acercó a él y se agachó a su lado. La reacción del niño los hizo reír ya que se sacó el chupete para dárselo a Wyatt. No pudo evitar que una lágrima se le escapara, aunque la limpió enseguida.

—Eres un hombre con suerte, no suele hacer eso con cualquiera.

La voz de Theresa también denotaba emoción.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó Wyatt, cauto.

El pequeño se tiró, literalmente, a sus brazos. Cuando Wyatt se puso de pie, la estampa que vieron sus ojos fue memorable. Los dos se miraban sonrientes y felices. Nayeli en aquél momento tomó una decisión. Haría lo imposible por tener a Jared con ellos, podían formar una familia. Si Wyatt quería... y si no aparecía nadie de su entorno familiar.

Capítulo 18

Quince horas, habían pasado quince malditas horas y Dan seguía sin dar señales de vida. Lo había llamado unas cinco veces y no contestaba. Al final había decidido ir a su casa de nuevo.

Volvió a llamar al número de Dan y para su sorpresa oyó la melodía a través de la puerta.

Joder, sus ojos recorrieron toda la calle, estaba oscura a pesar de las farolas, pero estas no iluminaban mucho. El coche de su compañero no estaba a la vista.

Tocó el timbre y aporreó con saña.

—¡Dan! ¿Estás ahí?!

No hubo contestación. Tenía que hacer algo, ¿y si Dan estaba malherido? Miró por la ventana pero no podía ver nada a través de las cortinas. Volvió a mirar a su alrededor y sacó un juego de punzones para abrir la puerta. Tenía seguridad, pero si él estaba dentro no estaba segura de que estuviera conectada.

Le costó un poco forzarla, pero finalmente lo consiguió.

—¡Dan! Soy yo. Estoy entrando, siento lo de la puerta...

Cerró la boca de golpe. El salón parecía haber sido registrado, el sofá estaba volcado y todo el contenido de las estanterías estaba en el suelo. Marcos con fotografías de su familia y algún libro. Había incluso un álbum de fotos abierto por la mitad, una de las imágenes estaba despegada y cuando la vio se quedó de piedra, era ella. Estaba seria y miraba más allá del objetivo, era un primer plano. Ya tenía unos años y ahora que la miraba bien, había sido en el campamento base de Afganistán. Era una fotografía robada, ¿por qué le hizo Dan una fotografía en aquella época?

Algo encima de la mesa llamó su atención, era otra de las imágenes arrancadas del álbum y estaba clavada en la madera con una pequeña navaja. En ella se veían las montañas a lo lejos, esas que estaban sembradas de cuevas...

Solo conocía a una persona que podía haber dejado esa fotografía como un maldito regalo y de hecho, era la única que quedaba viva para poder hacerlo. Pero había ido al club y aparte de Dan, Modano tampoco aparecía. Ni Elijah.

La habían sacado del álbum, ahora lo tenía claro, durante tres o cuatro páginas, todas las imágenes eran de aquellos tiempos. En algunas salía él. Con la cabeza rapada y mostrando su maravillosa sonrisa mientras posaba junto a otros compañeros. Lo cierto es que Dan era muy guapo. Aunque ella nunca reparó en él por aquellos días.

Había unas siglas escritas justo debajo de donde iría colocada la imagen de su rostro. «AFY», frunció

el ceño, ¿qué significaba? Y ahora que lo pensaba, eran las mismas letras que adornaban su cuerpo. El tatuaje que había visto cuando estuvieron juntos en su casa.

Por el rabillo del ojo no dejaba de vigilar la puerta. Estaba entornada pero alguien podía entrar.

Se guardó la imagen de las montañas en un bolsillo interior de su cazadora de cuero y fue en dirección a la casa o más bien al camino donde Dan había aparcado el coche cuando salió tras Modano.

Mientras enfilaba la carretera no le pasó inadvertido un coche siguiéndola. No adelantaba y se mantenía tres o cuatro vehículos por detrás. Tomó una salida repentinamente y el coche pasó de largo. Se estaba volviendo una paranoica.

La persona que había preparado esto sabía de ella, tenía esa certeza. Solo ella entendería lo que esas cuevas significaban. Rastrear al resto de hombres que componían su escuadrón no fue muy difícil y acabar con ellos mucho menos. Pero, ¿Modano? Les había llevado meses dar con él.

¿Y si eran ellos los que estaban en su punto de mira? Nunca habían contemplado esa posibilidad. Dan y ella daban por sentado que ellos eran los cazadores.

Solo quedaban unas horas para que comenzara a amanecer. Y ahora estaba en una maldita tesitura. Slade los esperaba, a los dos. Y era imposible saber si Dan estaba en esa casa en la ensenada o en cualquier otro lugar. No tenía tiempo real de obtener algunas respuestas, así que hizo lo único que pensó que podía hacer. Dio la vuelta y se fue a casa. Necesitaba un plan.

—Buenos días, jefe —saludó a Slade el vigilante de seguridad de la empresa Security Ward.

—Buenos días, ¿alguna novedad?

—La señorita Evanson ha estado aquí, hace un par de horas, justo cuando he entrado en mi turno.

—¿Pam? —Miró su reloj, faltaban cinco minutos para las ocho de la mañana.

—Sí, señor. —Se giró y le entregó un sobre que había sobre la pequeña mesa en la que descansaba un ordenador portátil —. Me ha pedido que le entregue esto.

—Gracias.

Se encaminó hacia la central. Al entrar se encontró a Aylan delante de los monitores.

—Enhorabuena, jefe —dijo mientras se levantaba para estrechar su mano.

—Lo mismo digo, nuestras hijas se llevan pocos días.

—Van a ser grandes amigas.

—Eso me temo —dijo guiñando un ojo—. Estaré en mi oficina, deberían aparecer Pam y Dan de un momento a otro.

—Perfecto.

Entró en su despacho y se sentó para abrir el sobre de Pam. Lo leyó y arrugó la frente.

—¿Qué cojones...

Abrió la puerta de golpe y entró de nuevo en la sala de operaciones.

—Intenta contactar con Pam y con Dan. Ahora —ordenó—. Maldita sea.

Tecleó en su móvil y esperó.

—Ven al complejo, quiero tu culo aquí en diez minutos —exigió a Elijah.

¿Pam renunciaba a su empleo? Y una mierda, ya podía darle una razón de peso. Le faltaba gente y ella era una buena adquisición, aparte de que las personas que componían su unidad eran muy cercanas. Pam no iba a dejar su puesto así por las buenas.

—Jefe, no contestan ninguno de los dos.

—Sigue intentándolo.

Entró de nuevo en su despacho y esta vez llamó a Killian.

Adrian Tavalas podía ser un hueso duro de roer en su mejor día, pero lo de hoy ya sobrepasaba el límite.

—¿A qué vienen esas preguntas?

Elijah lo miró fijamente.

—Estoy llevando una investigación personal y privada —explicó Tavalas.

—¿Y? —preguntó levantando una ceja.

—Esperaba tu ayuda...

—Sé lo mismo que tú.

Habían acordado encontrarse en un bar para desayunar cerca del piso de Elijah, no iba a desvelar dónde vivía a este hombre. Aún no habían intimado lo suficiente.

—Seré sincero.

—No sabes lo feliz que me haces —dijo dejando su taza de café después de darle un sorbo.

—Os he investigado a todos, y Slade lo sabe.

Él también lo sabía, el Capitán se lo había dicho. Y había destapado algunas cosas que ninguno de ellos esperaban. Pero no mostraría sus cartas.

—¿Por qué harías algo así? No tenemos nada que esconder.

—Parece ser que alguno de vosotros sí.

Lo miró de nuevo, esta vez se aseguró de que el tipo captara lo que pensaba de eso.

—Cuidado con sacar la mierda de la gente, podrías no estar preparado para que golpee el ventilador y acabes salpicado hasta las cejas.

—¿Eso es una amenaza?

—Solo una advertencia: deberías saber que algunas personas tienen un pasado y no desean que este sea removido.

La cicatriz que cruzaba su mejilla brillaba bajo la tenue luz del bar.

—Me veo obligado a atacar desde varios frentes. Una persona no desaparece de la noche a la mañana...

—¿Crees que tenemos algo que ver con la desaparición de Benson? —preguntó con cara de inocente.

—Digamos que tengo algunas teorías.

—Pues bien, no nos incluyas a nosotros en ellas. No tenemos nada que ver —mintió con total impunidad.

—Dime una cosa, ¿pondrías la mano en el fuego por tus compañeros? ¿Incluso por tu jefe?

Elijah removió su café.

—¿Qué mierda de pregunta es esa? ¿Has estado alguna vez en algún conflicto armado fuera de tu país? Dependes de tus compañeros, que con el tiempo se convierten en tus hermanos, eso es para mí mi unidad. Sí, te puedo asegurar que pondría la mano en el fuego y el resto del cuerpo, por cualquiera de ellos.

Tavalas, soltó el aire.

—¿Y si te digo que es muy probable que terminarás chamuscándote?

—Primero: no te creería. Segundo: no me quieres ver cabreado, así que deja el tema —Lo señaló con un dedo—. Cuidado, Tavalas. No te equivoques con tus acusaciones. Quiero a esos tíos y no permitiré que ensucies su imagen.

—Tengo pruebas irrefutables de que...

—¿Tengo que ver con alguna de esas pruebas?

—Estás involucrado de alguna manera.

—¿Sabe Slade lo que estás haciendo?

—No creo que deba pedirle permiso para contactar contigo...

—Te sugiero que hables con él antes de interrogarnos. Si pillas a alguno de mis colegas en un buen momento quizás termines con tu bonito rostro hecho papilla.

Tavalas se pasó la mano por la mejilla.

—Esto es algo que os incumbe a todos.

—Te lo repito, trata esto con Slade Ward. No conmigo.

—Tú eres al que he elegido hoy. Y el primero con el que mantengo esta conversación.

—Has elegido mal y es una pésima idea, Tavalas.

El móvil de Elijah emitió un sonido. Descolgó y no dijo nada. Era el jefe.

—Ven al complejo, quiero tu culo aquí en diez minutos.

—Enseguida.

Se levantó del taburete y dejó un billete encima de la barra.

—Tengo que irme —anunció.

—Está bien. Nos vemos.

Elijah ni siquiera le miró para despedirse. Salió y fue hacia el *parking* a buscar su coche. Se aseguró de que no le seguía y fue directo al complejo de la empresa en la que trabajaba. El jefe parecía cabreado y no quería acabar suspendido por llegar tarde.

No pudo reprimir la oleada de tristeza que la invadió, había presentado su dimisión y sabía que no volvería a ver a su unidad jamás. Era una forma cobarde de desaparecer, pero ellos no merecían verse involucrados en su pasado. Los echaría de menos, sobre todo a Elijah. El hombre se había convertido casi en su sombra y aunque a veces le había irritado, debía reconocer que resultaba reconfortante tenerlo al lado. Sin embargo; no de la manera en que a él le habría gustado.

Mientras subía la serpenteante carretera iba sumida en sus pensamientos, no le importaba cruzarse con

Modano, llevaba casco y no la reconocería. Un reflejo de la luna en un cristal llamó su atención a la derecha del asfalto. Frenó y dejó caer la moto hacia atrás, agudizó la vista, parecía un coche accidentado, había caído por el terraplén, las huellas en la tierra descendente indicaban que no hacía ni un día que estaba ahí, tal vez sus ocupantes ya habían sido atendidos y solo quedaba el vehículo. No quería perder el tiempo con esto. Dan era su prioridad ahora, después Modano y más tarde se ocuparía de sí misma.

Aunque pensó en seguir, no pudo. ¿Y si habían heridos? Siempre podría llamar a emergencias y continuar su camino. Podía haber niños en ese maldito coche.

Se bajó de la moto, colgó el casco en el manillar y empezó a descender, era una cuesta bastante empinada, así que puso los pies de lado para no resbalar y se agarró a alguna roca para no acabar rodando.

Cuando llegó al coche, este estaba empotrado en un gran tronco. Vio a una chica rubia con medio cuerpo encima del capó, con certeza había salido despedida a través del parabrisas, el cabello cubría su rostro, tocó su cuello. Estaba muerta, seguramente no llevaba puesto el cinturón de seguridad cuando ocurrió el accidente. Miró dentro del coche, esperaba no encontrar a ningún crío, como le había pasado a Wyatt.

Había un hombre, o por lo menos los pies eran demasiado grandes para pertenecer a los de una mujer. No podía abrir la puerta, pero juraría que tenía los tobillos atados. Dio la vuelta al coche y otro hombre estaba tirado en el suelo. Tenía un cordón atado alrededor del cuello, como si alguien lo hubiera estrangulado con él, la puerta del copiloto estaba abierta, no sabía si por el golpe o es que el tipo continuaba con vida después del accidente, tampoco tenía pulso. Llegados a este punto sacó su pistola, esto pintaba mal. Abrió la puerta trasera, no parecía desencajada, miró con cautela al hombre que permanecía de lado, con medio cuerpo encajado entre el asiento trasero y los dos delanteros.

Al momento reconoció los tatuajes y su corazón dio un vuelco.

—¡Dan!

Capítulo 19

¿Cómo había ido a parar a ese coche?

Comprobó sus constantes vitales, le temblaban los dedos cuando lo hizo. Había perdido el conocimiento pero estaba vivo, soltó el aire y miró de nuevo a su alrededor, no había nadie, aun así sostuvo su pistola. Dan también tenía las manos atadas con la misma cuerda que sujetaban sus tobillos, aunque ahora estaba suelta alrededor de sus pies. La postura debía ser grotesca antes de conseguir desatarse y podía imaginar la incomodidad de su compañero al pasar las manos a la parte frontal de su cuerpo, aunque no dudaba de su flexibilidad, algo que ese par de —ahora— cadáveres no tuvo en cuenta. Pero podría asegurar, sin temor a equivocarse, que el cordón que adornaba el cuello del otro hombre era el del pijama que aún llevaba puesto. El mismo que llevaba la noche pasada.

Buscó heridas graves e intentó moverlo, pero no lo consiguió, Dan era un tipo grande. Aunque lo consiguiera no podría transportarlo en su moto, necesitaba ayuda, muy a su pesar. Y en estos momentos solo había una persona que podía ayudar.

Sacó su móvil para llamar y vio las llamadas perdidas que le habían hecho tanto desde la central como desde el móvil personal de Slade. Las ignoró y llamó a Doc.

—Jacob, necesito que vengas a esta dirección...

Iban de regreso a la ciudad, Jacob en su propio coche con Dan en el asiento trasero, y ella delante abriendo el camino hacia la casa que su hermano tenía en Nueva York. Era el único sitio que se le había ocurrido. Slade y los otros no sabían de la existencia de ese piso. Le dio la dirección a Doc por si se separaban durante el trayecto.

Sospechó que la rubia del coche era la que había visto en la casa de Dan.

Cuando llegaron saludó al portero y entró en el ascensor. Avisó a Jacob y él subió cogiendo el ascensor desde el *parking* con Dan a cuestas, así el portero no lo vería.

Cuando Jacob entró en el piso, ella lo guio hasta el dormitorio principal. El hombre dejó a su compañero en la cama y se dispuso a examinarlo.

—Ha recibido varios golpes, ninguno parece tener demasiada importancia a excepción del de la

cabeza.

Pam lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos que vigilarlo, es bastante probable que los asientos amortiguaran el golpe. Y me atrevo a asegurar que él mismo se metió ahí para protegerse. Pero ha perdido el conocimiento y eso significa que se golpeó. —Apartó el pelo a un lado—. Aquí —dijo señalando cerca de la sien.

Pam trajo unas toallas humedecidas del baño y limpió un poco su rostro. Tenía las muñecas magulladas y los tobillos ensangrentados. Cuando terminó lo tapó con las sábanas y fue al salón con Doc pisándole los talones.

—¿Tengo que preguntar?

—No. —Se paró en la cocina y dejó las toallas en el suelo, al lado de la lavadora—. ¿Quieres un café? Creo que debe de haber en algún armario.

Empezó a abrir puertas.

—¿De quién es este piso? ¿Tuyo?

—No, de mi hermano. Y agradecería que dejaras el interrogatorio.

—Me has llamado, Pam ¿Esperas que pase esto por alto? Dime qué es lo que le ha pasado a Dan, y por qué hemos dejado dos cadáveres para que algún otro dé aviso, pero nosotros no podíamos hacerlo.

Pam, soltó el aire mientras preparaba la cafetera.

—Es una larga historia...

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Pam levantó una ceja.

—Tenía entendido que había venido tu familia desde Francia.

Jacob pasó una mano por su cresta que caía hacia detrás apoyándose en su nuca.

—Está bien. Sí, han venido mi mujer y mis hijos. Están en nuestra casa familiar, pero solo estarán un par de días, en cuanto le firme los papeles del divorcio se irán de nuevo. Estoy en un hotel hasta que se marchen. Era mejor así por los niños.

Pam no se sorprendió demasiado. La mujer de Jacob era un caso profundo de estado emocional irritante, aunque no se lo iba a decir al hombre.

—Era cuestión de tiempo...

—Lo sé, aun así me ha jodido.

—Deduzco que es debido a tu trabajo...

Jacob sonrió de lado.

—Sí.

—¿Lo saben los otros?

—No, solo Brad. Él se va a encargar de todo.

—Por mí no te preocupes, seguiré siendo así. Siento que tengas que pasar por esto.

—Como tú misma has dicho; era cuestión de tiempo.

Jacob no era un hombre que explicara demasiadas cosas de su vida personal. Cada vez que su mujer no acudía a alguna reunión entre compañeros, la cubría con alguna excusa, todos se habían dado cuenta.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, supongo, hay que limar asperezas. Mis hijos van a estar lejos, me temo, pero iré todas las veces que pueda a París.

—Sé que lo harás.

Sospechaba que Doc no se lo estaba contando todo, el hecho de que ella se llevara a sus hijos no podía ser algo consensuado. París no estaba a la vuelta de la esquina.

Se quedaron en silencio mientras daban pequeños sorbos a sus respectivos cafés.

—Pam, cuéntamelo.

—Es algo de Dan. No puedo traicionar su confianza.

—Entiendo.

—Solamente podía acudir a ti para que revisaras su estado, no pretendo ponerte en ningún compromiso con el jefe. Siento si esto te ocasiona alguna molestia.

—Nunca dudes en llamarme si me necesitas. Sé que podéis estar metidos en algo. —Levantó la mano para acallar su respuesta—. Pero soy perfectamente capaz de respaldaros sin hacer preguntas.

—Te lo agradezco, Doc.

Se sentía mal por eso, no estaba siendo sincera, sin embargo; Jacob ofrecía su apoyo sin condiciones.

—¿Sabes quiénes eran la pareja que iba en el coche?

—La chica estaba con Dan. El hombre no lo sé.

Tenía que darle algo, el hombre no merecía sus continuas negativas a explicarle lo que sabía.

—No tenía ni idea de que nuestro chico tuviera pareja.

¿Estaba bien hacer creer al doctor que la rubia era su pareja? Decidió que no. Aunque sería una buena coartada para ella, no pudo evitar querer aclarar la relación. Incluso le estaba cabreando la idea de que pudieran pensar que esa tía tuviera algo que ver con Dan.

—No, supongo que era la chica de turno.

Jacob la miró serio. Observando su reacción tras decir las palabras; ella mantuvo su semblante estoico.

—Siempre pensé que tú eras su chica...

—No, no lo soy. Lo he dejado claro más de una vez en los últimos años.

Jacob se rio sin ningún pudor. Ella no le veía la gracia al asunto.

—Doc...

—Está bien, no diré nada.

—Mejor.

Se levantó de su silla y puso la taza en el fregadero.

—Me voy Pam. Dan dormirá un rato más. Si cuando se despierta siente mareos llévalo al hospital y llámame, no sabemos cuánto tiempo ha estado así. Tendrás que vigilar su sueño.

—Lo haré. Gracias por todo, Jacob.

—De nada. Me debes una.

Pam sonrió.

—Lo sé.

Killian se aburría, Mia estaba en la academia y no tenía ningún permiso hasta dentro de una semana. Así que cuando su teléfono sonó y vio que era Slade, se alegró. Algo impensable en otros tiempos. Sería capaz de besar su boca si le daba algo que hacer.

—Jefe.

—Necesito que pases por el piso de Pam y después por la casa de Dan.

Sin saludo previo, para no variar. Frunció el ceño.

—¿Pasa algo?

—Después ven al complejo.

Slade colgó sin dar la respuesta a su pregunta. Pero él estaba feliz de tener algo que hacer, aunque fuera hacer visitas a domicilio.

Slade no daba crédito.

—¿Qué clase de preguntas?

—De las que tocan los cojones —contestó Elijah.

Aylan los miraba bastante descolocado.

—Está buscando a Benson por su cuenta.

—Lo sé.

—Ese tío nos va a traer problemas —argumentó Elijah.

—No lo creo. No tiene nada.

—Según sus palabras, sospecha de nosotros.

Slade se pellizcó el puente de la nariz.

—Me importa una mierda ese tío. Tenemos cosas más importantes ahora mismo.

Elijah puso cara de no saber de qué iba. Así que procedió a contarle lo sucedido.

—¿Pam, ha renunciado a su puesto?

—No, no lo ha hecho. Y no lo hará hasta que yo acepte esa dimisión.

—Joder.

—Sí, esa es la palabra adecuada.

Se quedaron en silencio y después recordó que el hombre no había respondido a las llamadas.

—Vamos a mi despacho —dijo haciendo un sutil gesto hacia Aylan.

De lo que iban a hablar, Aylan no debía saber nada.

Cuando cerró la puerta, se sentó tras su escritorio.

—Te estuve llamando anoche, ¿algo que contarme?

—Sí, pensaba venir hoy mismo.

—Bien.

Elijah se removió en su asiento. A Slade no le iba a gustar lo que tenía que decir.

—Pude ver al tal Modano, ese hijo de puta escurridizo ha estado acudiendo al club de BDSM. Y aunque en un principio creí que Dan no era consciente, sí lo era. Incluso fue tras él. Pam se presentó en el club también. Y siguió a Dan. Tuve que subirme a su moto en el mismo momento que vi que los perdía.

—¿Y?

—Parece que el hecho de que yo estuviera allí los frenó.

—Tenemos que llegar a ese tío antes que ellos.

—¿Sabes de qué va toda esta historia? Porque no es que me sienta muy a gusto vigilando a mis compañeros.

—Simplemente tómatelo como que estás resguardando sus culos. Los otros miembros del escuadrón han desaparecido. Si nuestros chicos tienen algo que ver con eso, estamos jodidos. Y si son los próximos en desaparecer, también.

—Mierda, espero que no.

—El problema es que Tavalas ha estado investigando a Pam —soltó Slade.

—¿Qué?

—Cuando disparó a esos tíos a los huevos en el secuestro de Mia, y Tavalas lo supo, se pudo manos a la obra. Descubrió que había pasado algo mientras estuvo en el ejército, después descubrió que Dan estuvo con ella y que se habían cruzado acusaciones falsas con el resto de su equipo. Por lo que terminaron siendo expulsados. Pero es material clasificado, así que de momento ni nosotros ni Tavalas tenemos acceso a ello.

—Tienes que cometer una falta muy grave para acabar expulsado.

—Sí, y me temo que Dan y Pam no lo comentaron conmigo deliberadamente.

Y eso le cabreaba. Cuando los contrató, en su historial no ponía nada de eso, de hecho, lo había actualizado y seguía sin haber una sola mancha en sus respectivas carreras. Pero Tavalas había tenido más suerte o mejores recursos, aun faltando la información primordial que esclareciera los hechos.

—Podría ser que no fuera de vital importancia para ejercer su trabajo.

—Incumbe a mi empresa, aunque no tenga importancia, como tú bien dices. Tavalas sospecha que aquí hay algo escondido. Cree que Dan y Pam tienen algo que ver con la desaparición de estos tíos.

Sacó la carpeta y le mostró las fotos que le había entregado el agente del FBI.

—Este es Modano —dijo Elijah señalando el rostro del hombre.

—El único con el que hemos dado, de los demás no se sabe nada.

—Mierda. No creerás que nuestros chicos están de mierda hasta el cuello, ¿verdad?

—Elijah, a estas alturas tengo que contemplar varias posibilidades.

—Entre lo de Benson y esto, Tavalas se ha convertido en un maldito grano en el culo.

—Lo sé. Simplemente debemos actuar antes de que descubra algo más a nuestras espaldas.

—Creo que deberíamos hablar con ellos.

—Tenían que haber venido a las ocho y son casi las diez. No contestan a sus teléfonos y me he encontrado con el jodido sobre de la renuncia de Pam. Killian está en estos momentos revisando sus domicilios.

—¿Pam pudo ser violada? Su comportamiento...

—Lo he pensado en muchas ocasiones, pero no puedo obligar a alguien, ni siquiera a mis hombres y mujeres, a contarme algo que pertenece a su pasado y menos si es algo tan íntimo.

Elijah se levantó.

—¿Y qué propones?

—Darles la oportunidad, tal vez si les muestro la investigación de Tavalas hablen, y entonces nos podamos hacer cargo de la situación a la vez que despistamos a Tavalas. Lo de Benson se va a quedar como está, no sacaré nada en claro.

Capítulo 20

Un gruñido atravesó el aire, Pam había ido a por agua cuando lo oyó, así que volvió corriendo a la habitación.

Se encontró a Dan de pie en el centro con los puños apretados mirando hacia todas partes.

—Dan.

El hombre la miró pero no parecía verla y para su consternación iba hacia ella como un tren de mercancías.

—¡Dan!

No dijo nada cuando la cogió por el cuello y la empotró contra la pared, el aire abandonó de golpe sus pulmones. Intentó forcejear, los ojos de Dan estaban inyectados en sangre. Ella se apoyaba sobre la punta de sus pies y se le acababa el aire. ¿Qué coño le pasaba?

—Putá —gruñó.

No podía hablar, así que hizo lo que tenía que hacer. Sacando la poca fuerza que le quedaba le dio un golpe seco en la garganta que hizo que la soltara y cayeran los dos al suelo buscando aire. Se apartó de él tosiendo y preparada para golpearlo de nuevo.

—Joder —dijo Dan con la voz rasposa.

—¡Eres idiota! Y parece que te encuentras mejor, pedazo de imbécil.

El hombre la miró, sus ojos centrados en ella parecían entender la situación ahora.

—¿Pam?

—No, tu peor pesadilla, y tienes suerte de que no te haya pateado las pelotas.

—¿Qué haces aquí? ¡Lárgate! —miró de nuevo a su alrededor— ¿Dónde estoy?

—¿Que me largue?

Se incorporó quedándose sentado en el suelo y cogió su cabeza entre las manos.

—Yo... creí... creo, que he tenido un mal sueño. Lo siento.

—En ese sueño... ¿estaba involucrada una rubia, un tío enorme y tus extremidades atadas?

Dan la miró confundido.

—La puta rubia... ¿Cómo lo sabes?

Pam resopló y se levantó.

—¿Puedo estar segura de que sabes quién soy?

—¿Qué mierda de pregunta es esa?

—Me acabas de atacar, capullo. No ha sido un sueño. Ha sido muy real.

—¿El qué?

Perfecto, esto era un diálogo surrealista.

—Céntrate.

—Lo intento, maldita sea.

Trató de ponerse en su lugar. Debería ayudarle a recordar.

—Estamos en casa de mi hermano en Manhattan, un lugar seguro, por el momento. Te encontré dentro de un coche accidentado junto a la zorra que te tiraste ayer y a un tipo, los dos están muertos. Lo que ocurrió antes de eso deberías saberlo tú.

—Ahhh...

Dan cerró los ojos y apretó los párpados.

—¿Ah?

—Espera mujer, dame tiempo.

—Pues que no sea mucho, Jacob sabe que estamos aquí. En cuestión de unas horas puede que se presente toda nuestra unidad.

—Ya recuerdo. —La miró furioso—. Lárgate. ¿Jacob? ¿Qué pinta él en eso?

Que fijación tenía con que se fuera.

—Ok, Jacob te ha estado examinando, habías perdido el conocimiento. Te enfadaste conmigo por alguna estúpida razón que no recuerdo...

Dan se sentó en el borde de la cama.

—Yo sí la recuerdo, pretendiste hacer un trío con Elijah y conmigo. Y quiero que te vayas.

Pam resopló.

—No me voy a ir a ninguna parte.

—Juegas conmigo...

Lo ignoró, lo importante ahora era saber qué hacía en ese coche.

—Basta, Dan. Te tiraste a la rubia, ¿qué pasó después?

—No me la tiré.

—Oh, vaya, ¿debería aplaudirte?

—¿Te tiraste tú a Elijah?

Maldita sea, ¿todo se reducía a eso?

—No veo dónde está el problema, Dan. —Que se jodiera con sus conjeturas—. Te lo preguntaré de otra manera. ¿Qué hacías con la rubia de anoche en un coche camino de la que supongo que es la casa de Modano? ¿Intentaron secuestrarte? ¿Ella te engañó?

Dan frunció el ceño. Pero no habría la boca. ¿Había perdido la memoria?

—Tú me engañaste, no ella —dijo de repente.

Le daban ganas de zarandearlo.

—Dan, ¿te duele la cabeza o cualquier otra parte del cuerpo?

—Noto la cabeza embotada...

—Bien, te haré un café. Puedes tomar un analgésico también.

—Gracias. Y después te irás de aquí.

Vale, el hombre estaba como una puta cabra. Se había adueñado de la casa.

—Sí, sí, sí... —murmuró yendo hacia la cocina.

Killian entró como una bala en el despacho. Slade levantó la cabeza y frunció el ceño.

—Alguien ha entrado en casa de Dan. Estaba todo revuelto y ni rastro de él.

—Mierda.

—Joder.

Dijeron Slade y Elijah al mismo tiempo.

—En cuanto a Pam. Le ha dado el perro a su vecina y no ha recogido la fianza del ático. Se ha largado.

Elijah y el Capitán se miraron.

—¿Sabéis algo que yo no sé? —preguntó el Teniente bastante furioso.

—Siéntate.

Cuando terminó de dar toda la explicación de cómo habían sucedido las cosas, Killian los miró

frunciendo el ceño.

—Esta manera de desaparecer, ¿no los hace parecer más culpables? Aunque no me creo una mierda de esos informes. Son Pam y Dan, son mis hermanos. Tiene que haber una jodida razón para todo esto.

—La estoy buscando de sus propias bocas, pero no están, Killian. ¿Dónde los deja eso?

—¿Desconfías de ellos? —preguntó Elijah.

—No, nunca. Pero me hubiera gustado saber por qué su pasado en el ejército ha vuelto para darles una patada en el culo. Y me siento traicionado. Hay una razón para estar donde estáis, confío plenamente en cada uno de vosotros, pero si hay algo que puede poner a alguno de mis equipos en peligro me gustaría saberlo de antemano.

Tenía su punto, pensó Killian.

—Está bien. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Reunir a la unidad y dar como prioridad a Dan. Tenemos que averiguar qué ha pasado para que entraran en su casa, y encontrarlo. Puede ser que Pam esté con él, o eso espero.

—Perfecto voy a decírselo a Aylan. —Elijah se levantó y salió.

El teléfono de Slade sonó en ese momento. Ni siquiera miró quién era.

—Ward.

—Jefe, tenemos que hablar. Es importante.

—Jacob, tenemos una situación, tendrás que esperar. Aylan estaba a punto de llamarte. Ven al complejo.

Acto seguido colgó.

—No cargues peso, te va a doler o se te puede abrir de nuevo la herida.

Thomas frunció el ceño.

—Matt, aunque Alexia es preciosa, tal vez debería decirte que los niños me gustan pero me aterrorizan al mismo tiempo —anunció ignorando la advertencia.

Matt despegó los ojos de la televisión y levantó una ceja mirándolo.

—Es solo para tu información —dijo Thomas como única aclaración.

—Bien, no creo que discutamos por eso —murmuró cogiendo la bandeja con los sándwiches que llevaba su pareja, y dejándola sobre la mesita delante del sofá.

Thomas pareció respirar más tranquilo.

—¿Te preocupa eso? —preguntó Matt cauto.

—No, pero prefiero ser el tío amoroso de todos, lo de ser padre no va conmigo.

—Tampoco estoy preparado. Doy gracias por no haber dejado embarazada a mi mujer.

Notó como Thomas se tensaba.

—¿Piensas en ella alguna vez?

—Formó parte de mi vida y no puedo dejar de pensar en que la llevé a un matrimonio falso.

—Comprendo.

Matt esperaba que le recriminara este hecho, pero no lo hizo, lo cual agradeció.

—Tú eres el centro de mi vida, Thomas. Siempre lo has sido.

Acarició su cara y acercó sus labios para besarlo. El teléfono empezó a sonar.

—Slade tiene cámaras aquí, estoy seguro —dijo Thomas con fastidio.

—Es bastante oportuno, sí.

Apretó el botón verde.

Matt sonrió. Efectivamente, era Aylan siguiendo órdenes de su jefe.

Cuando colgó, se lo dijo a Thomas. Recogió su petate y, después de una caliente despedida, condujo hacia el complejo deseando que su erección remitiera antes de llegar.

No habían hablado de los detalles de la boda, eso realmente lo tenía mortificado. No le gustaba ser el centro de absolutamente nada. Pero quería a Thomas y era su manera de demostrárselo.

Verlo herido le había dejado tocado, pero había controlado su temperamento. A duras penas, se había puesto freno a disparar a esos dos hijos de puta por tocar lo que era suyo.

Capítulo 21

Dan salía de la ducha y su mirada aún se veía algo perdida, pero se estaba recuperando, o eso se decía a sí misma. Por lo menos había dejado de decir sandeces y la observaba con cautela.

—Creo que en el armario habrá algo de ropa, voy a ver.

—Está bien.

Le dio unos vaqueros desgastados y una camiseta negra, su hermano también era un tipo grande. Encontró unas deportivas y ropa interior.

—Paso del bóxer.

—Comprensible. Date prisa, tenemos que irnos.

—No me has dicho por qué sabe Doc que estamos aquí.

—Alguien tenía que atenderte, te lo he dicho antes. —Puso los ojos en blanco—. Tengo una habitación en un motel, a una media hora de aquí. Cuando lleguemos te lo contaré todo.

El hombre asintió y comenzó a vestirse. La camiseta le iba estrecha y marcaba su pecho de tal manera que a Pam le costó apartar los ojos; era endemoniadamente atractivo.

Recogió la basura y cuando Dan estuvo listo salieron a la calle, tiró la bolsa y subieron a su moto. Antes de arrancar se giró.

—¿Sientes mareos?

—No, pero me irá bien el paseo.

—De acuerdo. Agárrate fuerte. Si quieres que pare, házmelo saber.

—Estoy bien. —Puso las manos en su cintura, pero no la abrazó como ella esperaba.

Salió del barrio y condujo hacia las afueras, Dan seguía cabreado con ella y no acababa de ver demasiado clara la razón de ello.

Había estado confuso, pero su mente había vuelto a funcionar con claridad. Recordaba lo que había pasado y cómo se había sentido.

El pánico a volver a pasar por lo mismo estaba ahí. No era ningún cobarde, pero nunca olvidaría lo

que sintió en esa cueva. El desgarrador dolor no era lo único que lo había minado. Lo que de verdad había acabado con él era haber sido un pobre desgraciado utilizado como un maldito saco de boxeo, a merced de esos tipos y sin poder proteger a Pam.

Aún recordaba la primera vez que la vio, parecía frágil al lado de los hombres que estaban a su cargo. Pero, una vez la oyó hablar, tuvo la certeza de que ella daría la vida por ellos. Durante aquella misión no dejó de observarla y admirarla por los movimientos que llevó a cabo. Era una mujer inteligente, cultivada en estrategias y con un genio que levantaba ampollas entre sus compañeros.

Cuando ella descubrió lo que ellos estaban haciendo a espaldas del ejército, los amenazó, y eso fue toda una humillación a los ojos de los Marines, a partir de esos hechos todo rodó cuesta abajo.

Nadie los había creído. No hubo ni detenciones ni consejos de guerra. Simplemente fueron todos expulsados sin ningún criterio, como si aquello nunca hubiera ocurrido. Y dejando sus expedientes bajo llave.

Pam quiso ayudarle, pero él no estaba por la labor. Siempre le estaría agradecido por no exponer su situación..., por no hacerle parecer débil.

Nunca más habían vuelto a hablar del tema. Él lo interiorizó, intentando olvidar la horrible experiencia y ella le dio la vuelta, convirtiéndolo en el eje de su vida. Buscando y cazando a cada uno de esos hombres. Sabía que Pam lo hacía por él también, por lo que se unió a ella. Y aunque no debía ser ético; había disfrutado viendo morir a esos cabrones, mirarles a los ojos y recordarles por qué estaban en esa situación. Que se jodieran en el puto infierno.

Solo tardó un par de meses en dar con él y proponerle terminar con ellos. En aquél momento se sintió liberado, no era el único en busca de una venganza que cambiaría sus vidas, convirtiéndolos, a ambos, en unos asesinos sin escrúpulos.

Modano era un tema pendiente y ahora los había descubierto, a él, al menos. Si pudiera sacar a Pam de la ecuación, todo sería más fácil. Pero Pam era una zorra tozuda que no se apartaría ni le dejaría el camino libre. Y ahora más que nunca la iba a tener pegada a los talones.

Maldijo internamente, ¿cómo se había dejado engatusar por la rubia?

Ah, sí. «Porque eres un completo gilipollas enamorado de un imposible, intentando olvidar con un polvo pasajero», se dijo a sí mismo. Pam no tuvo ningún problema en que Elijah pusiera sus manazas y su boca sobre ella. Y eso lo había matado. No lograba digerir el hecho de que Pam no sintiera lo mismo que sentía él. Tenía que hacerse a la idea de que todo terminaría pronto y su compañera se convertiría en un agridulce recuerdo para el resto de su miserable vida.

Cuando Pam frenó, no se había dado ni cuenta de que habían salido de la carretera principal y estaban ante un motel que en otra época debía ser fantástico, pero que ahora mostraba una fachada desconchada

con un cartel totalmente agrietado por las inclemencias del tiempo.

—Ya hemos llegado —anunció Pam.

Se bajó de la moto y la miró.

—¿Por qué te alojas aquí?

—Dan, he presentado mi dimisión a Slade.

Su mente recogió la información algo más lenta de lo normal.

—¿Qué?

Ella echó a andar hacia una de las puertas.

—Lo he dejado todo atrás; el ático, a Goose y mi empleo.

—¿Ya?

—Sí, Dan. Ya —dijo parándose para encararlo—. Estoy harta de esta mierda. Por poco te pierdo, ¿y sabes lo que me da más rabia?

Puso un dedo en su pecho.

—Que tú solito te has metido en esta situación. Deberías pensar más con la cabeza y menos con la polla. La rubia te la ha jugado, podrías haber acabado muerto.

Se dio la vuelta y metió la tarjeta en la ranura. La habitación no estaba mal; una cama, una cómoda, una silla y una bombilla colgando del techo. Cuando cerró la puerta al entrar, cogió a Pam por el brazo. Y cuando le dio la vuelta, la miró a los ojos, furioso por sus palabras.

—Solo te haré una pregunta: ¿con qué estabas pensando tú cuando estábamos en el club?

—Vete a la mierda.

—Ya estoy en ella, y además hasta el cuello, Pam. Deberías largarte, desaparecer como tenías pensado y olvidar a Modano.

Ella se sentó en la silla y se agachó para quitarse las botas. Hacía calor, así que él se quitó la camiseta y la lanzó sobre la cama.

—Ese cabrón aún tiene que pagar una deuda.

—Estás obsesionada, cometerás un error. Deja que me encargue de él.

—De ninguna manera —dijo tirando de su bota—. Y para tu información, yo no cometo errores.

Dan se pasó la mano por el pelo.

—Eres humana...

—Tú también, por eso la cagaste.

En un ataque de ira, la cogió por la cintura y la tiró sobre la cama. Iba a lanzarse sobre ella pero se quedó de pie mirándola, al momento se arrepintió de haberla tratado así. Él no hacía esas cosas.

—Lo siento.

Pam se apoyó en los codos y sonrió.

—¿Esto te pasa a menudo? Porque conozco una manera infalible de detener esos arranques de desquiciado. Asúmelo. Te tendieron una trampa.

Dan sacó la pistola que ella le había entregado antes de salir del piso y la dejó sobre la cómoda. Después se sentó en la silla y apoyando los codos en sus muslos sostuvo su cabeza entre las manos.

—¿Qué ocurre, Dan? —preguntó ella sentándose en la cama.

—No pude soportarlo, por eso me llevé a la rubia... —murmuró sin mirarla.

—¿Lo del club?

Levantó la cabeza y la miró.

—Me la llevé a casa, y sé qué fue un error de principiante. Pero nunca la vi con Modano y eso me llevó a pensar que no tenían nada que ver el uno con el otro. Me equivoqué.

—Eso ya lo sabemos...

—Puso algo en mi bebida mientras hablaba contigo.

Pam ensanchó su mirada un momento.

—Cuando te fuiste de mi casa estaba tan frustrado, que en el momento en el que ella me ofreció algo para beber, no me lo pensé dos veces. Después desperté atado en un coche, ella conducía y había otro tipo que hablaba de Modano. Intenté prestar atención, pero cuando me di cuenta de que estábamos en aquella carretera...

—Te asustaste.

—Me avergüenzo...

Pam se levantó y apoyando las manos en sus rodillas se agachó frente él. Sentir su calor sobre su piel le dio fuerzas para mirarla de nuevo.

—Te puedo asegurar, Dan, que todo esto lo ha orquestado Modano, tus fotografías de Afganistán estaban a la vista, solo él las dejaría ahí para que yo las viera. —Puso una mano en su mejilla—. Nunca te avergüences de sentir miedo.

—Mírame, Pam, soy un tipo grande, siempre fui más alto que los niños de mi edad. No era ningún

matón, aun así, en el colegio nadie osaba meterse conmigo. Nunca he necesitado defenderme y cuando lo he hecho siempre he ganado... Y llegaron unos hijos de puta y me rompieron. Lo consiguieron. Cuando me vi atado en ese coche, estrangulé al tío y le di un golpe a la zorra, lo reviví todo y que me corten la puta cabeza si tengo que volver a pasar por eso alguna vez.

—Dan, ¿sabes cuántas personas en el mundo han sufrido lo mismo que tú?

—Lo sé.

—No todas lo superan y aún es más doloroso cuando no hay justicia para los agresores. Eres fuerte, me lo has demostrado una y otra vez. No sé cómo lo consigues, pero a mí me cambió incluso el carácter.

Se levantó de golpe haciendo que ella se apartara.

—Cuando volvimos a Estados Unidos y me dieron aquella carta en la que me informaban de que ya no estaba entre las filas de los Marines, me vine abajo. Se habían salido con la suya. Me encontré mal durante un mes, tenía unos fuertes dolores abdominales que no me dejaban ni respirar, hasta que decidí ir a ver a un especialista. Me operaron enseguida.

Pam lo miró, la pregunta colgando en el aire.

—Tenía varios desgarros internos —continuó—. El medico dijo que había barajado la posibilidad de hacerme una colostomía. Ya sabes, hubiera tenido que llevar una bolsa pegada al abdomen el resto de mi vida.

—Dan, no me habías dicho nada...

—Cuando apareciste aquel día en mi casa, ya me había recuperado. Pero, ¿sabes? Aquí tu *fuerte* Dan. —Hizo hincapié en la palabra—. Lloró como un niño. La impotencia y la humillación vivían conmigo. Mantuve a mi familia lejos, les hice creer que estaba fuera del país.

—Nos revisaron en la enfermería de la base...

—No dije nada y me negué a que me hicieran ciertas revisiones.

—Mierda, Dan.

—Sí, Pam. Y cuando por fin empiezo a pensar que estar en la unidad me está ayudando, que tener a nuestros compañeros es lo mejor que me ha pasado, que tenerte cerca me consuela... Tú sigues empeñada en seguir con esto. Así que termino convenciéndome a mí mismo de que con Modano fuera de tu alcance conseguirás ser feliz. Y soy tan idiota, que incluso he llegado a pensar que lo podías ser conmigo.

Joder, la última frase sobraba. Se dio de hostias mentalmente. No buscó sus ojos, tenía la mirada fija en la ventana. No necesitaba ver su reacción..., su negativa y rotunda reacción.

La oyó moverse y pensó que saldría de la habitación. Pam era así, no le gustaban las conversaciones íntimas y hoy, por primera vez, había accedido a escuchar su versión, estaba seguro de que la había

abrumado con su mierda cursi. Pero si ella tenía pensado marcharse de su lado, al menos que supiera que pese a bromear todo el tiempo, él también tenía sus demonios.

Se sorprendió cuando notó que sus manos pasaban por debajo de sus brazos y las apoyaba en su pecho. Lo estaba abrazando por detrás y reclinaba la cabeza en su espalda. Puso una mano sobre las suyas y soltó el aire.

—Lo siento tanto —dijo ella contra su espalda desnuda.

Pam no solía tener muestras de afecto con nadie, ni siquiera con él. Solo en la cama era capaz de bajar la guardia. Y eso le gustaba demasiado.

—Yo también, Pam. No fui al único que dañaron. Aún te veo allí atada cuando cierro los ojos. No me arrepiento de nada de lo que he hecho, esos tipos merecían morir. Pero déjame hacerlo por ti..., siempre por ti.

Pam estaba mirando su espalda cuando dijo la frase, «siempre por ti», se repitió mentalmente y frunció el ceño. AFY, las preciosas letras que decoraban una de sus caderas, e inmediatamente hizo la conexión. «*Always for you*».

—¿Cuándo te hiciste el tatuaje? —preguntó siguiendo las letras con un dedo.

—Cuando encontré a Modano.

—¿Por qué?

Esperó unos segundos, pero la contestación no llegó.

Se separó de él y fue a buscar la pequeña mochila que había dejado en el armario cuando había alquilado la habitación.

—Necesito una ducha —dijo antes de meterse en el baño.

Dan seguía sin moverse.

Mientras se enjabonaba repasó toda la conversación. No sabía nada de la operación, intuía que lo había pasado mal. Pero el día que fue a buscarlo a su casa la recibió con una gran sonrisa y cuando le habló de las vacantes en Security Ward y de que quería buscar venganza, él lo aceptó. Supuso que tenía tantas ganas de terminar con esos energúmenos como ella.

Se enrolló el cabello con una toalla y el cuerpo también. Volvió a la habitación sin importarle en absoluto ir medio desnuda en su presencia.

—Porque en los últimos años, todo ha sido por ti. —Dan contestó a su pregunta al oírla salir.

Lo buscó con la mirada, estaba plantado en medio de la estancia, los brazos cruzados sobre su pecho y la melena suelta, tenía los ojos fijos en ella y su rostro mostraba una absoluta seriedad.

—¿Por mí? ¿Y qué hay de ti? —inquirió frustrada.

—Odio lo que te hicieron.

Se acercó a él.

—¿Cómo crees que me siento con respecto a lo que te hicieron a ti?

—¿La verdad?

—Siempre.

Retiró un mechón de pelo de la frente y volvió a su postura inicial de brazos cruzados, parecía estar a la defensiva.

—No tengo ni idea de lo que sientes, ni siquiera me has dado una pista. Puedo intuirlo, pero la mayoría de veces eres imposible de leer, nena.

Se apartó de nuevo. Todos pensaban, y parecía que Dan también, que ella no tenía sentimientos.

—No soy de piedra, Dan. Te aprecio demasiado.

—Aun así te alejarás...

—Lo haré.

—¿No puede existir un nosotros?

Se le encogió el corazón. No quería pasar por esto, sería doloroso para los dos.

—No, Dan. Somos, el uno para el otro, un maldito recordatorio.

—¿Así es cómo lo ves? Podemos construir un futuro diferente...

—Maldita sea, Dan. Somos unos asesinos, ¿en serio crees que puede funcionar?

—Nadie lo sabe, ni siquiera han hallado los cuerpos y no encontrarán tampoco el de Modano.

—Yo no confiaría en eso. De repente, un día, todo puede salir a la luz y caer los dos.

Dan se sentó en la cama y miró el suelo.

—¿Pretendes que te olvide?

—Exactamente.

—No podré, significas mucho para mí. Desde la primera vez que te vi.

A la mierda, no quería oír nada más.

—Suficiente —dijo con los dientes apretados.

Capítulo 22

¿Suficiente? Ahora ya se había lanzado. Si tenía pensado desaparecer, al menos le hablaría de sus malditos sentimientos como una jodida nenaza.

Se levantó y la cogió por los brazos solo para que no pudiera salir de la habitación antes de que terminara, aunque solo llevaba una toalla sobre su atractivo cuerpo, Pam era capaz de largarse igualmente.

—En aquella época me enamoré de ti.

Ella intentó zafarse.

—Hoy en día, es algo más profundo. Pasemos por esto juntos y continuemos unidos, podrías al menos darnos una oportunidad.

Pam, lo miró, tenía los ojos vidriosos.

—Yo también siento algo por ti, pero esto se termina aquí. Suéltame o te obligaré a hacerlo. —No había demasiada convicción en su voz.

—No.

Capturó sus labios y la besó antes de que pudiera volver a hablar. Le arrancó la toalla, y tiró también de la que tenía enrollada en su cabello. Su melena húmeda cayó alrededor de su rostro, olía bien.

La levantó, y con ella en brazos se acercó a la pared y la dejó sobre sus pies, puso una mano a cada lado de su cabeza y la miró.

—Esto te gusta tanto como a mí. Admítelo.

Pam lo miró y apoyó las manos en su pecho.

—No voy a admitir nada. Pero creo que deberíamos descansar antes de ponernos en marcha.

—Hoy no iremos a ninguna parte.

—Lo sé...

Dan sonrió mientras bajaba una mano, acariciaba su cadera, e iba directamente a su centro buscando su clítoris, y empezaba a trazar círculos sobre él. Pam estaba ya excitada.

Besaba su cuello y trazaba finas líneas con la lengua, bajando hacia el valle entre sus pechos. Pam acarició su cabeza y pasó sus dedos entre las hebras de su cabello. Besó y mordisqueó cada uno de sus pechos. Siguió su recorrido hacia abajo mientras se arrodillaba ante ella, separó un poco sus muslos con las manos y hundió la lengua en su núcleo, torturando su montículo, succionando y oyendo su respiración

cada vez más acelerada.

—Me gusta tu sabor.

Ella no dijo nada, supuso que no podía debido a la excitación, él no estaba mejor que ella. Su pene estaba a punto de reventar la cremallera de sus pantalones, pero no podía dejar de degustar sus pliegues más íntimos.

Pam tenía las manos en su cabeza, cogiendo su cabello en un puño y dándole mejor acceso separando más las piernas. Lo empujaba hacia su centro queriendo más de él. Le levantó primero una rodilla y después la otra sobre sus hombros, dejándola sentada sobre su rostro

Cuando ella alcanzó el clímax pronunciando su nombre, la sujetó por las caderas. Necesitaba estar en su interior, sentir cómo sus músculos internos lo abrazaban. Sostuvo sus muslos y los apoyó en sus caderas, usó sus propias piernas para estabilizarlos contra la pared.

—No hay protección... —dijo ella mientras liberaba su pene y lo acariciaba arriba y abajo.

Pam echó la cabeza hacia atrás, cuando sintió que él introducía un dedo en ella, y la apoyó en la pared.

—Serías la única mujer con la que no he usado.

Salió de ella y cogió su miembro para posicionarse en su entrada, con la otra mano apretó una de sus nalgas para afianzar el agarre. La penetró provocando un gemido femenino y abrasador.

La besó de nuevo, su lengua buscando respuesta, una respuesta que no tardó en llegar. Lo abrazaba con fuerza atrayéndolo más. Estar con Pam era como un puto sueño hecho realidad. Esta mujer lo volvía loco de muchas maneras.

Sentía los tobillos de ella en su espalda baja ejerciendo presión, ella quería más y él también.

No perdió el tiempo y empezó un movimiento infernal. Estaba tan excitado que no sabía cómo controlarse, «primero las damas», se dijo mentalmente. No tenía estos problemas tiempo atrás, pero era Pam la que estaba entre sus brazos, a la única que deseaba tener justo ahí.

—Dan...

—Déjate llevar.

Y así lo hizo, se tensó y hundió la cara en su cuello. Cuando ella tuvo su orgasmo su cuerpo reaccionó al instante y un demoledor placer lo abrasó. Apretándola contra él dejó de moverse, y solo sus agitadas respiraciones invadieron el espacio.

Lentamente levantó su rostro y volvió a besarla sin retirarse de su interior. Sentía como su cuerpo se estaba rompiendo por dentro, ella no podía querer dejarlo atrás. Ellos se amaban, aunque la tozuda de Pam no quisiera verlo.

Fue hasta la cama y la dejó suavemente sobre las sábanas sin despegarse de ella, apoyó los codos a ambos lados del femenino torso y permaneció unos minutos mirándola, ella tenía los ojos cerrados y al momento vio una lágrima descender por el rabillo del ojo hacia su sien.

Retiró la gota con el pulgar y se extrañó de que Pam le dejase ver una debilidad. Besó sus labios y esperó a que ella hablara.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó confundido.

¿Se estaba disculpando porque se marcharía? ¿Porque le haría daño? ¿Porque estaba llorando? Le importaba una mierda, aunque pretendía aparentar que era dura. Pam era humana y él se lo recordaba muy a menudo.

Solo Dan conseguía que ella dejara ir sus sentimientos tanto tiempo empujados al fondo de su corazón.

—Siento, no haberte podido ayudar en aquella cueva. Yo era tu superior, debí protegerte —confesó al fin con voz entrecortada.

Se miraron a los ojos. Dan no mostraba ningún signo de reproche.

—Creo que nunca te he agradecido lo suficiente todo lo que hiciste por mí —continuó al ver que su compañero no abría la boca.

Dan apoyó las manos a cada lado de su cabeza y saliendo de ella lentamente se dejó caer a su lado. Pasó un brazo por debajo de su cabeza y la obligó a reposar en su pecho.

—No tienes que disculparte, estabas en peligro. Los dos lo estábamos. No podías frenar el motín.

Su mano, ahora apoyada en su abdomen, recorrió las montañas que formaban sus músculos. Dan tenía un cuerpo escultural, ninguna mujer podría dejar de mirarle cuando se cruzara con él.

—A veces pienso que alguien te puso en mi camino para que pudiera sobrevivir.

—¿En serio? Yo creí que lo nuestro había sido un verdadero flechazo —bromeó levantando con un dedo su barbilla para mirarla.

Ella dejó ver una sonrisa triste.

—¿Sabías que salía con un oficial en aquella época?

Dan arrugó la frente.

—No. ¿Lo conozco?

Negó con la cabeza, dobló un brazo sobre su pecho y apoyó la barbilla en su antebrazo para poder mirarlo.

—No estaba en la base. Lo conocí en la universidad, él era mayor que yo y también terminó en la Marina. Nos enamoramos y aunque pudimos vivir un tiempo nuestra relación, fuimos enviados a diferentes destacamentos, me pareció siempre un hombre íntegro.

—Algo me dice que no lo fue —susurró acariciando su pelo.

—Al igual que el resto, no me creyó.

—Maldito cabrón. ¿Dónde está ahora?

—Lo último que supe es que se había casado y que es padre de un niño. Creo que nunca significó mucho para él.

—¿Y tú, qué sentías por ese gusano?

—Yo estaba enamorada como una idiota —contestó.

Joe se había reído de ella cuándo se enteró de lo ocurrido. Dijo que no mancillara el cuerpo de Marines con sus falsas acusaciones, la había insultado y la había humillado echándola de su casa, y lanzando sus cosas a la calle. Pero eso no se lo diría a Dan. No era necesario.

—¿Aún sientes algo por él?

Notó cierta derrota en su voz.

—No, no lo amaba. Creo que lo único que teníamos era buen sexo.

Los labios de Dan se estiraron lentamente hasta formar una gran sonrisa.

—Yo soy mejor. Que se joda.

—Lo eres, pero no lo repetiré en público.

—Nena, debería saberlo todo el país.

Se rio.

—Anúncialo en cualquier diario de tirada nacional. Yo no voy ayudarte en eso.

—Está bien. Quedará entre tú, yo, y la cantidad innumerable de mujeres que han tenido el inmenso placer de tenerme.

Aunque estaban bromeando, algo se removió en su interior, no quería a Dan con otras mujeres.

«Corta con eso», se dijo a sí misma.

—Eres un narcisista, Casanovas.

Esperaba que eso no fuera cierto, pero algo dentro de ella le advertía de que Dan no mentía del todo.

—¿Sabes a cuántas mujeres me he tirado?

Y ahí tenía la prueba, no iba a preguntar. Lo miró levantando una ceja.

—¿En serio quieres hablar de eso ahora? No me interesa.

Le parecía fuera de lugar, pero ya lo había soltado el muy idiota. La miró y cogió su barbilla con la mano libre.

—Solo veo un rostro cuando estoy con esas chicas y es el tuyo, Pam. Eres la chica de mis sueños.

Se sentó y se tapó la desnudez con la sábana. No se daría por aludida. No iría por ese camino.

—Eso es injusto para ellas.

—Supongo que sí. Pero no se lo diremos.

Pam gimió. Y eso hizo que su miembro saltara.

—Guardaré el secreto.

—Dime que no has estado con Elijah ni con Tavalas.

—Aunque no debería importarte, te diré que no me he acostado con ellos.

El alivio que inundó su rostro fue bastante elocuente.

—Bien. No tendré que arrancarles la cabeza.

—No, son unos tipos con suerte...

Dan se incorporó y abrazándola paseó sus labios por su cuello

—Déjame tenerte otra vez —murmuró contra su piel.

—Descansemos...

No podía negarse a Dan, aunque lo intentaba. Definitivamente no sabía tratar con esto.

—Te quiero a mi lado cada maldita noche.

—No insistas. Tienes el club.

—¿En serio? No voy a volver ahí.

—Entiendo para qué ibas.

—No, no lo entiendes —dijo separándose.

Ella sonrió.

—Quieres tener el control, decidir en qué momento tus sumisas pueden tener sexo o no. Te gusta mantener la dominación sobre ellas. Lo del castigo lo dejó muy claro.

—No sabes una mierda —refunfuño pasando sus dedos hacia atrás, apartando las hebras que cubrían su frente.

—No soy idiota, Dan.

—Nunca haría daño a una mujer...

—No tengo la menor duda. Sabes que no me refiero a dolor físico, aunque privarme de un orgasmo se sintió como tal.

—Eso fue porque no entendí, y sigo sin hacerlo, qué cojones estábamos haciendo allí los tres, fue surrealista, Pam. Yo nunca te compartiré con otro hombre. Era cortar por lo sano en aquél momento o matar a Elijah.

—Él no tuvo la culpa, nos encontramos en una situación inesperada.

—¿Te gustó?

Quería ser honesta.

—Sí, Dan, me gustó. No voy a mentirte.

Dan dejó caer la cabeza en la almohada.

—Estoy cansado de esta conversación.

—¿Ahora estás cansado de la conversación? Déjame decirte una última cosa: no sé cuánto tiempo llevas acudiendo a ese lugar, ni me importa. Pero yo no me he metido en tu vida, así que pido que hagas exactamente lo mismo. Soy una mujer libre, me acuesto con quien quiero y en el momento que me apetezca. No vayas de macho Alfa o tendré que bajarte los humos.

—Te involucraste en el momento en que fuiste al club. No te pedí que hicieras eso.

—Haber contestado a mis llamadas. Quiero a Modano, y lo quiero para ayer. No me dejaste otra opción que buscar ese lugar para dar con ese cabrón.

Estaba empezando a cabrearse.

—Y tú primera reacción fue... ¿desconfiar de mí?

No era ninguna idiota, no hacía falta ser muy inteligente para adivinar lo que él pretendía.

—Yo no confío en nadie cuando no estamos en una misión.

Vio el dolor en los ojos del hombre, incluso una ráfaga de decepción.

—Captado.

—Bien, solo estaba siendo realista.

Le iba a costar abandonar a Dan. Siempre lo llevaría en su corazón. Pero se iban a convertir en

prófugos, serían fáciles de localizar si viajaban juntos.

—Elijah, sabe algo.

—¿Se lo has contado?

—No, creí que lo habías hecho tú.

—No.

—Insinuó que estaba al tanto cuando te seguimos por aquella carretera.

—No sabe nada, estoy seguro.

—En cualquier caso, ahora no puede encontrarnos.

—No. —Acarició su rostro—. Duérmete, mañana tenemos trabajo.

Dan se puso de espaldas a ella. Se tumbó a su lado y miró su espalda gracias a la tenue luz que entraba por la ventana; estaba anocheciendo. Las cicatrices a la vista no dejaban de pinchar en sus propias heridas.

Siempre había sido una mujer independiente. La vida que había tenido en común con Joe no había estado mal. La decepción en su mirada era algo con lo que no había podido batallar, aún cerraba los ojos y recordaba la mueca que hizo cuando supo los detalles de su expulsión forzada.

En aquél preciso instante decidió que nunca más se dejaría juzgar por nadie y que no crearía vínculos sentimentales.

Con Dan había funcionado así hasta ahora. Maldita sea, en la recta final de su venganza personal tenía que haber evitado acostarse con él. Ahora las cosas serían más difíciles. Aun así, seguía determinada a seguir con sus planes. No podía permitir que nada ni nadie, le hiciera cambiar de idea.

Capítulo 23

Slade estaba cabreado, más que cabreado, decepcionado, tal vez las dos cosas.

—No pueden haberse esfumado. Esto no implica nada —argumento Killian.

—Creo que todos necesitamos saber algunas cosas —contestó con una mirada acerada.

Jacob les había puesto sobre aviso en cuanto a la situación de Dan y Pam. Les había dado la dirección donde había ido a revisar a Dan y les había explicado que no sabía cuál era la situación. Ellos ya no estaban en el piso del hermano de Pam, y ahora el resto de la unidad estaba reunida en casa del jefe. Sue y Alexia descansaban en el piso superior. Los chicos estaban en el jardín con Pedro.

—Pueden estar en peligro... —continuó Killian.

—De eso no tengo la menor duda. De un momento a otro aparecerá Tavalas.

—¿Qué pinta ese tío, aquí? —preguntó Michael.

—Para adelantar algo de todo esto. Os diré que Pam y Dan están bajo investigación desde hace un tiempo.

Todos cerraron la boca de golpe antes de reaccionar.

—¿Qué?

—Imposible.

—Y una mierda.

El Capitán levantó una mano para que lo dejaran seguir.

—La buena noticia es que solo Tavalas sabe esto. Está de baja administrativa, lo estaba llevando por su cuenta y confió en mí.

—Maldito cabrón —masculló Wyatt.

—La mala noticia es que también está inquieto con la desaparición de Benson —continuó el jefe.

—Le podríamos explicar que sirvió de aperitivo para los tiburones... —propuso Matt con sarcasmo.

—No es necesaria la información, por mí se puede tragar el expediente. Me preocupa más lo que descubra sobre mis chicos. Nosotros hemos sido incapaces de llegar a escarbar más hondo, pero Tavalas ha podido acceder a más información.

—Lo que me extraña de todo esto es que entraran a formar parte de la empresa —expuso Killian.

—No me jodas con eso, Phoenix. Los expedientes, tanto de Pam como de Dan, están limpios. Esto

tiene que ver con sus vidas en el ejército. En definitiva, cubierto por un montón de mierda.

—Ellos estuvieron juntos...

—Sí. —Señaló las sillas que había puesto en su salón—. Podéis sentaros, si Tavalas se retrasa empezaré yo.

—Debo suponer que no quieres a Tavalas en el complejo —dijo Ian.

—Supones bien.

Se fue a su despacho y salió con una pizarra rodante con varias fotografías enganchadas en ella, entre ellas las de sus compañeros.

—Jefe...

—Parecen criminales.

—No es mi intención que luzcan así. Pero es para dar un sentido a todo esto.

Algunos resoplaron en sus sillas. Matt se mantenía de pie al lado de la puerta doble.

—¿Tienes algún problema? Puedes sentarte también, hay sillas de sobra —comentó el jefe.

Matt sonrió, algo que los dejó noqueados a todos.

—¿Va a venir Tavalas, cierto?

—Sí.

Al momento todos se dieron cuenta de lo que Matt estaba insinuando.

—No vas a ejercer ninguna presión sobre él, Matt —advirtió Slade.

—No es esa mi intención. Pero estamos hablando de Dan y Pam, cortaré su retirada si esto necesita permanecer entre nosotros.

Casi todos asintieron y Michael se posicionó al otro lado de la puerta de entrada.

—Está bien, si así os sentís mejor, adelante.

En ese momento alguien golpeó la madera.

—Ahí está.

Matt abrió y miró al hombre como si fuera a hacerle un traje a medida... para su propio entierro.

—Buenas noches —saludó al entrar—. Noto cierta hostilidad.

El muy cabrón no dejaba su sonrisa.

—Solo tienes que mostrar lo que tengas y largarte. No eres la persona favorita de mis hombres.

Slade podía ser muy sutil cuando se lo proponía.

—Está bien, no hay problema. Pero no me quedaré fuera de esto.

—Eso es algo que decidiremos nosotros. No hagas que te arranque esos documentos y te eche de una patada —dijo señalando las carpetas que llevaba en la mano.

—Empieza con lo que sea —apremió Ian, al que por cierto, su mal humor no había mejorado en las últimas semanas.

—¿Quién son esos tipos? —preguntó Jacob.

Adrian Tavalas abrió la carpeta y la dejó sobre la mesa. Después se dirigió a la pizarra.

—Bryan Turner, Austin Price, Dylan Collins —señaló las fotografías—. Desaparecidos desde hace al menos cinco años. Este otro, Isaac Modano, estaba bajo investigación hasta que también desapareció por arte de magia. Después están Pamela Tylor, ahora llamada Pam Evanson, y Daniel Díaz, que usa el nombre de Dan Álvarez. Estos últimos pertenecientes a vuestro equipo.

Se miraron unos a otros, todos usaban nombres falsos para protegerse, pero que Tavalas lo supiera era inconcebible. Solo sus familias sabían los nombres que usaban para poder localizarlos. Killian era de los pocos en la empresa que usaba su verdadero apellido. Por supuesto, Slade también.

—¿Qué se supone que significa todo esto? ¿Debemos proteger a nuestros compañeros? —preguntó el Teniente.

—Me temo que no. La información que tengo es que no fueron licenciados del ejército, sino expulsados.

—¿Qué? —Esa exclamación fue colectiva.

—Hay un asunto bastante turbio en torno a esto, tiene que ver con la venta ilegal de armas al enemigo. Vuestros chicos están involucrados.

—Una mierda —dijo Matt en tono bajo y ronco.

—Matt...

—Yo tampoco me lo trago —soltó Michael cortando al Capitán.

—Los sorprendieron haciéndolo y fueron expulsados. En definitiva, todas las desapariciones parecen un ajuste de cuentas entre ellos. Pertenecían al mismo escuadrón.

Una silla arrastrándose emitió un desagradable sonido.

—Me gustaría saber, para empezar, ¿por qué coño los estás investigando? —preguntó Elijah que hasta ese momento no había abierto la boca.

—Pam...

—¿Qué pasa con ella?

—Cuando esos hombres desaparecieron, el FBI puso fotografías en la central, unas que tenemos que mirar todos los días para familiarizarnos con los rasgos. Ahora son civiles y aunque no era un caso de máxima prioridad, ahí estaban. Lo llevaba un compañero, y una tarde me mostró sus avances en la investigación, el rostro de Pam estaba allí.

—¿Por eso no dejas de acosarla? —Elijah estaba a solo unos centímetros de su nariz.

—Retrocede —pidió Tavalas.

—Contesta —gruñó Elijah

—Tiene un bonito rostro. Cuando secuestraron a Mia y conocí a Pam, mi mente no dejó de dar vueltas a su imagen, al final até cabos. No me era desconocida.

—Felicidades, has dado con ella. El FBI o tu compañero, ¿saben algo de tus putas investigaciones?

—No.

—Entonces, déjanoslo a nosotros.

—No puedo hacer eso.

—Lo vas a hacer si no quieres terminar contando tus dientes en el suelo, imbécil. ¿Estabas usando tus encantos para llegar a ella? No la conoces bien. Tienes suerte de conservar tus huevos.

—¡Ya es suficiente, Elijah!

Slade se había interpuesto entre los dos y empujaba el pecho de su hombre.

—Jefe, tiene razón. Nosotros deberíamos asumir la responsabilidad —expuso Killian con el apoyo de los demás que asentían.

Slade iba a contestar cuando Tavalas se adelantó.

—¿Para poder ayudarlos a salir del país? Ya sé que sois como una hermandad, esas gilipolleces os las podéis guardar, no podréis hacer nada. Tenéis a un par de ovejas negras entre vuestras filas y a un topo. Pandilla de ignorantes.

El ambiente se congeló. Slade miró a sus hombres uno por uno, y entrecerró los ojos antes de girarse para enfrentar al agente del FBI.

—No los hagas culpables, ni siquiera hagas suposiciones al respecto. No voy a permitir que les hables así a mis hombres, ¿lo captas? Agradezco tu ayuda en el pasado, pero así como acabo de evitar que Elijah acabe contigo, ninguno de ellos —dijo señalando hacia atrás con el pulgar—, va a poder detenerme si decido hacerte una cara nueva. ¿Queda claro?

—Como el agua.

—Bien, y ahora que hemos llegado a un consenso, ¿hay algo más que quieras aportar?

—No puedo llegar más lejos en este caso, se trata de archivos confidenciales.

—Perfecto. Por el momento mantén la boca cerrada mientras encontramos a mis chicos y aclaramos el asunto. Puedes marcharte.

Tavalas se puso alerta.

—No me dejes fuera.

—No lo haré, tienes mi palabra. Confío en mis chicos y estoy seguro de que esas desapariciones no tienen nada que ver con ellos —dijo, aunque no estaba convencido de ello—, incluso podrían estar en peligro. En cuanto a lo de las armas, he de suponer que el caso está cerrado y pertenece al ejército, ¿me equivoco?— No esperó contestación—. No tienes nada Tavalas, así que espera a que me ponga en contacto contigo.

—Está bien.

El hombre estaba cabreado y salió de su casa con rapidez. Todos lo observaron mientras abandonaba la estancia.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Y por qué tiene que estar Tavalas dentro de esto? —le increpó Killian.

—Desde hace un par de semanas. Y a ese tío prefiero tenerlo controlado.

Todos se callaron, el jefe no había mencionado el asunto, pero ninguno preguntaría la razón de su silencio. Slade era el jefe y debían acatar sus decisiones.

—¿Qué ha querido decir con que hay un topo entre nosotros? —preguntó Jacob.

—Ese sería yo —admitió Elijah.

—¿Qué?

—¡Qué cojones!

—¡Basta! —cortó el Capitán—. Todo tiene una maldita explicación. Elijah es, aparte de Dan, el más cercano a Pam. Obviamente no podía contar con Dan para esto...

—¿La estabas espiando? —preguntó Michael en tono amenazante.

—La estaba protegiendo —aclaró Elijah.

—¿En serio? Porque a mí me suena más bien a un marcaje.

Slade resopló.

—Tavalas pretendía enfrentaros y lo ha conseguido. Sois más inteligentes que eso, joder.

Sus hombres lo miraron y asintieron.

—Tenemos que ir un paso por delante del agente, así que vamos a dejar que Elijah nos ponga al

corriente.

Elijah se pasó la mano por su rubio cabello.

—Pam y Dan van tras este tipo —dijo señalando a Modano en la pizarra—. No sé la razón, pero los tres terminamos siguiéndolo cuando salía de un club de BDSM. Teniente, tú conoces ese club.

Nadie se extrañó por eso, la fama le precedía. Killian asintió.

—Alguien intentó secuestrar a Dan, Pam me llamó y lo atendí —expuso Jacob.

—Demasiados secretos en la unidad...

Algunos miraron a Wyatt y le dieron la razón.

—¿Qué pasó con Dan? ¿Está bien? —preguntó Michael.

—Está bien, lo estaba cuando los dejé. Pam no me explicó nada, solo me pidió que no nombrara el incidente, pero creí conveniente llamar al jefe.

Les contó lo del accidente de coche y los dos cadáveres que habían quedado allí.

—Tengo la matrícula del coche. Aylan está en ello ahora.

—Ya he hablado con él. Va a nombre de una mujer; por la descripción, es la misma que lo conducía. Pero no tiene antecedentes, ni una sola multa —aclaró Slade.

—¿Qué querían esos tíos de Dan? —preguntó Ian.

—No lo sabemos, ni si tiene que ver con ese tal Modano.

—Perfecto. Deberíamos buscarlos —propuso Matt.

—Jacob puso un localizador en la *Harley* de Pam, pero no sabemos si la está usando, ya que no se ha movido.

—No es que aplauda la iniciativa, pero por esta vez nos vendrá bien —dijo Ian ceñudo.

A ninguno de ellos les gustaba la idea de ser monitoreados.

—Imagino que no se pueden rastrear sus móviles... —supuso Wyatt.

—No, no emiten señal alguna. Esa ha sido la primera comprobación que ha hecho Aylan.

En ese preciso instante, como si decir su nombre hubiera invocado al hombre, Aylan llamó al jefe. Slade habló solo un momento y colgó.

—Pam está en una secundaria. Aylan cree que en un motel. Esperemos que Dan esté con ella.

—Pongámonos en marcha.

—Elijah, necesito que te adelantes, asegúrate de que no es una ubicación fantasma. Nosotros iremos al

complejo y esperaremos noticias tuyas.

—Hecho.

Mientras se preparaban para salir, el teléfono de Elijah emitió un sonido característico, miró la pantalla. Número desconocido, aun así contestó alejándose hacia la puerta de salida.

Capítulo 24

Dan miró el teléfono móvil, era desechable. Pam lo había traído con ella. Sabía todos los números de sus compañeros de memoria. Pero había elegido a Elijah para esto. El hombre siempre había sido una especie de sombra para su compañera. Sabía que todos los de su equipo la protegerían, pero Elijah era implacable en ese sentido. No tenía la menor duda de que sentía algo por Pam y eso lo convertía en la persona idónea para este trabajo.

La iba a perder para siempre, pero no tenía otra opción. Si las cosas salían mal, ella sería la más perjudicada y no podía permitirlo. Sabía lo que Modano podía hacer con un hombre, si los dos caían en sus manos, Pam no se libraría de sus garras y de su retorcida manera de hacer sufrir a una persona. Era un puto enfermo.

Llamó a Elijah y le dio la dirección del motel. Su compañero le dijo que ya los tenían localizados y eso lo puso alerta. Su unidad no podía llegar a ellos antes de que él se fuera. Cuando colgó sintió un enorme peso sobre los hombros. Slade no dejaría pasar el asunto y a Pam le esperaba un interrogatorio completo. Acabaría odiándole.

Salió del baño y miró a Pam. Estaba desnuda y envuelta en las sábanas. No dormía profundamente, nunca lo hacía. Se sentó junto a ella y se tocó la frente. Aún dolía el golpe que había recibido tras el accidente de coche. Se acercó a ella y besó sus labios.

Pam abrió los ojos y lo miró.

—Dan, descansa un rato más, aún tenemos un par de horas.

—No puedo.

Ella cogió su mano. Supuso que estaba dando por hecho que no podía dormir y lo cierto es que le quedaba una escasa media hora de tiempo.

—Ven, al menos tumbate.

Se lo estaba poniendo fácil. Se tendió a su lado, él iba completamente vestido. Bajó un poco la sabana y dejó al descubierto uno de sus pechos. Se inclinó y lo lamió provocando un suspiro en ella.

—Parece que aún necesitas otra sesión —dijo con la voz entrecortada.

—Siempre te voy a desear, Pam.

Ella no contestó, pero arqueó su cuerpo pidiendo más. Atrapó el pezón entre los dientes y deslizó una mano por su estómago. Sentir como ella se estremecía lo estaba llevando al límite, tocó su centro para notar su humedad. Mierda, esto iba a ser difícil, subió sus manos por encima de su cabeza y sacó la funda

de almohada que había escondido bajo su cojín, se dispuso a atar sus manos a la cabecera de la cama.

—Dan, ¿qué haces?

—Mostrarte que en el sexo hay variantes que te pueden lanzar al éxtasis.

Ella sonrió.

—Está bien. Puedo confiar en ti para esto.

Se quedó quieto, esas palabras implicaban muchas cosas. Ella confiaba en él y la iba a traicionar.

—¿Dan?

No sabía qué contestar a eso.

—¿Ocurre algo? —insistió apartando las manos.

Él las atrapó de nuevo.

—No, no. Es que nunca había inmovilizado a una mujer fuera del club —mintió atándola.

—No quiero oír hablar de ese club...

—Has preguntado...

Miró sus ojos y después sus labios, Pam era una mujer apetecible y nunca se iba a perdonar lo que estaba a punto de hacer. La besó de nuevo, su lengua bailando en su boca, mostrándole con ese beso lo mucho que la amaba y deseaba.

—Lo siento, nena —dijo contra sus labios, deslizó una mano por su sedoso cabello.

—¿Qué es lo que sientes?

Pam no era idiota y lo miraba frunciendo el ceño. Se levantó y cogió otra funda de las almohadas que había en el armario.

—Dan, háblame.

—Siento hacer esto.

Se acercó a ella y esquivó sus patadas, la sabana había resbalado de su cuerpo y estaba completamente desnuda intentando evitar que la amordazara.

—¡Dan, no!

—Sí, Pam. Necesito hacer esto solo. Elijah está en camino, él te sacará de aquí.

Eso la enfureció.

—No vas a dejarme atrás.

—Lo siento.

—¡Deja de disculparte! —gritó—. Me necesitas tanto como yo a ti.

—No para esto...

—Eres un cabrón, juro que cuándo te encuentre te mataré.

—Cuento con ello.

Ató el pañuelo en su nuca dejando caer su peso sobre el abdomen de ella, así no podía alcanzarlo con los pies.

Pam no dejó de gritar y de soltar maldiciones que quedaban amortiguados tras la tela. Subió las sábanas y la cubrió hasta el pecho.

—Deja de moverte. No querrás que Elijah te encuentre desnuda.

Un sonido ronco salió de la mordaza. Pero no se movió más, dejando que también atara sus pies.

—Te quiero Pam. Te amaré toda mi vida y espero que algún día puedas perdonarme.

Sus ojos se quedaron anclados en los de él. Era consciente de las lágrimas contenidas y también del odio que de ellos emanaba. Lo merecía.

Cogió el petate y salió de la habitación, se quedaría cerca hasta que llegara Elijah, no tenía intención de dejarla a su suerte en un motel de carretera y atada, pero no podía hacerlo dentro, no podía aguantar su mirada.

Dejó resbalar su cuerpo y terminó sentado en el pasillo al lado del marco de la puerta. Podía oír los suspiros de Pam, su respiración entrecortada lo estaba desgarrando, cogió su cabeza entre las manos y maldijo internamente. No serviría de nada haber abierto su corazón, ella terminaría con él de la peor manera posible, lo ignoraría por completo, la conocía.

—¿Qué haces ahí?

Levantó la cabeza de golpe y vio a Elijah caminar hacia él.

—¿Pretendías que adivinara el número de habitación?

Se levantó y lo encaró.

—Te estaba esperando, ¿no? —contestó de mala gana.

—¿Pam, está dentro?

No pudo impedir que abriera la puerta y viera en el estado en el que estaba su compañera, la cerró de nuevo y lo miró.

—¿Qué diablos significa esto?

Se pasó la mano por el pelo, al mismo tiempo que oía los neumáticos de un coche sobre la gravilla

exterior. Esperaba que fuera la persona con la que había contactado antes de llamar a Elijah.

—Era la única manera de escabullirme.

Un puño impactó en su mandíbula haciendo que trastabillara hacia atrás. Ni siquiera lo vio venir.

—¡Joder!

—Esto por atarla, estoy seguro de que Pam me lo agradecerá. Eres un cabrón desconsiderado —dijo empujando su pecho.

Restregó su rostro, eso también lo tenía merecido y no iba a pelear con su compañero.

—¡Vete a la mierda! —Se agachó a coger su petate—. Cuida de ella.

Empezó a andar por el pasillo.

—Lo haré mejor que tú, idiota. ¿A dónde cojones vas?

—Eso no importa. Ha sido un placer conoceros. Desátala antes de que se le corte la circulación —dijo sin girarse, sabía que eso le daría unos minutos para escapar.

—Espera, ¡Dan!

Salió del motel dejando a Elijah con la palabra en la boca y vio al hombre esperándolo en una furgoneta negra. Entró de un salto.

—¡Arranca, rápido!

—Estoy en ello —dijo el hombre mientras los neumáticos derrapaban en la gravilla y se incorporaban a la carretera.

—¿Cuánto nos llevará?

—Un par de horas, está justo donde dijiste. Pero tiene a tres tíos con él.

Apoyó el codo en la ventanilla.

—Nos desharemos de ellos.

—Me lo temía.

—No tienes por qué meterte en esto, lo sabes —advirtió Dan.

El hombre lo miró.

—No tengo nada mejor que hacer.

Dan observó durante unos segundos el perfil del hombre. Nunca hubiera imaginado que acabaría aceptando la ayuda de Tavalas en esto, aunque no pretendía meterlo en una venganza personal. Pero había resultado obvio que el agente ya se había enterado de todo. El mensaje en su móvil fue un claro indicativo de ello. Lo había recibido cuando volvió a casa después de ir a buscar a la rubia al club,

habían hablado y él había confirmado sus sospechas, iba detrás de Pam, para saber más sobre lo que había pasado durante la incursión en Afganistán.

—¿Cómo lo supiste?

—Austin Price, uno de los desaparecidos, hizo un informe, mi contacto en el pentágono logró pasarme una copia.

—¿Hizo un informe?...Joder.

—Parece que se arrepintió de sus actos... pero el informe fue desestimado.

—Él no tocó a Pam...

—Pero sí a ti.

Mierda, sí, lo sabía todo.

—Siento lo que te hicieron esos cabrones, lo que os hicieron a ti y a Pam.

—Supongo que no has dicho...

—No, tu equipo sabe lo justo. —Apartó un momento los ojos de la carretera para mirarlo y volvió a concentrarse en la conducción—. Comprendo vuestra posición, aunque no la manera de actuar, habían otras opciones.

—Estaban todas agotadas —dijo con voz cansada.

Adrian no dijo nada más, pero arrugó la frente.

—Intenté hablar con Pam.

—Es una mujer dura de pelar, no hubieras conseguido nada.

—Ahora lo sé. —Sonrió—. No conseguí llevarla a mi terreno.

Dan se envaró en su asiento.

—Te la intentaste follar.

—No lo voy a negar, me atrae. Pero, ella no cayó rendida a mis pies.

—Me alegra oír eso.

—Ya imagino.

—Además, con esa cicatriz en medio de tu cara eres realmente repugnante.

—Has dejado perfectamente claro tu punto.

Tavalas lo miró y soltó una carcajada.

—Lo que hacen los celos.

—Que te jodan.

Tavalas dejó de reír.

—Eso ya me lo han hecho. Creo que estoy condenado, no voy a volver a la agencia después de esto.

—Ya te he dicho...

—Sé lo que has dicho, simplemente quiero hacerlo, así que déjalo ya. No me falta tanto para retirarme.

La siguiente media hora la pasaron en silencio. Echó un vistazo hacia detrás y vio el arsenal de armas que había en el suelo. Tavalas iba preparado. Solo esperaba no encontrarse con un control policial.

—Vístete y explícame de qué va todo esto, quiero ayudarte.

Pam envolvió las sabanas en su cuerpo después de que Elijah la desatara y le lanzó una mirada despectiva a su compañero.

—Gracias por tu ayuda, pero me tengo que ir, tengo cosas que hacer.

—Pam, sé que algo ocurrió en el ejército...

—¿Dónde está ese capullo de Dan?

—Cuando salí tras él lo vi subir a una furgoneta. No quería dejarte aquí atada, por lo que esperaba que tú lo supieras.

Ella se metió en el baño con su ropa y sin contestar.

Maldito Dan, acabaría pegándole un tiro si no lo hacía antes Modano. Se vistió deprisa y salió de nuevo. Cogió su petate y se disponía a salir cuando Elijah le cortó el paso.

—No, Pam.

—Apártate.

Elijah se apoyó en la puerta y la atrajo a su cuerpo por la cintura.

—¿Vas a ir tras él?

—No te importa, suéltame.

Elijah miró sus labios.

—¿Siempre fue él, verdad?

Pam no abrió la boca. Pero dio un paso atrás haciendo que las manos de él soltaran su agarre.

—No es el momento de hablar de eso —dijo al cabo de unos segundos.

—He estado todo este tiempo a tu alrededor, hay algo en tu manera de actuar que me dice que ocultas cosas, todos tenemos nuestros fantasmas...

—Elijah, ahora no.

—¡Madita sea, Pam!

Iba a contestarle de la peor manera y a luchar con él si era preciso cuando alguien golpeó la puerta enérgicamente.

—Lo siento, te he dado una oportunidad. Ahí tienes a la unidad.

¿Hoy tenían pensado joderla entre todos? Elijah tomó el pomo y abrió haciéndose a un lado. Slade, Matt, Michael, Killian, Wyatt, Jacob y Ian, entraron en fila india. Todos la saludaron levantando la barbilla, no había buenas vibraciones en el ambiente.

—Hola Pam —dijo el jefe al fin—. ¿Dónde está Dan?

—No lo sé —contesto dándose cuenta de que aunque la mayoría se habían sentado en la cama, Elijah y Matt permanecían cerca de la puerta y Wyatt se apoyó cruzado de brazos fingiendo despreocupación al lado de la puerta del baño. Le estaban cortando la retirada o cualquier intento de escapar, la ventana tenía barrotes.

Capítulo 25

—¿Y bien? —preguntó Slade cruzándose de brazos ante ella.

—Ya no trabajo para ti.

Slade sonrió.

—Eso lo decidiré yo.

—Te dieron la carta...

—Irrelevante... Ponnos al día.

—No hay nada que contar.

El Capitán giró un poco la cabeza y chasqueó su lengua.

—Respuesta incorrecta. ¿Estoy hablando con una víctima o con alguien que se aprovechó de mí?

Pam soltó el aire, era consciente de que estaba entre la espada y la pared.

—Me aproveché de ti —admitió sin atreverse a mirar a sus compañeros, aunque notó como se envaraban.

—Bien, el primer paso es admitirlo. —Podía sentir la decepción en la voz del jefe.

—Traicioné tu confianza, así que ya no hay nada que hacer aquí.

—¿En serio? Háblame de Dan, ¿qué os lleváis entre manos?

Soltó su petate y se sentó en la silla, que milagrosamente no había sido ocupada por ninguno de sus compañeros.

—No os incumbe.

—Sí, sí lo hace. Todos hemos estado a vuestro lado, ¿piensas que vamos a olvidarlo? Puedes haber traicionado mi confianza, aun así estoy dispuesto a ayudar, ya que en más de una ocasión has salvado nuestros culos.

¿Cómo podía salir de aquí sin que ellos se lo impidieran? Se sentía como un mono de feria, todos pendientes de cuál sería su próxima reacción.

—Slade...

—Jefe. —la corrigió—. Aún trabajas para mí.

—Está bien, si os lo cuento, ¿me dejaréis marchar?

—No. —Slade no se andaba por las ramas.

—¿No?

—Vamos, Pam...

Miró a Elijah, que era el que había hablado.

—Dan me matará por esto, si es que antes no lo matan a él.

—¿Está en peligro? —preguntó Ian.

—Sí.

—¿A qué nos enfrentamos?

Pam se apoyó en el respaldo de la silla y suspiró.

—Como ya sabrás, Dan y yo estuvimos juntos, los dos éramos Marines. Acabamos en el mismo escuadrón. No nos conocíamos, pero terminamos en la misma base en Afganistán. Yo era la Mayor Tylor ejerciendo de Capitán del equipo.

Sus compañeros se miraron unos a otros, no tenían ni idea de su alto rango. Superaba a Slade.

—¿Y todo este tiempo has estado bajo mis órdenes sin quejarte?

Sabía que el Capitán estaba aligerando el ambiente, pero a ella eso no la ayudó.

—Teníamos una misión, me extrañó que pusieran bajo mi mando a hombres con los que no había tenido relación alguna. Sabes que eso no es muy normal. Tienes que conocer a tu equipo, saber cómo van a reaccionar bajo presión.

—Eso es cierto, lo que me lleva a pensar que alguien por encima de ti estaba involucrado —admitió el jefe.

Ella asintió.

—Aunque nunca sabremos de quién se trata. Nuestra incursión consistía en descubrir las posiciones del enemigo, aquello estaba lleno de cuevas, verdaderos laberintos, y nos deslizábamos entre aquellos valles por la noche.

—¿Qué ocurrió?

—Durante el día permanecíamos vigilando y haciendo turnos rotativos para dormir —continuó—. Una mañana, al tercer día, un grupo de talibanes se acercaron peligrosamente a nuestro escondite. Di la voz de alarma y nos preparamos para defendernos.

—Mal lugar —comentó Killian.

—Lo sé, pero solo eran cuatro y nosotros seis, podíamos lograrlo.

—¿Salió mal? —preguntó Jacob.

—Peor. Alguien me golpeó en la cabeza por detrás... cuando desperté estaba atada a una roca...y desnuda.

Bajó la cabeza, no quería ver la compasión en sus miradas.

—Ellos estaban discutiendo.

—¿Quiénes? —preguntó Slade, en su tono había furia.

—Mi equipo.

El jefe levantó una ceja.

—Me había atacado alguno de mis hombres y Dan estaba intentado desatarme, él me defendió, algo que nunca debió hacer...

—¿Por qué? Es lo que cualquiera de nosotros hubiera hecho.

—Salió mal parado...

—Eras tú la que estaba desnuda a la merced de esos cabrones. Te... ¿violaron?

No contestó a eso.

—También terminaron atacando a Dan. Él solo me cubrió con su camisa antes de pelearse con los nudos de mis muñecas y lo arrancaron de mi lado para darle una paliza, grité, ordené que parasen, pero solo se rieron. No sé exactamente en qué momento se fueron, dejando a Dan malherido y a mí atada a una roca de tal manera que no podía moverme. Grité, llamé a Dan para que despertara, pero pasaron horas antes de que él volviera en sí.

—Mierda. ¿Os dejaron a vuestra suerte y rodeados de enemigos? ¿Os atacaron los talibanes? —preguntó Michael.

—No, Dan me explicó que ellos habían escondido un arsenal de armas y que se las estaban vendiendo a esos hombres. Me juró que no sabía nada sobre eso y yo le creí.

—¿Cómo lograsteis huir? —inquirió Matt.

—Ellos volvieron, mi equipo. Nos torturaron durante horas, nos insultaron y humillaron de la peor manera.

—Joder...

Jacob se agachó ante ella y cogió sus manos.

—¿Son las cicatrices que adornan tu cuerpo?

Ella apartó las manos y asintió. No le gustaba que la tocaran, solo Dan podía tocarla, Dan. ¿Por qué la había dejado aquí? ¿Es que no se imaginaba lo que ocurriría si llamaba a Elijah? Pero lo había llamado,

seguramente intentando mantenerla a salvo.

—¿Es por eso que disparaste a los genitales de aquellos hombres durante la recuperación de Mia?

—No me violaron, si es eso lo que quieres saber. A mí no —se apresuró a contestar, aunque al momento se arrepintió.

Oyó como algunos soltaban el aire con alivio. Pero Jacob perdió el color de su rostro, igual que Slade.

—¿Violaron a Dan? —preguntó Doc.

No podía contestar a eso, no debía. Dan no hubiera querido que lo dijera a su unidad. Pero no contestar implicaba que lo estaba admitiendo.

—Hijos de puta.

—Malditos cabrones.

Varios de sus compañeros se levantaron, dispuestos a golpear algo.

—No pude ayudarlo. Sin embargo, él lo había dado todo por evitar que me mataran. Yo era una testigo de alto nivel, esos tíos estaban en un aprieto, así que después de dejar a Dan tirado en el suelo y dejando que muriera, pusieron un explosivo en la entrada de la cueva y se fueron, no sin antes anunciarlo. Dan había perdido mucha sangre y en un último esfuerzo se lanzó sobre mí para cubrirme con su cuerpo, yo estaba más cerca de la entrada. Se llevó la peor parte de la explosión. Millones de pequeñas rocas impactaron en sus piernas y espalda.

Jacob asintió. Había visto sus cicatrices también.

—Sabían que él no les denunciaría si lograbais salir con vida. Por eso no te tocaron.

—Sí, lo repetían todo el tiempo.

—¿Qué paso después? —preguntó Wyatt acercándose.

—No lo recuerdo muy bien, pero Dan me lo explicó más tarde.

Se quedó en silencio tratando de ordenar sus ideas, siendo consciente de que su secreto estaba saliendo a la luz después de tanto tiempo guardado, y se sentía como una verdadera liberación. Miró a sus compañeros, todos habían formado una piña a su alrededor y las manos de Elijah estaban sobre sus hombros, en ese preciso instante le dieron un ligero apretón, instándola a seguir.

—La cueva no quedó bloqueada del todo, Dan me desató y nos asomamos de manera cautelosa por si ellos seguían allí, pero no había nadie, habían huido. Después yo perdí el conocimiento y desperté en una casa de adobe, un hombre mayor me estaba cosiendo un corte en el pecho, mi primera reacción fue atizarle, pero Dan me explicó que nos estaba ayudando. Cuando terminó conmigo curó las heridas de

Dan.

Las caras de los hombres decían lo mucho que querían matar a esos energúmenos.

—Pasamos la noche en ese lugar y después de andar durante tres días con agua y algo de comida, que la mujer de aquel hombre nos dio, un helicóptero de rastreo dio con nosotros. Dan tenía un transmisor y había conseguido dar con la frecuencia, supongo que se lo facilitó el hombre que nos ayudó.

»Nos llevaron a la enfermería y de vuelta a Estados Unidos, al cabo de dos días. Nos esperaba un consejo de guerra. Supimos que ellos le habían dado la vuelta a la historia, nosotros éramos los que estábamos vendiendo armas y los que habíamos abandonado a nuestros compañeros a su suerte, yo salía muy mal parada en esa historia. Debía proteger a mis hombres y tenía el rango más alto.

—Entiendo, pero en tus referencias ponía que habías sido licenciada, igual que Dan.

—Mi padre era general, por consideración a él se cerró el expediente por falta de pruebas en una y en otra dirección. Pero fuimos expulsados como si fuéramos parias.

—Ya veo...

—Dos meses después de aquello busqué a Dan, había visto el anuncio donde buscabais exsoldados para seguridad privada, y le propuse vengarnos de todos ellos; podíamos trabajar para ti sin levantar sospechas.

Los ojos de sus compañeros se ampliaron.

—¿Dan y tú matasteis a esos tíos?

Pasó una mano por su frente.

—Sí. Fuimos tras ellos y los eliminamos, uno por uno. —Miró a Slade directamente a los ojos—. No me arrepiento de nada.

Slade frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Pero aún no habéis terminado...

Michael dio en el clavo.

—Modano fue el que se convirtió en el cabecilla de aquella locura. El que me hizo todo esto —dijo tirando de su camiseta y dejando ver el comienzo de una cicatriz rosada—. El que instó a hacer lo que le hicieron a Dan, participando en ello, y el que puso los explosivos.

Todos se quedaron en silencio.

—¿No contasteis lo que realmente ocurrió? —Esta vez fue Matt el que preguntó.

—No nos creyeron... Dan no dijo lo de la violación, yo tampoco. Incluso se inventaron que nuestras heridas eran debido a que los talibanes se habían cabreado con nosotros. Lo cierto es que no vi a ninguno

en esos días.

—Valiente putada —dijo Michael.

Volvió a mirar al Capitán.

—Ni Dan ni yo pretendíamos meteros en esto, por eso no volveremos a trabajar para ti. No ensuciaremos tu nombre ni el de la empresa.

Slade no dejó de observarla cuando habló.

—Salid todos de esta habitación, quiero hablar con Pam a solas.

Ninguno se atrevió a chistar, el tono severo del jefe ya demostraba que no lo diría dos veces.

Cuando se quedaron solos, Slade cogió su mano y la ayudó a levantarse.

—Me importa una mierda mi nombre y mi empresa. Se trata de mis hombres, nunca os daría la espalda —dijo totalmente calmado cuando la tuvo enfrente.

—Pero te hemos fallado...

—Sí, lo habéis hecho, pero no de la manera en que piensas. Siempre os he dado la oportunidad de hablar, no de vuestra vida personal, pero sí si esta puede afectar a vuestro trabajo.

Bajó la cabeza, el Capitán iba a conseguir hacerla llorar.

—Aunque he terminado haciéndolo, no quería hablar de Dan —logró decir tras tragarse el nudo en la garganta.

—Pues yo siento un enorme alivio, por un momento he llegado a pensar que había contratado a un par de pirados —argumentó levantando su barbilla con un dedo.

Pam levantó una ceja inquisitiva.

—Está bien. Sí lo he hecho, pero no sois los únicos, pongo a Killian como ejemplo más real.

Eso la hizo sonreír. El Teniente era un caso a tener en cuenta, aunque Mia lo estaba domando.

—Debo informarte de que sigues trabajando para mí.

Ella negó con la cabeza.

—Quiero a ese tío bajo tierra.

—¿Igual que los otros?

—Si no te importa no te lo diré, nunca encontrarán los cuerpos, cuanto menos sepas mejor.

—Estoy de acuerdo, pero vamos a ir por partes. Primero Dan, después Modano. Imagino que ese loco cubano va tras él y te ha dejado fuera. ¿Sabes lo que significa eso, no?

Sí, lo sabía, pero prefería no pensar en ello.

—Dan te sigue protegiendo y aunque no lo creas lo tienes a tus pies, así que estaría bien encontrarlo y comprobar que sigue entero para ti.

—Jefe, tuvieron que operarle, él... esos cabrones lo rasgaron física y mentalmente, lo he sabido hace poco. Por favor, ¿esto puede quedar entre nosotros? Solo te lo digo para que comprendas la gravedad del asunto.

El rostro de Slade se puso rígido y asintió.

—Soy consciente, como también lo soy de que tú quieres tomar esta venganza más por él que por ti.

No contestó a eso. No obstante, era cierto. No lo admitiría en voz alta, pero quería demasiado a Dan, necesitaba darle ese regalo. A Modano castrado y muerto.

—Hay algo que debes saber. —Esperó a que ella lo mirara—. Tavalas está al tanto de lo de las armas, alguien que está investigando las desapariciones de esos hombres le habló del caso. Te reconoció y ahora está tras vosotros por su cuenta.

—Mierda. Dan tenía razón y yo creí que era un ataque de celos.

—¿Sobre qué?

—Él sospechaba que Tavalas pasaba tiempo conmigo para poder controlarme mejor, no se equivocaba.

—Tipo listo nuestro Dan.

Ella sonrió.

—Sí.

—Elijah estuvo durante unos días tras vosotros también y de eso fui yo el culpable. Quería saber qué cojones estaba ocurriendo, pero las cosas se precipitaron.

—Lo siento.

—No lo hagas, vamos a terminar con este asunto.

—Estoy de acuerdo.

Se miraron durante unos segundos.

—¿Necesitas un abrazo? Sé que no eres muy dada a...

—Lo necesito, jefe.

La abrazó con fuerza y se sintió confortada dentro de sus brazos, no eran los de Dan, pero eran familiares.

—Gracias —dijo cuándo se separaron.

—No hay de qué. Ahora tenemos que recuperar a tu Dan.

—¿A mí Dan?

—A ese mismo...

Capítulo 26

—Me ha pedido que me case con él —anunció Thomas mirando a Alexia que dormía en sus brazos.

—¡Bien! —saltó Eva, pero al momento se tapó la boca—. Lo siento.

—Tranquila, duerme como un tronco —dijo Sue mirando a su pequeña.

Estaban sentados en las sillas del jardín, viendo a los niños jugar mientras ellos hablaban.

—Pues tienes suerte, mi pequeña llora y llora y cuando deja de llorar, vuelve a empezar —se quejó Sarah.

Se echaron a reír.

—Tienes que cantarle nanas —aconsejó Thomas.

—Pues no sé ninguna.

—Busca en internet, nena.

—¡Ja! Como si tuviera tiempo de ir a mear siquiera.

Eva resopló con su estilo característico.

—Enhorabuena Thomas, me alegro de que deis ese paso.

—Felicidades, cariño —dijo Sue, aunque ella ya lo sabía.

—Mi enhorabuena también, cielo —felicitó Sarah.

—Gracias, chicas. Será una boda genial.

Sue hizo una mueca, pobre Matt, tenía que hablar con Thomas.

—Voy un momento al baño, ¿Eva quieres coger a Alexia?

—¿Yo? ¡No!

Sue se carcajeó haciendo muecas, le tiraban los puntos.

—Tiene miedo de coger a un bebe, yo diría que nunca la he visto hacerlo.

—¿Quieres que la rompa? —preguntó Eva consternada.

—No es de porcelana...

—Deja, ya lo haré cuando tenga quince.

—Espero que te envíe a la mierda si haces algo así —soltó Sarah riéndose mientras hacía rodar el cochecito de su bebé adelante y atrás.

Se estaban riendo cuando Nayeli apareció en el jardín.

—Hola chicos.

—Hola, cielo. Siéntate, Eva te traerá algo para beber.

—Soy su secretaria y sirvienta, así que no te cortes... —dijo con ironía la aludida.

—No me apetece nada, gracias Eva.

Thomas dejó a Alexia sobre el regazo de Nayeli en cuanto se sentó, y entró en la casa.

—Oh, es preciosa —dijo con melancolía.

Todos sabían que ella no podía tener hijos, pero Nayeli había dejado caer lo de Jared, el pequeño que había sacado Wyatt de un coche accidentado.

—Nena, ¿habéis hablado sobre Jared, Wyatt y tú? —Preguntó Sue.

—Sí, y hemos hablado también con Theresa, si todo va bien seremos padres de acogida para el niño. Es un primer paso, con el tiempo podría llevar nuestro apellido.

—¡Oh! Eso es genial.

—Sí, lo es. Wyatt está loco de contento.

—¿Y Tú?

—No puedo darle hijos y sé que él quiere a ese niño. Al principio creyó que yo me sentiría mal, pero le aclaré que no es así. Jared es una delicia de criatura y creo que podemos encajar los tres.

—Me alegra oír eso, merecéis ser felices.

Sabían la historia pasada de los dos, y nadie más que ellos merecían una segunda oportunidad.

—Bien, todo son buenas noticias —canturreó Eva.

—¿Estás embarazada? —La pinchó Sarah.

—No, y no bromees sobre eso.

Terminaron a carcajadas.

—Ya te llegará el día...

—No seas bruja, con los vuestros ya me conformo. Por cierto, voy a asomarme a ver a tu peque.

Sue sonrió, Eva no quería hijos, pero estaba viniendo cada día a ver a Alexia y se traía a Sarah con ella. En el fondo, le gustaba observarlos, estaba segura de que acabaría cediendo.

—Es ahí.

Tavalas aparcó bajo la cobertura de los árboles y señaló hacia arriba. Estaban al lado de un acantilado y una especie de castillo restaurado se alzaba en lo más alto.

—La parte menos protegida es la que da al mar. Debemos acceder por ahí.

—Estoy de acuerdo.

—Le debe gustar ver el mundo desde arriba.

—Como a todos los imbéciles egocéntricos.

Tavalas asintió.

—Bien, nos queda un poco de caminata por delante, deberíamos cargar con todo lo que podamos y empezar a andar. Tenemos cuerdas y el resto del equipo para escalar, ¿sabes hacerlo?

—No hay problema, ¿qué hay del vehículo?

—No te preocupes, si lo encuentran solo figura como una furgoneta robada.

—Joder, si nos llega a parar la policía...

—Aún tengo esto —dijo mostrando sus credenciales como agente del FBI.

—Te la juegas, tío.

—Tengo mis propias razones, me vas a deber una muy grande y pienso cobrármela.

Dan frunció el ceño. ¿De qué coño estaba hablando? Prefirió no preguntar, si el agente quería hacer esto era su problema. Ya se enteraría más tarde.

Vio a Tavalas cargar con una mochila que no parecía pesada.

—¿Qué es?

—Ropa.

—¿Ropa? ¿Para qué? ¿Necesitas estar limpio y todo elegante para hacer esto?

—Algo así...

¡Joder!

—Explícate.

—No vamos a entrar ahí pegando tiros, Álvarez.

—Acabas de joderme la diversión —dijo haciendo una mueca.

—No lo creas. Hay una fiesta ahí arriba. Vas a entrar y para eso hay que arreglarse. ¿Por qué crees

que te llamé? Tengo mejores fuentes de información que tú. Lo tengo todo calculado.

—Yo también, pensaba ir matando tíos hasta llegar a Modano. Aunque deduje que estaba en la mansión esa hasta donde lo seguí.

Tavalas tuvo los cojones de carcajearse en su cara.

—Una mierda de plan, admítelo.

Sí, lo era, pero no se le ocurrió otra forma de hacerlo sin tener a Pam pegada a su trasero.

—No, no lo voy a admitir. ¿Debería recordarte que ese tío me conoce? No puedo entrar por esa puerta a cara descubierta.

—Lo sé, y no lo harás, es una de esas fiestas decadentes en donde nadie quiere ser reconocido.

—Debí figurarlo.

—Si el FBI cae sobre ellos, que lo hará, vamos a tener que tratar con traficantes, proxenetas y una gran variedad de depravados.

—Esa gente me cabrea...

—Y a mí.

Empezaron a ascender. Dan iba delante.

—¿Qué le ocurrió a tu cara? —se aventuró a preguntar, sin levantar demasiado la voz.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Digamos que en una de mis infiltraciones me descubrieron, me marcaron como advertencia y creí que todo terminaría ahí, cuando me quise dar cuenta del hoyo en que estaba metido, descubrieron a mi familia.

—Mierda, lo siento.

—Las mataron, a mi mujer y a mi hija de cinco años. Las dejaron allí para que yo las encontrara.

Dan se paró en seco, consternado. Tavalas siguió caminando pasando por su lado.

—Ahora ya sabes por qué entiendo vuestra manera de actuar, la venganza es una mierda y no soluciona nada, ni te devuelve a tus seres queridos ni borra tus recuerdos, pero hace que sientas que has hecho algo productivo —dijo sin girarse—. No te detengas, tenemos poco tiempo.

Dan reanudó la marcha, lo que Adrian le acababa de contar lo había dejado noqueado. Lo había dicho con frialdad y sin embargo eso tenía que joder a un hombre. Solo con pensar que eso pudiera ocurrirle a él lo ponía de rodillas.

—¿Cómo se vive con eso? —preguntó al cabo de unos minutos.

—No se vive. Por eso seguí metido en este tipo de asuntos, no tenía ya nada que perder y otros compañeros sí. Así que no me veas como a un competidor con respecto a Pam. Por mucho que me guste una mujer, no voy a arriesgar la vida de nadie que me importe.

No dijo nada más y siguieron en silencio, cada vez notaba más pesadas las bolsas.

—Antes me has dicho que te quieres retirar.

—Sí. Siento que pierdo el norte. Cuando estás infiltrado entre esa basura, terminas pensando como ellos. ¿Cómo crees que me sentí cuando mataron a mi familia? Yo había sido un mal marido y un peor padre. Me acostaba con mujeres para mantener las apariencias, al principio pensaba en mi mujer, pero con el tiempo me parecía que estaba haciendo lo correcto y empecé a verlo normal, participé en secuestros de menores para extorsionar a sus familias, también en el de Mia, ¿recuerdas? Yo era padre y ni siquiera sentía empatía hacia esos familiares angustiados, aunque siempre me preocupé de que esos críos no sufrieran, y me ocupaba de dejarlos en sitios donde pudieran ser encontrados una vez se había pagado el rescate, evitando así que terminaran muertos. Vivía en un continuo riesgo.

—A cambió lograste que esos depravados fueran detenidos y encarcelados.

—Una compensación que dura poco, esos tíos tienden a multiplicarse, son demasiados los que quieren vivir con todo tipo de lujos a costa de la vida de otras personas.

—Entiendo.

El resto del camino se hizo más escarpado pero lograron llegar arriba y descansar un par de minutos. Dan se asomó entre un par de rocas y vio muchos coches de lujo aparcados en fila frente a esa especie de castillo moderno.

—Tenemos a gente con mucha pasta ahí.

—Sí, te sorprendería saber que algunos nombres son personajes públicos con una doble vida.

—Eso es repugnante.

—Y solo la punta del iceberg...

—Malditos enfermos. Imagino que hay menores involucradas...

—Las hay. Y puede ser que veas alguna hoy, déjalo correr y céntrate en Modano. Los federales se ocuparán del caso.

—¿Cómo supiste lo de la fiesta?

—No te puedo dar ese dato... te diré que mi gente está encima de ellos continuamente.

—Me alegra oír eso.

De pronto oyeron el sonido de un helicóptero sobre sus cabezas. No los verían mientras estuvieran bajo las copas de los árboles, pero en cuanto empezaran a escalar los podrían descubrir.

—Olvidé decir que tienen un helipuerto —informó Tavalas cuando el ruido perdió intensidad.

—Joder, ¿y si llega uno cuando estamos subiendo?

—Es un riesgo que tendremos que correr, ¿sabes escalar a toda prisa? ¿O disparar al rotor de un helicóptero? Es bastante efectivo, solo asegúrate de que no está escrito FBI en él.

—Estás como una puta cabra.

—Sí, eso me han contado —contestó guiñando un ojo.

—¿Van a venir?

—Es bastante probable, aunque esperarán a que la fiesta esté en pleno auge.

—Eso me compra algo de tiempo.

—De eso se trata esta excursión.

—Aún no entiendo muy bien por qué estás aquí.

Tavalas empezó a ponerse el arnés que había sacado de una de las bolsas de nylon.

—Lo sabrás, tu haz lo que tengas que hacer y olvida lo demás.

Pero no podía olvidar a Pam. Lo que ella sentiría al haberle arrebatado la oportunidad de matar a Modano.

Dejó la mente en blanco y se dispuso a prepararse.

Capítulo 27

La escalada se llevó una buena parte del poco tiempo del que disponían. Por suerte ningún otro helicóptero se posó arriba y ahora estaba vistiéndose con un traje negro que se notaba que era de algún diseñador de moda. No iba a preguntar de dónde los había sacado, Tavalas parecía un hombre de recursos. La chaqueta le iba justa.

—¿Estás listo?

Asintió apretando el nudo de la corbata de color gris oscuro sobre una camisa de un gris más claro.

—¿Por qué tú no te cambias?

—Bien, el plan es este —sacó una tarjeta roja del bolsillo y se la entregó—. Solo puede entrar uno de los dos y ese serás tú.

—No hay problema.

—Yo me quedaré aquí custodiando las armas, no esperan un ataque, así que no se pasean por la zona más allá de unos metros alrededor de la casa.

—Entiendo.

—Pero los tipos de seguridad están alerta continuamente por si aparece la policía. Eso es un caos de drogas y no quieren terminar con la DEA pegada a sus traseros.

—Debo localizar a Modano.

—En teoría deberías hallar un punto desde donde te pueda entregar las armas, te obligarán a pasar por un arco de seguridad. Si puede ser en este lado de la casa, mejor. Después lo buscas.

Dan miró la fachada de tres plantas, y aunque era de noche pudo vislumbrar algunas ventanas oscuras.

—Bien, no creo que eso sea un problema.

—Ward me matará por esto, pero también pienso que hay seres que no merecen respirar, hazlo rápido y sal.

—Haré una llamada anónima a la agencia cuando todo esté terminado.

—Bien, tiene que haber carnaza ahí adentro, tus compañeros lo van a disfrutar.

—Sin duda —contestó buscando algo en una bolsa.

—Cúbrete el rostro —dijo ofreciendo una máscara dorada.

—¿No encontraste nada mejor?

Tavalas soltó una risita.

—Esos egocéntricos ni siquiera van a reparar en ella.

Dan se recogió el pelo en un moño de hombre y se puso la cosa en la cara.

—¿No me obligarán a mostrar el rostro antes de entrar?

—Demasiadas personalidades, pero si así fuera, no es Modano el que está en la puerta, es un riesgo que tendrás que correr.

—Perfecto —dijo haciendo una mueca—. ¿De dónde he sacado la invitación? Si no me equivoco, querrán saber quién es mi padrino.

Los padrinos en este caso, eran los tipos que debía tener cada uno de los invitados como mentores, así no se colaba gente desconocida.

—Markus Kunikov, recuerda ese nombre, es un infiltrado en este tipo de eventos. La gente confía en él.

—De acuerdo, Markus Kunikov, lo tengo. —Tiró de las mangas de su traje—. No sé cómo agradecerte...

—Hazlo cuando terminemos. Adelante, sal de entre los coches y avanza hacia la puerta.

Dan se miró los pies, esos zapatos tan relucientes no serían muy prácticos si tenía que correr, pero debía pasar desapercibido.

Joder, se sentía como un maldito trozo de carne embutido en ese traje. Se internó en la arboleda y después de caminar unos veinte metros salió al lado de los vehículos aparcados.

Avanzó tranquilamente por la acera, como si acabara de dejar uno de esos lujosos trastos, y subió los escalones. Un hombre trajeado y descomunamente ancho se plantó ante él.

—Buenas noches —saludó.

El tipo no contestó, solo lo miraba de arriba abajo.

Simuló buscar nerviosamente la tarjeta y cuando se la entregó, el hombre no se apartó y levantó una ceja.

—Markus Kunikov —dijo adivinando el porqué de su mirada inquisitiva.

Pasaron un par de segundos antes de que le dejara pasar. «Un montón de músculos parco en palabras», pensó mientras entraba. Por suerte, la máscara seguía en su sitio.

Accedió a un gran salón después de que un hombre retirara una gruesa cortina de terciopelo negro, haciéndole un saludo con la cabeza.

Sus ojos barrieron el lugar con rapidez mientras avanzaba; había bastante gente. Una bandeja llena de copas de vino apareció delante de él, cogió una y dio un pequeño sorbo sin dejar de observar a su alrededor.

Era una casa opulenta llena de una lujosa decoración, desde las alfombras hasta las lámparas de araña situadas en el techo, gritaban lo ostentoso de sus precios. Hombres y mujeres hablaban en pequeños grupos, la mayoría de los hombres estaban en una edad media de sesenta años, a juzgar por los cuerpos elegantemente vestidos, ya que sus caras estaban cubiertas. Sin embargo; las mujeres, que llevaban el rostro descubierto, no debían pasar de los treinta. Lucían una gran variedad de vestidos, todos muy sugerentes. Escotes imposibles y cortes laterales donde mostraban la totalidad de sus largas piernas.

Tavalas no había dicho nada de eso, él parecía ser el hombre más joven de la fiesta, y para su consternación algunas chicas empezaron a fijarse en él. Se acercó a la barra y dejó su copa. Una gran escalera ascendía al piso superior y algunos hombres subían por ella con una mujer colgando de cada uno de sus brazos.

Ya había esquivado a varias de las chicas, simulando que no eran de su interés, pero eso no podía durar mucho tiempo sin que levantara sospechas, así que fue hacia los aseos, necesitaba su arma antes de subir al piso superior.

Había un par de puertas antes de llegar a los carteles que indicaban los aseos, estaban cerradas, pero no había nadie en el pasillo, así que golpeó una de ellas con un hombro para desanclarla y entró deprisa, era una especie de cuarto de almacenamiento lleno de cacerolas de gran tamaño y utensilios de cocina. Había una ventana, calculó que daría justo donde estaba Tavalas, la abrió intentando no hacer ruido y se asomó un momento.

—Mierda —siseó. No veía nada en la oscuridad.

Sacó el llavero que le había dado el agente y apretó el botón, un pequeño piloto rojo se encendió y observó el oscuro paisaje, al momento vio una pequeña luz. Bien, Tavalas le había visto.

Esperó lo que se le hicieron unos largos minutos y Adrian le estaba tendiendo una de las bolsas, la alcanzó y la alzó para meterla en la habitación, después vio al agente correr hacia el bosque de nuevo. Buscó dentro un lugar donde esconderla y después de sacar una pistola y un par de cuchillos, la dejó tras una estantería llena de sacos de patatas.

Se colocó el arma con silenciador en la cinturilla trasera de los pantalones, y se aseguró de que no se notaba el bulto a través de su estrecho traje, abrió la puerta una rendija y no vio a nadie, iba a salir cuando un sollozo llegó a sus oídos. En ese momento dos mujeres se detuvieron justo delante.

—Chloe, nos pagan para esto y nos pagan bien, la primera vez es la más difícil, después te acostumbras.

—No estoy preparada...

Dan reconoció el acento como el de algún idioma de los países del este de Europa.

—¿Quieres tener que vértelas con Henry?

—No. —El tono de la chica era de pánico.

—Quédate unos minutos más, tienes la nariz roja y se nota que has llorado, después sal ahí. Si él te echa en falta pagarás las consecuencias. Déjate ver y haz tu trabajo. Sé fuerte.

La voz de la mujer era severa aunque parecía querer consolarla.

—Está bien...

—Cinco minutos, no me hagas volver a por ti.

El sonido de unos tacones alejándose le indicó que la chica estaba sola ahora, pero no la oyó moverse. Mierda, no podía perder el tiempo. Aún no había localizado a Modano. Tomó una decisión arriesgada, los minutos pasaban y esa mujer volvería.

Salió deprisa y de espaldas.

—Mierda, aquí no es —dijo en voz alta intentando tapar con su cuerpo la grieta que había provocado en la puerta al entrar.

Se dio la vuelta y sus ojos se tropezaron con los de una niña con cuerpo de mujer, una niña con un bello rostro ovalado.

Hijos de puta.

Lo miró asustada y él salió rápidamente de su estado de consternación sonriendo, aunque la chica no podía verle la cara. Ella retrocedió un paso mirándolo con cautela.

—Lo siento, estaba buscando los aseos —se disculpó.

—Eh...están por allí, se...señor —dijo señalando a su derecha.

—Gracias —cogió su mano temblorosa y la besó galantemente —. ¿Tienes compañía?

Ella lo miró, el miedo enmarcando sus grandes ojos marrones.

—¿Cómo te llamas? —preguntó sin soltar su mano.

—Chloe, señor.

La habían adiestrado para ser sumisa, pobre chica. Llevaba un estrecho vestido negro y largo que ocultaba lo justo. Su melena rubia estaba recogida en un perfecto moño, seguramente en un intento de hacerla parecer más mayor.

—Está bien, Chloe, yo soy Nig. Y si no tienes acompañante esta noche, me ofrezco para ser tu hombre.

Ella tiró de su mano rompiendo su agarre y dio un paso atrás de nuevo. Si alguien la veía hacer eso, el castigo sería desmesurado; estas chicas recibían verdaderas palizas por no saber comportarse ante un cliente.

—No te haré daño, solo cógete a mi brazo y te invitaré a un cóctel.

Mataría a todo hombre que se acercara a ella, no debía tener más de dieciocho años, tal vez menos. Chloe seguía indecisa cuando oyó a alguien acercarse.

Sin pensárselo demasiado la cogió por la cintura y la obligó a andar.

—Chloe, te doy mi palabra.

Ella asintió y caminó a su lado. La mujer que apareció ante ellos debía ser la misma de antes, ya que se detuvo y sonrió a la niña. Chloe se puso rígida a su lado, por lo que tuvo que empujarla suavemente para que continuara.

Cuando llegaron a la barra pidió un cóctel para ella y una cerveza para él.

Continuó mirando la multitud, por el rabillo del ojo vio subir la escalera a un hombre y tres chicas. Ese era Modano, lo había visto demasiadas veces en el club como para no reconocerlo. Iba a meterse en alguna habitación y él tenía que saber en cuál.

—Chloe, vayamos arriba.

Ella lo observó, sus ojos parecían implorar.

—¿Recuerdas mi promesa?

—Sí.

—Entonces vamos.

—Podríamos bailar primero... —pidió la niña, quería ganar unos minutos antes de tener que abrirse de piernas para él.

—No me gusta bailar.

Había urgencia en su voz, pero tenía un trabajo que hacer y no dejaría a esta cría en manos de esos depravados. También estaba el hecho de que la mujer que había hablado con Chloe no dejaba de observar a su chica.

Enganchó su mano en el antebrazo envolviéndola con la suya y se la llevó hacia el comienzo de la escalera. Ella parecía reticente pero no dio ningún espectáculo.

Cuando llegaron arriba vio entrar a la última de las chicas que iban con Modano. Giró hacia el otro lado del pasillo, quería alejar a Chloe de esto, abrió una de las habitaciones arrastrando a la chica con él.

Para seguridad de las chicas, las puertas no tenían cerrojo así que sentó a Chloe en el borde de la cama y se agachó ante ella.

—Mírame. Esta noche no estoy aquí para liarme con ninguna mujer. Esto es lo que vamos a hacer...

—¿Qué? ¿No vas a...

—No, escúchame con atención. Quiero que te quedes aquí, mira la televisión o date un baño de espuma, me da igual, pero prométeme que no saldrás.

El alivio se dibujó en su cara.

—No, no lo haré.

—Perfecto, voy a dejar la tarjeta colgada en la puerta para que no te molesten. Si alguien se da cuenta de que estás sola te obligarán a estar con otro hombre.

—Lo sé.

—Buena chica, ahora debo irme.

—Gra...gracias, Nig.

—No hay de qué. —Se quitó la máscara y besó su frente—. Cuídate, pronto podrás volver a casa.

Ella asintió. No hacían falta las preguntas, esta chica no estaba aquí por voluntad propia y debía confiar en que no hablaría de él a nadie durante los siguientes diez minutos.

Salió con cuidado de no cruzarse con ningún cliente y, después de dejar el aviso de no molestar, avanzó hasta la puerta donde estaba el cabrón de Modano.

En ese momento entraba una chica de pelo largo muy liso y negro, con un espectacular vestido rojo, no pudo evitar considerar el buen cuerpo de esa mujer, joder con Isaac Modano.

Estaba a punto de terminar con la diversión del hombre. Se acercó sigilosamente a la puerta y escuchó. Se oyeron varios jadeos y una puerta cerrándose de golpe. Eso lo dejó descolocado, ahora no se oía nada.

Estaba a punto de entrar y ya pensaba en encerrar a las chicas en el baño, cuando oyó una voz conocida.

—Nos volvemos a encontrar.

¿Pam? ¿Qué cojones? ¿Tavalas se la había jugado?

Entró y vio a la mujer del vestido rojo que no era otra que Pam.

—Ya sabía yo que ese culo me había atraído.

—Hola, Dan. Algo me decía que andabas cerca.

—Sin embargo, yo no tenía la menor idea de que estabas aquí.

Modano estaba en la cama con un disparo en el hombro, Pam había usado silenciador.

—Malditos cabrones —gritó el hombre.

—Hola Isaac, un placer verte —dijo con sarcasmo.

—Vete, Dan —instó Pam.

Sonrió.

—Tendrás que dispararme —dijo señalando el arma con silenciador igual a la suya.

—No me obligues.

—Terminad con esto, tarados. Dispara puta, termina el trabajo.

En su voz había dolor aunque no era nada comparado con lo que iba a sufrir en sus manos, lo permitiera Pam o no. No se iba a llevar ella sola los honores.

Pam se agachó y recogió unas bragas del suelo, fue hacía Modano y se las forzó en la boca. El hombre empezó a hacer sonidos e intentó levantarse. Dan sacó su pistola y le disparó en la rodilla.

—No vas a ir a ninguna parte— dijo en tono amenazador mientras los gritos del hombre quedaban amortiguados por la lencería.

Capítulo 28

Sabía que Dan haría esto por su cuenta, la llamada de Tavalas la había sorprendido, aun así, que Dan estuviera aquí no la sorprendía demasiado.

—¿Yendo por libre, Dan?

—Se podría decir lo mismo de ti.

Pam, solo lo miró.

—¿Dónde están las chicas? —preguntó él.

—En el baño.

—Chica lista.

—Tú habrías hecho lo mismo. Y ahora, ¿puedes irte para que pueda hablar con Modano?

Lo quería fuera de esta habitación. Aunque sabía que no lo conseguiría, tenía que intentarlo.

—Lo haremos los dos, pero quiero dejar constancia de que mi idea no era hablar.

Modano gruñía, Pam apuntó y disparó al otro hombro, el hombre cayó hacia atrás gritando.

—Ya no hace falta atarlo.

—No.

—Está bien, apunta a su otra rodilla y si se mueve dispara.

—No hay problema.

Pam se puso a los pies de la cama y soltó los dos broches que adornaban sus hombros, el vestido se deslizó por su piel, dejando sus pechos y estómago a la vista, la tela quedó arrugada en su cintura.

—Nena...

Tenía que hacer esto.

—Mírame bien Modano, porque es lo último que vas a ver antes de morir —dijo con voz firme.

El hombre cerró los ojos. ¿Mirar sus cicatrices le daba asco?

Se acercó a la cama y sacó las bragas de su boca.

—Me importan una mierda tus cicatrices, te lo buscaste, nadie te pidió que metieras las narices en mis asuntos.

—Era mi obligación. Intentaste matarnos y no contento con eso, hundiste nuestras carreras a base de

mentiras, ¿en serio esperabas salir airoso?

De repente sus ojos se abrieron con rabia.

—Vosotros asesinasteis a los otros, sois unos malditos enfermos.

—En eso te doy la razón, pero tú nos convertiste en lo que somos —admitió Dan.

—¿Y en qué te has convertido? ¿Te gustan las pollas ahora?

Disparó a su otra rodilla. Los gritos no se hicieron esperar. El hombre sudaba como un cerdo. Solo esperaba que se mantuviera despierto.

—Podríamos estar así toda la noche, pero no hay tiempo.

Pam volvió a taponar su boca. Se puso de nuevo el vestido y sacó un cuchillo del interior de su muslo, estaba decidida a hacer lo que tenía pensado. Fue hacia la cama y tiró de los pantalones de Modano.

—Nena, lo tuyo con los genitales de los hombres empieza a ser preocupante.

Modano negaba con la cabeza al mismo tiempo que intentaba alejarse de ella, no iría muy lejos las heridas no le daban movilidad y la poca que tenía era debido a la adrenalina. Los sonidos que salían de su boca eran guturales.

Cogió su miembro y sin pensarlo demasiado lo rebanó ante los ojos desorbitados del idiota.

Se alegró de ver como se retorció de dolor, aunque duró poco, ya que en ese momento perdió el conocimiento.

—Joder —dijo Dan.

Guardó de nuevo el cuchillo y se limpió después de lanzar el flácido pene al rostro de Modano.

—He terminado mi trabajo aquí. No está muerto, es tu decisión, aún puede sobrevivir. Limpia el pomo al salir.

—Nena, espera.

Salió de la habitación restregándose las manos en el vestido y se encaminó hacia la cocina en la planta baja. Por allí había entrado y por allí saldría.

Una vez estuvo fuera se internó en el bosque, se dejó caer en el suelo y lloró. Al fin había terminado con Modano, seguramente estaba loca por hacer algo tan doloroso a un ser humano, pero tanto ella como Dan habían sufrido en sus manos. No podría olvidar nunca los gritos de su compañero mientras lo forzaban.

Se apartó las lágrimas de golpe y se levantó determinada a desaparecer, sabía que Dan terminaría el trabajo, había decidido darle su momento, él también lo necesitaba. Modano iba a morir después de todo.

—Hasta siempre, Dan. —dijo mirando hacia la casa.

Dan corrió hacia el bosque dispuesto a buscar a Pam, y encontró a Tavalas rodeado de toda su unidad. Se paró en seco.

—Bueno y ahora que has tenido tu momento de gloria, vamos a entrar. El FBI está en camino —informó Slade.

—¿Qué cojones hacéis aquí?

—Trabajar —dijo Elijah como si fuera lógico.

Michael le lanzó un equipo que cogió al vuelo.

—Vamos a allanar el camino a los federales, cámbiate. Si entras con nosotros nadie sospechará de ti. Eso es un hervidero de capos de la droga.

¿En serio? ¿Slade Ward le estaba ayudando a encubrir un asesinato?

—No creas que no sé lo que has hecho ahí adentro. Tavalas me llamó y aquí estamos.

Confirmado. No podía hablar, así que empezó a desvestirse. ¿Qué sabían sus compañeros? No se atrevía a mirar a ninguno a la cara.

Un brazo pasó por encima de sus hombros. Levantó la cabeza para encontrar la mirada de Killian, no había ningún reproche en ella, miró al resto del equipo, todos le observaban. No había compasión tampoco, solo rostros felices de verlo.

—Hermano, me da igual que esté el jefe presente. Has hecho lo correcto, que se pudra en el infierno —dijo el Teniente.

—Has actuado como cualquiera de nosotros hubiéramos hecho —añadió Matt.

—Pam y tú lo pasasteis mal en aquellas montañas —argumentó Wyatt.

—Siempre os apoyaremos —comentó Jacob.

—Y no creí ni una sola palabra sobre el tráfico de armas —advirtió Michael.

Uno por uno, terminaron dándole un abrazo, incluido Tavalas. Slade le abrazó el último y le dio un par de golpes en la nuca.

—Basta de secretos, Dan. Ya tengo bastante con todos los críos en casa mangoneándome, dejad de joderme.

Asintió con un nudo en la garganta, mientras los otros reprimían una carcajada poniéndose los pasamontañas para cubrir sus rostros. Siempre podía contar con ellos, pero en esto no hubiera imaginado que lo entenderían. Acababa de matar a un hombre a sangre fría y a otros cuatro, tiempo atrás. ¿No sabían que Pam había estado aquí? No la nombraría.

—Y ahora vamos a arrestar unos cuantos culos viciosos.

—Gracias, tíos.

Todos sonrieron y se dispusieron a entrar por diferentes puntos, Killian lo obligó a ir tras él.

La redada fue efectiva, ninguno de esos tipos iba armado o se sentían tan seguros que no habían podido alcanzar sus armas a tiempo. Cuando llegó el FBI se hizo cargo de ellos y de las mujeres.

De pronto recordó a Chloe, y salió corriendo hacia la parte de arriba.

—¡Dan!

—Sígueme Phoenix, necesito hacer algo.

Pero todos corrieron tras él. La habitación donde había estado Modano parecía la entrada a un centro comercial el primer día de rebajas.

—No, hasta que no venga el juez, no hay nada que hacer —decía una voz de hombre.

Slade entró en la habitación, los demás también. El CSI estaba buscando huellas y procesando el escenario.

Él no entró, pero pudo oír algunas expresiones de asco de sus compañeros.

—Jooooder —Michael salió el primero.

Se iba a encaminar hacia la habitación de Chloe cuando vio salir al Capitán mirándolo con una cara de cabreo impresionante.

Perfecto una cosa era apoyarle y otra saber de lo que era capaz. Slade y los otros nunca lo mirarían con la misma cara, tal como él se temía.

La puerta de la habitación estaba abierta y ni rastro de la niña.

Mierda. No la había visto abajo, ¿alguien se la había llevado? Giró sobre sí mismo bajo la atenta mirada de sus compañeros.

—¿Qué coño estás buscando? —preguntó Killian.

Por el rabillo del ojo vio un movimiento a su derecha, se agachó y allí estaba Chloe, debajo de la cama.

—Sal, pequeña.

Ella se encogió lejos de él.

Mierda, el pasamontañas. Se lo sacó para que lo reconociera.

—¡Nig, no! —gritó el jefe al verlo descubrir su rostro.

Ayudó a salir y a ponerse de pie a la chica.

—Soy, Nig, ¿me reconoces?

—Sí.

—Joder, es una niña —dijo Matt.

—¿Eres policía? —preguntó Chloe.

Dan sonrió.

—Algo así.

Ella se lanzó a sus brazos, agarró su cuello con fuerza y lloró.

Todos comprendieron la situación al momento. Él la había mantenido a salvo de alguna manera.

—Tranquila, te dije que podrías volver a casa.

No dejó de sollozar mientras sus amigos le hacían un pasillo, dejándolo pasar, para llevarla abajo en brazos. Habló con una agente del FBI que se hizo cargo de ella.

—Esas niñas no deberían pasar por esto —dijo Wyatt.

Salieron a la parte delantera de la casa y cuando iban a repartirse entre dos vehículos Slade puso una mano en su hombro.

—Voy a hacerte una puta pregunta y quiero la respuesta correcta.

Perfecto, el hombre llevaba un cabreo de cojones y había sido desde que había visto el cadáver. Quizás lo quería sacar de la unidad y no le quitaba razón.

Asintió. Sus compañeros estaban esperando también.

—¿Ha estado Pam aquí?

No quería descubrir a su compañera, si pensaban que eso lo había hecho él ya estaba bien, con un tarado en la unidad era suficiente.

—Piénsalo bien antes de mentir, Dan.

Mierda.

—Pues claro que ha estado aquí —soltó Killian para después terminar riéndose a carcajadas.

—Lo ha dejado como a un eunuco —se carcajeó Michael.

—¿Qué va a ser? —insistió el Capitán.

Solo asintió.

—Me lo temía, maldita sea, quería una excedencia y se la di.

—Parece que tenía algo que hacer antes de largarse, jefe. —dijo Jacob.

Dan no quería creer eso.

—¿Una excedencia? ¿Dónde está?

Slade empezó a caminar hacia el coche.

—Lejos a estas horas, déjala en paz, Dan. Lo necesita.

—¿Volverá? —preguntó Elijah.

—Eso es decisión suya —la manera en que contestó el jefe, daba por zanjado el asunto.

Capítulo 29

—Es lo mejor que he podido conseguir para ti, Jacob.

Brad y él seguían sentados después de la reunión con Sasha, su ahora exmujer, y su abogado. Su mujer solamente pedía una parte de su sueldo para ayudar en la manutención de sus hijos. No ponía pegas para poder ver a sus hijos y tenerlos con él durante los días que visitara París, donde desde hacía dos meses ya residían sus hijos permanentemente.

No pudo evitar mirarla fijamente mientras firmaba los papeles del divorcio y el acuerdo al que habían llegado, él no había firmado aún. Su mujer era una chica preciosa con un cuerpo espectacular de la que se había enamorado nada más verla, sentía una opresión en el pecho, el amor no se podía terminar de un día para otro, no para él.

Sin embargo ella permaneció fría bajo su mirada, evitó en todo momento hablar con él, dejando que fuera su abogado el que planteara los acuerdos. Brad había conseguido que cediera en que los niños estuvieran con él cuando fuera a verlos, ella quería que los fuese a buscar cada día a su casa. Pero él tenía muy claro lo que sus suegros pensaban de él, así que quería evitarles a sus hijos el vertido inminente de mierda sobre él por parte de la familia de su mujer.

—Está todo bien, no te preocupes, dadas las circunstancias es el mejor acuerdo. En unos meses volaré a Francia, si el trabajo me lo permite.

—Creí que sería una lucha encarnizada si tenemos en cuenta que se los lleva del país.

—¿Y qué puedo hacer? No puedo hacerme cargo de ellos cuando estoy fuera.

—Lo sé, quizás tu familia te podría ayudar, puedo añadir alguna clausula y podemos volver a valorarlo.

—Yo no tengo familia y no puedo cargar con una responsabilidad así a la unidad, sé que ellos ofrecerían a sus propias familias para ayudarme. Sue ya tiene bastantes críos a su cargo. Debo resolver esto solo.

—Está bien, tú decides. No sabía que no tenías familia.

—No, no tengo. Sin embargo, juraría que había formado una —dijo en tono seco.

Arrastró los papeles por encima de la mesa y estampó una firma justo al lado de la de su mujer, en cada una de las hojas, después cogió el anillo que ella había dejado sobre la madera y se lo metió en el bolsillo.

—Mañana se los haré llegar —dijo Brad recogiendo los documentos.

—Pásame tu minuta también.

Brad sonrió.

—No, lo considero una deuda saldada, cuidaste de Eva y eso no lo olvido.

—Gracias por tu ayuda —dijo estrechando su mano cuando Brad se levantó.

—No habéis sido una pareja difícil.

—No, parece que ella lo tenía más claro que yo.

—Entonces, ¿por qué no luchas? —preguntó Brad arrugando la frente—. Ya sabes, quemar el último cartucho, muchas parejas se han reconciliado después de haber firmado un divorcio.

—No mantendré a mi lado a una mujer que no quiere estar, Brad. La conozco demasiado bien, estaba deseando librarse de mí.

—Lo siento, Jacob.

Se encaminó hacia la puerta de la oficina.

—La vida sigue.

Aunque dolía como un maldito demonio.

Cuando salió a la calle subió a su *Harley* después de ver cómo un hombre se apartaba de su camino mirándolo con miedo. Eso no hacía más que recordarle su antigua vida, una en la que muchos le temieron. Todo eso había quedado atrás, aunque las reminiscencias en su persona lanzaban señales de su pasada identidad.

Cinco meses después.

Amarillo, Texas.

Dan se bajó de la *Pick up* de alquiler, y colgando el petate en su mano y por encima de su hombro, fue a la parte de atrás. Goose estaba tumbado y totalmente relajado.

—Vamos Goose.

El perro no se movió ni dio señales de haberle oído.

—Perfecto, duerme, por mí como si te estalla la cabeza, maldito saco de pulgas.

Dio media vuelta y empezó a caminar, la cadena que colgaba de un lado a otro de la entrada no dejaba pasar a ningún vehículo ajeno a la propiedad. Desde la ensenada podía divisar un buen puñado de

hectáreas de tierra árida y algún árbol, hombres se movían a un lado y a otro, estaban trabajando.

Era un buen descenso, un maldito camino lleno de polvo que conducía al rancho. Miró a lo lejos y vio a una mujer montar a caballo con destreza, saltaba troncos y aguantaba el equilibrio perfectamente cuando el caballo se encabritaba, su pelo volaba por debajo de su sombrero.

Llevaba unos vaqueros cortos que dejaban ver unas torneadas y morenas piernas, el atuendo era muy adecuado, camisa de cuadros sin mangas anudada en la cintura, y botas vaqueras.

Tres hombres parecían animarla apoyados en la valla de madera que delimitaba el recorrido de los animales. Conforme se fue acercando reconoció a Pam, ella era la mujer que estaba montando a caballo, su piel estaba más bronceada y una bonita sonrisa adornaba su rostro. Se paró al lado de un tronco y siguió observando sus avances. Pocas veces la había visto tan feliz, tal vez ninguna. A Pam siempre la envolvía un halo de tristeza.

Dirigió a su caballo hacia la valla y uno de los hombres salió a su encuentro, ella pasó una pierna por encima del cuello del animal y se dejó caer en los brazos del tipo, que la abrazó contra su cuerpo y le dio un beso ligero en los labios. No los podía oír a la distancia en la que se encontraba, pero los dos parecían contentos. Una carcajada de Pam llegó hasta él y eso se clavó en su estómago como un puñal. Ella había rehecho su vida y él se había quedado fuera.

Había sido un completo idiota por pensar que ella podía cambiar de opinión con respecto a su relación, le había dicho que la quería y aun así se había alejado de su lado, ¿qué esperaba? Se lo había dicho en varias ocasiones. Después de encontrar a Modano se iría y él no estaba invitado a seguirla. Se dio la vuelta para volver al coche y largarse lo más rápido posible cuando, de pronto, Goose pasó por su lado como una exhalación.

Mierda.

—Goose, vuelve —siseó.

El puto animal iba a descubrirle allí mirando como un estúpido.

No contento con trotar hacia Pam, el perro empezó a ladrar haciendo que los cuatro se giraran a buscar la fuente de tanto revuelo.

—¿Goose? —Pam pasó una pierna y después el cuerpo entre dos tablas, y salió al camino—. ¡Goose!

El animal llegó hasta ella y comenzó a dar vueltas a su alrededor, parecía recordar que no podía levantar sus patas para apoyarse en ella, la derribaría en un momento.

—¡Eh, muchacho! Me alegra verte también.

Los hombres los observaban con atención, el que parecía más mayor estaba rígido y en alerta, vigilando al perro. A punto de saltar para protegerla de semejante chuchó enorme.

—No te preocupes Randy, era mi compañero de piso en Nueva York.

—¿Cuál de los dos?

Uno de los hombres le estaba mirando directamente. Dan se sintió incómodo pero aguantó el tipo. No se movió, no quería captar su atención. Pero eso no duró mucho, Pam lo buscó con la mirada y sus ojos se encontraron.

Su sonrisa se borró, acarició la cabeza de Goose sin dejar de mirarle.

—Goose, era mi compañero de piso, disculpad.

Pam empezó a caminar hacia él, pero el hombre más mayor la cogió por el codo.

—¿Lo conoces? Si vas a echarlo, mejor que lo hagamos nosotros.

—¡Suéltame Randy! Le conozco, no hay ningún problema.

—¿Estás segura?

Pam se giró irritada.

—Aún puedo dejar tu trasero plantado en el suelo, he dicho que me sueltes.

Estaba a punto de ir a explicárselo al hombre con los puños cuando los otros se rieron. El hombre la dejó ir ceñudo.

—Algún día tengo que ver eso —dijo otro.

Pam no les hizo caso y reanudó su camino hacia él.

En los cinco meses que llevaba allí ni un solo día había dejado de pensar en él. Recordaba con la misma intensidad sus manos sobre ella que su traición al querer dejarla fuera de su... intercambio de opiniones con Modano, por llamarlo de alguna manera.

Apoyado en el árbol de manera casual, con unos vaqueros negros, las botas de combate y la chupa de cuero, era una imagen demasiado atrayente para ella. Llevaba el pelo suelto y se apoyaba más allá de sus hombros, le había crecido, y si alguna vez lo había visto como a un salvaje, ahora realmente lo parecía. No debía extrañarle la reacción de Randy.

—Dan, ¿qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—Elijah me dijo que habías dejado a Goose con tu vecina, que se lo habías regalado.

—Sí, ella necesita compañía...

—La señora Rose ha muerto.

Una gran pena invadió su corazón.

—Era una buena mujer, era viuda, y nos ayudábamos mutuamente.

—Lo sé. El portero de tu edificio no sabía qué hacer con Goose y buscó a tu casero, él tenía a Elijah como contacto.

Notó cierto reproche en su tono de voz.

—Sí, me obligaron a dejar un teléfono cuando rellené el contrato de alquiler.

—Ya veo.

—Lo podía haber traído él.

Dan recordó las palabras de Elijah, «búscala, eres un jodido cabezota, beber todas las noches no va a hacer que ella vuelva».

—Me ofrecí a hacerlo yo. Slade me ha dejado fuera de la unidad por tiempo indefinido. Ahora están en algún lugar protegiendo a un payaso con demasiado dinero y una boca muy grande.

Pam sonrió.

—Gracias por encargarte de Goose.

—No hay de qué. —Dan miró por detrás de ella y su semblante cambió, le vio apretar la mandíbula—. Debo volver, me alegro de que estés bien.

Pam sintió eso como una gran pérdida, ahora que lo había vuelto a ver no quería dejarlo marchar. Ni ella misma sabía qué le estaba pasando, hasta hacía diez minutos estaba segura de no querer volver a verlo y ahora lo necesitaba cerca.

Y estaba el hecho de que había traído a Goose, Dan se había tragado su miedo para que ella lo tuviera hoy aquí. Realmente era un hombre especial.

—¿Has estado un día conduciendo para volver a marcharte a los diez minutos? Refréscate y después si quieres te vas.

Los oscuros ojos de Dan la estudiaron, su gruesas pestañas llamaban siempre su atención, Dan era demasiado guapo, demasiado rudo y demasiado apetecible, se iba a arrepentir por esto, pero le quería a su lado durante al menos unas horas. Dan siempre conseguía darle paz.

—Lo siento, Pam. No creo que a Randy le guste mi presencia.

¿Randy?

—Ah, ven te los presentaré. Son mis hermanos.

Dan se quedó quieto, podía ver el alivio en su mirada.

—¿Creías que Randy...

—Sí, él te ha besado en la boca —dijo arrugando la frente.

—Es una vieja costumbre familiar, son así de empalagosos —bromeó guiñando un ojo.

—Yo no beso los labios de mis hermanas —soltó andando a grandes zancadas hacia sus hermanos.

Bien, pues la cosa empezaba bien. Dan estaba molesto por eso... y era bastante evidente.

—Hola, soy Dan, compañero de trabajo de vuestra hermana.

Estrechó la mano de cada uno.

—Randy, Tom y Ben. —Los presentó ella.

—Bienvenido, tío —saludó Ben, el más joven.

—No tenéis acento texano.

—No, Dan. Mi padre decidió vivir aquí cuando se jubiló. Debido a su trabajo, hemos vivido en varios sitios. Pero nacimos en Seattle —aclaró Pam.

—¿De dónde eres tú? —preguntó Tom bajo la atenta mirada de Randy.

—Soy cubano, aunque mi familia vive en Miami.

—Perfecto, vayamos a tomar unas cervezas —propuso Randy, quien parecía querer sostener un pulso con él.

La tarde transcurrió en el porche de la casa, había saludado a los padres de Pam y se había llegado a sentir realmente a gusto, estaban muy unidos. Pam nunca había hablado de ellos abiertamente.

—Voy a mostrarle el rancho a Dan. Volveremos para cenar.

Le sorprendió que no lo estuviera echando ya de su entorno familiar, pero le apetecía estar un tiempo más con ella.

—Te tocaba a ti hoy ayudar a mamá con la cena.

—¡Randy! Deja que tu hermana atienda a su invitado —exclamó su madre.

—¿Tienes dos manos, no? Pues hazlo tú. Yo lo haré mañana —dijo Pam con tono autoritario, ese que utilizaba cuando estaba harta de oír sandeces.

Y sin esperar, echó a andar hacia los caballos.

—Ve con ella, te gustará y sabrás apreciar lo que me atrajo de estas tierras —lo animó su padre.

—Estoy seguro.

Alcanzó a Pam y se mantuvo a su lado.

—Primero se puso furioso, después lo entendió y ahora va a hacer rodar algunas cabezas —dijo Pam de repente.

—¿De qué estás hablando?

Ella lo miró un momento sin dejar de andar.

—De mi padre, el ex general.

—¿Se lo has contado?

—Sí.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Incluso los asesinatos?

—Sí, Dan. Incluso los asesinatos.

No dijo nada. Ella sabría lo que hacía. Supuso que su padre no intuía, hasta ahora, el alcance de lo que había pasado.

—¿Por qué ahora?

—Me marcho pasado mañana, le he dicho que voy a recorrer mundo y por una maldita vez no he mentado.

—Sigues con eso...

—Sí, necesito hacerlo.

—Bien.

—Bien —repitió ella.

Habían llegado al establo y ella cogió las riendas que colgaban del cuello de un caballo blanco, el mismo que había estado montando cuando él llegó.

—¿Montamos? Te enseñaré los alrededores.

Mierda.

—Yo iré andando.

Pam ya había acercado otro caballo negro, era grande, majestuoso y... demasiado para él.

—¿No sabes montar?

Se echó el pelo hacia atrás.

—No, Pam. Nunca he tenido la ocasión, ni uno de estos cerca.

Pam se lo quedó mirando y de pronto soltó una carcajada.

—¿En serio?

Se había quedado mirando su sonrisa como un idiota.

—¿Dan?

—No sé montar —repitió sonriendo.

—Vaya, el duro soldado de élite no sabe montar a caballo.

—Ese soy yo.

Pam salió del establo arrastrando al animal blanco.

—No hay problema, no vamos a ir muy lejos. Podemos subir los dos.

Capítulo 30

—¿No será mucho peso para él?

—No, si damos solo un paseo. Es un Cuarto de Milla, un caballo fuerte.

Pam puso un pie en el estribo y subió con facilidad.

—Haz lo mismo y siéntate justo detrás de la silla de montar.

Se agarró a la parte delantera, igual que había hecho ella, y se desvió hacia detrás dándose impulso.

Intentó sentarse con suavidad.

—¿Todo bien? —preguntó Pam.

—Creo que sí.

Pam dio una sacudida a las riendas y el caballo comenzó a caminar a medio galope.

—Joder —dijo cogiendo su cintura—. Se mueve.

—Tiene que caminar, Dan.

—Muy graciosa.

—Dan, destensa los músculos o mañana no podrás andar, y si en el proceso puedes soltar un poco tu agarre te lo agradeceré, tengo la mala costumbre de respirar.

Sí, estaba estrujándola.

—Lo siento, no quisiera que te desmayaras y quedarme sobre el animal sin saber qué hacer.

—Exacto, eso sería un problema.

Sonrió, aunque la tristeza no se despejaba de él. Ella ya tenía los planes hechos y él se quedaba al margen, como siempre.

El caballo mantuvo un ritmo constante durante un buen rato, iba paseando sobre sus cuatro patas de manera segura, eso le infundió valor. Llegaron a un arroyo y se pararon bajo las sombras de algunos árboles. Se bajaron de la montura y mientras el animal bebía, ellos se sentaron en una gran roca. Una pequeña cascada caía sobre el agua que formaba una piscina natural justo delante de ellos. Era un buen rincón y bastante discreto.

Pam se quitó las botas y puso los pies en el agua.

—Y ahora dime: ¿quién es ese y que has hecho con Goose? —preguntó señalando al perro que corría a su alrededor y también bebía del agua fresca.

—Es Goose.

—¿Y por qué no te está atacando y tú no estás corriendo?

—Tuve una conversación seria con él.

Pam se rio.

—¿Cómo fue?

—Alquilé el ático, aún seguía libre...

—Tú, ¿vives en mi ático?

—Ahora es mío, y Goose vive conmigo desde hace un par de meses.

—Ah. Increíble.

—Al principio lo dejé encerrado en la cocina, pero después empezó a mostrarse más dócil, creo que te echaba de menos, igual que yo.

Puestos a sincerarse...

—Me alegro de que seáis amigos, yo también os he extrañado.

Oír eso de sus labios hizo que su pecho se ensanchara.

—Le advertí de que se guardara esos grandes colmillos para sí mismo y no le he dejado viajar a mi lado por si se le cruzaban los cables. Siento decirte que barajé la posibilidad de ponerle un bozal.

Pam lo cogió de la mano.

—Bien, por algo se empieza. Pero lo del bozal hubiera sido demasiado para él.

Se quedaron en silencio unos minutos, solo se oía correr el agua y al caballo relinchar de vez en cuando. Goose se había metido en el arroyo y ahora estaba sacudiéndose a cierta distancia.

—Pam, casi estrangulo al jefe para que me dijera dónde estabas. Y juro que te hubiera buscado hasta en el fin del mundo.

—Debo advertirte de que no pienso volver.

—Lo sé. Y creo que los otros también, estoy casi seguro de que han depositado todas sus esperanzas en mí.

—¿Saben que estás aquí, aparte de Slade?

—Sí, y algunos me han dado unas ideas muy creativas para hacerte volver.

—Vaya, esos chicos nunca dejarán de sorprenderme.

Dan se acercó y la besó. Ella descubrió que lo estaba esperando, lo de empezar a viajar en breve y conocer mundo parecía lejano ahora. Dan estaba aquí y lo deseaba.

De pronto, Dan se levantó y empezó a quitarse la ropa, ya estaba anocheciendo, aun así pudo deleitarse con su cuerpo.

—¿Qué profundidad tiene eso? —preguntó señalando la pequeña balsa delante de la cascada.

—Un metro y medio, más o menos.

—Bien —dijo al mismo tiempo que saltaba y se agachaba para zambullirse entero. Pam se rio, se iba a arrepentir de la hazaña.

—¡Joder! Está congelada —exclamó sacando la cabeza del agua y sacudiendo su melena.

—Vaya, veo cierto parecido entre Goose y tú.

Dan se la quedó mirando, el agua llegaba un poco más arriba de su cintura dejando ver su maravilloso torso trabajado.

—¿Me acabas de comparar con un perro?

Con una rapidez innata, la engancho de un tobillo y la arrastró al agua. Cayó de culo y se sumergió completamente

—¡Dan! ¡Está helada y no me has dejado quitarme la ropa! —gritó nada más salir.

—Te lo debía por todo lo que he tenido que hacer para llegar hasta aquí.

—Nadie te ha obligado a venir —dijo frunciendo el ceño.

Él la abrazó y habló contra sus labios.

—No, pero uno de los muchos consejos que me han dado es que te folle hasta que cambies de opinión. No podía negarme.

—Ese ha sido Killian.

Los dos se miraron y soltaron una carcajada, aunque Pam se puso seria de nuevo.

—No puedes venir aquí exigiendo sexo.

—Al menos tenía que intentarlo.

Salió del agua y se sentó de nuevo en la roca. Estaba empapada, no obstante, no tenía frío.

—No he viajado hasta aquí para echar un polvo y largarme, aunque no estaría mal. Llevo meses sin tocar a ninguna mujer —admitió con una sonrisa triste.

Pam se sorprendió.

—¿Iba en serio lo del club?

—Sí, no he vuelto a ir.

—Lo siento, si te sirve de consuelo yo tampoco he estado con ningún otro hombre.

Dan la miró.

—¿Y en qué nos convierte eso?

—En un par de idiotas abocados al celibato, supongo.

Asintieron convencidos.

—Sé que no debería preguntar... —dijo ella al cabo de unos minutos.

—Hazlo.

—¿Terminaste con él? Slade me dijo que si quería saberlo, debía preguntártelo a ti.

Dan levantó una ceja y clavó sus maravillosos ojos en ella.

—Solo tenías que llamar.

—Dan...

—Ya lo sé, dijiste que desaparecerías y así lo hiciste. —Soltó el aire y continuó—. Sí, lo maté. No entraba en mis planes llevarlo ante la justicia cuando esta nos falló tiempo atrás.

—Tal vez sea demasiado fría, pero me alegro de que lo hicieras.

—Yo también. Y antes de morir supo el dolor que se puede llegar a sentir. Dejé un machete clavado en su culo. Gritó como un cerdo antes de que le pegara el tiro de gracia.

—Perfecto, debió parecer un ajuste de cuentas.

—Sí, Tavalas me dijo hace unos días que lo han clasificado así y que el asesino debió escapar antes de que aparecieran los federales.

—Debemos parecer unos malditos mercenarios a los ojos de nuestra antigua unidad.

—No, ellos lo han entendido, algunos no comparten nuestra manera de actuar, pero ya sabes cómo son, no nos juzgan. Otros opinan que hubieran hecho exactamente lo mismo.

Pam asintió. Los conocía bien, sabía cómo pensaban, y sabía cómo lo hacía cada uno de ellos por separado.

—No entiendo demasiado el papel de Tavalas en todo esto ni por qué nos ayudó.

—Me contó que mataron a su familia...

—Eso lo explica. Debió ser duro para él.

—Sí.

Pam intuía que había algo de eso con el agente, era un hombre taciturno.

Se levantó y empezó a caminar hacia el caballo.

—Vístete, Dan. Deberíamos volver, mañana te espera un largo camino de vuelta.

No se giró para mirarlo, no quería ver la decepción en sus ojos. Ella había tomado una decisión y él debía aceptarla.

Le dolía el corazón, si eso era posible.

No cenó, se fue directamente a la ducha y después se metió en la cama. Últimamente lloraba, en su antigua habitación, más de la cuenta. Se sentía liberada, según Dan, saldrían de esto limpios. Pero no veía la manera de alejarse de él. Tampoco estaba segura de si lo que sentía por Dan era real o les habían unido las circunstancias.

No supo en qué momento se quedó dormida, pero se despertó agitada, quería despedirse de Dan. Se vistió y bajó al salón para encontrarse a su madre leyendo sentada en un sillón orejero, siempre madrugaba y antes de desayunar leía un rato, decía que el silencio la relajaba.

—Hola mamá, buenos días.

Besó su frente y se sentó en uno de los taburetes de la barra de la cocina.

—Buenos días, Pam. Solo son las seis...

—Quería despedirme de Dan...

La mirada de su madre era una advertencia de que algo iba mal. Una ráfaga de compasión cruzó sus marrones iris.

—Ya se ha ido, cariño.

Se levantó del sillón y señaló la mesa de doce comensales que adornaba el centro de la sala.

—Ha dejado esta nota para ti y se ha marchado hace una hora. Me gusta ese chico, es muy educado. Me ha dado las gracias por todo y en su mirada he visto lo que siente por ti...

Pam cogió la nota, hacía diez segundos que había dejado de escuchar a su madre.

«Lo siento, Pam. No soy capaz de despedirme de ti sin suplicarte que vuelvas a Nueva York conmigo. Creo que te he demostrado de mil maneras que te amo y que me gustaría tenerte a mi lado, pero lo de ponerte una pistola en la cabeza para que te enamores de mí no me parece muy romántico. Te deseo lo mejor en tus próximos viajes, sé feliz y acuérdate de mí de vez en cuando.»

Te quiero. Dan».

Sonrió, aunque una lágrima resbaló por su mejilla mojando el papel que sostenía entre sus manos.

—...nena.

—¿Qué?

No había oído a su madre.

—Ayer encontré este sobre en la cocina, supongo que lo dejó tu amigo, estaba abierto, creo que es la invitación a una boda.

La boda de Eva y Brad, supuso que Dan no lo quiso utilizar para obligarla a volver.

—Se casa una amiga de Nueva York...

—¿Vas a ir?

—No, mañana salgo de viaje, ¿recuerdas? Voy a estar fuera un mes.

Subió de nuevo las escaleras y se asomó a la habitación al final del pasillo en donde había dormido Dan, no había ningún rastro de que alguien hubiera dormido allí.

Dan, dejó la *Pick Up* de alquiler en el *parking* y entró a comer en el restaurante a pie de carretera, solo le faltaban unas tres horas de camino. Pidió el menú del día y se dispuso a comer. Tenía hambre, llevaba horas sin probar bocado, la madre de Pam había insistido en preparar algo para desayunar y para el viaje, pero se negó rotundamente, no se quedaría ni un minuto más en esa casa.

La había perdido. Pam era muy independiente y no sabía qué cojones se le había pasado por la cabeza para pensar que lo dejaría todo por él.

—¿Más café, guapo?

Levantó la mirada y asintió a la oronda señora con, ¿peluca rosa? Joder, daba miedo, antes no había reparado en ese detalle.

—Gracias.

Después de pagar se subió al vehículo y continuó el viaje de vuelta. Triste, más bien abatido, pero... ¡Qué cojones! Estaba solo, podía llorar como un bebé ante la negativa de Pam. Así se sentía.

No debería pensar en ella, no obstante ahí estaba, ocupando su mente. Recordando su boca, su cuerpo, sus caricias. Mierda, golpeó el volante.

«Déjala ir, necesita ser feliz, aunque no sea contigo», se dijo mentalmente.

Decidió ir a ver a su familia, hacía tiempo que no le veían y en estos momentos necesitaba el calor y el afecto que le brindarían su madre y sus hermanas. Cuando llegara a Nueva York sacaría un billete a Miami.

Epílogo

—¿Preparados?!

El grito de Eva lo sacó de sus pensamientos, la buscó con la mirada. Estaba de espaldas sobre el quinto peldaño de la escalera que llevaba a las habitaciones del hotel en el que se había celebrado el banquete de boda, a punto de lanzar el ramo sobre su hombro; era una novia radiante y feliz, y no dejaba de sonreír a todos. Además, estaba preciosa.

—¿Ha dicho, «preparados»? —inquirió Michael.

Estaban sentados alrededor de una mesa redonda llena de flores y copas medio vacías, la comida había sido abundante y muy buena, se sentía a punto de explotar dentro de su traje gris. No obstante, no dejaba de beber.

—Eso ha dicho —contestó Elijah.

—Pero...

—Veo a Thomas entre las chicas —aclaró Jacob.

Eso lo explicaba todo.

—¡Allá va! —volvió a chillar Eva.

Dan vio volar el ramo y aterrizar directamente en las manos de Thomas, el hombre tenía ventaja, era mucho más alto que las chicas.

—¡Sí! —gritó contento por su hazaña, aunque las mujeres lo miraron arrugando sus frentes, algo que se pasó claramente por el forro.

Le dieron ganas de reír, Thomas era un tío especial y no se cortaba ni un pelo, si quería el ramo de la novia, ahí estaba.

Todos aplaudieron y él, después de hacer una reverencia y besar a la novia en los labios, fue a sentarse junto a Matt. Se les veía felices, de hecho todos lo eran, el único amargado era él. Ni la estancia en casa de su familia había logrado apaciguar su estado.

De pronto todos estallaron en carcajadas, Killian estaba haciendo una especie de *striptease* y lanzaba la ropa a la cara de todo el que se ponía delante al ritmo de Maroon 5 con la canción *Sugar*. Eva le seguía el ritmo ante la atenta mirada de Brad que no dejaba de reírse. Mientras que Slade estaba más que dispuesto a sacar su pistola.

El jefe no estaba de muy buen humor, había tenido que confesar lo de Benson a Tavalas, a cambio de que encubriera a Pam, y a él. Esto iba a traer cola.

Por suerte, Mia se levantó y abrazó a su hombre cortando el indeseado avance de Killian. Solo le faltaba ver en gayumbos a su Teniente, pensó afligido.

La boda había sido en la playa, justo enfrente del hotel, y aunque no había estado por la labor, todos afirmaban que había estado genial. Suponía que así debía ser.

—Eh tío, voy a cazar a alguna de esas nenas y a bailar, ¿vienes?

Miró a Michael y negó con la cabeza.

—Yo también voy —comentó Elijah levantándose.

No insistieron, y ninguno había preguntado qué había pasado cuando había estado con Pam, le vieron volver solo de Texas, y con eso, ya estaba todo más que aclarado, incluso antes de volar a Miami.

Se quedaron Jacob y él en la mesa.

—Volverá —dijo de repente Jacob.

—¿Quién?

Jacob sonrió.

—Pam.

Mierda, no quería tener esta conversación.

—¿Qué hay de ti? Me he enterado de que te has divorciado.

Jacob miró a los novios que bailaban muy pegados la canción de John Legend, *All of Me*. En su mirada pudo ver melancolía, el hombre estaba pasando por un momento difícil y se sintió mal por sacar el tema. Era un puto egoísta, por no hablar de su *no* relación con Pam, había soltado lo del divorcio.

—Lo siento, tal vez no es el momento —se disculpó.

—No pasa nada, está hecho. Pasado mañana salgo hacia París, quiero ver a mis hijos.

—Eso está bien. Se alegrarán de tenerte con ellos.

Jacob asintió y él lo observó un momento. Llevaba su larga cresta rubia recogida en un moño alto, la barba recortada, y se había vestido con unos pantalones de cuero y camisa blanca sin corbata. El hombre seguía su propia moda y todos lo respetaban, en raras ocasiones abandonaba el cuero.

—Voy a por un Bourbon, ¿quieres?

—Sí, gracias.

Se bebería el último trago y subiría a la habitación para... no hacer nada. Eva y Brad habían alquilado todas las habitaciones del hotel para los invitados, así nadie conduciría bebido de vuelta a casa, era una buena idea, porque él pensaba terminar tan borracho que no recordaría ni su nombre. En la habitación

había un mueble bar bien surtido. Incluso le podía proponer a Jacob tomar unas rondas y jugar al póker. El hombre no estaba para fiestas tampoco.

Jacob tardó lo suyo en volver, lo estaba observando mientras esquivaba a la gente cargado con las bebidas, cuando una mano se posó en su hombro.

—Eh, chico cubano, ¿me concedes este baile? —murmuró una voz en su oído.

Su corazón se saltó un latido, Jacob se plantó al otro lado de la mesa y sonrió mirando a Pam. Él temía girarse.

—Dame esa bebida, creo que la necesito. —Alargó la mano y cuando Doc le ofreció uno de los vasos se lo bebió de golpe.

—¡Dan! —exclamó el hombre.

—Lo necesitaba, creo que tengo a Pam detrás de mí.

Oyó la risa de la chica que se mantenía oculta tras su espalda. Doc lo observó valorando su cordura.

—En carne y hueso, capullo. Hola Pam, estás preciosa.

—Gracias Doc, quizás deberías decirle a este imbécil que deje de beber.

—Debería, pero llegas tarde, lleva así horas.

¿Qué coño les pasaba a esos dos?

—Bien, entonces iré a buscar a alguien más sobrio para bailar.

Se levantó de golpe y los miró a los dos. Iba a recordarles que estaba presente para que cerraran sus malditas bocas, cuando reparó en el atuendo de Pam.

La repasó de arriba abajo, llevaba un vestido blanco corto, con un generoso escote y unos tacones que hacían que sus piernas parecieran imposiblemente largas. Su piel bronceada resaltaba contra la tela.

—Jooooder. —Debía admitirlo, había bebido demasiado.

—¿Es lo único que se te ocurre decir? —preguntó ella levantando una ceja.

—También podría decir que estás totalmente follable, pero está Doc delante.

—Controla esa lengua, Dan —aseveró ella.

—Mejor me largo, si necesitas noquearlo, avisa, Pam.

—No hay problema, gracias —contestó Pam.

Jacob se fue hacia la mesa donde se encontraban Slade y Sue. Dan se volvió a sentar dejándose caer.

—¿Vuelves a la unidad? ¿Lo sabe Slade?

—Vuelvo a ti, ¿no es suficiente? —argumentó sentándose a su lado.

Dan se giró y la encaró.

—Nena, ¿tengo cara de idiota? ¿Crees que todo va a continuar igual?

Pam soltó el aire.

—Me lo merezco...

—Sí, Pam. Fui a buscarte hace un mes y entonces me dejaste marchar, tuve un infierno de viaje de vuelta.

—Lo siento, no estaba preparada, aunque tampoco te despediste...

—No tenía que arrastrarme más, por eso dejé la nota.

—La leí.

—Claro que lo hiciste, aun así, no recibí ni una llamada.

Pam se puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Necesitaba tiempo.

—¿Y qué hay de mí, nena?

Pam lo miró estudiando su rostro. Él hizo lo mismo, estaba realmente guapa, llevaba poco maquillaje pero este realzaba sus hermosos ojos y sus carnosos labios, le daban ganas de besarla y hacerle el amor sobre la jodida mesa, pero al mismo tiempo estaba cabreado.

—Lo siento, Dan. He tenido tiempo de pensar...

—No sabes cuánto me alegro. ¿Has viajado?

—Estuve en Roma quince días y decidí volver. Déjame hablar, después me iré.

Había que joderse.

—¿Otra vez?

—Si no me quieres a tu lado, lo haré.

—Te escucho. —Si se le ocurría levantarse, la atraparía con tanta fuerza que se le iban a quitar las ganas de volver a desaparecer.

—Como te decía, he tenido tiempo de pensar en nosotros. Estaba totalmente convencida de que no podríamos estar juntos por nuestro pasado..., pero le gustas a mi madre.

¿Qué?

—Ah, eso es algo a tener en cuenta —dijo sarcástico.

Ella sonrió y cogió su mano.

—Te quiero, Dan. Estos días también han sido difíciles para mí. Deseo estar a tu lado.

Se levantó arrastrándola contra su pecho.

—¡Joder! Ya era hora de que lo dijeras.

La besó minuciosamente, atrayéndola por la cintura a su cuerpo. Sus lenguas se buscaron de manera frenética, sus manos terminaron acunando su bello rostro.

—Admítelo, siempre has estado enamorada de mí.

—De forma accidental, pero sí.

Se le escapó una sonrisa, su chica no sabía expresar con palabras lo que sentía por él, pero lo entendía, ella era más reservada.

—De forma accidental, ¿eh? Ibas a matar a Modano por mí, eso es, por sí misma, una promesa de amor. Lo estábamos haciendo el uno por el otro.

—Eso parece, aunque lo llevaste mejor que yo, fui una cobarde, me hubiera dejado morir en aquella cueva... si no hubiera sido por ti...

—Suficiente, olvidemos el pasado, Pam. Eres una Marine, fuerte y valiente, ellos no conseguirán que lo que nos pasó nos haga aborrecer nuestra dedicación al ejército, debemos intentar verlo como algo bueno. Una cobarde no hubiera decidido afrontar un posible consejo de guerra y tú fuiste a por todas. Aquella misión salió mal desde un principio, teníamos todo y a todos en contra. No podremos seguir adelante si no ponemos de nuestra parte. Nadie te va a querer tanto como yo, y prometo que te protegeré, nunca dejaré de hacerlo. —Puso un dedo en su boca cuando ella iba a hablar—. Y sé que tú también lo harás conmigo.

Pam se puso de puntillas y habló a pocos centímetros de sus labios.

—Solo hay un aspecto en mi vida del que no sé protegerme y ese aspecto eres tú. Así que quiero que tengas en cuenta algo, si me haces daño, te lanzaré a Goose... y a mi madre, deberías verla en su mejor momento, ha criado a cuatro hijos.

Se puso rígido.

—Eres perversa.

—Sin duda —concedió atrapando sus labios de nuevo.

—Chicos, chicos. Hay niños aquí.

Eva estaba plantada señalándolos con un dedo acusador, Brad le guiñó un ojo a Pam.

—Felicidades pareja, siento haber llegado tarde, hubo retrasos en los vuelos —se excusó Pam.

—Gracias, aunque creo que deberíamos felicitaros a vosotros, ya era hora que dejarais de daros con los cuernos contra la pared —soltó Eva sin cortarse.

—Nena... —advirtió Brad inquieto.

—Por una vez te voy a dar la razón, pero la tozuda es Pam, te lo puedo asegurar —aseveró Dan.

«Maldito tarado», pensó Pam. Pero era su tarado y le amaba.

Pam abrazó a Eva y besó la mejilla de Brad.

—No te preocupes, Pam. Lo importante es que estés aquí, espero que disfrutes de la fiesta —dijo Brad cogiendo a su chica de la cintura y empezando a arrastrarla hacia la pista de baile.

—Eh, espera, quiero saber los detalles de lo que les ha pasado a estos dos.

Pam y Dan se rieron.

—Hoy no —contestó Brad sin soltarla.

En ese momento la melodiosa voz de Christina Perri con su *A Thousand Years* sonó por toda la sala y varias parejas salieron a bailar.

—Acepto tu invitación.

Ella sonrió, no había mayor placer que estar en los brazos de Dan. Fueron cogidos de la mano y se abrazaron para bailar.

—Me has hecho el hombre más feliz de la tierra —dijo en su oído.

—Y tú a mí. Quiero que esto funcione, Dan.

La miró a los ojos.

—Lo conseguiremos, nena.

Dos horas después estaban en la habitación del hotel arrancándose la ropa. Había saludado al Capitán, al resto de su equipo y a las chicas.

—Tengo que tenerte. Me he portado bien ahí abajo, en el banquete.

—Sí, veo que empiezas a parecer una persona civilizada —dijo con ironía al verle romper la camisa.

—Nena, no te he arrastrado como un cavernícola, puedes estar contenta.

—Sí, claro.

Cuando estuvo desnudo, se plantó ante ella.

—¿Te gustaría volver a usar ese vestido?

—Si me lo rompes te patearé el trasero.

Sonrió y se arrodilló ante él. Cogió su pene y se lo llevó a la boca.

—Nena...

Solo lo miró mientras lo degustaba, tenía los ojos entrecerrados y su melena colgaba hacia delante, quizás sí parecía un troglodita. Reprimió las ganas de reír.

—Pam, ¿sabes cuánto hace que no tengo sexo?

No paró de lamerlo y succionarlo, estaba disfrutando de la situación mientras él daba largos gemidos.

—No voy a... aguantar.

Sacó su miembro de entre sus labios y lo miró ladeando la cabeza.

—¿Estás a punto?

El sopló.

—Sí nena, no pares ahora...

Se levantó y lo miró sonriendo.

—Oh, sí paro. Te lo debía. ¿Cómo lo llamaste? ¡Ah, sí! Castigo.

—¿Qué?! Maldita sea.

Se quitó los zapatos y echó a correr hacia la puerta riéndose ante la cara de sorpresa de Dan, él aún tenía que cubrirse, eso le daría ventaja. Cuando alcanzó la recepción redujo la velocidad e intentó mantenerse serio, saludó al hombre detrás del mostrador, él miró sus pies pero no pareció dar más importancia.

Nada más salir continuó corriendo hacia la playa. Estaba a punto de alcanzar la orilla cuando unas fuertes manos la alzaron en el aire, lo siguiente que sintió fue el agua tragándola entera.

—¿Te has cargado mi vestido! —gruñó al salir.

—Habértelo quitado cuando tuviste la oportunidad. Te compraré diez más.

Le bajó la cremallera y se lo quitó, después le quitó la ropa interior y su propio bóxer.

—¿Has salido así?

—Nena, son las cuatro de la madrugada, el tío del hotel podrá dormir sin tener pesadillas, aunque si

ha visto mi enorme...

—¿Tu enorme?

La cogió y la levantó haciendo que ella envolviera las piernas en su cintura, aplastando su pene contra su centro, su clítoris se encendió al instante y envió pequeñas descargas por todo su cuerpo.

—Pam, mi polla es algo a tener en cuenta.

Se echó a reír, pero pronto su risa se convirtió en un gemido cuando la penetró de golpe y capturó su boca.

—Admítelo...

—Lo admito, estás bien dotado —dijo con voz cansada, el hombre se estaba dispersando y lo necesitaba centrado.

La sonrisa que vio en su rostro la derritió, a pesar de todo por lo que había pasado, Dan siempre sonreía para ella y bromeaba con sus compañeros. Le admiraba, y hoy había llegado a pensar que él ya se había cansado de esperar una respuesta. Se alegraba de haber dado el paso y dejar de lamentarse por el pasado. Dan era su presente ahora, y tenía que admitir que el hombre era un ejemplo de superación, tenía mucho que aprender de él.

Cuando capturó uno de sus pechos con la mano, sintió que nunca más tendría dudas, la amaba y se lo estaba demostrando ahora mismo; en la playa, con la poca luz que llegaba desde el hotel y con el fuerte aroma a sal envolviéndolos.

El agua les llegaba a la cintura y los balanceaba con su vaivén.

—Te amo, nena.

—Yo también, cariño.

No dejó de moverse en su interior, y cuando aumentó el ritmo, el orgasmo los golpeó al mismo tiempo y se aferró a él como si le fuera la vida en ello.

—¿Pretendes ahogarme después de hacer el amor?

—Pretendo aferrarme a ti, solamente eso.

Él hundió el rostro en su cuello y besó su salada piel.

—Me gusta tenerte así. No te dejaré caer.

Los dos sabían de lo que hablaban. Necesitaban curar sus heridas.

Palpó a ciegas el tatuaje de su cadera y posó la mano sobre él, aquel «Always for you», que había visto en la fotografía en su casa junto con la tinta en su piel, dejaba ver claramente que su amor por ella lo habría llevado a hacer las cosas horribles que terminaron por llevar a cabo juntos. Dan no hubiera

dejado salir impune a ninguno de esos hombres, estuviera ella o no a su lado.

—Siempre por ti —dijo él leyendo su mente.

—Lo sé.

Una sombra caminaba más allá de ellos, aunque ninguno de los dos era consciente de su presencia. Jacob se había alejado para darles intimidad, aunque desde donde estaba podía oír sus risas... y una nostalgia le invadió.

Él había tenido eso también con Sasha, ella le había apoyado y le había dado dos hijos maravillosos, pero todas aquellas promesas que un día se hicieron yacían rotas en alguna parte. Su mujer había dejado de amarle y se había alejado de él llevándose a sus pequeños. Los echaría de menos.

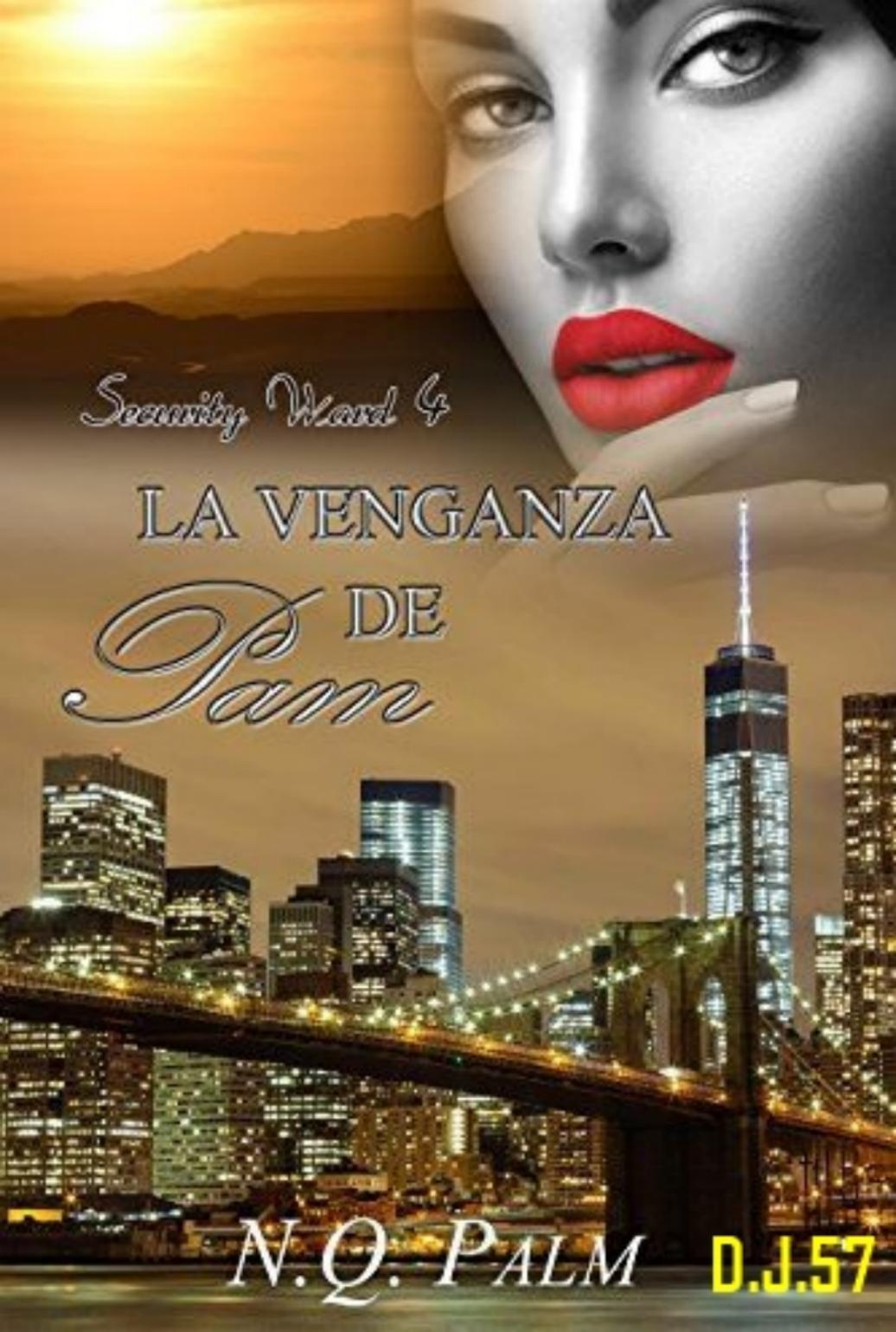
Había salido a pasear a la playa porque no podía dormir. Se estaba compadeciendo de sí mismo como una nenaza y cuando estaba a punto de darse unas cuantas hostias mentales, Dan y Pam habían aparecido solo para recordarle lo que una vez había vivido con ella. No obstante, se alegraba por ellos. Esos dos necesitaban ser felices.

Su mujer no merecía que él perdiera horas de sueño, ni siquiera lo había mirado a la cara durante la firma del divorcio. Aún la amaba, sí. Pero su indiferencia le había dolido y sacado su orgullo a flote.

En un par de días vería a sus hijos y ellos le alegrarían el corazón. Solo esperaba que su amor por ella se fuera enfriando de la misma manera que lo había hecho con él su amada Sasha.

—Tengo que aprender a vivir sin ti— le dijo a la oscuridad.

FIN



Security Ward 4

LA VENGANZA

DE
Sam

N.Q. PALM D.J.57

Agradecimientos

Hay personas que permanecen a tu lado pase lo que pase, otras que se escudan tras la frase, «Yo no leo, lo siento», lo peor que un escritor puede escuchar alguna vez.

Es una lástima que hoy en día aún haya gente que no le dé la ocasión a un buen libro, sea del género que sea, sea del autor que sea. A vosotros os digo, que no tenéis ni idea de lo que le hacéis a vuestra mente, aunque lógicamente no vais a ver esto. No obstante, tenía que decirlo.

Doy mil gracias a todos lo que me habéis dado la oportunidad, a los que habéis aceptado mis fallos sin juzgar y aceptando el trasfondo de la historia de los chicos de Security Ward. Vuestros comentarios me alientan a seguir, a descubrir que en mi cabeza hay muchos sueños y a plasmarlos con mimo.

Agradezco a mi familia directa el estar siempre a mi lado, os quiero.

A mi padre, que lee mis libros sin pestañear, te quiero papá.

A las personas con las que me he reencontrado gracias a la lectura, es un inmenso placer volver a tener esa relación que se perdió con los años.

A mis lector@s fieles, sin vosotr@s, mis libros no habrían podido asomarse a este mundo tan difícil.

Al amor de mi vida, nunca dudes de que siempre estás en mi corazón. Te quiero.

Biografía

N.Q. Palm, escritora aficionada, con sus manuscritos guardados en un cajón y ahora decidida a mostrarse humildemente, es una gran devoradora de libros, le gustan todos los géneros pero en especial, la literatura romántica adulta, la paranormal y la histórica. Vive en Cataluña junto a su familia, cerca del mar y de la montaña. Gran aficionada a la música, y una enamorada de la informática y la edición gráfica.